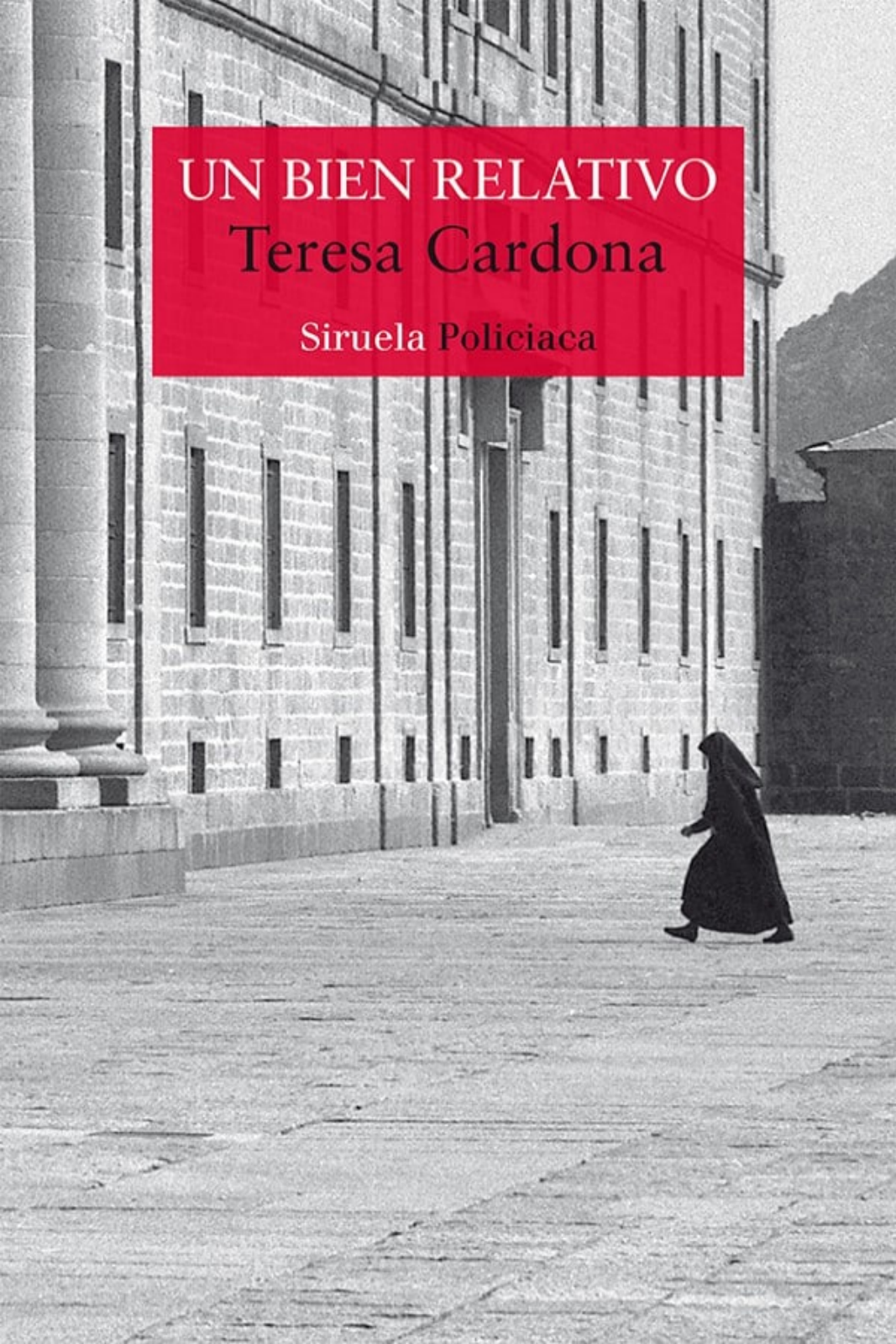
UN BIEN RELATIVO

Teresa Cardona

Siruela Policiaca



Índice

Cubierta
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39

40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

A Kay

Lo bueno, lo perfecto, ¿dónde está? Gracias que Dios nos concede lo menos malo y el bien relativo.

Benito Pérez Galdós, *Tristana*

1

San Lorenzo de El Escorial, 2015

La teniente Karen Blecker miró por la ventana y vio la calle iluminada y el monte sombrío detrás. Acostumbrada a los días cortos centroeuropeos, las oscuras tardes de invierno en San Lorenzo de El Escorial no la asustaban. Hacía cuatro semanas que había llegado desde Europol, La Haya, y lo que sí la sorprendió fue el duro clima de la sierra, mucho más frío y extremo que el de la vecina Madrid. Suspiró. Al pedir el traslado no había previsto que podía acabar en ese pueblo, a una hora de la capital, bendecido con un edificio en la lista de las maravillas del mundo. Bueno, se corrigió mentalmente, no podía decir pueblo, eso ya se lo habían reprochado varias veces; era un Real Sitio. Frunció el entrecejo y calculó lo que iba a durar su exilio. Era un sitio precioso, pero todo le resultaba extraño. La gente le había parecido muy dura y seca, y daba la impresión de que todos se conocían. Miró sus correos y se quedó rumiando. Aunque apreciaba la tranquilidad, después de la cantidad de trabajo que tenía en Europol, pensó que un poco más de movimiento sería de agradecer. Echó un vistazo al reloj, se frotó las manos y se dijo que, con un poco de suerte, en dos horas estaría en Madrid. Sonó su teléfono.

—¿Teniente? —La voz del guardia Suárez sonaba excitada—. Tenemos una llamada de Peguerinos: han encontrado un cuerpo.

Karen se incorporó. Un cadáver era algo inusual; se trataría de un accidente o un problema médico.

—¿Quién ha avisado? ¿Está al teléfono todavía? —contestó la teniente.

—Tres paseantes, sí, las tengo en espera, le paso con ellas. Ya he llamado al SAMUR.

El teléfono permaneció un momento en silencio hasta que se restableció la comunicación.

—¿Hola? —dijo Karen.

—Sí, sí, estamos aquí, está muerta… —respondió una mujer con voz agitada.

—Teniente Blecker, Guardia Civil, ¿con quién hablo?

La voz, un poco entrecortada por la escasa cobertura, contestó atropellada.

—Soy Mercedes, la de la sidrería…

Karen reprimió una sonrisa. Los años en el extranjero le habían hecho

olvidar la costumbre de los pueblos, casi medieval, de identificarse por el oficio.

—Muy bien, Mercedes, dígame exactamente con quién está, dónde y qué es lo que han encontrado.

La línea crujió y pensó que la comunicación se había cortado, pero no, las explicaciones llegaron seguidas como una metralleta.

—Pues mire, veníamos mi hermana, mi madre y yo paseando cuando hemos visto una tela blanca detrás de una curva. Al acercarnos, nos hemos dado cuenta de que era una monja, pero no se movía. Mi hermana Isabel ha dicho que está muerta.

Karen apuntó los datos y preguntó:

—¿Dónde están ustedes exactamente?

—En el Camino de las Embarazadas… Pasado el segundo arroyo, antes de los helechos.

—¿Calle de Peguerinos? —inquirió mientras cotejaba las informaciones de Suárez.

—¿Calle? —respondió la mujer extrañada.

Ya estaba otra vez. Las indicaciones, en ese pueblo, eran, cuanto menos, misteriosas. Las calles tenían otros nombres a los indicados en las placas esmaltadas azules, y eso le hizo pensar que todos, excepto ella, parecían entender de qué sitios se trataban. Pero se dijo que, si Suárez había mandado al SAMUR, sabría dónde se encontraba ese camino.

—No se muevan de ahí, por favor, no toquen nada, una patrulla y el SAMUR van hacia allá.

—Sí, sí, claro, aquí esperamos…

Colgó el teléfono, cogió el anorak del perchero, alegrándose de haberlo cogido por la mañana y, armada con el papel de las explicaciones, salió cerrando la puerta tras de sí. Golpeó una vez en la de al lado antes de abrirla. Un hombre muy delgado de unos treinta y cinco años con el pelo negro, la piel muy pálida y una nariz prominente que sostenía unas gafas de leer levantó la mirada del ordenador.

—Brigada Cano —exclamó—, tenemos un cadáver. Y abríguese, vamos al monte.

José Luis Cano se incorporó a toda velocidad, apagó el ordenador y agarró los guantes y las llaves que tenía sobre el escritorio. Salían por la puerta cuando el guardia Suárez apareció. Era un hombre bien parecido y fuerte, extremadamente amable. Karen se había esforzado por hablar con él cuando llegó, ya que notaba que los otros lo evitaban, hasta que se dio cuenta de que el guardia tenía la costumbre de enredar a la gente en eternas peroratas de las que uno solo se podía liberar encontrando a otra víctima. Cano levantó las cejas, pero Karen se dijo que, con tres testigos, bien podrían necesitar ayuda, así que le propuso ir con ellos. Suárez, que no disfrutaba de muchas ocasiones para salir del cuartel, estaba exultante. La teniente se sentó al lado de Cano y los puso al corriente de la

conversación mientras el brigada conducía. Como cada vez que entraba en San Lorenzo, Karen se quedó impresionada por la aparición de la inmensa mole del monasterio. Sonrió al oír a Suárez desde el asiento de atrás citando los años que llevó construirlo, así como la cantidad de ventanas y patios que albergaba. Cano sacudió la cabeza con resignación y atravesó el arco de la universidad mientras el guardia pasaba de las explicaciones del edificio monacal a los detalles del universitario.

—Vamos a la calle de Peguerinos, después de un arroyo —especificó la teniente tras consultar sus notas.

Cano y Suárez la miraron asombrados.

—Donde las embarazadas… —rectificó el guardia.

—La testigo ha dicho el Camino de las Embarazadas, efectivamente, después del segundo arroyo y antes de los helechos —replicó irritada.

—Sí, si está bien claro, mi teniente, no se preocupe —respondió Suárez —. Está a cinco minutillos.

Cano había notado su inseguridad ante la descripción y tradujo.

—Es un paseo muy largo pero muy plano, por eso se le llama de las embarazadas… Se las lleva ahí si no se ponen de parto.

—Ya, y también para embarazarlas —interrumpió Suárez divertido.

Cano hizo una mueca, pero no dijo nada.

—Tiene cuatro arroyos —continuó Suárez— y, aunque según la temporada algunos están casi secos, es la única manera de indicar la posición. Ha sido muy exacta —añadió.

—¿El SAMUR lo entenderá también? —preguntó la teniente.

—Pues si son de aquí, sí, claro —resopló Suárez lanzándole una mirada conmiserativa a Cano—, y si no, llamarán…

Comenzaron a subir hacia el monte por una carretera asfaltada. La teniente se esforzó en buscar los nombres de las calles, pero solo en una de las cuatro bifurcaciones que pasaron fue capaz de encontrar un cartel donde aparecía indicado. Cano abandonó el camino asfaltado y se metió en otro de tierra lleno de boquetes que se estrechaba hasta dejar espacio para un único vehículo. A un lado quedaban unas casas con aspecto de estar cerradas, al otro, bosque. Cano se volvió hacia ella como si le hubiese leído el pensamiento.

—Estas casas solo están habitadas los fines de semana y en verano.

—Entonces tendremos pocas probabilidades de encontrar testigos —dijo Karen decepcionada.

—¿Aquí y en esta época? Nadie —corroboró Cano—. Pero vienen algunos a caminar, sobre todo con perros. Y alguno que otro a buscar setas, pero esos van más arriba, por el monte.

—¿Setas?

—Níscalos y boletus, sí —añadió Suárez—. Depende del año, pero con la sequía que hemos tenido este otoño, poca cosa. ¿Sabe? Lo que se necesita para las setas es que caiga agua en agosto, entonces, cuarenta días

más tarde, salen. Según dónde caiga, salen por Santa María, Peguerinos o hacia el Valle… —En ese momento Cano frenó y le interrumpió sin miramientos.

—La verja está abierta, el SAMUR ya debe estar.

—Se cerró el camino porque era un descontrol, los chicos subían con las motos —añadió Suárez en absoluto molesto por la interrupción.

Era, como habían dicho, un paseo muy llano dentro de un bosque de pinos. A la derecha se adivinaba la negrura del monte y al otro lado, al final del valle, se veían las luces de Madrid. Los faros del coche iluminaron un banco colocado para poder disfrutar de la vista. Cruzaron el lecho de un arroyo, adentrándose cada vez más en la espesura. Detrás de una curva, una pequeña luz apareció en la oscuridad.

—¿Y eso? —preguntó Karen extrañada.

—Es un altarcito con una hornacina para la Virgen —explicó Suárez—. Los niños traen flores y antes algunos traían velas, así que era un desmadre. Imagínese, los forestales tenían que venir por las noches a apagar las velas, pero ahora, con las lucecitas LED… Ya viene el segundo arroyo, deben estar cerca —añadió.

Tras una nueva curva el bosque se iluminaba de tonos azulados. Cano aparcó en el borde del camino y ya a pie se acercaron hacia los sanitarios, que negaron con la cabeza.

La teniente se fijó en lo que parecía un montón de tela blanco y no pudo evitar pensar en los cuadros de Zurbarán y sus monjes. Karen se volvió hacia Suárez, que ya estaba charlando con los del SAMUR.

—Suárez, pida que nos manden a la científica y le pasen aviso al juez.

El guardia se alejó y la teniente se volvió hacia el brigada. Le tendió un cuaderno que sacó del bolsillo.

—Apunte todo lo que digan las testigos, por favor. Espero que escriba rápido, quiero las palabras exactas, no su interpretación de lo que dicen. Y menos un resumen.

Cano hizo un gesto de disgusto casi imperceptible que a la teniente no le pasó inadvertido. Ella se sonrió.

—Ya verá cómo nos ayuda. Y, antes de que me lo pregunte: no, no puede grabar con el teléfono, intimida a la gente, mientras que el papel, no.

Cano hizo una mueca y la siguió hacia el grupo de los sanitarios, que esperaban junto a las tres mujeres.

—¿Han tocado algo? —preguntó Karen.

—No, Isabel ya se había dado cuenta de que estaba muerta —dijo uno de los enfermeros, señalando a una de las tres mujeres que se mantenían juntas cerca de la ambulancia, como si la luz pudiese infundirles calor—, así que solo hemos comprobado.

La teniente se acercó a ellas.

—Teniente Blecker, Guardia Civil. ¿Quién de ustedes ha llamado?

Recordó que había dicho que paseaba con su hermana y con su madre. Dos eran morenas, de rasgos parecidos y delgadas. La tercera, que debía ser la madre, guardaba un cierto parecido con ellas, aunque era más mayor, bajita y rellenita, y tenía el pelo blanco. Una de las jóvenes se adelantó.

—Yo, soy Mercedes.

La de la sidrería, pensó Karen. Asintió y lanzó una mirada de soslayo a Cano, que había abierto el cuaderno y apuntaba.

—Hemos hablado antes. Cuéntenos por favor lo que han visto y si han llegado a tocar algo —pidió Karen.

—Veníamos paseando como todos los días —empezó a relatar la mujer —. Hoy íbamos tarde, porque Isabel ha llegado con retraso, y al pasar la curva hemos visto el hábito.

—¿Cómo estaba? ¿La han movido? —inquirió la teniente.

Negaron con la cabeza.

—Está donde nos la hemos encontrado —contestó la llamada Isabel—, pero la he tenido que agarrar el hombro para tocarla el cuello. No se la veía la cara y solo la he apartado un poco la toca para medirla el pulso. Es ahí donde me he manchado con la sangre.

—¿La sangre? —repitió la teniente.

—Sí, sobre la sien, en la toca. No se ve porque es negra, pero mire cómo se me han puesto los dedos… —respondió Isabel extendiendo la mano.

Karen lanzó una mirada de desaliento a Cano y pensó que no habría manera de saber exactamente cómo había quedado el cuerpo. Dirigió la vista al cadáver: no se le veía la cara, cubierta por el hábito. Se volvió hacia las tres mujeres arrebujadas en sus abrigos.

—¿Alguna de ustedes la conocía?

La más bajita, que hasta el momento no había dicho nada, respondió segura.

—No, no la conocemos, pero debe ser una de las hermanas que mandan nuevas al convento.

—¿Qué convento? —Karen intentó recordar si Cano le había dicho algo de un convento en San Lorenzo. Le miró interrogante y este asintió —. ¿Una monja nueva?

—Sí, las madres carmelitas —explicó la mujer—, son de clausura, pero como ya no hay vocaciones y les sobra espacio tienen una especie de residencia para monjas de otros sitios. Lo digo por el hábito, no es de carmelita.

—¿Se cruzaron con alguien en el camino mientras paseaban?

Las tres se miraron. La bajita contestó.

—Pues no…

—Estaba el del chihuahua, ¿no? —dijo la de la sidrería.

—No, quita, que eso fue ayer… —corrigió Isabel.

Quedaron en silencio y Karen comprendió que por ahora eran los

únicos testigos con que contaban. La radio del SAMUR empezó a sonar.

—Si no nos necesitan ya, nos vamos.

Karen asintió y se despidió. Mientras la ambulancia maniobraba aparecieron los de la científica y comenzaron por acordonar la zona e instalar luces para iluminar el pinar.

De uno de los coches surgió un hombre rubio que debía medir casi dos metros. Karen era alta, pero incluso ella parecía una muñequita a su lado. Se acercó y le tendió la mano.

—Buenas tardes, soy el doctor Sebastián Benavides.

—Teniente Karen Blecker, brigada Cano y el guardia Suárez —explicó señalando al guardia, que había acudido presuroso a presentarse. Señaló el hábito y dijo—: Una monja, todavía no sabemos si accidente u homicidio.

—Una religiosa… —dijo el hombre.

Karen no pudo evitar darse cuenta de la corrección, aunque el forense no parecía haberlo dicho con ánimo de criticar.

—Sí, pero no es carmelita —especificó Karen.

—No, desde luego que no. —La teniente lo miró asombrada y el forense continuó—. Las carmelitas van de marrón en recuerdo al color de la cruz. Esta hermana viste hábito blanco con toca negra. Podría ser dominica.

—Está usted muy puesto en hábitos, doctor.

—O usted muy poco, teniente —respondió con una sonrisa—. Bueno, vamos a echarle un vistazo.

Benavides se acercó y levantó delicadamente la toca negra para descubrir un rostro apacible, sin grandes huellas del paso de los años. Karen no supo ponerle edad.

El médico empezó a dictar en su móvil mientras sus ayudantes sacaban fotos.

—Cadáver femenino, unos 65 años…

—¿Qué? —interrumpió Karen asombrada.

El médico paró la grabación, levantó la vista y sonrió.

—Está pensando en lo que hace una vida sin vicios, ¿verdad? Yo no creo que sea solo eso, es llevar una vida en paz, sabiendo que se hace lo correcto. Saber de dónde se viene y a dónde se va.

—Pues espero —dijo Cano con una sorna que hizo volverse a la teniente, extrañada— que, si esto es lo que parece, no supiese a dónde se dirigía cuando vino a pasear.

Benavides no respondió y se volvió hacia el cadáver. Suárez se acercó a ellos.

—Tengo los datos de las tres. ¿Qué le parece si las bajamos al pueblo? Está empezando a hacer frío y no se van a volver andando.

Las testigos se habían colocado tras el guardia como si buscaran su protección.

—Sí, claro —dijo Karen frotándose las manos—. Llévelas a sus casas y

pídales que se pasen mañana por el cuartel para que les tomemos la declaración completa. Suárez, ¿les ha preguntado si habían visto algún coche que llamase su atención?

El guardia asintió, encantado de poder responder de manera positiva.

—Sí. Dicen que no había ninguno aparcado al principio del paseo, pero que cuando subían por la calle han visto bajar algunos. Hay un restaurante aquí arriba y probablemente eran clientes que salían de la sobremesa.

—Intente enterarse de si se acuerdan de algún detalle, marca o color.

Suárez asintió y se volvió hacia ellas.

—Mire al salir si por casualidad alguna de las casas tiene un dispositivo de vigilancia —pidió Karen.

—Claro —contestó el guardia—. Las dejo y subo a por ustedes, mi teniente.

—Se pueden bajar con nosotros, si quieren —interrumpió el médico.

La teniente asintió. El forense abrió su maletín y Karen evitó colocarse a su lado para ver lo que hacía. Pensó que no servía de nada distraerle con preguntas evidentes que el forense ya conocía de antemano. Cuanta menos lata le diese, antes acabaría y más detalles podría contarle. Dio unos pasos por el camino que seguía internándose en el bosque. Oyó unos ladridos a lo lejos y el crujir de unas ramas, todo mezclado con los ruidos metálicos de los trípodes que instalaba la científica. Hacía frío, se subió el cuello del anorak y se alegró de llevar los guantes. Cuando se acercó a ellos, el juez ya había llegado y había una camilla con un saco al lado del cuerpo. El médico seguía acuclillado, pero al oír sus pasos colocó con delicadeza la toca sobre el rostro de la muerta y se levantó.

—A primera vista y sin confirmar.

—Sí, claro —respondió Karen, contenta de encontrarse con un forense dispuesto a hacer una primera aproximación.

—Unos 65 años, fíjese en las manos, complexión fuerte, de aspecto sano. La muerte tuvo lugar aproximadamente hace unas dos, máximo tres horas —miró el reloj—, esto es: hacia las cuatro o las cinco de la tarde. Causa de la muerte, a primera vista: contusión craneal. Debió caer contra esa roca de granito del camino y golpearse en la sien. Cómo cayó es cosa suya. Superficialmente no se aprecia ningún daño aparte de la mencionada contusión. No creo que hayan desplazado el cuerpo. Y no lleva encima ninguna documentación.

Karen miró el suelo: arena prensada y pinaza. Las pisadas eran imposibles de reconocer. Se preguntó si lo que la hizo caer había sido un accidente, o a lo mejor un infarto. Había unas raíces en el suelo que sobresalían en el camino como las venas en las manos de las personas mayores, podría haberse tropezado con ellas y caído sobre la piedra. Era un peñasco de media altura rematado con una cresta que hizo a Karen pensar en los sílex prehistóricos. También la podían haber empujado, claro, se dijo. Pero se preguntó: ¿quién querría matar a una monja? Miró

el cuerpo; el hábito blanco parecía emitir una luz propia que contrastaba con el negro saco. El juez había terminado ya, cerró su maletín, se despidió y, con dificultades, maniobró hasta girar el coche en el camino. Benavides se volvió hacia ellos.

—¿Nos vamos? Mañana les podré contar más.

—Encantada —respondió la teniente—, si no le resulta molestia. Cano, nos vamos.

—Claro que no, ¿dónde les dejo? —preguntó el médico.

—En la plaza de San Lorenzo, si le viene bien.

El médico activó un botón del mando a distancia y la puerta eléctrica del monovolumen se deslizó sin hacer ruido. Se dirigió al brigada y sonrió.

—Mire a ver si puede encastrarse entre las dos sillitas de detrás, me queda un sitio ergonómicamente correcto.

Cano consiguió encajar su largo cuerpo entre los dos tronos vacíos y apretó el botón de cerrar la puerta. Karen se sentó delante. El médico dio la vuelta con bastante más facilidad que el juez con su todoterreno y lanzó una carcajada.

—Ya sé lo que están pensando —dijo—, pero es práctico. Bueno, para el brigada puede que no tanto… —Rio—. No se preocupe, que le ayudaré a salir.

La voz de Cano irrumpió desde las profundidades.

—¿Está pluriempleado en una guardería?

El médico lanzó una carcajada.

—Pues casi se podría decir que sí… Tengo seis hijos.

—¡Seis! —exclamaron a la vez los dos guardias.

—¿Por qué les asombra tanto? —respondió Benavides divertido.

Karen se corrigió rápidamente.

—No, asombrarme no, pero llevo bastante fuera y la verdad es que hace tiempo que no veo familias numerosas.

—Sí —dijo Benavides—, he oído que viene usted del extranjero, ¿no?

—Estuve unos años en Alemania y después en Europol.

—¿Bruselas? —preguntó el médico interesado.

—No, La Haya.

Karen intuyó la siguiente frase, que oía una y otra vez: «Vaya, qué pena, ¿no? Bruselas debe ser mucho más fácil para vivir. Y qué frío…». A veces, con la coletilla: «pero qué reina más simpática, claro, como es argentina…». Pero esta vez no fue así.

—Los holandeses son un pueblo admirable, tienen unas convicciones muy firmes.

Una sorpresa más. La visión generalizada de Holanda basculaba entre la porcelana de Delft, los escaparates de las prostitutas de Ámsterdam, la posibilidad de comprar marihuana en los *coffee-shops*, la reina Máxima, el uniforme naranja de las selecciones deportivas, el frío y la mala comida.

Bueno, en esos dos últimos puntos no les faltaba razón.

—Sí —admitió Karen—, los holandeses son una mezcla asombrosa.

—Perdone la indiscreción, pero ¿es usted holandesa? Lo digo por el nombre…

—No, solo medio alemana. Fue el saber alemán lo que me llevó a Europol.

Entraban ya en el pueblo y las luces entre los árboles eran mucho más abundantes. El forense guio el vehículo por las calles empedradas y se detuvo ante el ayuntamiento. Activó un botón para abrir la puerta trasera, Cano consiguió salir y Karen se bajó.

—¿Hablamos mañana por la tarde? —propuso Benavides—. Ahora ya no vuelvo al despacho.

Asintieron.

—Que descansen.

Karen levantó la mano para despedirse mientras el vehículo familiar desaparecía calle abajo. Cano gruñó.

—Me he quedado escorado…

Karen rio.

—Claro, como usted iba sentada en primera… —protestó el hombre frotándose las lumbares.

—Nada que no arregle una caña —propuso la teniente—, ¿o tiene usted plan?

Cano negó con la cabeza.

—No sé si una caña lo arreglará, mi teniente, he oído mis huesos crujir… —Escrutó la plaza y señaló una esquina—. ¿La Taberna del Corcho le parece?

La plaza estaba desierta, la bruma envolvía la iluminación eléctrica de las calles haciéndolas parecer farolas de gas y el relente había dejado unas gotas sobre el enrejado de hierro que delimitaba su perímetro. Desde donde los había dejado Benavides se veían las cúpulas del monasterio iluminadas y Karen tuvo la impresión de estar en un decorado teatral. Sus botas resonaban sobre las losas de granito hasta que una campana cercana empezó a dar los cuartos para acallar cualquier otro sonido con las horas enteras. No había acabado de repicar cuando Cano abrió la puerta del establecimiento, aislado del exterior por una cortina de fieltro. Apartó la tela y una bofetada de calor les dio de lleno en la cara. El zumbido de las conversaciones, las carcajadas, el chocar de vajilla y el trasiego de sillas cortó de golpe el tañido. Karen tuvo la sensación de entrar en otro mundo y le pareció que los oídos se le taponaban hasta que Cano levantó la voz a la vez que señalaba dos sitios al final de la barra. Un camarero de rostro alargado y ojos claros se volvió hacia ellos con una sonrisa de bienvenida. El brigada señaló el grifo y levantó dos dedos. No se habían sentado todavía en los taburetes cuando los dos vasos aparecieron frente a ellos con un golpe que hizo desbordarse la espuma blanca hasta dejar un cerco

sobre la madera barnizada. Cano empujó uno de ellos hacia Karen y cogió el suyo.

—Bueno, ¿qué le parece? —preguntó el brigada.

—Un poco pronto para decir nada —suspiró la teniente.

—No, si me refiero a nuestro forense de la Obra…

—¿De la Obra? No le entiendo —respondió Karen extrañada.

—Hombre, sí, ¿no se ha dado cuenta? —insistió Cano.

—Me ha parecido muy correcto, sí. Debe ser muy religioso.

—¿Religioso? Ese es del Opus, se lo digo yo.

Karen pensó que llevaba demasiados años fuera.

—Ah, de la Obra.

Se acordó de sus correcciones y de la frase sobre los holandeses, y se dijo que a lo mejor el brigada tenía razón. Se encogió de hombros y contestó un poco seca.

—Lo cual no le quita aptitudes.

—No, claro, no quería decir eso.

Cano calló y un silencio incómodo se instaló entre ellos. Karen no añadió nada más. Era una de las cosas que había aprendido viviendo fuera: no se permitía comentar la forma de vida de los otros, es más, le parecía una falta de educación. Era ahí donde se daba cuenta de las diferencias entre los países del norte y los del sur: a ella le parecía inadmisible discutir las preferencias religiosas del forense, mientras que Cano lo hacía con toda naturalidad y, a lo mejor, ni siquiera con tono crítico. Sonrió pensando en cómo reaccionaban los españoles en La Haya cuando, tras unos días de baja por enfermedad, no se les acribillaba a preguntas sobre su dolencia. Pasaban años hasta que comprendían que no se trataba de falta de interés, sino de discreción. Una tapa con dos empanadillas interrumpió sus divagaciones.

—Bien, para mañana —comenzó la teniente—, lo primero es establecer la identidad de la monja. Tenemos que ir al convento de las carmelitas que nos ha dicho la madre de la de la sidrería —«Mierda», pensó, «hasta yo estoy empezando a nombrarlas por su oficio»— y, si no la conocen, enterarnos de si hay algún otro por las cercanías en el que pudiese vivir. —Cano asintió y tomó nota—. Hay que comprobar los dispositivos de seguridad de las casas circundantes y volver a hablar con las tres paseantes, aunque dudo que saquemos nada más en limpio, eran bastante precisas… Por la tarde nos acercamos al anatómico forense para ver si el doctor Benavides ha terminado.

—¿Usted qué cree? —preguntó pensativo Cano.

—No lo sé, pero es extraño encontrarse a una monja muerta en medio de un pinar. Es probable que haya una explicación completamente racional. —Se encogió de hombros—. Está de paseo, un pie se le engancha con las raíces y se cae de lado dándose con la roca —dijo Karen—. O sufre un infarto que la hace caer.

—A lo mejor solo admiraba la vista y no se fijó dónde ponía los pies, o miraba hacia otro lado. Ya sabe, eso de, si vas al bosque, mira hacia arriba.

Karen, al oír esa frase, se sintió de repente trasladada a un parque de La Haya. Una techumbre de hojas de roble filtraba unos rayos de sol. Se vio a sí misma tumbada sobre una manta de pícnic riendo, recordó el olor a tierra húmeda. Se rozó la mejilla y volvió a sentir el áspero tacto del pantalón de verano de Philippe sobre la piel. Evocó la belleza del entramado verde y su voz, que le decía, «si vas por el bosque, mira siempre hacia arriba». La voz de Cano la sacó del verano centroeuropeo para devolverla de golpe al otoño de San Lorenzo.

—Casi no le merece la pena bajarse a Madrid…

—Ya —contestó Karen volviendo a la realidad serrana—, eso estaba pensando. ¿Cree que me encontrarían una cama en el cuartel?

—Claro —dudó, la miró y añadió—, podíamos cenar aquí, si le parece.

Karen asintió y Cano se levantó.

—Lo arreglo en un minuto, déjeme hacer una llamada.

Salió del bar con el teléfono en la mano y ciñéndose la bufanda. La teniente se quedó sola y observó el local. Los espacios entre las oscuras vigas del techo habían sido rellenados con botellas. Las paredes eran de un tono claro, decoradas con citas y refranes referentes al vino. Las copas colgaban encima de la barra y los manteles de vichy a cuadros rojos y blancos invitaban a sentarse. El entrechocar de vajilla y las conversaciones formaban una coraza protectora contra la noche y pensó que el ambiente era acogedor. Había pedido la carta cuando Cano volvió frotándose los brazos.

—Le tendrán un cuarto preparado. ¿Qué le apetece?

—Algo contundente, si no le importa, con esta temperatura… ¿Qué le parecen unas fabes con almejas? Hace años que no las como… —dijo ilusionada.

—¿Y una chistorra? —añadió Cano—. Es muy buena. Y tampoco la tomaría usted en Holanda cada día.

Karen asintió.

—¿Un pisto para cerrar el círculo?

—Hecho. ¿Barra o mesa?

—Bueno, Cano —dijo la teniente conteniendo la risa—, pensando en su pobre espalda podemos pasarnos a una mesa.

—Pues mire, no le voy a decir que no lo prefiera, la verdad.

Pidieron los platos y se sentaron en una de las mesas junto a la pared. Era la primera vez que salían fuera del horario de servicio, ya que la teniente acababa de ser trasladada y estaba instalada en Madrid y no en el pueblo. Cano sonrió para sus adentros y se dijo que así empezaban muchos. Él mismo, que era oriundo de San Lorenzo, cansado de la vida de pueblo, se había ido a vivir unos años a la capital, y cuando le destacaron al cuartel de San Lorenzo, se pasó una temporada subiendo y bajando con

la excusa de tener los teatros y los cines cerca. Acabó agotado de pasar todos los días dos horas en el tren, y había terminado comprando un pequeño piso en una casa antigua con techos altos, un buen parqué y una puerta de madera sin blindar que probablemente podría dejar todo el día abierta sin que pasase nada. Si iba a un concierto o quería salir, no tenía más que coger el tren, o el coche, y en una hora estaba en Madrid. Había llegado a la conclusión de que la calidad de vida en San Lorenzo era infinitamente mejor, el aire era limpio y la gente se llamaba por su nombre, eran vecinos en el estricto sentido de la palabra. Al final eran sus amigos los que acababan por subir a verle huyendo de la capital. Observó a la teniente con detenimiento mientras esta contestaba un mensaje. Era alta, de unos cuarenta y pico bien llevados. Se le notaba el entrenamiento, así como una buena educación. El uniforme le quedaba impecable, pensó con una cierta envidia. A Cano le vino a la mente Hugo Boss, el sastre militar alemán, y se preguntó si no serían más los cuerpos que la mano del modista lo que hacía los uniformes impecables. Compungido, se dijo que él, que tenía medidas extremas, unos brazos y piernas demasiado largos y era muy delgado, no encontraba chaqueta y pantalón que le quedasen bien, mientras que a ella le iban como un guante. Hasta ahora, Cano nunca había trabajado a las órdenes de una mujer, probablemente debido a la cuota proporcionalmente baja de guardias civiles femeninos. Cuando los avisaron de la llegada de esa teniente del extranjero, el brigada se preguntó varias veces por qué le había tocado a él lidiar con ella. Hasta el momento no había dado muestras de querer hacer hincapié sobre los grados, aunque tampoco mostraba la camaradería campechana de otros compañeros. Desde que había llegado no había abandonado el *usted*, manteniendo así una distancia invisible entre ellos y confirmando su primera impresión: la de ser seca y estirada. Aunque tuvo que reconocer que reflexionaba antes de hablar e intentaba, como había hecho con el forense, dejar hacer su trabajo a los otros. Pero tenía sus manías, se dijo Cano, y su ridícula exigencia de transcribir literalmente era una prueba de ello. Y encima era terca, se había negado a discutir. Era española, se dijo, pero había algo en ella que la hacía diferente, probablemente los años pasados en el extranjero. Cano no sabía nada de su vida privada, solo que ahora vivía en Madrid y que no llevaba anillo de casada. Aunque, se corrigió, eso no quería decir gran cosa: él llevaba uno y no lo estaba. No había mencionado nada de niños ni a nadie con quien compartiese su vida, pero tampoco había llegado a decir algo que se saliese del ámbito laboral. Cano asumió que no había nada que supiese de su nueva jefa salvo sus orígenes alemanes y que había entrado en el Cuerpo a través de las fuerzas armadas. Aunque antes, pensó, le había parecido entrever una calidez en su mirada que le resultó nueva. Pero la teniente había parpadeado inmediatamente y se había parapetado de nuevo tras sus defensas. Cuando llegó la chistorra, el brigada se dijo que, por lo menos, no era de comer

ensaladitas, y cuando pidió una segunda caña suspiró aliviado de que no fuese de la liga.

—¿Le ha resultado difícil volver a Madrid? —preguntó Cano.

La teniente le miró sorprendida y se preguntó si no habría juzgado al brigada demasiado rápido. Su primera impresión había sido de rechazo, le pareció que Cano era demasiado impulsivo, vehemente y con propensión a prejuzgar, como había hecho con Benavides. Su pregunta la hizo reflexionar, ya que lo habitual, junto a los otros prejuicios, era partir de la base de que la vida en el extranjero era un infierno. El alejamiento de la tierra prometida. Un exilio en el que no se hace otra cosa que buscar compañeros de infortunio, a ser posible mediterráneos, para intentar recrear una España allí donde uno se encuentre. Con la crisis y el éxodo de jóvenes extramuros, las cosas habían cambiado un poco, pero se seguía utilizando la frase de «se ha tenido que ir a trabajar fuera» como a quien expulsan de clase por portarse mal. Pensó en el título de un libro sobre los antiguos emigrantes, *Hemos perdido el sol*. Era eso, una sensación generalizada de pérdida, que pese a ser rigurosamente cierta en lo que concernía al astro, conllevaba la dificultad de aceptar el extranjero como una posible ganancia. Su caso era un tanto diferente, y era probable que por eso le resultaba más fácil ver las cosas de forma distinta. Siempre se había sentido extranjera. Nacida en España, sí, pero con un nombre sin onomástica y un apellido que siempre debía deletrear. Un padre alemán y una educación francesa, lo que hoy se llamaría una europea, pero sin las raíces comunes que compartían los habitantes del sur de los Pirineos, lo que hacía de ella, en términos antiguos, una ciudadana de Roma pero no romana. Miró a su compañero y, por primera vez desde que había llegado, pensó que podrían entenderse bien.

—No me responda si no quiere… —dijo Cano.

—No, no se preocupe. Es que me ha dejado asombrada la aproximación. Normalmente se espera que, al volver, reaccionemos como en el anuncio de turrones de Navidad. Juntemos los ahorros para pagarnos el vuelo, llegar, abrazar al personal y lanzarnos al ágape de langostinos y polvorones.

Cano sonrió, no era una mala descripción. No contestó y la dejó seguir.

—Pues efectivamente, no es fácil, la verdad. Es difícil acostumbrarse a la *gran* ciudad después de años en algunas muy pequeñas donde las distancias más grandes son veinte minutos. Es difícil el aire, mucho más sucio. En cuanto a la gente, se hace complicado aceptar la curiosidad, a veces recubierta por una capa de solicitud. El interés, a veces envuelto en una capa de falsa amistad. Pero es maravilloso levantarse y que brille el sol. Que un día de lluvia sea la excepción. Ver a los ancianos paseando al sol por las calles es una garantía de esperanza; salen, hablan, no morirán solos, como uno de cada cuatro nórdicos. Los grupos de amigos en las terrazas y los niños correteando son la norma, no la excepción debida a un

día de fiesta que asombrosamente ha traído sol, sino un modo de vida. La persistencia en las familias y en las amistades. La relación intensa que se mantiene aquí con la zona en la que se ha nacido, ahogada en el norte por la necesidad implícita, que es también posibilidad, de los desplazamientos laborales.

Las fabes y el pisto aparecieron en la mesa. Los vasos estaban vacíos y el camarero los retiró no sin ofrecerles otra caña.

—Casi mejor una copa de tinto con las fabes, ¿no? —propuso la teniente.

Efectivamente, no es de la liga, confirmó Cano para sí.

—Me apunto.

—Dígame, Cano, ¿qué sabe de las monjas de este pueblo?

—La verdad es que poco, no soy nada religioso. Sé dónde está el convento, aunque nunca he visto movimiento. Curas sí, los agustinos del monasterio, a esos se los ve a menudo. Son los que llevan el colegio y parte de la universidad. Y, desde luego, el párroco. Pero monjas no se ven tantas.

Karen asintió.

—Las carmelitas se levantarán pronto, así que lo primero es ir al convento. No se preocupe por mí, voy dando un paseo y así bajo las fabes. ¿Me recoge a las ocho?

Después de la cena, Cano subió la calle Floridablanca hacia su piso. Se detuvo un momento en la reja que permitía una vista del monasterio tras las Casas de Oficios y continuó el ascenso. La calle estaba silenciosa y la humedad del ambiente hacía sentir el frío de modo más intenso de lo que probablemente marcase el mercurio. Las escaleras de madera daban una sensación de calidez y el crujido de los escalones eran siempre el preludio de su otra vida, la vida fuera del Cuerpo. Metió la llave, abrió la puerta y encendió la luz. Se despojó de la chaqueta en la pequeña entrada y pasó a un salón acogedor con las paredes recubiertas de libros. Un sofá con una lámpara de lectura al lado de la ventana invitaba a sentarse. Cogió un libro y se dejó caer en el sofá.

Karen descendió Floridablanca y se detuvo en la cuesta que bajaba al monasterio. Los dos edificios de las Casas de Oficios estaban unidos por algo que le recordaba al puente de los Suspiros, le preguntaría a Cano o a Suárez mañana si también era el último paseo de los condenados. Suspiró y pensó en los días que había pasado con Philippe en Venecia. La ciudad en sí les había resultado agobiante, pero habían cogido un coche de alquiler, recorrido las villas palladianas al atardecer y visitado el monte Grappa. Se puso en marcha de nuevo e intentó controlar la melancolía que la invadió. Se volvió a preguntar de quién era la culpa, por qué dos adultos que se querían no habían conseguido encontrar una solución. Se preguntó si había sido la falta de diálogo, pero no, había intentado hablarlo, había hecho propuestas antes de decir que pediría el traslado a Madrid. Decir

no, se corrigió, había amenazado con él. Y por ello se había separado de Philippe y se había alejado todavía más de Max, su exmarido. Torció hacia Madrid y observó la carretera, que en ese sentido no tenía más atractivo que los restaurantes ya cerrados a cada lado, y apresuró el paso para llegar al cuartel.

2

Madrid, 1980

Los dedos del tendero saltaban sobre las teclas de la caja registradora arrancando un pitido mientras colocaba la mano izquierda posesivamente encima de cada producto a cobrar. La lista era larga, y Conchita ya había renunciado a la Nocilla y el yogur, pero la harina, la leche, el pan de molde, los huevos y el aceite hacían aumentar el tamaño del papelito que surgía impreso.

—1.254, guapa.

La niña enrojeció hasta la raíz del pelo, sintió la cara arder y los ojos llenarse de lágrimas.

—Solo tengo un billete de 1.000, ¿le importa que le pague el resto mañana? —susurró.

—¿Ya estamos otra vez? —dijo el tendero levantando la voz—. ¡Y eso que ni siquiera estamos a fin de mes! Y dime, ¿voy a tener que esperar para cobrar hasta que tu madre entre el sueldo?

—No, le prometo que no —aseguró la niña—, hoy cobraba en una casa. Hubiese venido ella, pero me hacían falta las cosas para la cena y ella no había llegado todavía.

El tendero observó los productos encima del mostrador. Sacó una agenda y un bolígrafo rojo para escribir, con una letra picuda y esmerada bajo la fecha, la cifra de 254 pesetas y el nombre de la deudora. Una pequeña cola que se había formado tras ella empezaba a murmurar. Un niño de unos cuatro años que se agarraba a su falda empezó a llorar. La niña, que no debía tener más que quince años, le acarició la cabeza automáticamente mientras el hombre metía las cosas en dos bolsas de plástico blancas.

—No te olvides —dijo el hombre levantando el dedo.

—No, claro, mañana mismo me paso. Y muchas gracias.

Conchita le ajustó el gorro al niño y cogiéndole a él con una mano y la compra con la otra empujó la barra de hierro de la puerta para salir del colmado. Sintió un frío inmediato, pero la cara le seguía ardiendo. El niño empezó a saltar y a Conchita le hubiese gustado acompañarlo para librarse de la sensación de calor del rostro, pero pensó que los huevos podrían llegar hechos tortilla, así que lo agarró firmemente para contenerlo hasta que llegasen al portal. Cuando la puerta de la calle estuvo cerrada, lo soltó

por fin y el pequeño comenzó la ascensión, juntando los dos pies en cada escalón.

—Pero si ahora ya puedes saltar… —le dijo la niña.

—Pero ahora estoy cansado, no quiero… —protestó el crío.

—Venga, Marcos, un cuento si me ganas…

—¿Cuál?

—¿Cuál quieres?

—¡*El autobús azul*! —gritó el niño y empezó a subir todo lo rápido que le permitían sus piernecitas.

La niña sonrió. Nunca habían sabido lo que decía *El autobús azul*. Se lo habían regalado a su madre en una de las casas en las que limpiaba y estaba en alemán. A los niños les daba igual, era su favorito, un perrito que ladraba delante del autobús azul y no le dejaba llegar puntual a su destino. Su madre decía que lo habrían comprado por el perro, ya que la señora que se lo regaló tenía uno igual, sobre todo con los mismos instintos. Este se colocaba delante del aspirador con aire de reto, como si le dijera «por aquí no pasarás». Su madre se reía y decía que era gracioso, un caniche negro con un lacito rojo en los rizos pulcramente peinados que respondía al nombre de Coco y que tenía un ladrido penetrante e insoportable. A Inmaculada, su madre le ladraba desde que entraba por la puerta, bloqueaba el aspirador y se enrollaba en el cable. La dueña de Coco era la que les había regalado el libro. Sus niños, ya mayores, habían tenido una *fräulein* (de ahí el idioma del cuento), y la señora quería liberar las estanterías. Inmaculada salía de la casa una tarde cuando se lo colocó entre las manos diciendo, «el saber no ocupa lugar, y quién sabe si no aprenderán algo». Así viajó *El autobús azul* del metro de Martínez Campos al de Carabanchel para convertirse en uno de sus libros favoritos. Conchita, la mayor, lo reinventaba siempre con gracia y hasta ladraba como el bicho mientras sus hermanos chirriaban los dientes imitando los frenos del autobús. Todos reían, se interrumpían los unos a los otros con sus sonidos y hasta su hermana Carmen participaba con una especie de relincho que les hacía doblarse del dolor provocado por las carcajadas.

—Está bien —dijo Conchita—, *El autobús azul* si me ganas.

La niña pensó que tenía que repasar Ciencias para el examen del día siguiente, pero se dijo que, con un poco de suerte, le daba tiempo a todo. Y, además, su madre debía estar al llegar. Abrió la puerta de madera de la que colgaba una imagen del Cristo de Medinaceli, dejó las compras en la cocina y llevó a Marcos al cuarto de los chicos. Su hermana Carmen, sentada en la cama, se balanceaba hacia delante y atrás mientras que sus otros dos hermanos, Juan y Pedro, jugaban a las tabas.

—¿Todo bien? —preguntó la mayor.

Al no recibir respuesta, levantó la voz.

—¿Y? ¿Ha ido todo bien? ¿Carmen?

—Que sí, claro, no se ha movido, como siempre… ¿Has traído la

Nocilla? No hemos merendado… —respondió Juan, un chico de unos once años, sin levantar la vista de las tabas.

—No había Nocilla. Os tomáis el pan con mantequilla y azúcar, o mejor, no tomáis, que vamos a cenar dentro de nada. No me queda más que envolver las croquetas.

—Jo, Conchi… —protestó el niño— yo quiero Nocilla…

—Pero qué dices, si la mantequilla es mucho mejor. Os dejo a Marcos mientras preparo la cena.

—¡Conchi, no! —gritó Juan—, que nos mueve las tabas…

—Que la Carmen le lea un cuento —zanjó su hermana.

—Carmen no sabe leer… —protestó el otro.

—Pues que lo mire —respondió la niña ya de camino a la cocina.

Conchita guardó las compras, se lavó las manos, colocó dos platos en la encimera, uno con pan rallado y el otro con huevo y comenzó a moldear croquetas. Se había colocado el libro de Ciencias apoyado sobre la pared e iba repitiendo para sí mientras leía y sus manos formaban los óvalos que dejaba ordenados en un plato.

Oyó la puerta y se le quitó un peso de encima. Le sorprendió que los pasos se dirigieran al baño porque su madre siempre entraba a la cocina a lavarse las manos y después pasaba a ver a los niños, pero siguió con la cena y cuando oyó el ruido de la cadena seguido de sus pisadas se tranquilizó.

—Conchi —preguntó una mujer de unos cuarenta años con aspecto agotado—, ¿está la compra?

—Sí, claro, pero tengo que volver. Qué bien que hayas vuelto tan pronto, no he podido pagar todo —contestó la niña.

Levantó la mirada y observó el rostro lívido de su madre. Era algo más que fatiga.

—¡*Mama*! ¿Estás mala? —exclamó.

—No lo sé —dijo antes de derrumbarse en una silla—, no he podido acabar las escaleras, tengo un dolor en el bajo vientre horroroso.

—Échate y no te preocupes —dijo la niña preocupada—, mañana estarás mejor. Ya acabo yo la cena, de todas maneras no me quedan más que unas cuantas pocas —dijo señalando los óvalos—. Si me das el dinero, voy ahora mismo a donde el señor Eusebio, pago y les compro a los peques la Nocilla.

—No puedo, Conchi — suspiró la madre —, como no he acabado las escaleras del lado de los cés, el portero no me ha pagado. Me voy a echar, no puedo más.

Conchita se acordó del calor de su rostro. Los números escritos en rojo estaban marcados en su cabeza.

—¿Y si las acabo yo? —propuso.

Sería una mentira decir que Inmaculada no había esperado esa propuesta. Ella había hecho por la mañana la lista y sabía que el billete que

le había dado a la niña no llegaba. También sabía que a la chica le fiarían más fácilmente que a ella. Inmaculada no protestó, Conchita no dijo nada acerca de su examen ni de la cena sin terminar y solo preguntó la casa que era.

—¿Qué queda? —inquirió mientras se lavaba las manos.

La madre se levantó con dificultad apoyándose en la encimera.

—He llegado hasta el séptimo. Barrer cada piso y luego fregar. Y los descansillos. No te olvides del ascensor. Cuando tengas que cambiar el agua, llama al 4.º D, la chica es amiga mía y le dices que no he podido acabarlas hoy. El portero es Francisco y si no está en la portería andará en su casa, el bajo. Le dices que acabas la faena en mi lugar y que te pague a ti. Y que perdone las molestias.

—¿Dónde es?

—Coges el metro con mi bonobús, te bajas en Rubén Darío, en la calle Fortuny.

La niña acompañó a su madre al dormitorio, cogió unos trapos limpios y pasó por el cuarto de sus hermanos, que seguían jugando a las tabas.

—¿Cuándo cenamos? —preguntaron los dos mayores a la vez.

—Juan, madre está mala, me voy a acabar la tarea. Te ocupas de tus hermanos, que se bañe Pedro con Marcos, la Carmen se queda con vosotros.

—¿Madre está mala? —preguntó el niño asombrado.

Era novedad, su madre nunca estaba enferma. Se levantaba antes que nadie, limpiaba la casa, dejaba la comida y la cena hechas y se marchaba con su uniforme y sus trapos antes de que los niños hubiesen acabado la leche del desayuno.

—No te asustes, voy a pasar a donde la Sonia para que os ayude luego con la cena. Tú ocúpate de todo hasta que vuelva.

—¿Y si vuelve padre? —preguntó Juan.

Conchita pensó en cómo responder. Dependía de si volvía, y también de cómo y de cuándo. Y, sobre todo, de cuánto. ¿Aparecería cuando ya estuviesen dormidos? Y, si llegaba antes, ¿en qué estado lo haría? ¿Cuántas copas llevaría en el cuerpo? La niña se dijo que últimamente la había tomado con Juan, los moratones del brazo y la pierna daban buena cuenta de ello. Bueno, pensó, Juan era rápido y, si llegaba pronto, este ya correría a donde su amigo Félix. Pero no, se dijo, esta vez no podía huir. Si no encontraba a Juan, la tomaría con la madre. Los pequeños todavía tenían bula, aunque Pedro empezaba a recibir las primeras collejas, indicio claro de que la veda del cachorro llegaba a su fin. Carmen no le preocupaba, al padre le resultaba invisible, podía sorber, llorar, dejar caer la sopa. El castigo se lo llevaba otro, nunca ella. Si Juan desaparecía y Conchita no estaba, sería la madre la única en recibir sus parabienes.

—Pues te aguantas, Juan —zanjó la mayor—, y sobre todo cuidas a madre. Ni se te ocurra correr a donde el Félix.

El niño inclinó la cabeza.

—Pero, Conchi, que el otro día ya no pude jugar al fútbol.

—¡Juan! Te quedas y le llevas a madre lo que necesite.

—Vale, vale… —dijo sin estar convencido—. A lo mejor no viene.

—Sí, a lo mejor hay partido y lo ve en el bar. Es más, he oído donde el señor Eusebio que juega el Atleti, así que tú tranquilo.

Juan la miró receloso.

—No he oído nada en el cole…

—Tampoco te enterarás de todo tú, ¿no?

—Que ya…

—Si vuelvo pronto paso a comprar la Nocilla.

La cara del niño se iluminó.

—¡Sí! Pero solo de la negra, ¿eh?

Se puso un anorak que le habían regalado a su madre. Tenía una quemadura en una manga, pero Inmaculada le había puesto un parche y era muy caliente. Pasó por casa de la vecina a explicarle que se tenía que ir y que Inma estaba mala. Esta prometió pasar a verla y echar una mano con la cena. Conchita bajó corriendo las escaleras y se encontró en la oscura calle. El frío se colaba con el viento por el cuello del chaquetón, corrió hasta la parada del metro y agradeció la bocanada de aire caliente que subía por las escaleras. El vagón no estaba lleno, encontró un sitio para sentarse y sacó su libro de Ciencias. Se bajó y buscó la dirección en el plano que había tras la ventana de plexiglás. La calle estaba animada y se cruzó con unas chicas de su edad, vestidas con uniforme de colegio con los libros bajo el brazo. Pasó por una cafetería cuando se abría la puerta y una mezcla de olor de bollo dulce recién horneado y calidez le dio de lleno en la cara. Aceleró el paso, comprobó los letreros de las calles en una esquina y encontró el edificio. Este tenía dos entradas, una situada en lo alto de una escalinata y otra abierta a ras de la calle marcada con la palabra servicios. No tuvo dificultades en encontrar al portero, que, aunque protestó y le dijo que «menuda faena, todo el lado de los cés sin limpiar, a ver si se cree tu madre que esto es como la farmacia de guardia», le explicó dónde estaban las cosas de la limpieza. Conchita subió con el cubo cargado y bajó por todos los pisos. Cuando acabó le daba vueltas la cabeza, le dolían los hombros y la espalda. Vació el cubo por última vez, recogió todo y se fue a buscar al portero, que ya no estaba en el portal. Tocó en su piso, que tenía la puerta entreabierta y del que salía un olor a verdura hervida. El hombre salió en mangas de camisa con cara huraña.

—Ya he acabado —informó Conchita— y todo está guardado.

—Espero que haya quedado bien, a ver si van a protestar los señores —rezongó el portero.

—Sí, sí, no se preocupe, que mi madre me ha enseñado.

—Bueno, pues le dices que se mejore y que ya hacemos las cuentas la semana que viene.

El hombre se disponía a cerrar cuando Conchita sujetó la puerta apoyándose con la mano.

—Ha dicho madre que me pague a mí —dijo con una seguridad que distaba mucho de sentir.

El portero abrió la puerta de par en par con los brazos en jarras.

—¡Encima con exigencias! ¿Me deja el trabajo a la mitad para mandarme a una cría que lo acaba horas después y me vienes con que te pague ahora? Pues lo siento, la caja está en portería y yo ya he acabado, que yo sí que cumplo con mis horarios.

Conchita se acordó de las 254 pesetas apuntadas en el libro del señor Eusebio. Y de Juan, que se dejaría coger esa noche y que a lo mejor no podía jugar al fútbol mañana del golpe que le diese su padre. Y de su madre, que hacía las escaleras después de encargarse de dos casas, y las de los dos lados, los as y los cés. Se acordó de que no podría llevar la Nocilla. Cogió aire y contestó.

—Tengo que pasar por el bar a darle el dinero a mi padre. Le digo entonces que no me ha pagado y que pase él mañana a cobrar.

El portero pensó en los moratones y cortes que se veían a veces bajo las mangas de la bata de Inmaculada, emitió un gruñido, entró a por unas llaves y salió del piso dando un portazo. Conchita lo siguió, lo observó mientras abría un armarito y una caja y contaba unos billetes de cien que dejó en el mostrador sin decir más. Los recogió, los contó y se los metió en el bolsillo interior del anorak.

—Dile a tu madre que a la próxima que falle me busco a otra —dijo hosco.

—No se preocupe, la semana que viene estará todo bien.

—Tú dale el recado. —Al ver que Conchita se dirigía a la salida noble espetó—: Sal por la otra puerta.

La niña pisó la calle dando unos saltitos a pesar del cansancio. Estaba bien iluminada y el viento había amainado. Pasó por delante de un supermercado y se acordó de Juan. Entró, compró la Nocilla y corrió a la estación de Rubén Darío. Los vagones del metro estaban llenos, pero consiguió apoyarse en uno de los extremos y repasar la lección.

No oyó las voces de sus hermanos desde la escalera y dedujo que su padre debía de haber llegado. El piso estaba a oscuras y en silencio. Conchita dejó la bolsa en el suelo y entró en el cuarto de los chicos. Marcos dormía, pero Pedro hablaba suavemente con su hermano. La joven se sentó en su cama, apartó la colcha y le acarició el pelo y la cara, que estaba completamente empapada por las lágrimas.

—Te he traído la Nocilla…

—Además va a venir el ratoncito Pérez —oyó decir a Pedro—. Padre ha hecho que se le cayese un diente.

Salió al pasillo a encender la luz y regresó al cuarto. La cara de su hermano Juan estaba roja e hinchada de llorar y tenía un corte en el labio.

—No había fútbol… —explicó— y cuando llegó madre no se había levantado todavía. Y como estaba él, Sonia no vino. Madre se ha levantado y ha hecho la cena, pero no le ha gustado y ha empezado a gritar. Entonces Pedro ha cogido a Marcos y lo ha metido en la cama. Madre se ha caído al suelo y como no decía nada y padre le empezó a dar patadas pensé que le iba a hacer más daño, así que le sujeté por detrás.

No hizo falta que Juan contase más. Conchita se imaginó la escena: a su madre levantándose doblada por el dolor a preparar la cena. A Carmen, sentada en su silla con sus movimientos pendulares adelante y atrás. A Juan, sabiendo lo que iba a pasar y a Pedro, al pequeño Pedro, arrastrando a Marcos a la cama para sacarlo de la cocina. No preguntó cuál había sido la causa. Podía tratarse de una croqueta ardiendo o una fría, siempre había una razón. Se levantaba, gritaba y descargaba el primer golpe sobre el culpable, la mayoría de las veces la madre. Un tortazo del derecho y uno del revés. Y el grito, «todo el puto día trabajando para no tener una mierda de cena». Su madre, normalmente, echaba a los niños de la cocina, pedía perdón y encajaba. Pero Conchita pensó que su madre estaba mala y no habría respondido bien, ni pedido perdón, ni hecho unos huevos para paliar la cena malograda. Y la ira se había dirigido directa al único posible. Suerte había tenido Juan de perder solo un diente.

—¿Has oído a madre? —preguntó la niña.

—Sí, ha ido al baño hace un rato.

Se acercó al cuarto de sus padres y oyó a su padre gemir junto al chirriar de la cama. Encendió la luz de la cocina para ver la magnitud del desastre. Había unos platos rotos y unas croquetas pisoteadas. Recogió, sacó una cuchara del cajón, cogió el tarro de Nocilla, volvió al cuarto y se sentó en la cama de su hermano. Juan mordía un trozo viejo de toalla, pero al ver a su hermana levantar la tapa de plástico se lo quitó de la boca y la abrió con cuidado. Conchita sacó una cucharada de crema de cacao y se la introdujo por el lado que no tenía el corte.

—¿Quién ha acostado a la Carmen?

—Carmen se ha quedado en la cocina. Yo me he metido debajo de la cama y he esperado a oír cómo llevaba a la madre al cuarto. Entonces he vuelto y la he llevado a la cama. Pero no se ha bañado.

Le acarició la cabeza y le trajo un trozo de toalla limpia. En su habitación, Carmen dormía, al fin quieta. Se lavó haciendo el menor ruido posible, sacó el libro de Ciencias y se metió con él en la cama.

Cuando Conchita abrió los ojos, oyó el trajinar en la cocina. Una sensación de inmenso alivio la invadió. Se levantó de golpe y salió al pasillo: la puerta de sus padres estaba abierta y la cama hecha y dedujo que su padre había salido ya. Su madre fregaba los cacharros y parecía estar ya casi erguida. Se dio la vuelta al oírla entrar. Unas profundas ojeras oscuras y un corte bajo el ojo marcaban su cara. No hizo ningún comentario.

—¿Todo bien ayer? —preguntó—. ¿Te pagó el Francisco?

—Sí, lo tengo en la chaqueta. Era tarde y no pasé por el señor Eusebio, pero compré un bote de Nocilla en un súper.

La madre hizo una mueca que debía de ser una sonrisa.

—Las lentejas se quedan al fuego, les falta media hora. ¿Dejas tú a la Carmen en el centro y levantas a los niños?

—Sí, claro, no te preocupes, yo la llevo.

—Tengo dos casas hoy, vuelvo tarde. ¿Pagas tú al Eusebio?

—Mama, tengo un control, si tengo que dejar también a Carmen y pagar la compra no llego…

—Pues entonces pasas cuando salgas.

Se acercó, le acarició la mejilla y acercó sus labios a la frente de la hija. Conchita cerró los ojos y aspiró el aroma a jabón y guiso que emanaba de su madre. Cuando los abrió, ella ya cerraba la puerta. Levantó a Juan, cuyo labio hinchado exigiría una explicación en el colegio, pero que se aceptaría sin dudar con un «me he peleado con mis hermanos». Pedro ya había abierto los ojos y despertaba a su hermano pequeño. Pasó a levantar a Carmen y la vistió mientras gritaba a Juan que hiciese lo mismo con Marcos. En la cocina calentó la leche, apagó las lentejas, sacó cuatro rebanadas de pan de molde, untó tres con Nocilla y una con mantequilla (pensó que así no tendría que cambiar a Carmen) y las colocó en los platos. Mezcló la papilla de Marcos con un poco de leche y sirvió los vasos. Sus hermanos fueron llegando con los ojos todavía legañosos y los pelos revueltos para sentarse a la mesa. Juan partía en pedacitos el pan y se los metía en la boca por el lado sano, Pedro lamía la superficie de chocolate ante la mirada atenta de Marcos, que abría y cerraba la boca al son del «abre y traga» entonado por su hermana. Carmen se balanceaba. Conchita miró la hora y dejó los platos en la pila para lavarlos a la vuelta. En el baño les lavó las caras y los peinó. Se recogió el pelo en una coleta rápida y cepilló la melena corta de Carmen. Abrigó a todos y salió con ellos a la calle. Juan llevaba a los dos pequeños de la mano y cuando Conchita le fue a decir algo, la interrumpió.

—Sí, ya lo sé, me he peleado con mis hermanos…

La niña no respondió, pero se quedó mirando cómo se alejaba, con una ligera cojera mientras adaptaba su paso a las piernecitas cortas de Marcos, que saltaba a su lado. Carmen se mantenía en pie sin interrumpir su eterno vaivén. La cogió de la mano e intentó andar un poco más rápido, pero la niña tenía su propio ritmo, tan predecible e inamovible como su balanceo. Se adaptó, entró en el centro y se encontró a una de las profesoras jóvenes. La conocía porque era del barrio y se la había presentado su madre un domingo en la parroquia. Se atrevió a abordarla.

—Hola, traigo a Carmen, pero tengo un control y llego tarde, ¿la puedo dejar aquí?

La educadora vio la angustia marcada en la cara de la niña y no lo dudó, cogió suavemente la mano de la otra y no dijo más.

—¡Corre y mucha suerte!

3

Madrid, 1980

Cuando Conchita salió del instituto, en el colmado solo quedaban unas rezagadas que necesitaban pan. Llevaba el dinero en la mano, pero el tendero la detuvo antes de que pudiese decir nada.

—Han llamado de una de las casas de tu madre. Se ha puesto mala y la han llevado al hospital de la Princesa.

Conchita se dio la vuelta para correr, pero la voz del dueño la paró.

—¡Oye, pero págame! Encima que estoy de centralita…

La niña colocó los tres billetes de cien en el mostrador, cogió las vueltas y salió corriendo. Abrió la puerta del portal, subió las escaleras blancas moteadas de gris de dos en dos y tocó la puerta de Sonia, la vecina. La mujer abrió con un bebé en los brazos. Le explicó en pocas palabras lo que pasaba, le pidió que les abriese la puerta a sus hermanos y ayudase a Juan a encender el gas. Como Carmen comía en el centro, la recogería ella más tarde. Sonia asintió y Conchita se lanzó hacia el metro; pagó el billete con las vueltas de Eusebio y preguntó cómo llegar al hospital en la ventanilla. Consiguió tranquilizarse en el trayecto, pensó que Sonia se ocuparía, su padre no volvería hasta la noche y los niños se portarían bien. Se bajó en Diego de León, preguntó por el camino y entró por las urgencias del hospital. La enfermera apostada en el mostrador de ingresos le preguntó los datos.

—¿Eres familiar?

—Soy su hija.

Le indicó unas sillas de escay marrones para que esperase. A algunas les faltaban las protecciones de las patas y chirriaban al moverlas. Una enfermera entraba en la sala de vez en cuando llamando a los familiares de los ingresados para llevárselos después hacia el interior. Cuando la avisaron a ella, la mujer sonrió amable.

—Pasa, pasa, tu madre está bien.

Una corriente de alivio le recorrió el cuerpo. La guio por un pasillo y la llevó a una habitación en la que las camas estaban separadas por cortinas. Su madre estaba apoyada sobre dos almohadones, más blanca que por la mañana, si eso era posible, lo que resaltaba el rojo del ojo más todavía.

—¡Mira quién ha venido, Inmaculada! —dijo la enfermera animada—. ¿Cómo te encuentras?

Conchita preguntó.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Ahora pasa el médico y te cuenta —contestó la mujer antes de cerrar la cortina y salir.

Un murmullo de conversaciones llegaba hasta ellas.

—¿Te ha avisado el Eusebio? —preguntó Inmaculada—. Ya pensé que irías a pagarle. —Al ver la cara de preocupación de la niña, añadió—: No te apures, ha sido solo una mañana dura, era una limpieza de un trastero. Había bastante que cargar y ayer me quedé sin cenar.

La cortina se abrió con un golpe seco. Un médico joven apareció con una cartulina en la mano y se dirigió a ella tras concederle una rápida mirada.

—Ya tenemos los análisis —dijo mirando el papel—. Un poco de anemia, pero en su estado es normal.

—¿En mi estado? —preguntó Inmaculada incorporándose con ayuda de las manos.

—Está usted embarazada, ¿no lo sabía? —dijo el médico sonriente.

—No… No sabía nada. —Su cara se contrajo y se echó a llorar.

El médico carraspeó violento, a Conchita la cabeza le empezó a dar vueltas y la vista se le nubló.

—Sí, bueno, no sé exactamente de cuánto, tendrá usted que ir al ginecólogo… Pero lo que me preocupa es ese dolor que le ha comentado a la enfermera. Podría ser un embarazo de riesgo, le vendría bien reposar. —Con una voz animada añadió—: ¡Vuélvase a casa y déjese mimar por esta chica tan encantadora!

Inmaculada levantó la cabeza y respondió con desesperación.

—Doctor, tengo cinco hijos y una de ellas con problemas. ¡No puede ser!, ¿cómo voy a trabajar?

El joven médico estaba cada vez más incómodo, se daba golpecitos con la cartulina en una mano mientras observaba a la mujer que tenía delante. Había ingresado por un desmayo y dolores en el vientre, no por otras causas. Pero no pudo evitar observar el ojo hinchado, los hematomas en los brazos y el corte en la cara. Le quiso preguntar por su marido, pero un ataque de pudor se lo impidió.

—Lo siento, entonces. ¿Y ese golpe en el ojo?

Inmaculada lo miró con una sonrisa casi insolente.

—Me caí por las escaleras, soy muy descuidada.

La voz del hombre sonó aliviada.

—Ah, bueno. Le diré a la enfermera que le dé una pomada. ¿Tiene ginecólogo? —dijo contento de cambiar de tema. —Inmaculada negó con la cabeza—. ¿Dónde tuvo a los otros niños?

—En el Francisco Franco —respondió ella ahogando un sollozo.

—¿Perdone? Ah, el Provincial, ha cambiado de nombre. Tanto da. Le daré un volante, pásese por Ginecología. Y le doy una receta para que

tome hierro por la anemia. Y tú —dijo dirigiéndose a Conchita—, a cuidar a tu madre, ¿eh?

Salió con prisa y madre e hija quedaron en silencio, cada una calculando las consecuencias de la noticia. Una enfermera descorrió la cortina. Tenía el pelo corto, era de complexión robusta y sus rasgos eran duros y marcados. Llevaba una bacina en la mano con un tubo, una botellita, unas gasas y unas pinzas. Sin decir nada se acercó a la madre e impregnando la gasa de suero le limpió el ojo. Una lágrima resbaló por la mejilla de Inmaculada.

—No llore —dijo cortante—. Tiene una herida y si llora, se lo tocará y se infectará. ¿O es que le duele?

—No, no es eso —contestó Inmaculada ahogando un sollozo—, perdone usted.

La enfermera abrió el informe que le había dado el médico. Lo leyó y las miró.

—¿Y? —dijo desabrida—. ¿Qué número hace este?

—El seis —contestó Inmaculada conteniendo el llanto.

—Y encima es usted descuidada y se va dando con los armarios, ¿verdad? ¿O se ha caído por la escalera?

Inmaculada levantó la cabeza. El tono de la enfermera era seco, no mostraba la más mínima amabilidad, casi parecía escupir las palabras.

—La escalera… —susurró.

—Muy bien. Como supongo que ya se habrá caído otras veces ya conoce el proceso. Si no se le infecta el corte, será un hematoma normal. Va a tener los colores del arco iris en la cara hasta carnaval. Puede darse esta pomada, le aliviará un poco, pero no más. ¿El doctor le ha prescrito algo más?

—De ir al ginecólogo y tomar hierro contra la anemia…

—Supongo que le habrá dicho también que repose, ¿no? Que se vaya a casa y se meta en la cama, que es lo mejor. Y claro, eso es lo que va a hacer.

La enfermera soltó un gruñido incomprensible.

—Mire usted —Inmaculada casi suplicaba—, no puedo…

La enfermera se concentró en la cartilla.

—Inmaculada, no me cuente su vida.

—Perdone, yo no quería…

—Me la sé de memoria. El doctor Zabaleta la ha mandado al ginecólogo del Provincial, ¿no? Le recomendarán reposo. Si por lo que sea no se arregla, le apunto otra dirección —respondió sacando una libreta del bolsillo y escribiendo unas líneas.

Arrancó la hoja, la dejó encima de la cama, posó la mano sobre su pierna apretándosela brevemente y salió sin decir más.

Conchita cogió el papel y la ropa de su madre, que estaba acumulada sobre la silla. Con su ayuda, Inmaculada se incorporó. Se puso en pie, un poco temblorosa e inclinada hacia delante. La niña la sujetó del brazo.

—¿Puedes?

—Sí, claro —contestó la madre apretando los dientes—. Lo que no sé si voy a poder es ir a la otra casa, tenía cuatro horas después del trastero.

Se volvió a sentar en la cama y escondió la cara entre las manos. Dios, no podía ser, pensó Inmaculada. Conchita, inmersa también en sus pensamientos, recordó el embarazo de Marcos. La abuela había venido de la Albufera y se había ocupado de todo. La madre había trabajado casi hasta el último día y cuando dio a luz, la yaya se quedó con ellos y se ocupó de la casa y de la comida. El padre casi no aparecía y fue la abuela la que se quedó con el bebé mientras la madre volvía a trabajar, ella la que iba a recoger a los chicos y la que encontró, por mediación del padre Salustino, la plaza del centro para Carmen. La abuela canturreaba y fregaba el suelo de rodillas, hacía rosquillas una vez a la semana y se quejaba del frío de Madrid. Y de que la ropa no quedaba blanca, de que el polvo era negro. Una noche, el padre volvió de malas y la anciana se enfrentó a él. Conchita no vio lo que sucedió, pero al día siguiente, la abuela hizo la maleta y se marchó. La volvieron a ver los veranos cuando pasaban las vacaciones con ella en el pueblo, hasta que murió el año anterior. Conchita se sentó al lado de su madre, que temblaba.

—¿Qué casa es? —preguntó.

—En Martínez Campos. ¿Te acuerdas del autobús azul? ¿El caniche del lazo?

—Sí, claro.

—Limpiar la biblioteca. Llegarás tarde, pero no importa —añadió—. Ahí no están a la tarde de todas formas.

Inmaculada suspiró, se levantó apoyándose en la camilla, sacó el bonobús y se lo tendió a su hija.

—La misma parada del metro que ayer —explicó—. En cuatro horas deberías haber terminado. Tienen una chica fija que te ayudará, Feli. Las estanterías se hacen siempre entre dos. A lo mejor tardas un poco más, pero no cobres más de las cuatro horas, suerte tendremos si te dejan hacerlas.

Conchita hizo las estanterías de Martínez Campos. Y al día siguiente, cuando la madre se retorcía de dolor en la cama, no asistió al instituto y fue a Núñez de Balboa para limpiar los cristales. Por la tarde, hizo la limpieza a fondo de una cocina en Miguel Ángel. Se paró a la vuelta en el hospital Provincial y, después de recorrer pasillos y mostradores, llegó a Ginecología. Enseñó el volante del hospital de la Princesa y pidió una cita. «Estamos hasta los topes, dentro de tres semanas», le respondieron. Cada día, madre e hija se miraban y se mentían, diciendo la una «solo un día más, mañana ya estaré bien» y asintiendo la otra. Las casas a las que iba Conchita se extrañaban un poco del cambio, pero era joven y fuerte, limpiaba bien y rápido y nadie tuvo nada que objetar. El instituto escribió una carta, a la que Inmaculada contestó con una visita diciendo que la niña

estaba enferma y tardaría un poco más en regresar.

Pasadas tres semanas, Inmaculada se dirigió al Provincial. En la consulta, esperó en una sala repleta junto a otras mujeres hasta que una enfermera la llamó.

—¿Inmaculada Sánchez?

—Soy yo.

—Pasas detrás de la cortina y te desnudas de cintura para abajo.

Inmaculada se tumbó en la camilla. El médico, que era un hombre calvo de unos sesenta años, con una buena barriga y un bigote fino como una línea, entró en la sala y comenzó a examinarla. No le dijo nada, salvo unas cifras incomprensibles para ella que la enfermera apuntó en una cartulina.

—Vístase —dijo.

Se levantó, se sentó tras la mesa y, cuando Inmaculada salió de detrás de la cortina, le señaló la silla situada al otro lado del escritorio.

—He estado mirando los análisis de la Princesa y solo tiene un poco de anemia. El embarazo no va mal, está de poco más de dos meses, pero, dados sus dolores, debe tener mucho cuidado. Según los datos que nos ha dado, cinco hijos sanos y otros tantos abortos.

—Bueno, sanos, no, una tuvo la meningitis… —repuso Inmaculada.

—Me refiero a sanos al nacer —respondió seco el médico.

Inmaculada se sintió estúpida y se encogió en su silla.

—¿Los abortos cuándo ocurrieron?

—No lo sé exactamente. Solo de uno, fue la Nochebuena de 1974.

El hombre replicó, impaciente.

—De cuánto tiempo estaba, me refiero.

—La mayoría de poco, menos el de la Nochebuena, que estaba de más. Me caí y me di un golpe.

—Pues a ver si con este tiene más cuidado. Nada de pesos, nada de estar mucho tiempo de pie. Reposo.

—¿Lo puedo perder todavía?

El médico vio esperanza en la cara de la mujer y cerró el informe de un carpetazo.

—No intente nada, se juega la vida. La suya, para que nos entendamos. Así que piense en los otros cinco. Vuelva en cuatro semanas.

Se levantó y salió dando un portazo. Inmaculada se levantó apoyándose en la mesa y salió. Pasó por los pasillos sin ver a nadie. Notó una náusea que le subía por la garganta, encontró un baño y vomitó. Mientras se limpiaba la boca vio su reflejo en el cristal, la cara pálida y brillante de sudor, el ojo de un tinte morado verdoso y el corte con una costra que llamaba la atención más que al principio. Salió a la calle, cogió el metro y volvió a su barrio. Era pronto para recoger a los chicos del colegio y pensó en volver a casa, pero vio la puerta de la parroquia entornada y al padre Salustino en el confesionario. Se arrodilló en el lateral.

—Ave María purísima.

—Sin pecado concebida —contestó el padre.

—En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. Llevo un mes sin confesarme, padre. Mi pecado es horrible.

—Desahoga tu corazón, hija mía, Dios es misericordioso.

—Padre, estoy embarazada. Y no puedo tener ese niño.

—¡Hija mía! Un hijo es un regalo de Dios. ¿Por qué no puedes? Seguro que las cosas no son tan terribles como crees.

—Padre, usted sabe cómo y de qué vivimos. Y yo le agradezco eternamente lo que hizo por la Carmen, pero no llego nunca a fin de mes, da igual las horas que haga y que ahora no puedo hacer. La Conchi ha tenido que dejar el instituto para que yo no pierda las casas y me la estoy condenando —Comenzó a sollozar—, y usted sabe lo lista que es.

—¡Inmaculada, por Dios! Ya sé que tu situación no es fácil, pero lo que me estás diciendo va contra la ley de Dios y de los hombres. ¿Y tu marido? ¿Cómo va ese frente?

—Padre, ¿quiere verme la cara? Al Juan le hizo saltar un diente hace unas semanas. Vuelve a casa para zurrarnos, nada más. La paga se la deja en el bar, yo no veo un céntimo.

—¿Le has dicho lo del niño? —dijo el sacerdote esperanzado—. Embarazada no te tocará.

Una risa amarga surgió de detrás de la celosía.

—¿No? Pues embarazada de seis meses me dio una patada que me le mató. Y será probablemente lo que haga esta vez. —Un llanto convulsivo interrumpió la frase.

—Por la Santísima Virgen, hija mía, cálmate. Dios nos dará la solución. Déjame pensar. Rézale dos salves a la Virgen y cuatro padrenuestros al Señor. E invoca en tus oraciones a santa Ana, la madre de Nuestra Señora es milagrosa. Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

—Amén.

—Vete en paz, hija mía.

Los niños y Carmen estaban en la cama y solo quedaban Conchita e Inmaculada en la cocina limpiando judías. Les quitaban las puntas y pasaban el cuchillo por los lados para eliminar la hebra antes de meterlas en una olla que estaba colocada entre ambas. Los dedos de la madre eran ágiles y rápidos, y las manos de la niña, algo enrojecidas, un poco más lentas.

—Ponte guantes para trabajar —la recriminó su madre—, si no, te quedarás sin manos.

—Con guantes tardo el doble… No tengo sensación en los dedos. ¿Qué ha dicho el médico?

—Todo bien —contestó Inmaculada—, dentro de poco podré volver al

trabajo.

La niña paró de pelar.

—¿Todo bien? ¿Y el niño? Madre, tienes muy mala cara. Y he visto cómo te doblabas antes de dolor. ¿Y si fuéramos al médico que nos dijo la enfermera de la Princesa? He mirado en el mapa del metro, no está lejos, es la calle Orense.

—Conchi —la regañó la madre—, para con las judías y vete con los libros. Ya si no vas a clase, mira por lo menos de seguir las lecciones.

—Ya me los llevo para el metro y Paula me pasa los apuntes, no te preocupes. Podíamos ir mañana, tengo dos horas libres entre la de Langlada y los Suances.

—No sé qué van a poder decir distinto —suspiró la otra—, los otros dos han dicho lo mismo.

—No nos cobrarán mucho solo por ir, ¿no? —argumentó Conchita—. Y la de Blasco, esa del piso todo blanco, me ha pagado hoy unas horas extras que hiciste en Navidad y no te había dado. Como no llevaba cambio y le he dicho que estabas mala, me ha dicho de quedarme con el resto.

—Nos van a calentar la cabeza y no veo qué podemos sacar en limpio —rezongó la madre.

—Madre, por favor —suplicó la niña—. Tampoco tenemos mucho que perder. Le pedimos a Sonia que abra a Juan y nos da tiempo a ir a por la Carmen a la tarde.

—Si te vas a estudiar —zanjó la madre.

4

San Lorenzo, 2015

La teniente salió uniformada y recta, aunque Cano pensó que parecía haber dormido mal y recordó que las camas del cuartel no eran las del Ritz.

—Buenos días, brigada. Si le parece —propuso—, antes de ir al convento, nos tomamos un café. El desayuno del cuartel me ha recordado a mis primeros años.

Cano sonrió comprensivo. Paró en el pueblo, a esa hora todavía dormido, y llevó a la teniente a uno de los bares bajo los soportales. En la entrada centelleaban las frutas de dos máquinas tragaperras y las mesas estaban desvencijadas. Unos ancianos se tomaban el primer café de la mañana mientras el dueño, vestido con una camisa azul, se afanaba ante la máquina. La teniente sonrió al probar el café y devoró dos churros calentitos que les pusieron en un platito blanco. Lanzó un resoplido de placer. Cuando salieron, el contraste de temperatura, a pesar del sol radiante, los hizo estremecerse y anduvieron rápidos, intentando entrar en calor. Atravesaban la plaza cuando el teléfono de Cano sonó. Escuchó unos segundos, colgó y dijo:

—Los municipales. Los han llamado del convento de las carmelitas porque una monja que salió ayer a pasear no ha regresado.

—¿Y las monjas no avisan más que ahora? —dijo Karen extrañada.

Cano se encogió de hombros. Señaló una calle junto al mercado.

—Si subimos la calle del cine estamos en diez minutos —la miró divertido—, así baja los churros…

Los comercios no habían abierto aún, pero empezaba a haber más movimiento. Karen miró el cartel.

—Brigada, se llama Pozas, la calle.

El hombre sonrió.

—También, sí… Pero es la del cine. Lo cerraron hace bastante, y ahora está hecho una ruina —dijo señalando un edificio clasicista—. Esa es la parroquia.

La teniente observó extrañada el edificio.

—¿Por qué hicieron una iglesia tan grande teniendo el monasterio?

—El monasterio no es parroquia y se hizo para la gente del pueblo, que no podía asistir a los ritos en el monasterio…

Subieron una cuesta pronunciada y Karen resopló. Cano rio y señaló una calle que bajaba en picado.

—Esta no es la peor…

El convento de las carmelitas ocupaba una manzana en lo alto de la calle. Unos azulejos formaban la imagen de la fundadora con el lema «Solo Dios basta». Se acercaron a una puerta de madera en la que había un timbre, tocaron y unos segundos más tarde el portón se abrió con un clic que contrastaba con la hoja antigua atravesada por unas barras de hierro forjadas. Se encontraron en una antesala con una puerta y una ventana sin cristal cubierta por una reja de hierro que protegía la posterior, de madera. Unos bancos sin respaldo eran todo el mobiliario. La puerta no se había cerrado del todo aún cuando una voz de mujer resonó desde la celosía.

—Ave María purísima.

Cano frunció el entrecejo y contestó.

—Sin pecado concebida. Buenos días, hermana.

La teniente miró al brigada con admiración y repitió:

—Sin pecado concebida. Buenos días, brigada Cano y teniente Blecker, Guardia Civil. Venimos por su… —se detuvo un momento, insegura de cómo denominarla— compañera.

—Sor Lucía, sí, sí —contestó la religiosa nerviosa—. Esperen, voy a llamar a la madre.

No habían pasado más que unos minutos cuando la puerta se abrió dejando paso a una monja con un hábito marrón (Karen pensó en la observación del doctor sobre el color de la cruz) y toca negra. Debía tener unos sesenta años, aunque su piel era tersa y marcaba unos pómulos altos y unos rasgos agraciados solo estropeados por unas horribles gafas negras. Karen se adelantó y le tendió la mano, que la religiosa tomó tras dudar un segundo.

—Teniente Blecker, Guardia Civil. Han llamado ustedes a la Policía Municipal.

—Soy la madre Julia —asintió la monja—. Sí, una de nuestras hermanas ha desaparecido.

—Si no volvió al convento ayer —inquirió la teniente—, ¿cómo no dieron aviso antes?

—Los nuevos tiempos… —contestó la religiosa encogiéndose de hombros—. Casi no quedan conventos, y cada mes cierra uno más. Nos hemos visto obligadas a reinventarnos aceptando huéspedes y a unirnos, aunque seamos muy diferentes. La hermana que faltaba no era carmelita…

—Bueno —interrumpió Karen—, pero al fin y al cabo todas ustedes viven con el mismo fin, ¿no?

La monja sonrió.

—Usted es militar de carrera, ¿verdad? Dígame, ¿cómo se sentiría si tuviese que integrarse en la legión? No me comprenda mal, no es que no nos entendamos, pero a veces tenemos enfoques diferentes de las cosas. El

fin es el mismo, sí, la regla es diferente. O, si lo prefiere, el método.

Karen se avergonzó de su juicio superficial y pensó que le estaba bien empleado el rapapolvo. La monja continuó.

—Sor Lucía ha venido a pasar unas semanas a descansar, estaba convaleciente tras una neumonía. Ya se encuentra mucho mejor y pasea por el monte y por el pueblo. Sale bastante, es una persona muy alegre. No tiene votos de clausura, así que no hay nada que le impida abandonar el convento. La verdad es que, ayer por la noche, al no verla en su sitio, pensé que habría bajado a Madrid, a su residencia. Echaba mucho de menos la ciudad. No pertenece a una orden contemplativa, y claro, es diferente.

Como yo en la legión, pensó Karen mordiéndose la lengua. Utilizó precavidamente la frase para no asustar a la monja.

—¿Tenía sor Lucía planes de viaje?

—Planes concretos, no —respondió la monja dubitativa—, pero decía que echaba de menos el ruido y el barullo del convento de allí. Aquí somos pocas y silenciosas, no ponemos la radio y la calle es muy tranquila. Dijo que, como estaba solo a una hora en tren, a lo mejor se animaba un día.

—¿No está integrada en la congregación? —inquirió la teniente mientras observaba por el rabillo del ojo a Cano, que apuntaba sin cesar.

—¡Sí, claro que sí! Pero como le he dicho, sor Lucía no es carmelita y no tiene nuestros deberes. Sale bastantes veces.

—¿Siempre sola?

—Nosotras tenemos voto de clausura y, como actualmente no hay otras invitadas, sor Lucía no dispone de más compañía y pasea sola.

—¿Avisa si sale? —preguntó la teniente—. ¿Dijo algo ayer?

—La hermana tornera le tiene que abrir la puerta —explicó la monja—, así que no avisa, pero sabemos si se ausenta. Si hubiese sido una de mis hermanas, me habría enterado porque solo abandonamos el convento en ocasiones contadas y por necesidad. Cuando vi que sor Lucía faltaba ayer en las vísperas no me preocupé, pensé que no habría avisado.

—¿Podríamos hablar con esa hermana para saber los movimientos de la tarde? —preguntó Karen.

—Ahora mismo le pregunto. Supongo que es importante.

—Sí, si no, no la molestaríamos.

Desapareció por la puerta para volver pasados unos minutos, acompañada de una monja muy mayor que llevaba un libro entre las manos.

—Sor Juana cuida del torno y abre la puerta. En este libro apuntamos las entradas y las salidas.

La teniente y su segundo dieron un respingo.

—¿Pueden mirar la tarde de ayer? ¿Saben cuándo se fue?

La superiora miró a la monja, que abrió el libro y comenzó a pasar las

hojas cuadriculadas y separadas por líneas a bolígrafo, pulcramente escritas, con una letra picuda sin salirse de la segunda cuadrícula. Una disciplina férrea, pensó Karen.

—Sor Lucía salió después de que viniese el fontanero y antes de que nos trajesen el pescado —afirmó la hermana tornera con firmeza.

La teniente se sorprendió. A primera vista había visto una columna con fecha y hora a la izquierda de cada página.

—¿No tiene apuntada la hora exacta?

—Sor Lucía no es de nuestra congregación, por eso sus salidas no están inscritas como lo estarían las nuestras —se justificó la tornera.

La superiora asintió.

—Lo que le había dicho, los tiempos nos obligan…

—Ya. ¿Y a qué hora vino el fontanero?

La monja se ajustó los lentes y siguió las líneas de abajo arriba con el dedo.

—El fontanero vino a las tres, estábamos en la nona. El pescadero subió a las cuatro y cuarto, nos hace las entregas antes de abrir el puesto.

Karen calculó.

—Lo que nos deja un lapso entre las tres y las cuatro y cuarto, ¿no?

Los dos guardias se miraron, coincidía con la primera estimación del forense. La monja asintió.

—¿Se acuerda de si dijo que iba a pasear o a comprar algo?

—No dijo nada, aunque yo tampoco pregunté. —La tornera añadió con tono crítico—: Comprar lo dudo, ¿qué tendría que comprar?

La superiora zanjó el interrogatorio.

—Creo que ya está todo, hermana, gracias.

La monja cerró el libro y se puso en pie. La teniente, acostumbrada a defenderse en un ambiente jerárquico, reaccionó de inmediato ante el aguijonazo del poder usurpado. Enderezó la espalda y respondió mirando directamente a la superiora.

—Perdone, hermana, pero no hemos terminado.

Cano asistía a la escena divertido. Para que luego digan que las mujeres entre ellas son amables, pensó. El ambiente, hasta el momento casi distendido, que reinaba en el locutorio se podía cortar. La monja tornera, confusa, se quedó de pie con el libro cerrado, esperando manifiestamente las órdenes de su superiora. Ambos comprendieron que no hablaría una palabra más si esta no se lo permitía. La madre superiora esbozó una sonrisa venenosa y Cano pensó que ella también debía estar acostumbrada a lidiar entre jerarquías.

—Madre —corrigió secamente—. Claro, hermana, espere un momento más.

Escalafón de poder reestablecido, pensó Cano. «Sin mí, no hay respuestas», tradujo para sí.

—Entonces ¿la vio salir? —volvió la teniente al ataque.

Una mirada directa a la madre superiora de la tornera y un leve gesto de asentimiento de esta.

—Sí, desde luego. Pero no puedo precisar exactamente la hora. Cuando vinieron preguntando por ella…

—¿Perdón?

Las miradas de los tres presentes se concentraron sobre la anciana.

—Sí, vino una mujer y preguntó por sor Lucía. Pero como preguntaba por ella no lo apunté. La dejé esperando en el locutorio y fui a buscarla, ella salió y se fue con ella.

La teniente inquirió.

—¿Puede describirla?

La monja la miró asombrada.

—No, claro que no. Solo la vi a través del torno.

—Pero sabe que era una mujer.

La superiora interrumpió el interrogatorio.

—No vemos, en circunstancias normales —dijo con un leve tono de reproche—, a quien nos visita, pero no somos sordas.

Karen levantó las cejas ante el tono sarcástico de la religiosa.

—Sí, claro —se contuvo y continuó—. ¿Podría precisar algo? ¿Corpulencia, altura, edad? ¿Acento? ¿Y qué le dijo exactamente?

—Bueno —respondió la tornera más tranquila—, era muy educada, desde luego. Tenía una voz cantarina, un poco entrecortada por la cuesta, probablemente. Era española, no tenía acento marcado. Dijo que en Madrid le habían dicho que sor Lucía estaba aquí recuperándose y que le gustaría verla. Nada más. Yo partí a buscar a la hermana, que salió y habló con ella. No me quedé escuchando su conversación.

—¿Y fue a la hora de la cena cuando se percataron de su ausencia?

La superiora tomó el relevo.

—Sí, ahí sí que nos llamó la atención porque su sitio estaba vacío. Antes no. Como supuse que se había bajado a Madrid, llamé a la superiora de su residencia, la madre Cecilia, que no se pudo poner al teléfono y que respondió cuando nosotras estábamos en maitines, así que la volví a contactar esta mañana después de rezar la tercia. Cuando me dijo que no estaba ahí fue cuando me inquieté y les llamé a ustedes.

—Madre —dijo Karen—, ¿podemos hablar con usted un momento a solas?

Cano sonrió y pensó que la teniente se adaptaba bien. Podía haber dicho: «Reconozco tu escalafón, no me inmiscuiré más en tu tropa».

—Desde luego. Hermana, ya puede retirarse. Pasen conmigo a la sala de visitas, por favor.

Se levantó para conducirlos a una salita pequeña en la que reinaba la misma temperatura que en el exterior. Los miró y encendió el botón de un radiador eléctrico. Se sentó bien erguida, señalándoles dos sillas de madera de respaldo recto.

—Los escucho. ¿Qué le ha pasado a sor Lucía?

—La encontramos muerta ayer por la tarde —explicó la teniente—. En el camino de Peguerinos. No llevaba documentación, así que, al denunciar ustedes la falta de una hermana, hemos venido a verlas, aunque el hábito no fuese de carmelita.

Sacó el teléfono y le mostró una imagen del rostro de la muerta. La religiosa asintió y sus cejas se elevaron un momento.

—Es sor Lucía, sí. ¿Tuvo un accidente?

—En principio, no hay razón para pensar lo contrario, pero debemos tener en cuenta todas las posibilidades —sorteó Karen la pregunta.

Evitó decir la palabra *homicidio*. La religiosa parecía asombrada, no apenada, pensó la teniente, pero eso era casi comprensible; al fin y al cabo, no era una de *sus* monjas, y si había comprendido bien cómo funcionaban las cosas en el convento, la monja de ciudad les debía de dar a las carmelitas más quebraderos de cabeza que otra cosa con sus idas y venidas. Pero estaba claramente asombrada por la posibilidad de que una religiosa, ahí sí que eran un grupo, pudiese morir de una forma no natural.

—¿Qué sabe usted de sor Lucía?

—Poco, la verdad —contestó la monja—. Pertenece a las hermanas comendadoras. Son una congregación activa, se ocupan de hospitales y residencias de ancianos. Me contactó la madre Cecilia y me explicó el caso. Hubiese sido una locura acogerla en nuestro régimen monacal convaleciente, ya que ni siquiera tenemos calefacción, pero tenemos un ala del convento que… —dudó buscando la fórmula adecuada— cedemos, para retiros y estancias. Está habilitada para invitados y cuenta con más comodidades que el convento en sí. Hay calefacción y las camas tienen colchones normales.

Los dos guardias intercambiaron una mirada rápida, pero ninguno hizo ningún comentario.

—¿Podríamos ver su habitación?

—Supongo que tendrán que verla, ¿no? Pero, de todas maneras, es muy amable de preguntar. Tiene salida al jardín interior, entraremos por ahí.

Cogió una de las llaves que le colgaban del cinto y abrió una puerta no sin consultar antes el reloj.

—Pasen, las hermanas están desayunando.

La siguieron por un pasillo de baldosas de barro rojizas hasta llegar a un pequeño jardín con un claustro. La madre abrió una de las puertas con otra llave y se apartó para dejarlos pasar. Era una habitación de dimensiones correctas, con una cama de pino claro con el aire inequívoco de una gran marca de muebles sueca, su mesita de noche, un escritorio con una silla y un armario pequeño. Cano cogió un libro de la mesa; una biblia gastada por el uso, pero sin ningún marcador ni papel dentro. La cama estaba hecha y sobre la mesa había una novela histórica, esta sí con marcapáginas. La teniente abrió el armario: había un hábito que debía ser

el de repuesto y, doblada en las baldas, la ropa blanca. Todo ordenado e impecablemente planchado. En el cajón de la mesilla encontraron un monedero, un billete de ida y vuelta de tren a Madrid, un billete de veinte euros y un carné de identidad a nombre de Lourdes Martín del Río, domiciliada en la calle Galileo de Madrid. El baño era pequeño, sin ventanas y alicatado en blanco. En una balda sobre el lavabo había un cepillo, unas horquillas y una pastilla de jabón. Precintaron la habitación y salieron al pasillo. La madre superiora los estaba esperando fuera.

—¿El precinto es necesario?

—Probablemente no —respondió Karen intentando no alarmarla más de lo necesario—, pero déjelo hasta esta tarde. La llamaremos si puede quitarlo y recoger la habitación. ¿Podría darnos los datos de la residencia de sor Lucía de Madrid?

—Lo he apuntado ya todo, suponía que querrían saberlo. Aquí tienen.

Les tendió una hoja con un nombre y un número de teléfono. Karen pensó que estaba deseando quitárselos de encima.

—Muchas gracias, madre. ¿Tiene los nombres del fontanero y del pescadero también? La llamaremos si necesitamos alguna información más.

—Desde luego, cuando quieran.

Sacó una agenda del bolsillo y tomando el papel apuntó los dos números.

—Los acompaño.

Salieron con ella hasta el locutorio y cerraron la puerta de madera, que encajó herméticamente con un clic. Cano soltó un silbido.

—Desde luego, esto debe ser más duro que la legión. Me estoy imaginando el anuncio en Airbnb: «colchón normal y calefacción…».

—Por lo menos, Cano, por lo menos —resopló Karen—. No me quiero imaginar los colchones. Ni el frío en este sitio, en invierno y sin calefacción. La declaración de la tornera cambia todo, puede que la monja fuera acompañada. Vamos a dar una vuelta para ver si encontramos a algún vecino o alguna tienda.

Tiendas no había, pero casitas bajas, sí, y un bar, llamado El Rincón Andaluz, que Cano le explicó que se había llamado La Iglesia, muy de acuerdo con su situación en las cercanías del edificio conventual. Karen sonrió y pensó que solo los españoles podían llamar así a un bar. Miró a su alrededor.

—¿Nos repartimos? ¿Usted a la iglesia y yo a los feligreses? Nos encontramos en el bar.

—De acuerdo —dijo el brigada—, preguntaré también en las casas de enfrente.

Los vecinos de la zona eran en su mayoría gente mayor y entre las tres y las cuatro solían dormir la siesta. Ninguno había visto nada, excepto la camioneta del fontanero, y solo porque estuvo bastantes horas ahí parada.

Y no, ninguna cara nueva. En el bar, Karen se encontró con Cano, que se despedía de un hombre con el pelo gris con el que había compartido un café con leche en la barra. Se acercó a él y pidió un café solo. Se miraron y negaron a la vez.

—Los vecinos dormían la siesta —dijo Karen.

—El bar estaba tranquilo —replicó el brigada—, solo un par de asiduos echando una partidita de mus. Pero nadie vio, o a nadie le llamó la atención, una monja que saliese o una mujer que entrase en el convento. Con el que me tomaba el café es un amigo, Álvaro, el peluquero, que vive aquí al lado. Me ha confirmado que la zona es tranquila a esa hora, él subió casi a las dos, después de cerrar su peluquería, y no vio a nadie. Abre a las tres y media, y cuando bajó, la calle estaba vacía.

Karen asintió y se confirmó en lo que ya pensaba: el pueblo era pequeño y todo el mundo se conocía. Reflexionó.

—Si su acompañante venía de Madrid, podemos preguntar en las estaciones, por si llegó en tren o en autobús, a lo mejor tienen cámaras. Y en el restaurante del paseo.

—Sí —arguyó Cano—, pero ¿qué buscamos? ¿Una mujer? Piense en todos los turistas… El pueblo es pequeño, pero muy visitado.

—Por lo menos pedirles las grabaciones, quién sabe si no las necesitaremos. Saque sus notas, Cano. ¿Qué ha dicho la hermana tornera exactamente de la mujer?

El guardia abrió su cuaderno y leyó.

—«Muy educada, desde luego. Tenía una voz cantarina, un poco entrecortada, pero debía ser por la subida. Dijo que en Madrid le habían dicho que sor Lucía estaba aquí recuperándose, que le gustaría verla».

—Muy educada… —reflexionó Karen.

—No se confunda, mi teniente —objetó Cano—; a mí, si me pregunta, es que se sabía las preguntas y respuestas correctas para el torno. Debió decir «Ave María purísima» y no «buenas tardes».

—Tiene sentido. De todas maneras, nos da una imagen de ella, religiosa probablemente practicante o, por lo menos —añadió ante la mirada de Cano—, buena conocedora de los ritos. ¿Ha acabado? Vamos a las estaciones, la de autobuses y la de tren.

—¿Y si vino en coche?

La teniente sacudió la cabeza.

—El coche es posible, pero si hubiesen subido con él al paseo tendríamos probablemente testigos que lo hubiesen visto, y dejarlo aparcado delante del convento habría podido llamar la atención de algún vecino a la vuelta. Hacia las 16:15 la calle ya estaba más despierta, mire cómo vieron al fontanero. No tendría la voz entrecortada tampoco. Pero es una posibilidad. Si vino en autobús o en tren tuvo que llegar hacia las 14:30 para que le diese tiempo a subir andando, ¿no?

Cano asintió.

—Puede que tengamos suerte, a la hora de comer los transportes están más vacíos.

5

Madrid, 1980

Diluviaba cuando Conchita abandonó el olor a cera de la portería por la puerta de servicio. Las aceras brillaban y el olor a humedad flotaba en el aire. Abrió un pequeño paraguas y bajó corriendo a cruzar la Castellana. La luz era gris, los coches llevaban los faros encendidos y pasaban salpicando el agua de los charcos. El autobús no tardó en llegar y la dejó delante de El Corte Inglés, del que colgaba un cartel que anunciaba En febrero, precios más bajos. Volvió a atravesar la calle y buscó el número de la calle Orense. Encontró a su madre frente a un portal cerrado y tocaron en el piso que había escrito la enfermera. La puerta se abrió sin que nadie les preguntase nada, subieron en el ascensor y llamaron. Una enfermera les franqueó el paso.

—Buenas, pasen, por favor.

—Hola —dijo Conchita—, es que nos han dado esta dirección, es por mi madre…

—Esperen un momento en esta salita, ahora mismo las atendemos.

La sala tenía unas sillas de madera y una mesita baja con unas revistas. Dos mujeres que se parecían mucho entre sí hablaban en voz baja. La enfermera volvió y se las llevó. Conchita miró el reloj y sacó de la bolsa un bocadillo envuelto en papel de aluminio. Acababa de terminárselo cuando la enfermera apareció de nuevo y las guio hasta una sala bien iluminada con una camilla de consulta. Un póster de unos nenúfares adornaba la pared.

—¿De cuánto estás? —preguntó la mujer sacando una cartilla.

—De un poco más de dos meses —respondió Inmaculada—. Pero ¿cómo lo sabe?

La enfermera las miró extrañada.

—Pero vosotras, sabéis dónde estáis, ¿no?

Conchita respondió por su madre.

—Madre está embarazada y se encuentra muy mal. Estuvimos en el hospital de la Princesa y el médico la mandó reposo —explicó—. La enfermera dijo que aquí la podrían ayudar.

La mujer miró a la madre y a la hija. Se fijó en cómo Inmaculada sujetaba el bolso con las manos crispadas, como si alguien fuese a arrancárselo, en el ojo lesionado y en las manos agrietadas y enrojecidas.

La hija, calculó, debía tener catorce o quince años, pero por su actitud parecía bastante más mayor. Menuda pero fuerte, llevaba unos pantalones vaqueros gastados y un jersey. Una pequeña miga de pan se le había quedado prendida en la lana. Asintió.

—¿Cuántos partos?

La niña, al ver que su madre guardaba silencio, contestó.

—Cinco.

—¿Todos vivos?

—Esos son los vivos. ¿Madre?

—He perdido cinco, creo —dijo Inmaculada.

La enfermera apuntó unos datos y se dirigió a Conchita.

—¿Esperas un momento fuera, guapa?

La niña se levantó y salió. La mujer se sentó en la silla que había ocupado Conchita y comenzó a hablar suavemente.

—Mira, no sé si quieres estar aquí, pero lo tienes que entender y decidir. Esta no es una consulta como las otras.

—Privada, ¿verdad? —respondió Inmaculada apenada.

—También privada, sí. Esta es una consulta que ayuda a las mujeres que están embarazadas y que, por lo que sea —estamos aquí para ayudar, no para juzgar—, no quieren tener el niño.

Inmaculada levantó la cabeza asombrada mientras la otra continuaba.

—Hasta hace unos años —dijo—, esto se hacía en el extranjero o en casa, con una aguja de hacer punto. No es nuevo. Nosotras damos una alternativa segura, sobre todo sin poner en peligro la vida de la madre. No tienes que decir nada. Yo te explico, y tú, y solo tú, decides. ¿Sabes de cuánto estás exactamente?

—Dos meses y medio.

—Bien. Esto funciona así: te hacemos una revisión y un análisis de sangre hoy. Podrías venir pasado y te haríamos una pequeña intervención. A las dos horas te puedes marchar a tu casa. Pero te tiene que acompañar alguien y tienes que estar dos días de reposo y estar atenta a las hemorragias. No es una decisión fácil y la tienes que tomar tú, ni la doctora ni yo te podemos ayudar, como tampoco te vamos a juzgar. Una cosa es tener razones y la otra hacerlo, y la que sale de aquí sola eres tú.

Inmaculada levantó la cara resuelta.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó.

—Treinta mil pesetas. Hoy no tienes que pagar nada, lo traes si te decides. Y una última cosa que tienes que tener muy clara. —La miró fijamente a los ojos—: Esto es, según las leyes, ilegal.

—Según las leyes de Dios y de los hombres… —recitó Inmaculada.

—Bueno, sí, en este caso seguro que fueron hombres, ¿no? —sonrió la otra.

Inmaculada esbozó una sonrisa.

—No puedo conseguir el dinero en un solo día, ¿me da tiempo hasta la

semana que viene? —Su voz sonaba decidida.

—Claro —asintió la mujer—, la semana que viene está bien. Pero no deberíamos esperar mucho más.

Abrió una agenda.

—¿Te parece bien el jueves? Te hacemos los análisis hoy y te pasas el jueves. Te vienes en ayunas.

Inmaculada asintió. La enfermera abrió un armario, cogió una jeringuilla, desinfectó el brazo y le sacó sangre. Limpió con cuidado la incisión y le puso una tirita. Una médico de unos cincuenta años entró en la sala y la saludó.

—Solo falta la revisión —indicó la asistente.

Cuando se acabó de vestir, las acompañó a la puerta y se dirigió a Conchita.

—Cuida a tu madre, ¿vale?

—No se apure.

Inmaculada se despidió.

—Muchas gracias.

Había parado de llover, pero el cielo seguía de un gris lechoso. La niña miró el reloj.

—¿Y? ¿Qué ha dicho?

Inmaculada, con una sonrisa confiada, le posó la mano sobre la mejilla.

—Que me pueden ayudar. Solo tengo que guardar una semana de reposo más y ya podré trabajar otra vez. Y tú, volver al instituto, que es lo tuyo.

—¿De verdad? —La voz de la niña sonaba incrédula.

—Sí, no te preocupes.

Conchita, inquieta, volvió a mirar el reloj.

—Madre, ¿te dejo aquí? Si no, no llego…

—Claro, corre. Vas a la de Suances, ¿no?

—Sí, tengo que coger el autobús.

—Vete corriendo, que nos vemos en casa.

6

San Lorenzo, 2015

Descendieron al centro del pueblo otra vez, Cano se sentó al volante y se dirigió a la estación de autobuses. Aparcaron en las cocheras ante la mirada crítica de los conductores y entraron en el despacho de billetes. Solo había una ventanilla abierta y el joven pareció no comprenderlos cuando le preguntaron.

—¿Pretenden que me acuerde de una mujer sola, que encima llega y no compra billete a la hora en la que llegan varios autobuses que traen a los turistas a comer?

Los dos guardias se miraron y comprendieron que no tenían gran cosa. Pidieron las grabaciones, dejaron su número, que el chico cogió por no hacerles el feo, y se marcharon hacia la estación de tren de El Escorial. Dejaron el monasterio a su espalda y tomaron la carretera que unía las dos poblaciones. Karen recordó las explicaciones que le había dado el brigada sobre los dos pueblos: San Lorenzo tenía el monasterio y el cuartel, y El Escorial, considerado por algunos como el hermano pobre, tenía a su vez la estación de tren. Las dos poblaciones estaban enfrentadas desde tiempos inmemoriales y sus habitantes se mantenían separados, tildándose los unos a los otros de gurriatos y caciques. El nuevo auditorio quedó a su izquierda y el asfalto se convirtió en adoquinado, que producía un rumor percutiente en el vehículo. Aparcaron en las plazas delante de un edificio moderno anexo al antiguo y bajaron las escaleras de granito que llevaban a la sala de la estación. La ventanilla tenía pegado un papelito escrito a mano, incongruente con el mundo digital, donde decía Madrid, vía 3. La teniente buscó en vano una pantalla de salidas y llegadas.

—Siempre me pregunto cómo se sabe aquí por dónde y cuándo salen los trenes. Yo cada vez tengo que preguntar…

Cano lanzó una carcajada.

—Sí, ya lo sé, para los extranjeros es un infierno. Pero peor es la estación de Nuevos Ministerios, que aquí por lo menos pegan el papelito en la ventanilla…

Algo se movió en la ventanilla y un hombre grueso y barbudo tomó asiento tras el cristal. Los guardias se acercaron y le interrogaron precisando la hora. Su respuesta fue casi más descorazonadora que en los autobuses. No, les contestó, él no había visto nada. Pero claro, les dijo en

un tono condescendiente, él estaba vendiendo billetes y no mirando la salida de las vías, que estaba controlada automáticamente. Si querían las grabaciones, añadió, las tendrían que pedir en la central de la Renfe. Les apuntó, tras rebuscar entre unos papeles, un número. Intentando demostrar receptividad ante la autoridad añadió que, si suponían que la persona que buscaban iba a San Lorenzo, salvo que fuera buena andadora, tendría que haber cogido el autobús o un taxi para subir y, a lo mejor, alguno de ellos se acordaba. Pero él, una mujer con voz cantarina… «La verdad es que no hago cantar los destinos», concluyó con sorna. Una señora se acercó por detrás preguntando por la vía del tren de Madrid. El hombre no se molestó en contestar y señaló con el dedo el cartelito pegado en el cristal. La mujer, ante el mutismo, contestó levantando la mano y salió en dirección a las entradas automáticas. Mientras subían, Cano propuso:

—A lo mejor deberíamos coger el tren de la hora en cuestión; muchos de los pasajeros cogen el mismo todos los días y tienen sus rutinas, como las paseantes. Puede que les llamase la atención algo. Y no tendrán dificultad en reconocer a los turistas.

—Pues sí —contestó Karen—, buena idea. Si quitamos a las asiduas, las extranjeras y los turistas puede que quede algo. Se lo podemos pedir a Suárez, seguro que conoce a la mitad… —dijo divertida.

—Les podemos preguntar a los taxistas y pedirles a los de los autobuses que nos digan quién hizo los trayectos de la estación al pueblo ayer.

Entre los primeros no sacaron nada: las carreras del día anterior habían sido en su mayoría turistas que iban a ver el monasterio y personas mayores que vivían fuera del perímetro que cubría el servicio interno de autobuses. Nadie había hecho una carrera al convento de las carmelitas ni a sus cercanías. El conductor del autobús de la estación tampoco recordaba haber visto subir a una mujer sola.

El reloj de la estación marcaba la una, demasiado pronto para el anatómico forense, y la teniente miró a su segundo.

—¿Le parece que comamos aquí? —propuso—. Hablamos con las tres paseantes y después nos vamos al depósito.

—Estupendo. ¿Prefiere moderno o tradicional? —tentó Cano, imaginando que, acostumbrada a las grandes ciudades, preferiría comida más elaborada.

—Tradicional, si no le importa —contestó la teniente—. Prefiero saber lo que como y las combinaciones exóticas no me van demasiado.

—No se preocupe —sonrió Cano—, que la he entendido. —Reflexionó un momento y preguntó—: ¿Qué le parece en el centro del pueblo?

Se sentaron en uno de los locales que poblaban la plaza con el poético nombre de El Sol Sale para Todos. Un hombre de pelo gris lleno de energía corría entre las mesas cambiando sillas y organizando la terraza. Miraron la carta, Cano la cerró rápido y Karen tardaba.

—¿No encuentra nada?

—Quiero las albóndigas, pero hay morcilla con manzana. ¿Sabe que los alemanes lo llaman Cielo y Tierra? Pero no voy a poder con todo…

Cano rio.

—Si lo que quiere es compartir la morcilla de aperitivo, puede salir del armario y decírmelo directamente…

Karen levantó la cara divertida.

—Estupendo. Entonces, Cielo y Tierra y las albóndigas.

Comieron en silencio y, cuando acabaron, la teniente se echó hacia atrás satisfecha.

—Qué placer, Cano —dijo—, muchas gracias. Ayer me preguntaba por la vuelta. Pues esto sí que es una diferencia. El simple hecho de comer al mediodía, de poder salir y encontrar un buen menú, de que lo normal no sea llevar una ensalada o comer un bocadillo de la panadería en la oficina.

El sol les daba de lleno en la cara y pidieron el café. Cano rebuscó en uno de sus bolsillos y sacó un paquete de tabaco.

—¿Le molesta?

Karen lanzó una carcajada.

—Me parece fatal, Cano, yo que pensaba que con usted iba a reducir el vicio… —dijo sacando a su vez una cajetilla.

Encendieron los cigarros y echaron un vistazo a su alrededor. La plaza estaba soleada y, a pesar del frío, bastante animada: grupos de jóvenes entraban en los bares, madres o abuelos con cochecitos, mujeres y hombres que salían del trabajo a tomar el aperitivo o a comer. Niños en uniforme de las manos de sus madres y grupos de turistas, algunos enormes que se apiñaban alrededor del guía y otros más pequeños con las guías en mano. Karen miró el reloj del ayuntamiento. Eran las dos, más o menos la hora a la que suponían que debió llegar la acompañante de la monja al pueblo. Desanimada, se dijo que era imposible que alguien recordase haber visto por el centro a una mujer sola subiendo hacia las carmelitas.

—¿Y si fuese de aquí? —preguntó Karen.

Cano sacudió la cabeza.

—La hermana tornera precisó que la visitante había dicho que en el convento de Madrid le habían indicado que… —objetó—. Podría vivir aquí, que fuese a buscar a sor Lucía a Madrid y que diese la casualidad de que esté en su pueblo. Pero sería mucha coincidencia… No, yo creo que vino de Madrid. Cómo va a ser otra cosa.

—Una monja convaleciente sale a pasear con una mujer, española, sin acento marcado y de cultura tradicional. No vuelve al convento y poco tiempo después es encontrada muerta en un paseo. Partimos de la base, a falta de otras pistas, de que su acompañante tiene algo que ver, bien sea como testigo o como participante. Si es homicidio, puede que no fuera premeditado: el camino a esa hora, si aceptamos el cálculo de la hermana

tornera, tiene paseantes. No muchos —dijo Karen—, pero no es un sitio al que yo iría a matar discretamente. Podría haber sido un accidente y que la visita no tuviese nada que ver con él. La mujer va a verla, salen juntas, andan un trecho y después se separan. Sor Lucía sigue por el paseo, tropieza con algo, raíz, piedra, lo que sea, y cae, dándose en la cabeza un golpe con la roca de granito.

—O la visita pasea con ella —agregó Cano—, el accidente ocurre, la mujer se asusta y sale corriendo.

Karen lo miró dubitativa.

—En ese caso, hubiese vuelto sobre sus pasos a pedir ayuda, no se adentraría más en el bosque. Y se debería haber encontrado con nuestras tres paseantes, que afirman no haber visto a nadie.

—Hombre, pudo seguir hasta el final del camino —dijo Cano.

—¿Que lleva a dónde? —dijo Karen atenta.

—A la carretera de Robledo de Chavela. El club de golf está ahí. De ahí al pueblo, andando, solo hay unos veinte minutos. A la estación de tren un poco más, claro.

—Así que pudo haber salido por el otro lado… —dijo Karen pensativa —. Pero entonces tenía que conocer el lugar.

Cano asintió.

—No hay carteles, solo un mapa del monte. —Miró el reloj—. ¿Qué le parece si nos bajamos? Las testigos deben estar al caer.

7

Madrid, 1980

Inmaculada se quedó sola en la calle mojada. Sacó una bolsa de plástico del bolso y la colocó en un banco para sentarse. Revisó cada nombre de su agenda mientras movía la cabeza abatida. Ninguna de sus amigas podría dejarle el dinero, y su madre había muerto. Iba a echarse a llorar cuando uno de los lados de la agenda se abrió por la página del calendario. Miró los nombres de las señoras de las casas en las que trabajaba, dudó un segundo y se levantó para ir a la parada del autobús.

Un arco elaborado de una antigua cochera se abría a la calle. El portero la saludó frotándose las manos.

—Qué tiempo de perros… No es tu día, ¿no, Inma?

Inmaculada asintió, subió y tocó a la puerta de la cocina, que tenía un timbre continuado y martilleante. Una doncella, uniformada de negro con un delantal de puntillas almidonado, le abrió la puerta.

—¿Inmaculada? ¿Qué haces tú aquí? —preguntó sorprendida.

—Venía a hablar un momento con la señora, ¿está?

—Sí —afirmó la doncella—, ha ido a cambiarse, tiene merienda esta tarde. Pero no llegan hasta las seis y media. —Y añadió mirando el reloj que colgaba del *office*—: Falta un poco todavía. Te ha atizado otra vez, ¿no?

Inmaculada hizo un gesto vago con la cabeza.

—Solo venía a preguntarla una cosa, no es más que un momento.

La mujer la observó curiosa, asintió y desapareció tras la puerta. Cuando volvió le mantuvo la puerta abierta.

—Dice que pases a la salita.

Inmaculada salió al pasillo y, tras atravesar un gran salón iluminado con luces bajas que se abría a la calle con tres ventanales, llegó a una sala más pequeña y confortable. Una mujer de unos sesenta años, de rostro bondadoso y apacible, estaba sentada leyendo en una butaca. Tenía las piernas cruzadas ladeadas, con las manos suavemente posadas sobre el libro, que cerró dejando entre ellas un marcapáginas al verla llegar. Un leve olor a perfume la rodeaba y se veía que estaba recién arreglada.

—Qué sorpresa, Inmaculada, pase y siéntese —dijo señalando una butaca—. ¿Va todo bien? Ya sé que ha estado enferma.

Tenía una voz dulce y preocupada, le escrutó el rostro, se fijó en el

hematoma que le cubría la cara y los ojos se le entrecerraron un segundo; apretó los labios, pero no dijo nada. Inmaculada se sentó en el borde de la silla con las manos entrelazadas sobre el regazo y las piernas juntas sin cruzar. La mujer continuó.

—Cuando vino Conchita a hacer sus horas dudé si dejarla trabajar, pero me dijo que era solo una excepción. Es un tesoro de niña. ¿Qué tal le va en el instituto? Inmaculada, por Dios, que no deje los estudios, con lo que le ha costado.

La mujer asintió, se apretó las manos, los ojos se le llenaron de lágrimas y los nudillos se tornaron blancos.

—Sí, la Conchi es muy lista, señora. Pero no la molesto por ella. Señora, ¿se acuerda de la Carmen?

—Claro —afirmó la otra—. ¿Cómo está? ¿Sigue yendo al centro contenta?

Inmaculada esbozó una sonrisa.

—La gusta mucho y hasta tienen comedor —hizo una pausa para reflexionar y soltó de carrerilla—, pero hay que hacerla un tratamiento y es por lo privado.

La señora se irguió un poco más apoyándose en los brazos de la butaca.

—¿Está enferma? —Sacudió la cabeza con pesar—. La verdad es que Dios, a usted, Inmaculada, no la prueba, la mastica. ¿Qué tiene? ¿Quiere que hable con el señor? La podrían ver en la clínica.

—No, no, gracias —replicó la asistenta—, es por la boca, y el dentista del barrio está bien.

—Pero ¿de qué se trata?

Inmaculada bajó la cabeza al contestar.

—La boca se la quedó rara después de la enfermedad. Tiene una cosa en las encías, que se cura, pero no lo paga el seguro.

Adela respondió solícita.

—Podría hablar con mi dentista, seguro que nos hace un buen precio.

—No, señora, gracias, de verdad, solo que…

La otra la interrumpió antes de que acabase la frase.

—Claro que sí, Inmaculada, yo le dejo el dinero, por eso no se preocupe. ¿Cuánto es y para cuándo lo necesita?

—Treinta mil pesetas. Le debería dinero hasta el año que viene por lo menos. —La voz de la asistenta no era ya más que un susurro.

—No se preocupe. Pero, por esa suma, a lo mejor sí que era una buena idea que mi dentista la viese. Así tendría por lo menos una segunda opinión.

Las manos de Inmaculada, por lo común enrojecidas por la lejía, estaban blancas por la presión infligida. Levantó un poco la voz para responder y la mujer que tenía enfrente izó levemente una ceja asombrada.

—No, está bien con el del barrio. Pero si no la viene bien…

La interpelada abrió la boca para responder, para preguntar, para

protestar. Se fijó en las manos de su asistenta, en los dientes apretados. En la costra del corte bajo el ojo, en el rostro teñido por el hematoma. Bajó la mirada y vio sus propias manos, que reposaban sobre el libro. Tenía los dedos largos y finos con una manicura impecable y con la piel blanca de por sí, no por efecto de la presión. Sintió una ola de sangre subirle al rostro y notó cómo el calor de la vergüenza le inundaba la cara. No preguntó más.

—Claro que no —claudicó—. ¿Cuándo lo necesita?

—Para la semana que viene, si la viene bien. —El alivio en su voz era manifiesto.

La señora se levantó y la asistenta la siguió de un salto.

—No se preocupe, Inmaculada, el martes, cuando venga, lo tiene. Por cierto —dijo cambiando de tema—, ¿se lo he dicho? La señorita Pilar vuelve a Madrid. A lo mejor le interesaba a usted quedarse en su casa fija, está buscando una externa.

—Muchas gracias, señora. Qué bien tener otra vez a la señorita Pilar. Me encantaría, pero no puedo.

—Ya, las horas se pagan mejor —suspiró la mujer—. ¿Pero puede, Inmaculada? ¿Va a poder? ¿Y por cuánto tiempo?

—Qué remedio, señora, es lo que hay.

La mujer asintió y se volvió sin decir más. Su firme taconeo y el deslizar de las zapatillas de Inmaculada resonaron sobre las tablas del parqué. La señora abrió la puerta del *office*, donde reinaba una frenética actividad. Varias fuentes de plata cubrían las encimeras y la doncella que había abierto la puerta entraba y salía de la cocina con bandejas de canapés que colocaba junto a las que ya estaban preparadas. Una voz desde el fondo gritó que metiese los de mayonesa en la nevera. El entrechocar de platos y metal se mezclaba con los sonidos de una copla. Al aparecer la señora, los golpes cesaron y la copla continuó.

—Emilia —preguntó la mujer—, ¿dónde está la caja de bombones de Navidad?

—En la despensa —respondió la doncella—, ¿se la saco?

—Coja una de las latas y llénesela a Inmaculada. Y —dirigiéndose sonriente a esta, que esperaba a su lado— que no se los coman todos de una vez. Nos vemos el martes, Inmaculada. Cuídese.

Salió cerrando la puerta tras de sí sin esperar respuesta. La cocinera, que había aparecido en la puerta al oír a la señora, rezongó y volvió a los fogones. Emilia abrió la puerta de la despensa, que soltó un chirrido, y salió con una gran caja forrada de tela. La abrió delante de Inmaculada y puso una antigua lata de galletas al lado.

—Los verdes son de chocolate blanco, están buenísimos…

Desde el fondo se oyó la voz amenazadora de la cocinera.

—¡Me devuelves la caja, que la uso para las rosquillas! Y ahora que vuelve la Pilar haremos otra vez.

—No te preocupes —afirmó Inmaculada sonriendo—, el martes la tienes aquí.

La doncella llenaba la lata mientras masticaba un bombón.

—Pues sí que te ha sacudido bien el Camilo esta vez. En una de estas te quedas en el sitio. A mi tía…

—Ya lo sé —interrumpió Inmaculada irritada—, Emilia, me sé de memoria la historia de tu tía. ¿Quieres decirme a dónde voy con cuatro críos y la Carmen? Di, anda. Es muy fácil hablar cuando se está sola.

Emilia enrojeció de cólera.

—Sin ofender, ¿eh?

—No lo decía así, mujer —dijo Inmaculada conciliadora—, pero es que tu situación es diferente.

Emilia respondió afectuosa.

—Ya. Si ya lo sé. Oye —dijo animada—, ¿sabes que la señorita Pilar busca a alguien?

—Me lo ha dicho la señora —asintió Inmaculada—, pero no me salen las cuentas si me pongo fija. Bueno, me voy, tengo que ir a por la Carmen. El martes nos vemos.

—Cuídate, que tienes una cara que para qué.

El timbre melodioso de la puerta principal sonó tres veces muy seguido. Emilia fue a abrir mientras le decía a la cocinera:

—Esa es la de Beamonte, siempre toca así.

Abrió la puerta principal y una nube de perfume francés impregnó la entrada. Una mujer envuelta en un abrigo de piel hasta los tobillos taconeó por el mármol. Tenía, a pesar de rozar los sesenta, un cuerpo flexible y bien torneado y unos rasgos finos y armoniosos enmarcados por una melena rubia muy cuidada.

—¡Qué frío hace! —exclamó frotándose las manos—. Parece mentira que digan que se acerca la primavera… No sé ni siquiera si quitarme el abrigo. Perdone, Emilia, que no le he dicho ni hola… ¿Soy la primera?

—Sí, señora —contestó la doncella.

Los pasos firmes de la señora de la casa se aproximaron.

—Hola, Maite, qué alegría verte.

—¡Adela! Qué bonito vestido.

La doncella cogió el abrigo y se retiró con él a un cuartito adyacente. Las dos mujeres acercaron levemente sus mejillas para percibir el suave aroma de la otra, pero sin llegar a tocarse. Se agarraron del brazo y anduvieron hacia el salón.

—¿Cómo está Jaime? —preguntó la dueña de la casa—. ¿Y Mariola?

—Jaime bien… Todo el día en el banco y los fines de semana protesta si

no vamos al campo. Ya sabes cómo le gusta, pero con este tiempo no apetece nada. Es un lío y la casa tarda en calentarse casi tres días.

Se sentaron en un sofá dejando un espacio libre entre ambas. Emilia entró con dos copas ya servidas que puso sobre unos posavasos en la mesita de madera.

—¿Y Mariola? —preguntó Adela.

Una sombra de tristeza cruzó el rostro de la aludida.

—Nada nuevo —dijo Maite desanimada—. Cada vez se agobia más y eso es peor. Estuvimos en Suiza, en la clínica especializada que nos dijo Enrique, pero parece que no hay muchas esperanzas.

—Ya. La pobre no ha tenido suerte.

Maite apagó el pitillo, se colocó el pelo y dijo intentando parecer animada:

—Bueno, ¿cuándo vuelve Pilar?

—El nuevo embajador llega en verano —respondió Adela—, así que yo creo que en septiembre están aquí. Pilar vendrá unos días en Semana Santa para disponerlo todo un poco.

—¿Ya tiene chica?

—No —respondió Adela negando con la cabeza—, justo ahora está buscando, así que si sabes de alguien… Pero ya conoces a Pilar, no quiere una interna.

Se oyó el timbre y el rumor animado de conversaciones aumentó a medida que las invitadas se acercaban. Una amalgama de perfumes penetró en el salón. La ceremonia de acercamiento de mejillas recomenzó, las mujeres se repartieron por los sillones y el zumbido de las conversaciones se unió a las exclamaciones ante las bandejas de canapés. Eran ya casi las nueve y las bandejas estaban casi vacías cuando el dueño de la casa irrumpió en la estancia.

—Enrique, ¡qué alegría verte! —exclamaron varias de las mujeres a la vez.

El hombre era alto, de pelo blanco y cejas negras muy marcadas, e iba impecablemente vestido. Pasó besando a las amigas de su mujer, haciéndole a cada una de ellas un comentario agradable y preguntando por sus cónyuges. Maite se dejó besar la mano mientras reía.

—No te preocupes, Enrique —le consoló—, Jaime debe estar a punto de llegar. Ha dicho que le dabas pena, solo con nosotras, y que pasaría al salir del banco.

—Qué bien —contestó él—, así quedamos para ir a practicar la puntería.

Se sentó en una butaca y encendió un cigarrillo. La doncella entró con una bandeja en la que traía una copa y una mezcla de canapés que le ofreció junto a una pequeña servilleta de lino.

El timbre volvió a sonar. Una figura alta, muy morena, con una nariz aguileña y el pelo cuidadosamente peinado hacia atrás apareció en el salón.

La ceremonia de piropos y saludos se repitió hasta que llegó a la anfitriona y a su mujer.

—Adela, qué alegría verte.

Se inclinó elegantemente y se llevó su mano a los labios sin rozarla. Le pellizcó a su mujer la mejilla. La doncella entró y le ofreció una bandeja con un vaso alto. Enrique se acercó a él y dirigiéndose al grupo se excusó diciendo:

—¿Nos perdonáis cinco minutos? Tenemos que comparar nuestras agendas.

Agarró al recién llegado por el codo y lo guio hasta el fondo de los salones. Abrió la puerta de una biblioteca, dejó pasar a su amigo y cerró tras de sí. Ambos se derrumbaron en dos sillones de cuero con un suspiro simultáneo. Enrique levantó la tapa de plata de una caja de puros y le ofreció uno a Jaime. Le pasó el cortapuros, esperó a que se lo devolviese y encendió una cerilla. Ambos giraron los cigarros aspirando y expulsando el humo.

—¿Qué tal en el banco? —preguntó Enrique.

—Los líos de siempre, ya sabes —suspiró el otro—. Nada nuevo.

—¿El edificio nuevo estará terminado pronto?

—No me hables —dijo Jaime sacudiendo la cabeza—, es un lío descomunal. Pero bueno, eso tiene arreglo.

—¿Lo de Suiza no ha funcionado? —dedujo Enrique.

—Hombre —resopló—, por lo menos ahora sabemos algo más. Ese amigo tuyo fue muy claro. Un pueblo verdaderamente eficaz, esos suizos. Ya podíamos aprender algo.

—¿Ninguna esperanza?

—Mira, Enrique, qué te voy a contar a ti, que eres médico. El semental con los doblones sin garantía de liquidez y la caja fuerte de Mariola sin garantía de rentabilidad. Vamos, dicho mal y pronto: intentar mear y que no salga ni gota.

—Jaime… —reprochó su amigo—. ¿Qué hay de la adopción?

—Nada, talludita. Supera el límite de edad para la adopción. Puedo con todo, las regulaciones de mercado, las nuevas leyes y la nueva sede. Pero el tener todo el día a Maite suspirando y a Mariola lloriqueando me saca de quicio. Además, qué coño quieren que haga yo, ¿eh? —Se levantó dejando con un golpe la copa sobre la mesa—. ¿Que les compre un niño? Pues sabes qué te digo, que para las tonterías que me han hecho comprar en mi vida, no sería mala idea. Pero, ¡coño!, los niños no los venden en el mercado de la Paz, que es lo que le digo a Maite. Pero qué te voy a contar a ti. Anda, vamos a cambiar de tema que voy a acabar histérico yo también.

—Ya. —Enrique hizo una pausa y preguntó—: ¿Cómo tienes el viernes? Yo opero por la mañana y después estoy libre. Podíamos comer en el club y después nos vamos a practicar el tiro.

—Pensaba ir al campo —gruñó Jaime malhumorado—, pero ya he visto la cara de Maite, así que como encima dicen que va a llover… Me parece buen plan. Si me llamas cuando salgas de quirófano paso a recogerte.

—Estupendo. Venga, vamos con ellas antes de que nos regañen.

El grupo se deshacía poco a poco, algunas ya tenían los abrigos puestos y la doncella había avisado al portero para que los chóferes se acercasen a la puerta.

La doncella entregó los dos últimos abrigos, las pieles de Maite y un abrigo de pelo de camello de corte recto de Jaime. Las dos mujeres se agarraron de las manos y Adela le susurró «Ánimo» con un apretón. Su amiga asintió con los rasgos tristes. Enrique se acercó y la besó en ambas mejillas, le dio un cachetito cariñoso y le dijo:

—No te preocupes, Maite, verás como todo se soluciona.

—Dios te escuche —respondió ella desanimada.

Jaime abrazó a su amigo dándole unas palmadas en la espalda.

—Nada, campeón, nos vemos el viernes.

Apoyó la palma de la mano en la espalda de su mujer y la empujó suavemente hacia la puerta. Abrió las dos hojas de cristal, la dejó pasar y se despidió de los anfitriones con la mano. Enrique cerró la puerta principal con un suspiro. Siguió a su mujer al comedor, donde la mesa estaba puesta para dos. Adela bendijo la mesa, la doncella sacó una sopera humeante y la pasó para que se sirviesen. Una vez hubo salido y la mujer escuchó cerrarse la puerta de la cocina, comenzó a hablar bajando la voz.

—Qué mala suerte lo de Suiza.

—Ya —respondió Enrique mientras soplaba—, pero es que parece que es él el que no puede. Y a la edad de ella es cada vez más complicado. Por no decir imposible.

—Creo que lo lleva fatal.

—Sí —afirmó su marido—, Jaime ya me ha pintado un poco el panorama.

Habían acabado de cenar cuando Enrique preguntó si quería leer un poco todavía.

—No, pero podíamos rezar el rosario y nos vamos a la cama, ¿qué te parece?

8

San Lorenzo, 2015

Encontraron al guardia Suárez al teléfono en la centralita.

—Buenas, ¿qué tal en el convento? —les dijo tras colgar apresuradamente.

Karen y Cano le resumieron la mañana.

—Pues me parece que buscar a su voz cantarina va a ser la aguja en el pajar… —dijo sacudiendo la cabeza—. A lo mejor con los paseantes hay más suerte, suelen ser siempre los mismos. ¿Quieren que me apueste en la entrada del paseo e interrogue a todo el que se presente por ahí por si alguien pasó antes que nuestras testigos? —ofreció solícito—. ¿Han ido ya al restaurante La Horizontal? Los que fueron con reserva deberían ser fáciles de localizar y la mayoría bajarían en coche. No hay otro camino para llegar y a lo mejor alguien se las cruzó.

Karen pensó que probablemente el guardia Suárez era capaz de averiguar más que ellos con los caminantes y asintió.

—Si lo pudiese hacer ayudaría mucho, nosotros íbamos a pasar por el restaurante.

—No se preocupe —dijo el guardia ufano—, eso está hecho. Las tres testigos les esperan, pasen por aquí.

Entraron en la habitación donde esperaban las tres mujeres con unos cafés y un plato de pastas. Karen miró la merienda asombrada, pero Cano negó con la cabeza e hizo una seña hacia la puerta que cerraba Suárez.

—Teniente Blecker y brigada Cano —se presentó la teniente—, nos vimos ayer. ¿Se han recuperado ustedes?

La de la sidrería, que parecía ser la que llevaba la voz cantante, respondió.

—Sí, no se preocupe. Pero no sé qué más le podemos decir, ya se lo dijimos todo ayer y a Ricardo ahora…

Karen abrió un poco los ojos al oír que ya estaban a partir un piñón con Suárez, pero continuó.

—Si le parece, empiece otra vez desde el principio, a lo mejor nos llama la atención algún punto más.

—¿Cuento yo y si me olvido de algo contáis vosotras? —Miró a las otras y estas asintieron—. Íbamos tarde porque Isabel había hecho horas extras. Bueno, desde el principio. Paseamos juntas casi todos los días,

siempre hacemos el camino.

—¿Siempre el mismo recorrido? —inquirió la teniente.

—Bueno —contestó la de la sidrería—, sí, solo hay veces que bajamos por detrás y volvemos por la carretera, pero no es costumbre. Vamos hasta la casa del guarda, el de los quesos, y volvemos.

—¿El de los quesos? —preguntó Karen perdida mientras Cano asentía.

—No —contestó la madre—, ahora está abandonada, era de un hombre que tenía cabras y hacía queso…

—¿Así que hacen ustedes la ida y la vuelta? —intentó concretar la teniente.

—Sí, sí.

—¿A quién se encontraron ayer?

—Lo hemos hablado —dijo la de la sidrería segura— y a nadie. Hacía bastante fresco y, como se hace tan pronto de noche, la gente sube menos. Coches no había ninguno, nos habrían llamado la atención.

—¿Recuerdan qué tocaron? —preguntó la teniente.

La otra hermana intervino.

—Le di un poco la vuelta para tomarle el pulso, nada más.

—¿Miraba hacia abajo cuando la encontraron?

—Sí —afirmó bastante segura—. Y no estaba del todo fría, si no, no hubiese buscado el pulso.

—Díganme —preguntó Karen sacando un mapa que le había cedido Suárez—, ustedes que se conocen bien estos parajes, si tuviesen que salir sin que las viesen de ese paseo, ¿por dónde irían?

Se miraron entre ellas. La madre recorrió una línea con el dedo.

—Seguiría el camino, bajaría detrás de la casa del guardés para llegar a la carretera, ese trozo casi no tiene paseantes, y volvería al pueblo por la lonja del monasterio. Por el otro lado —dijo dirigiendo el dedo a la dirección opuesta— hay más gente, y la carretera tiene a todos los que salen del restaurante.

Ya en el coche, Karen se volvió hacia Cano.

—¿Y el café y las pastas?

Cano sacudió la cabeza.

—La corrupción, mi teniente, la corrupción… —Rio al ver su cara—. Suárez, que es incorregible… Se dedica a hacer de buen samaritano, igual salva al gatito que lleva al anciano enfermo al hospital o le cambia al otro la rueda… Cuando la gente se dio cuenta de que los regalos no se admiten, buscó una manera de agradecerle al guardia sus buenas acciones, y ya se está dando cuenta de que aquí la gente es bastante terca. Le ahorro detalles, pero día sí, día no, llegan para Suárez dulces hechos en casa. La verdad es que no comprendo cómo no está como un tonel. Lo instauró una señora mayor que, tras salvar Suárez a su marido en una acción bastante heterodoxa, se plantó horas delante del cuartel hasta que le aceptaron las rosquillas. El capitán tuvo que elegir entre arrestarla, dejarla

coger una insolación o aceptar las rosquillas. Se decidió por el mal menor…

Karen lanzó una carcajada.

—No se ría, mi teniente —dijo Cano con falsa seriedad—, fue un momento de mucha tensión… Y lo peor es que el cuartel ahora parece una pastelería, porque esto no hay quien lo pare. Nuestros interrogatorios a veces se convierten en la cafetería del Miranda…

Subieron por la calle que llevaba al restaurante y al paseo. A ambos lados había verjas tras las que se intuían algunas casas entre los árboles, pero, como había dicho Suárez, no consiguieron ver cámaras en ninguna de ellas. En una curva se alzaba un gran edificio con cantería de granito en las esquinas. Cano explicó mientras frenaba para observar la fachada:

—Este es el último vestigio de un plan de los años veinte. Querían hacer un hotel de lujo, un casino y un restaurante en el pico del monte Abantos. Era un hotel muy conocido, el Felipe II. Ahora se utiliza para seminarios y cursos de la universidad en verano.

Lo observaron con detenimiento pero, si el edificio tenía cámaras, estas no daban a esa parte de la calle. El último trecho tenía una buena pendiente y se bifurcaba entre el camino de arena del paseo y la carretera asfaltada que llevaba al restaurante, que siguieron. A medida que avanzaban empezaron a aparecer más coches, un hombre alto y calvo con un chaleco amarillo les hizo señas y les indicó una plaza de aparcamiento. El local estaba dividido en bar y restaurante, ambos concurridos. El camarero fue a buscar a la encargada y la pareja se acercó a la chimenea, en la que chisporroteaba el fuego.

La encargada era una mujer joven, bajita y muy delgada, con una cara muy amable, que apareció antes de que llegaran a sentarse.

—Soy Elena, la encargada. ¿Me buscaban?

Asintieron y se presentaron.

—Buscamos a los clientes que se fueron de aquí ayer entre las tres y las cinco de la tarde.

—¿Ha pasado algo? —preguntó inquieta la mujer.

Karen pensó que era ridículo ocultar lo que de todas formas se debía comentar ya por el pueblo y aclaró:

—Una religiosa falleció en el paseo ayer por la tarde.

—Y ustedes creen que alguno de nuestros clientes… —continuó la encargada sin acabar la frase.

—No parece muy posible —la tranquilizó la teniente—, pero sí que hubiesen podido ver algo que nos pueda ayudar.

—Ah, bueno —respondió la mujer visiblemente más tranquila—, ahora mismo nos traen el libro de las reservas, aunque entre semana y en invierno, la gente no reserva tanto. De los que solo vienen a tomar el aperitivo no tengo nada, aunque a muchos los conocemos. Hay vecinos del barrio que pasan temporadas aquí y suben a comer todos los días. No

les apetece cocinar para ellos solos y, además, así salen un poco. Ayer estuvo uno de los asiduos, el doctor Encina. Vive en una de estas calles y se debió bajar hacia las tres y media. Es muy puntual, llega siempre a las dos y media y sale a la hora.

Una camarera llegó con el libro y Elena lo abrió.

—Ayer… Una mesa de ocho a las tres. —Frunció el entrecejo mientras reflexionaba—. Se quedaron bastante, la mesa entera tomó el menú degustación, con café y copa. Cuando salí seguían ahí, y eso fue a las cinco. Una mesa de dos, reservada a nombre de Martínez, a las dos y media. —Los miró y dudó un segundo.

Karen percibió la duda e insistió.

—Necesitamos saber si alguien vio algo, por favor.

La encargada bajó los ojos y se decidió a hablar.

—Son una pareja —Suspiró— y me pidieron una mesa tranquila. Como estamos perdidos en el monte muchos piensan que aquí están a salvo de miradas indiscretas —Sonrió—, lo que entre semana es cierto. Cuando me dicen que quieren una mesa tranquila, ya me imagino de qué va la historia y los pongo al fondo del restaurante porque ahí no los ve nadie. Pero no suelen dar ni el nombre ni el teléfono correcto.

—¿Y ustedes lo aceptan? —preguntó Cano.

—Mire —protestó la joven—, yo llevo un restaurante, no soy un guardia de la moral. Esas parejas suelen ser muy amables, están de muy buen humor, piden un buen vino, agradecen el sitio que les hemos dado, no se quejan por tonterías, dan buenas propinas y si han reservado no suelen dar plantón, así que, si me pregunta, son de mis clientes favoritos. Y si le soy sincera, si veo algunas de las parejas oficiales que vienen los fines de semana, los comprendo.

—¿Conocía a los de ayer? —inquirió Karen.

—¿Al señor Martínez? Sí, le he visto más veces. Pero si va a preguntarme cómo se llama, no se lo puedo decir, puede que Martínez.

—Y viene con una señora —ayudó la teniente.

—Sí, siempre la misma, no se crean.

—¿Y a ella la conoce?

La encargada dudó un momento, Karen comprendió su dilema y apreció su discreción.

—Mire —dijo—, lo último que queremos es causarles problemas, ni al uno ni a la otra. Pero buscamos a alguien que bajase por esta calle entre las tres y las cinco y viese subir a una monja en compañía de otra mujer. Iremos a visitar al doctor Encina, pero por ahora él y los Martínez, llamémoslos así, son los únicos que pudieron verlas. Vamos a hacer una cosa: usted los intenta avisar, a él o a ella. Si no tiene el teléfono, a lo mejor vienen otro día a comer. Si los localiza, les explica el caso y les da mi número, asegurándoles la mayor discreción. Dígales que lo único que queremos saber es si vieron a alguien subir por la calle.

La mujer puso cara de alivio y volvió al libro.

—Los Casulla también estuvieron. Es un matrimonio mayor que vive aquí todo el año, pero vinieron a la una, tomaron un aperitivo y salieron antes de que llegase el doctor Encina. Y nada más de reservas, fue un día tranquilo. Además, comió aquí el farmacéutico con un constructor del pueblo, subieron, que eran más de las tres, y fueron otros que seguían aquí cuando yo me fui.

—¿Se acuerda de a qué hora bajó usted? —preguntó Karen.

—Serían las cinco y cuarto, creo. No vi a nadie subir más que a tres señoras que pasean siempre por las tardes. —Se le iluminó la cara—. Si había alguien nuevo, ellas seguro que lo hubiesen visto. ¿Han hablado con ellas?

—Sí, muchas gracias —respondió la teniente—. ¿Intentará localizar al señor Martínez? Dele mi número y que me llame cuanto antes, por favor.

—De acuerdo —suspiró aliviada—, veré qué puedo hacer.

Salieron y Cano no dijo nada, pero su cara reflejaba contrariedad.

—Cree que he obrado mal —dijo Karen—, ¿verdad? Que debería haber hecho más presión para conseguir los datos de la parejita.

—Hombre, mi teniente —estalló el brigada—, podríamos localizarlos y saber más.

—Pues no, brigada —replicó—, con un poco de mala suerte no sabríamos nada de nada. La encargada ya nos ha dicho que el número y el nombre son falsos. Y que le caen bien. Y sabemos que es muy improbable que tengan algo que ver con nuestra monja. Así que estamos en sus manos.

—Podríamos haber hablado con los camareros.

Karen se detuvo y lo miró escéptica.

—¿Y amenazarles con qué? ¿Con el garrote vil? Dígame, ¿qué iba a hacer si no le dicen cómo se llaman, algo que probablemente no sepan, o cómo encontrarlos? O, imagínese que nos lo dicen, que los encontramos y que él se llama Pérez. Bien, le llamamos: Señor Pérez, sabemos que estuvo usted con su amante comiendo en San Lorenzo. ¿Puede ayudarnos? O nos coge el teléfono su mujer, ¿qué decimos? Guardia Civil, buscamos a su marido, ¿cree que lo encontraremos muy dispuesto?

—No, pero…

—En cambio, ahora, la encargada está buscando al señor Martínez para explicarle que no queremos destapar su lío, pero que es mejor que nos llame. Apreciará nuestra discreción y se pondrá de nuestro lado. Y si no, siempre tendremos tiempo de lanzarnos a la caza y captura. Me apuesto una caña a que nos ha llamado antes de que salgamos del Instituto Forense —reflexionó tras mirar el reloj—. Si vamos ahora a ver a los señores mayores del aperitivo los sacaremos de la siesta. Se lo podíamos pedir a Suárez, que está deseando ayudarnos…

Cano se encogió de hombros.

—Usted no sabe dónde se mete… Si se lo quiere pedir, allá usted. Pero desde ya le aviso que les arreglará los grifos que gotean, las cisternas y vaciará los canalones. Y mañana tiene un bizcocho en el cuartel. Ya me lo dirá cuando no le cierre el uniforme.

—Venga, Cano —dijo la teniente riendo—, mande a Suárez a los ancianos y nosotros vamos a ver al forense. Y en cuanto a los tortolitos, no ponga esa cara, siempre podemos volver a llamar y lo peor que le puede pasar es perder una caña.

—No, si puede que tenga razón —dudó Cano, poco convencido.

—Avanzamos, tenemos a varios clientes del restaurante que podrían haberlas visto. Tenemos que pasar por el convento de Madrid y por el Anatómico, y con un poco de suerte, Benavides le habrá dado carpetazo al asunto.

Descendieron por la ladera del monte para cruzar el arco del monasterio y bordear el edificio. Cano conducía despacio, observando la fachada oeste a su derecha.

—Dígame, ¿de qué color le parece que es? —preguntó el brigada.

Karen observó los inmensos sillares de granito. La respuesta era, evidentemente, gris. Pero no era gris, los rayos del sol de la tarde bañaban la piedra dándole un tono dorado.

—Ahora me parece dorado, pero supongo que cambiará con la hora y la estación.

—Exactamente —respondió Cano—, lo puede mirar mil veces, y cada vez es de un color diferente. Desde casi negro a rosado, pasando por todos los tonos ocres y dorados. Me encanta.

—Infunde paz —reconoció Karen.

Continuaron en silencio. Cano tomó la carretera para llegar a la autopista. Al pasar por el cartel del Valle de los Caídos, el teléfono móvil de la teniente sonó.

—¿Dígame?

Antes de que nadie pudiese contestar, un concierto de pitidos le estalló en el oído.

—Sí, hola, buenas tardes.

—¿Buenas tardes, con quién hablo? Teniente Blecker, Guardia Civil.

—Sí —dudó la voz—, mire, soy, bueno no soy, pero sí. Perdone, es un lío.

—Ah, es usted el señor Martínez —sonrió Karen.

Cano hizo una mueca divertida ante su gesto de tirar una caña señalándole. Puso el altavoz.

—Bueno, casi. Quería hablar conmigo, ¿verdad?

—¿Le importaría decirme cómo se llama? Por saber con quién hablo.

Un pequeño bufido sonó al otro lado de la línea.

—Me llamo Enrique Martín Cifuentes, pero…

—No se preocupe, don Enrique, que no es por ese tema que le

necesitamos. No nos incumbe lo que haga usted con su vida privada, pero a lo mejor nos puede ayudar.

—Dígame —contestó el hombre—, lo que quiera.

La voz sonaba aliviada y dispuesta a complacer.

—¿Sabe usted a qué hora salieron ustedes ayer del restaurante La Horizontal?

El hombre no dudó.

—Un poco antes de las cuatro, oímos las campanas del monasterio cuando estábamos en el coche.

—Y bajaron por la carretera, ¿no? —puntualizó Karen.

—Claro, hasta el antiguo hotel. No hay otro camino…

—Y ¿vieron a alguien subiendo a pie?

—Sí —afirmó el hombre sin titubear—, al bajar nos encontramos a una monja con una señora.

Karen miró al brigada, que mantenía los ojos fijos en la carretera.

—¿Podría describirla? A la que iba con ella —especificó la teniente.

—No sé… Me pone en un apuro. Mire, salíamos de comer, íbamos hablando de nuestras cosas cuando de repente apareció esa monja en la carretera, que ya de por sí es estrecha. Subían andando por su derecha y, como es todo tan justo, la otra casi se tuvo que meter en la cuneta. La verdad es que me pegué un buen susto al ver el hábito delante de mí. Fue detrás de la curva, que es muy cerrada, y solo me fijé en ella. A esa sí que se la podría describir bien, parecía una de esas monjas buenas, no las de los colegios. De esas que mandan por las casas a pedir para los ancianitos. La otra, si le soy sincero, nada. Casi no la vi, estaba tapada por el hábito. —Hizo una pausa para reflexionar—. Puede que fuese morena… Sí, probablemente. Rubia desde luego no era.

—¿Más o menos alta que la monja? —preguntó Karen desalentada.

—Ya le he dicho que casi se tuvo que meter en la cuneta, no le podría decir.

—Pudiera ser que su acompañante se acuerde de algo más, ¿sería tan amable de darnos su teléfono?

El hombre carraspeó en el teléfono.

—Ya, ya me he imaginado que… Bueno. —Se calló un momento y supusieron que estaba consultando el reloj—. Ahora es un buen momento para llamarla, ya le he contado… —Hizo una pausa para buscar cómo expresarlo—. Pero a las cinco…

—No se preocupe, ya le he entendido —dijo Karen.

—Si quiere, le mando su número por mensaje —respondió el hombre aliviado.

—Sí, muchas gracias.

—Si necesita cualquier cosa más…

—A lo mejor le tengo que volver a llamar.

—No se preocupe, durante el día se me localiza bien.

—Gracias, le aviso.

—Cuando quiera.

Colgaron y Cano lanzó una carcajada.

—Ya, no diga nada, se la debo…

El pitido de un mensaje los interrumpió. Era solo un número de teléfono con un nombre: Belén. La teniente cerró el móvil y rio también. Cano adelantó a un camión que circulaba por el carril central.

—¿No va a llamar? —preguntó el brigada.

—Cano —dijo Karen en tono de reproche—, es usted un impaciente. Dígame, qué sabemos de Belén. Vamos, de… llamémoslos los Martínez.

Cano resopló y recitó.

—Tienen un lío y están casados los dos. Se van de picos pardos a San Lorenzo. Y no mucho más.

—No está usted en forma hoy… —lo reconvino la teniente—. Mire, le voy a dar más detalles: casados, los dos. Ella tiene hijos en edad escolar que ahora —Miró el reloj— están todavía en el colegio. Probablemente, por el horario, privado o concertado. Ama de casa ella; él, profesión liberal.

—Vale, lo de los hijos lo entiendo, por eso tenemos que llamarla ahora, pero ¿cómo sabe la profesión?

—Venga, Cano, esfuércese un poco. La encargada del restaurante nos ha dicho que no es la primera vez que van. Deben subir a menudo, si no, no hubiese tardado tan poco en encontrarle. Y no habría tenido tantas ganas de protegerlos. Dígame, ¿con cuántas profesiones se puede usted subir a San Lorenzo a comer, entre semana, y a un restaurante de categoría?, ¿ha mirado usted la carta? Tiene que poder organizarse su tiempo.

—No creo que sean de aquí —se animó Cano—. Si fuesen de San Lorenzo no se esconderían en La Horizontal. Se irían a Madrid o a Villalba. El riesgo de encontrarse con cualquier vecino sería demasiado grande. En San Lorenzo se conoce todo el mundo —Hizo una pequeña pausa y pareció asimilar lo que acababa de decir— y todo se sabe tarde o temprano.

Karen observó su perfil, la nariz prominente y los ojos fijos en la autopista. El brigada no dijo nada, parecía perdido en sus pensamientos.

—Se va usted despertando, brigada… Bueno, ya le hemos dado suficiente tiempo para avisarla de que no hay peligro. No me mire así ni piense que debíamos habernos adelantado. Nos ha dicho que ya ha hablado con ella, así que si tenían algo que concretar, lo han hecho ya. Le habrá contado que no somos peligrosos y que solo queremos saber si vieron a la monja.

La teniente abrió el teléfono y marcó el número móvil que estaba en la bandeja de los mensajes. No tuvo más que sonar una vez. Una voz femenina contestó.

—¿Sí?

—Buenas tardes, ¿es usted Belén? Soy Karen Blecker.

—Ya —bajó la voz—, ya me ha dicho Enrique. —La voz se interrumpió y Cano pensó que había sido una buena idea presentarse solo con el nombre.

Se oyó cerrarse una puerta.

—La llamamos porque…

Belén no la dejó acabar.

—Sí, ya sé, por la monjita de la carretera…

—Más bien por su acompañante —puntualizó Karen—. ¿La pudo ver usted?

—No —suspiró—, solo vi a la madre y de refilón. Hábito blanco y negro, como las dominicas, es lo único que pude reconocer. Ni siquiera le podría asegurar si quien iba con ella era mujer u hombre.

—¿No se acuerda de nada más? —preguntó Karen desalentada—. Se las encontraron ustedes casi de frente…

—Ya —se excusó—, pero yo estaba mirando a otro sitio —respondió Belén decidida.

La teniente no dijo nada y esperó.

—Enrique me acababa de decir algo y solo le miraba a él —se excusó compungida y con la voz excitada como la de una jovencita.

Karen concluyó que no tenía más que decir.

—¿Puede guardar mi teléfono? A lo mejor se le ocurre algo más.

—Sí —dijo apresurada—, llámeme si necesita algo, pero, por favor, antes de las cinco y media.

—No se preocupe, muchas gracias.

Colgó el teléfono dándole con rabia al botón. Cano preguntó:

—¿Cree que nos dicen la verdad? —preguntó Cano.

—Si me pregunta, sí. No sé qué le estaría diciendo en ese momento. A lo mejor que iba a dejar a su mujer o le pudo proponer pasar la tarde en un hotel, cualquier cosa que acaparó la atención de ambos y desvió la mirada de la carretera. Y eso que se conoce que llevan un tiempo —dijo Karen con un leve toque de amargura en la voz—. ¿Sabe, Cano? Los holandeses piensan que los enamoramientos en la madurez son todavía más intensos que los de la adolescencia.

—Es comprensible, es la edad.

Karen asintió pensativa. Liberados de las hormonas irracionales de la juventud, lejano ya un primer enamoramiento y cercano el estrés de los niños pequeños, era el momento. Pensó en el día a día, que se impone. Que muchas mujeres hablaban más con sus amigas que con sus parejas. Y que los hombres dejan de hablar con ellas para jugar a la manada de lobos y definir quién es el alfa. Que muchas de las conversaciones entre los matrimonios giraban fundamentalmente en torno a las facturas, las vacunas y las notas de los críos. Que ambos, a menudo, se arreglaban solo para salir con amigos o ir a trabajar. Y se dijo que, a veces, cuando uno se

pregunta si eso es todo lo que la vida tiene para ofrecer, aparece alguien. Alguien que te escucha por primera vez desde hace tiempo. Se interesa por tu infancia, tus películas favoritas, tus libros. Te ve como eres ahora, con tu barriguita y el pelo más ralo. Y te acepta, le gustas. Te puedes reinventar, puedes dejar de ser el padre de familia anodino, la madre hastiada, para convertirte en nada más que eso: un hombre y una mujer. Y compartes tus pequeños problemas, porque de los grandes no hablas, claro, la hipoteca se queda en casa. Alguien que se viste para ti, alguien que te mira como la persona que eres y no como marido, mujer, madre o padre. Vuelves a ser un ente, en el sentido estricto de la palabra.

9

Madrid, 1980

Jaime de Beamonte estaba firmando unos papeles en su despacho cuando entró su secretaria para decirle que la enfermera del doctor Arsuaga había llamado para avisar de que ya salía de quirófano.

—Dígale a Doro que me espere en la entrada, por favor —dijo Jaime sin levantar la vista.

Acabó de firmar, recogió los papeles, metió una carpeta en la cartera y se puso el abrigo que le trajo su secretaria. Saludó a su chófer, que esperaba en la puerta, y se instaló en la parte trasera del Mercedes. Se detuvieron a recoger a Enrique Arsuaga, que le esperaba en la puerta de su clínica con una amplia sonrisa, y se dirigieron al club.

El guardián de la entrada salió de la garita y subió la barrera al reconocer el coche, el chófer saludó y dejó a los dos hombres en la rotonda principal. Tras la comida, con el café, delante de una copa de coñac y un puro, Enrique bajó la voz y se acercó a su amigo.

—Le he estado dando vueltas a lo de Mariola, Jaime. La verdad es que me da rabia, porque mira que hay abortos en Londres, sin hablar de los que tienen niños sin quererlos —dijo meneando la cabeza—. Me he informado y, efectivamente, lo de la adopción pinta mal. Si me preguntas, ni lo intentaba, es perder el tiempo. —Dio una chupada al puro e hizo girar el coñac en la copa mientras reflexionaba—. Pero, ya sabes —añadió —, que cuando Dios cierra la puerta suele abrir una ventana. —Hizo una pausa y miró a su alrededor. Las mesas cercanas estaban vacías, en el fondo del comedor dos señoras mayores acababan el postre y los camareros habían desaparecido. Se inclinó hacia su amigo—. He llamado a un compañero de la carrera, ginecólogo. Tiene un amigo que lleva una consulta y trabaja para una clínica que llevan unas hermanitas. Hay veces que tienen casos de madres que no quieren, o no pueden, hacerse cargo de los niños. Se conoce que hay de todo, desde jovencitas de quince años hasta familias a las que no les da el sueldo para alimentar una boca más. Y que no quieren los líos de darlos en adopción, te imaginas, decir nombres y demás explicaciones.

Jaime había parado de girar la copa y el puro se consumía entre sus dedos.

—Apoyan a las madres durante el embarazo —siguió Enrique—, y

cuando dan a luz, las asisten. Es una clínica de lo mejorcito de Madrid.

Jaime lo escuchaba en tensión.

—Y una sale con y la otra sin, ¿no? —concluyó.

Enrique carraspeó un poco violento.

—Pues, más o menos así, sí. Yo creo que, organizándolo bien, si Mariola tiene muchas náuseas, Maite se la lleva al campo unos meses y vuelve a Madrid solo para dar a luz, no tiene por qué enterarse nadie.

Jaime se había incorporado en su silla.

—Joder, Enrique, me salvas la vida familiar. Dime dónde tengo que firmar.

—Para el carro, Jaime —protestó el otro—, solo me han dado estos datos y el nombre de la hermana que se ocupa —bajó más la voz—: sor Lucía, en Nuestra Señora de las Nieves. Yo creo que lo mejor es que mandes a Maite a enterarse de todo. —Levantó la voz y dio una palmada en la mesa—. ¿Vamos por fin a afinar esa puntería?

10

Madrid, 1980

Conchita se dio la vuelta en la cama y vio la de Carmen revuelta y vacía. Un sol radiante iluminaba el dormitorio. Miró el despertador de la mesita, eran más de las diez y ya se oían los gritos de sus hermanos y el ruido reconfortante de cacharros en la cocina. Un olor a fritura inundaba el piso y pensó que su madre debía de haber hecho picatostes. Inmaculada les ponía ralladura de naranja y limón a las rebanadas de pan duro, los sumergía un momento en leche y los freía hasta que quedaban bien crujientes. Cuando Conchita abrió la puerta de la cocina, Carmen se balanceaba en su silla, Juan y Pedro se peleaban por el último pan y Marcos chupeteaba un trocito de pan frito. La madre sonreía con los ojos vigilantes sobre la sartén.

—Ya te iba a despertar —le dijo a la niña—, si sigues durmiendo, llegamos tarde a misa.

—He dormido como un tronco —respondió Conchita desperezándose mientras cogía uno de los picatostes que le ofrecía su madre—. Quería quedar con Paula después de la misa para recuperar las lecciones.

—Claro que sí —la animó la madre—, ve con la Paula, que yo me quedo con los pequeños.

—¡Voy corriendo a vestirme! —exclamó la niña.

La parroquia estaba a rebosar, Conchita se apretujó en el banco con su compañera Paula, Juan encontró a Félix, el vecino, y se dedicó a hacer aviones de papel con las hojas informativas del Domund. Carmen seguía el rito sin error, balanceándose entre oración y oración. Inmaculada no fue a comulgar. Cuando don Salustino dijo «podéis ir en paz», la mujer se levantó de su banco y salió por el lateral con Carmen y Marcos de la mano y con Pedro a la zaga. El sol incitaba a quedarse a charlar y buena parte del barrio se había congregado delante de la parroquia. Se discutía el precio del pan, el cambio de nombre de alguna calle y además servía como bolsa de trabajo. «Mi señora busca a alguien para echar unas horas», decía una. «La mía, una chica fija para su hija», ofrecía otra. O «la mía, una para los niños, a partir de las cinco». En circunstancias normales Inmaculada hubiese participado, ya que muchas de sus casas las había conseguido ahí, pero quería evitar encontrarse con el sacerdote, que ya la había buscado con la mirada por la iglesia. Carmen, habituada a quedarse bajo el sol en la

plazoleta, se resistía al cambio de programa. Se había apoyado en una de las paredes y se negaba a moverse. Inmaculada vigilaba la entrada mientras tiraba de la mano de su hija cuando una voz la sorprendió por detrás.

—¡Inmaculada, hija, qué alegría verte! Perdona si te he asustado. He salido por la sacristía, que esto parece una boda.

La cara redonda del sacerdote estaba iluminada con el placer de un anfitrión que ve que sus invitados lo pasan bien. Le dio una palmadita en la cara a Carmen, chocó la mano con Pedro y le acarició la cabeza a Marcos.

—Te he estado esperando —le dijo—, no creas que me he olvidado de ti.

Inmaculada se sentía violenta, el padre Salustino era un alma de Dios y no quería darle un disgusto.

—Padre, yo… —balbuceó.

—No, hija, no digas nada —la detuvo—, que imagino lo preocupada que debes haber andado. Mira, he hablado con unos compañeros. —Se detuvo al ver el rostro asombrado de la mujer—. Sí, hija, no me mires raro, ¿qué crees, que en la Iglesia no nos comunicamos? Bueno, a lo que voy. Un antiguo compañero del seminario tiene una hermana religiosa, de las comendadoras. Y me ha dicho que ellas te pueden ayudar. Su hermana le ha dado la dirección de un hospital, Nuestra Señora de las Nieves, ya lo he mirado y no está lejos. Lo mejor es que te pases por ahí. La hermana de mi amigo ya las ha avisado, porque ella no está en el servicio de hospitales, pero les dices a las hermanas que vas de parte de sor Bárbara. Te lo he apuntado todo en este papelito. —Sacó del bolsillo de la sotana una hoja cuadriculada doblada varias veces.

El sacerdote la miraba tan contento, tan lleno de esperanza, que Inmaculada no pudo más que sonreír y darle las gracias. El padre le apretó amistosamente el brazo, sacó unos caramelos del bolsillo y se los dio a los tres niños.

—Hala, a disfrutar, ¡que es domingo!

11

Madrid, 1980

Maite de Beamonte paró un taxi y dio la dirección de la clínica. Sus tacones resonaron sobre el piso de mármol verdoso y su perfume se mezcló con un olor a lejía mezclado con desinfectante. Subió en el ascensor y abrió una puerta marcada con un letrero rojo que rezaba Secretaría de Ginecología. Una mujer muy arreglada escribía a máquina a una velocidad de vértigo. El ruido de las teclas se mezclaba con el tintinear de varias pulseras. La secretaria levantó la cabeza al sentir el vibrar de la corriente de aire.

—¿En qué puedo ayudarla? —preguntó.

—Buenos días, soy la señora de Beamonte —dijo Maite—. Busco a sor Lucía.

La secretaria la observó con curiosidad y preguntó:

—Está haciendo las visitas con el doctor Del Valle, ¿tiene cita?

—Ayer me dijo que me pasase esta mañana.

La mujer asintió y se levantó.

—Voy a ver si la encuentro. Espere en la salita, por favor.

Maite pasó a una estancia amueblada como un salón y cogió un ejemplar atrasado del *Blanco y Negro* que se dedicó a ojear. Pensó, preocupada, en la comida que había compartido con Mariola el día anterior. Esta había llorado en el aperitivo, en la comida y en el café. Cada vez se hundía más, el diagnóstico suizo había sido la gota que había colmado el vaso. Maite pensó que ya no se le ocurría qué decirle. Ya no podía darle esperanzas con las frases habituales de «tu tía se tiró diez años sin niños y de repente tuvo seis seguidos» o «la prima Rosa adoptó y al mes estaba embarazada». Ninguna de ellas era ya aplicable a ella. Mariola estaba desesperada, pero no era tonta. Maite la escuchaba, le llamaba la atención si la doncella estaba cerca, a lo que Mariola replicaba levantando la voz y diciendo fuera de sí: «¿qué crees, que no lo saben? ¿Que no comentan? Como mis amigas, que intentan no hablar de niños cerca de mí y susurran "pobre" cuando me doy la vuelta». No, se dijo, esto no podía seguir así.

Una monja bajita de unos treinta años con cara alegre apareció en la salita.

—Es usted Maite de Beamonte, ¿no? Soy sor Lucía, hablamos ayer. ¿Le

parece si pasamos a mi despacho?

La mujer se levantó de golpe y asintió. La hermana se dio la vuelta y salió por la puerta. Caminaba rápido mientras le describía con detalle la clínica y las instalaciones. Se detuvo un momento al pasar otra monja con un carrito, la reprendió por la colocación de los instrumentos y continuó hasta una puerta cerrada que abrió con una llave que llevaba colgada del cinto. La habitación estaba desnuda y solo una de las paredes blancas aparecía adornada con una cruz. Dejó pasar a Maite y se instaló tras un escritorio de madera de pino claro sobre el que reposaba una reproducción de *La Virgen con el Niño y dos ángeles* de Fra Filippo Lippi. La mujer sonrió al reconocerlo.

—Qué bonito cuadro, está en Florencia.

—Está en todas partes —sonrió sor Lucía—. ¿Ha venido usted sola?

—Sí, sabe, mi hija…

—No se preocupe, yo creo que es mejor —zanjó la religiosa.

Cruzó las manos, se echó para atrás tranquilamente y la observó con una sonrisa. Maite, tensa en su silla de respaldo recto, no sabía qué decir. Pensó que contando la verdad tendría más posibilidades y empezó a hablar. Le explicó los tratamientos y los médicos que habían visitado para recibir cada vez el mismo diagnóstico. De su última esperanza: el viaje a la clínica suiza especializada. Le dijo que cada cita los llevaba un poco más lejos, les daba unos días o semanas de esperanza para caer en picado justo después. Pero que, mientras tanto, el tiempo corría, Mariola era cada vez más mayor y las opciones se reducían.

—Mariola fue, como yo, al Sagrado Corazón. Jaime, mi marido, estudió en los jesuitas. Éramos cuatro hermanos, y la familia de Jaime eran seis. Tuvimos a Mariola pronto y… —Su cara se ensombreció un poco— después tuve varios abortos. Mariola acabó el colegio y antes de ir a la universidad pasó un año en el extranjero, en casa de unos amigos de París. Cuidaba a sus hijos, tenían once, y aprendió francés. Le gustan mucho los niños, los llevaba a pasear, les leía cuentos y los bañaba.

Maite omitió decir que la familia de Bruyère tenía dos niñeras que se hacían cargo de su caterva de críos y que Mariola se había ocupado más en descubrir los teatros y salas de fiesta de Montmartre que en pasear a las criaturas por Neuilly, donde vivían.

Sor Lucía asentía. Cuando Maite se detuvo, dijo sin parar de sonreír:

—Me ha explicado que usted quiere un niño. Que su hija Mariola quiere un niño. Pero, ¿sabe? —Se inclinó un poco hacia delante—, a mí, lo que me interesa, lo único que me interesa, es por qué ese niño, que no puede decidir, estaría mejor con ella que con otros.

Maite sintió una corriente helada bajar por su espalda. Bien, se dijo, es un simple negocio. Llevaba muchos años viviendo con banqueros para darse cuenta. No era solo una cuestión de dinero, pensó a toda velocidad, el bebé se lo llevaría no solo el mejor postor, sino el mejor candidato.

Tenía que venderse, a ella, a Mariola y a Jaime, se dijo. Nada más fácil, pensó, de casta le viene al galgo. Sus ojos brillaron y su rostro se abrió en una amplia sonrisa.

—Claro, eso es lo más importante. Esto era una simple introducción para que estuviese al corriente de todo. Con nosotros —comenzó—, el niño tendría la mejor educación posible, contaría con nuestra dedicación total. Le educaríamos con firmeza en la fe, pero intentaríamos enseñarle el resto del mundo, no permitiríamos que creciese en una bola de cristal.

La monja la miraba sin replicar. Maite dudó y comprendió que cualquiera que hubiese dado con esta dirección estaría recitando el mismo discurso. Probablemente hasta coincidirían en los colegios que propusiesen, se dijo. No, pensó, ella tenía que decir algo diferente.

—Yo creo que querer un niño es una cuestión puramente egoísta.

La cara de la monja mostró por primera vez sorpresa.

—Sí, un niño es la garantía física de que seguiremos viviendo, de que nuestras enseñanzas, nuestra fe y nuestros principios permanecen aunque nosotros desaparezcamos. Es egoísta porque él no puede decidir, somos nosotros los que le enseñamos nuestra verdad. Somos nosotros los que decidimos si será católico o mahometano, si, dicho metafóricamente, será un misionero o un cruzado. Si será Marta o María. —Hizo una pausa—. Mis padres eran mi ejemplo a seguir. He intentado seguir sus pasos y, aunque probablemente nunca llegaré a ser como ellos, lo intento. Cada día pruebo a ser mejor, llegar más lejos. Mariola, mi hija, también tiene voluntad de superación. No es perfecta y no le puedo asegurar que vaya a ser una madre perfecta. Pero si una cosa puedo afirmar con seguridad es que lo intentará. Intentará dar lo mejor de ella misma, intentará educar en los valores y principios que le fueron inculcados a ella. Aprovechar los talentos, si permite la comparación con la parábola. Le enseñaría a implicarse, a tomar decisiones. A ser y no estar. Se mantendrá firme en sus convicciones, pero será generosa al juzgar —dudó un segundo y añadió—: Ni Mariola ni ninguno de nosotros consideramos la caridad como una palabra vacía, no tomamos lo dado por merecido.

Maite se detuvo. La monja la observaba en silencio y seria, con los dedos entrecruzados y la mirada clavada en ella. A lo lejos se oía un rumor de camillas arrastradas. Sor Lucía descruzó las manos y tamborileó con los dedos la superficie de madera mientras recapacitaba. Pasaron unos segundos en silencio observándose hasta que la religiosa dio un golpe en la mesa con las manos abiertas, se levantó, ocultó las manos en el hábito y comenzó a hablar.

—Su hija comenzará a acudir periódicamente a la consulta del doctor Del Valle. En la primera consulta sabremos de cuánto tiempo se supone que está. Desde ese momento, podrá empezar a dejar caer alusiones ante su familia y amistades. Es fundamental —recalcó inclinándose hacia ella— que se sepa que está esperando. Háblenlo abiertamente, sientan la alegría,

compártanla con sus amigas. A partir de un momento dado, y por razones evidentes, deberá emprender un viaje con su hija. No demasiado lejos, podría llamar la atención, ni demasiado cerca, podrían tener visitas imprevistas. Si alguien pregunta, hablarán de lo bien que se encontraba al principio y de lo mal que se encontrará al final. Ya se le ocurrirá algo. No hace falta que le diga que tenga cuidado con el servicio.

Maite asintió. Sor Lucía tomó aire y continuó.

—En cuanto al niño, que quede claro que esto no es la fábrica de Mariquita Pérez, esa muñeca a la que se viste como a su dueña. No puede pedir niño o niña, es la voluntad de Dios. En el momento en que su hija entre en la consulta del doctor, su bebé estará en camino. Como en todos los embarazos, pueden ocurrir imprevistos, abortos, accidentes, partos prematuros. Tendrá que estar localizable durante todo este tiempo para poder reaccionar ante estas situaciones. En el caso de un niño con malformaciones o taras —La hermana miró a Maite directamente a los ojos—, nada cambia. Cuento desde ahora con su generosidad y caridad cristiana para tomarlo y agradecerlo como una prueba del Señor.

Los ojos de sor Lucía, a pesar de su sonrisa, se mantuvieron clavados como brasas ardientes en ella y esta se preguntó cómo conseguía transmitirle con ellos las palabras del discurso que le había soltado al presentarse. La monja seguía en silencio y Maite se preguntó si esperaba que tocase ella el tema económico. El resto estaba claro: un bebé debía estar ya en camino y lo único que tendría que hacer Mariola era contar que por fin se había quedado embarazada. Ir poniéndose ropa más holgada para después arreglarse con un cojín o similar. Maite frunció el ceño y reflexionó. Habría que sacar a Mariola de Madrid, sí, pero nada de eso era difícil. ¿Y si les tocaba un bebé con taras? Sacudió la cabeza, se dijo que ya se arreglarían y que, dado que el sistema no parecía complicado, siempre podían repetir. Una duda la asaltó, aunque vaciló en cómo expresarla.

—¿El entorno del niño es sano? —preguntó.

La religiosa sonrió confiada.

—Puede estar segura de que somos muy cuidadosos. Cuente con que la madre es sana y en muchos de los casos ha traído ya otros niños, también sanos, al mundo.

Una sonrisa de alivio se esbozó en la cara de Maite. Con tono decisivo, añadió:

—Que sea la voluntad de Dios, madre. Dígame, ¿aceptaría usted un donativo para su orden?

La monja sonrió.

—Es usted muy amable, el doctor Del Valle cobra por las consultas y el parto, pero la clínica está muy necesitada. Tenemos que mantenernos al día en las innovaciones para poder asegurar un seguimiento perfecto de los embarazos, tenemos que invertir y, al no ser un hospital público,

dependemos de las donaciones. Le agradecería, además, un donativo que irá a apoyar a la madre durante el embarazo. Cada embarazo es un mundo y, para facilitar las cosas, proponemos una suma que engloba todo, para no tener que molestarla innecesariamente. Pero claro que es usted libre de donar la voluntad.

Sí, la voluntad, se dijo Maite. Comprendió que el médico cobraría la atención y el parto y, probablemente, participaría del bote de las monjas. Era un negocio claro, y ella lo prefería a esas milongas de «deme usted lo que quiera». *Quid pro quo*. Asintió.

—¿Qué cifra cubriría los gastos y les dejaría margen de apoyo a la clínica?

Sor Lucía sonreía y Maite podía ver cómo hacía números en la cabeza, preguntándose cuánto estarían dispuestos a pagar. Se preguntó si sería mejor proponer ella la cifra, pero no hizo falta.

—Con un millón de pesetas lo cubriremos todo —resumió la religiosa —. Podrán ustedes donar el mismo aparato de ecografías que tiene el hospital de La Paz.

Maite tuvo ganas de silbar ante la cifra y pensó que la hermanita no se andaba con chiquitas. La cifra en sí no resultaba un problema demasiado grande, se dijo, Jaime se las arreglaría, pero dudó ante la posibilidad de entregar una suma así sin garantías. ¿Y si pagaba y después ninguno se acordaba de nada? ¿A quién iba a ir a protestar?, se preguntó. Pagar un millón por un bebé, sí, se dijo, pero meter un millón a fondo perdido, no. Sonrió a su vez.

—Claro, hermana, me parece justo. —Se dijo que era el momento de poner sus condiciones e hizo una pausa—. No creo que podamos liberar inmediatamente una suma tan grande. ¿Cree usted que podríamos donarla a medida que la vayamos liquidando? Desde luego que llegaríamos, a más tardar con el nacimiento, a completar el donativo. ¿No se suele decir que los niños vienen con un pan bajo el brazo?

Había puesto las cartas boca arriba. Sí al millón, dividido en sumas a medida que pasase el tiempo, pero la parte del león tras el nacimiento y la entrega, ni un minuto antes. La monja sonreía con placidez.

—Claro, hija mía, claro. Celebraremos el bebé y la innovación a la vez.

Maite se levantó, se puso el abrigo y la monja la acompañó a la puerta.

—Tengo su teléfono, la llamaré cuando Mariola tenga la primera cita.

—Le encantará conocerla, madre.

—Ve en paz, hija mía.

12

Madrid, 1980

Maite cruzó el vestíbulo, cogió un taxi y le dio la dirección de Mariola. Apoyó el codo en el reborde de la ventanilla y sonrió pensando que todo iba a encarrilarse esta vez. Mariola se tranquilizaría, habría uno o dos bebés, según fuese la experiencia. Mariola era hija única, así que no había que rendirle cuentas a nadie de lo que hacía con su dinero. Irían al campo los fines de semana y allí Jaime enseñaría al niño a cazar o, si era niña, ella buscaría la antigua cunita de juguete de su muñeca, de hierro y sábanas níveas, para que corretease por la terraza. Por fin invitarían a Mariola a las meriendas de niños de chocolate con churros que organizaban sus sobrinos y a las que solo iban las madres con sus retoños. Habría que decorar la habitación, buscar una salus para que lo educase a dormir y un buen pediatra. Y decidir el colegio. Parpadeó y miró a qué altura de La Castellana estaba para darse cuenta de que ya estaba a la altura de la plaza de la Cibeles, que conducía su carro de leones con el rey de los animales puesto al servicio de la madre de la Naturaleza y de la fertilidad. Intentó recordar la leyenda y se preguntó si era un nombre griego o romano, pero solo se acordaba de la vinculación a la tierra y a la naturaleza, del poder de esta sobre todas las cosas. Frunció el ceño y pensó que debería hablar antes con Jaime que con Mariola, así que le dijo al taxista que había cambiado de opinión, que girase ahí y la llevase al banco. Pagó la carrera y se bajó delante del palacete que albergaba la sucursal principal. Vio aliviada que el coche de su marido brillaba bajo el sol ante uno de los macizos de flores. Se acercó al mostrador del vestíbulo con una sonrisa mientras las recepcionistas y el portero se levantaban de golpe.

—Señora de Beamonte, ¡qué ilusión!

—Hola, Gerardo —contestó solícita—, ¿qué tal anda? ¿Qué tal va esa espalda?

—Fatal —respondió el hombre de uniforme con una mueca—, cada vez peor, dicen que es una hernia.

—Debería operarse, Gerardo. Le voy a preguntar a mi traumatólogo, a ver si le puede dar una cita y le dice lo que hay que hacer. —Levantó una mano ante el intento de protesta del otro—. No, no diga nada, que esto hay que arreglarlo.

El bedel abrió las puertas del ascensor.

—Muchas gracias, Gerardo —dijo la mujer—. Me ocupo del médico y le aviso.

Entró en la caja de hierro forjado, que pitó antes de ponerse en marcha. Maite pensó que era un milagro que aún funcionase. Como siempre, se dijo sonriendo para sus adentros, Jaime había tenido razón al comprar el solar junto a los Nuevos Ministerios para edificar la nueva sede. Si Madrid iba a salir de su provincianismo, sería allí. Pensó en las risas que había causado su plan, un edificio con aparcamiento debajo, costase lo que costase, a pesar de que fuese algo complicado por el suelo arenoso. Se imaginó la conexión con el nuevo túnel y el sótano gigantesco que Jaime quería dejar libre para ordenadores, aunque ella misma dudaba que esos aparatos que fascinaban tanto a su sobrino pudiesen generalizarse alguna vez. Un nuevo pitido señaló la llegada. Avanzó por el suelo de parqué hasta una puerta abierta, donde la secretaria de Jaime la esperaba, avisada por recepción. La saludó amablemente y la siguió hasta una segunda puerta, que abrió tras haber llamado dos veces.

—Don Jaime, su esposa está aquí.

—¿Maite? —Se levantó y rodeando la mesa besó a su mujer, la ayudó a quitarse el abrigo y se lo dio a la secretaria, que salió cerrando la puerta tras de sí—. ¡Qué sorpresa! Pasa, pasa. —Echó un vistazo a la puerta y dijo serio—: Cuéntame cómo ha ido.

Ella se dejó caer en la silla, encendió un pitillo y su marido le acercó un gran cenicero de cristal tallado.

—Bien —contestó—, muy bien. Al médico no lo he visto. La monja es muy agradable, pero tiene más conchas que un galápago. —Expulsó el humo—. ¿Quieres en detalle o te resumo?

Jaime miró el reloj y tocó un botón del interfono.

—Silvia, ¿qué tengo esta mañana todavía?

Un momento de silencio llenó el despacho hasta que la voz clara y eficaz de la secretaria respondió.

—El equipo de arquitectos a la una. A las dos, el señor Munís de Barcelona. Iba usted a comer con él, tiene una mesa reservada en Jockey.

Jaime reflexionó un momento, volvió a mirar el reloj y respondió.

—Los arquitectos deben estar al caer, ¿no? Hágalos pasar en cuanto lleguen. Llame a don Gonzalo, a ver si puede comer con Munís y me uniré a ellos en los cafés.

—¿Anulo Jockey?

—No —respondió—, iré con mi mujer. Que espere Doro en la puerta.

Cortó el interfono y se dirigió a su esposa.

—Llegando tan pronto a Jockey podremos hablar tranquilamente. ¿Me esperas en la salita?

No había pasado una hora cuando Jaime apareció con el abrigo ya puesto y la acompañó al ascensor. El coche esperaba en la puerta, el hombre le cedió el sitio a su mujer y se instaló tras el chófer, que, después

de una corta carrera, los dejó en la puerta del restaurante. El *maître* les cogió los abrigos y los saludó con un simple «don Jaime; señora», para hacerlos pasar al fondo del local, todavía vacío, dejando tras de sí la zona conocida como «el tranvía» por su estrechez y cercanía con las otras mesas. Un camarero se acercó con un plato de jamón y las cartas y preguntó qué querían beber. Jaime pidió una botella de vino tinto de la casa.

—¿O vas a tomar pescado? —le preguntó a su mujer.

—No —respondió Maite—, ya que me invitas aquí, aprovecho y tomaré los riñoncitos.

—Pues si ya estamos tradicionales, yo tomaré los callos. ¿Algo de primero?

—No, no te preocupes.

Jaime pidió los platos, probó el vino y esperó a que el camarero hubiese desaparecido.

—¿Y bien? —dijo encendiendo un cigarrillo tras haberle dado fuego a su mujer.

—Parece fácil —relató ella bajando la voz—. Mariola podrá decir que está esperando cuando nos llamen para la primera consulta. Las pasará con el doctor Del Valle, como en un embarazo normal. El parto será en la clínica y no me ha explicado los detalles, pero, según he podido comprender, la madre entrará a dar a luz y Mariola saldrá para inscribirlo en el registro. Aunque eso no me preocupa, parece que tiene experiencia… Tendremos que sacar a Mariola de Madrid al final del embarazo, pero es, de todas maneras, lo mejor, Madrid es un pueblo.

—¿Y la compensación? —preguntó Jaime.

—Un millón —respondió Maite mientras apagaba el pitillo—. Creo que lo quería ahora, pero le he dicho que no. Una parte ahora y el resto tras el nacimiento. No vayan a darnos gato por liebre y nos quedemos con las manos vacías.

Jaime se echó a reír.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —preguntó la mujer recelosa.

—Nada, nada —respondió su marido sin parar de reír—, que siempre comprendo por qué me casé contigo. Eres capaz de venderle una hipoteca a santa Teresa… ¿Estás segura de que no hay ningún judío en tu familia?

—Jaime —protestó ella—, no seas ordinario, por favor. Si prefieres darlo todo de golpe, allá tú, pero me ha parecido una medida mínima de seguridad.

—Claro, reina. Para que luego digan que las mujeres no entienden… Ya me gustaría a mí que muchos de mis empleados tuviesen tu cabeza. Bueno, ¿y el siguiente paso?

—Nos llamarán para la primera consulta y para decirnos de cuánto está Mariola. —Dudó un momento—. ¿Qué te parece?, ¿cuándo deberíamos decírselo?

El camarero apareció con un carrito y dos platos bajo unos cubreplatos de plata brillante. Los levantó por el asa y los depositó ante los dos comensales para desaparecer de nuevo. Jaime se extendió la servilleta y dijo:

—Si me preguntas a mí, cuanto menos y más tarde lo sepa, mejor. Está histérica y es capaz de cualquier tontería.

—Ya —coincidió su mujer—. Pero tiene que estar al tanto, ¿no? Si no da la noticia, ¿cómo vamos a explicar que de repente tiene un bebé?

—Nos la hemos llevado a Suiza, ¿no? —replicó el hombre mientras probaba su plato—. El tratamiento ha sido un éxito. Y nos lo hemos callado porque no sabíamos si la cosa iba a ir bien. Ganamos tiempo.

—Tenemos que esperar a la primera consulta —concluyó la mujer—, ahí nos dirán de cuánto se supone que está. —Hizo una pausa y dudó—. ¿Y Fernando? Al final, ni le hemos preguntado…

—Mira, Maite —respondió Jaime arisco—, Fernando es idiota. Lo fundamental es si tiene que saberlo. Imagínate que le da por preguntar el cómo y de quién. Cuantos menos lo sepan, mejor. Al final, quién paga, ¿eh?

—Ya —coincidió la mujer—. La verdad es que sería todo más fácil así. Pero, Jaime —protestó—, viven juntos, duermen juntos, ¿cómo demonios pretendes que no se dé cuenta? Y va a ser el padre, tiene derecho, ¿no?

—Ah, vamos, reina, no me vengas con esas.

La aludida paró de beber de la copa de vino y preguntó sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

El hombre la miró divertido.

—Cariño, te ha dado igual todo. Has cerrado el negocio, has aceptado sin preguntarme a mí… de acuerdo, suponías que iba a decir que sí, ni a Mariola, y no has pensado —Hizo hincapié en las palabras— ni un solo momento en Fernando. Y ahora que ya está hecho, ya está pactado y no hay nada que cambiar, pretendes que yo te cuente cómo vendérselo. —Levantó la mano para silenciarla y siguió—. No me mires así, Maitechu, que nos conocemos. Tú crees que a Mariola le iría mejor con un niño, y seguro que tienes razón. No te has parado un solo momento a pensar ni en Fernando ni en su familia. En todas sus cretinadas de los derechos forales, de sus antepasados del tiempo de los incunables, sus virreyes y la tontería heredada. Además, piensa que un cambio de sangre les vendrá más que bien, que llevan siendo endogámicos desde hace generaciones. Seguro que por eso ha salido así el chico. Ahórrame el teatro, reina, de verdad. No se te ha ocurrido, pero hasta les haces un favor —añadió divertido—, y no diciéndoselo, más todavía. Los Goyeneche tienen a su heredero, que si Mariola está histérica, no te digo ellos, que el blasón del castillito en ruinas en Navarra llevaba camino de caerles a los primos Urbieta —Agitó las manos con cara de miedo—, que encima son vascos. Así, todo se queda en la familia, y además, que ya sabía yo que me iba a

tocar, hasta vamos a tener que participar en ponerles la calefacción, que menuda es la choza medieval. Tanto tapiz y deben tener hasta sabañones en invierno.

Su mujer protestó.

—Hombre, Jaime, el palacio es magnífico, tiene un jardín maravilloso.

—Para ya, Maite. Palacios magníficos perdidos por España hay para dar y tomar. Como en Francia y en Inglaterra. Lo que no hay es dinero para mantenerlos. Intentan dar el pego con el jardín, pero a mí no me la dan, aunque me hiciese el tonto cuando se iban a casar. Lo único que vale de verdad de ese sitio es la huerta, tienen unas alcachofas excepcionales. Y espárragos. A eso sí que se podrían dedicar, a envasarlos y a venderlos. Pero no, los señoritos no se van a convertir en hortelanos. Una vez se lo propuse a Fernando padre y me miró espantado. Y encima me soltó que como nosotros éramos banqueros, ¡como si fuésemos usureros!, no lo podíamos comprender. ¡No te jode! Pero, eso sí, si necesita una hipoteca para una mierda de bosque en el que ni siquiera se puede cazar, ahí sí que no le importa acudir al banquero. Y bien que cuando se casaron debió de pensar en eso de que te casas con el culo de la madre y el bolsillo del padre. Y, todo hay que decirlo, cariño, ni el uno ni el otro están nada mal.

Apartó el plato vacío de un empujón y encendió un cigarro. El camarero, asustado por el movimiento brusco, acudió de inmediato.

—¿Todo bien, señor?

—Sí, muchas gracias —respondió el hombre, seco.

—¿Desearán postre?

Jaime preguntó a su mujer con la mirada, y esta respondió directamente.

—Para mí un café solo, por favor.

—Que sean dos y una copa de coñac.

El camarero asintió, rellenó las copas y se fue. Jaime fumó en silencio mientras su mujer sonreía. Maite pensó que lo quería. Tenía la capacidad de resumir las situaciones más complicadas en dos frases. Jaime tenía razón, se dijo, los Goyeneche eran unos pesados. Y en su casa hacía un frío que pelaba, sin mencionar los baños, que, además, eran compartidos. Se acordó de la última vez que fueron a pasar el fin de semana: después de cenar el dueño fue, como un bedel, abriendo las habitaciones para dejarlos en unas celdas monacales con el suelo de piedra y paredes desnudas excepto unos relieves religiosos. A ellos les tocó un Cristo en la cruz de tamaño natural, sanguinolento, con pelo de verdad y vestido con un calzón ajado de terciopelo burdeos. La verdad es que, pensó en su día, ante tal decoración no le extrañaba que no fuesen prolíficos en la familia. Había chimeneas, aunque su consuegra le explicó que no las encendían más que en períodos de verdadero frío. No había nieve, se acordó Maite, pero ella iba con el abrigo de piel, así que, si eso no era frío, que se lo explicasen. Y, como ellos eran tan sencillos y austeros, no había ni que pensar en discutir. Volvió a sonreír. La imagen de Jaime durante ese fin de

semana volvió a su cabeza. Cuando Fernando padre los había dejado solos en su celda, se habían quedado mirándose atónitos, hasta que Jaime comenzó una danza, mezcla de foxtrot y baile africano mientras se desnudaba. Fue lanzando la ropa por las esquinas, la chaqueta sobre una silla de cuero y flecos. Un calcetín, recordó Maite con horror, había caído sobre la cabeza del Cristo. Con la corbata la atrajo hacia él, haciéndola bailar a ella también y consiguiendo eliminar de golpe el frío y el mal humor. Acabaron muertos de risa entre las sábanas. Había sido una noche memorable, bajo la comprensiva y medio cegada mirada del Cristo barroco de su consuegra. Sí, se dijo, Jaime tenía razón. Lo mejor sería que Fernando no se enterase de nada, no le fuesen a entrar remordimientos o, peor todavía, prejuicios de sangre. A él lo podría manejar fácilmente, pensó. Como era tan mojigato ni se le ocurriría ir con Mariola al médico, y mucho menos asistir al parto. Para dormir ya se le ocurriría algo, razones médicas, decidió. La única que le daba más miedo que un nublado era su consuegra, Amalia. Era una bruja, se dijo, pero no tenía un pelo de tonta y carecía del carácter bonachón y crédulo de su hijo. A Madrid venía de vez en cuando, y ese sí que era un riesgo que no podían correr a medida que avanzase el embarazo. Al campo, pensó, y sin invitación, ella, que era tan seguidora de las formas, no se atrevería a ir. Y Amalia no soportaba San Sebastián en verano, lo consideraba un lugar de derroche y malvivir. Esperaba a septiembre para abrir su casa y sentarse con su bata (no fuese a ver alguien su traje de baño preconciliar) en Ondarreta porque, como repetía sin cesar, La Concha era para los que vienen de fuera. Jaime observaba divertido los cambios en el rostro de su mujer.

—¿Qué, cariño? —preguntó—. ¿Plan de batalla trazado? En ti se perdió un buen militar…

—No digas bobadas, Jaime —protestó ella—. Y no te rías —le regañó —, estaba pensando en cómo organizar todo.

—Ya, ya —rio el otro—. Y cómo evitar a la querida Amalia, ¿no?

Su mujer lo miró asombrada.

—Pero cómo…

—Maite, tú te crees que soy idiota, ¿no? —dijo lanzando una carcajada —. Acabas de pensar en los saltos que nos dimos en ese infame colchón de lana de la habitación monacal, ¿a que sí? —Se acercó a ella, la tomó de la barbilla y la besó.

La mujer enrojeció y miró a ambos lados para comprobar si alguien podía haberlos visto u oído sus últimas palabras. Jaime se acabó el coñac entre risas.

—Parece mentira —dijo con un falso asombro—, no tienes ningún problema en comprar un niño, pero te da miedo que un camarero oiga que te lo pasas bien en la cama con tu marido. Bueno —dijo dando una palmada en la mesa—, supongo que ya está todo planeado y no me tengo que ocupar más que de la cuestión económica. Así que, querida, si te

parece, me dejas en el Club 31 para que me entere de lo que pasa por la Ciudad Condal, que con esta historia he tenido que mandar a Gonzalo a comer con el catalán, y que Doro te lleve a casa para que sigas maquinando.

Pagó la cuenta y salieron. El sol se reflejó en el cabello de Maite y Jaime pensó que le gustaba la melena rubia. No, se corrigió, le gustaba ella, la forma de moverse, su inteligencia y cómo se enfrentaba a los problemas. Le abrió la puerta del coche antes de que Doro pudiese hacerlo y le dio una palmada en el trasero cuando entró. Verdaderamente, pensó, las clases de *ballet* y su prohibición de esas horribles fajas merecían la pena. Dio la vuelta al coche soltando una carcajada y se montó en él.

13

Madrid, 2015

El antiguo edificio que albergaba el Instituto Anatómico Forense era una construcción de principios del siglo XX a la que se accedía por unas escaleras que descendían bajo un moderno cartel rojo de la Comunidad de Madrid que resultaba incongruente con el edificio. Cruzaron los pasillos tras haber preguntado por el doctor Benavides en la recepción. El forense los esperaba en la puerta de su despacho con las manos metidas en la bata. Parecía, debido al techo bajo, aún más alto que en el monte. Tras tomar asiento, les señaló dos sillas ante él y les ofreció un café, a lo que asintieron. Benavides salió un momento a buscarlos, lo que les dio la oportunidad de observar el despacho con curiosidad. La mesa y las sillas parecían inglesas del xix, pensó Karen, y había una estantería repleta de volúmenes médicos gastados por el uso. De una de las paredes colgaba un paisaje que mostraba una montaña con una iglesia en su ladera. Sobre la mesa había un ordenador, unas hojas blancas y varias fotos distribuidas por el despacho. Avergonzándose por su curiosidad las escudriñó. La mayoría de las de la estantería eran de grupos familiares en celebraciones. Una colocada sobre el escritorio mostraba a dos señores mayores, una más grande a una mujer morena y agraciada, y la última a cinco niños sonrientes con un bebé en brazos de la mayor de ellos. Se chocó con la mirada de Cano, que, con una mueca, se había detenido en la cruz que colgaba sobre la puerta. El médico volvió con una bandeja y se sentó tras colocar las tazas ante ellos. Había acabado la autopsia al mediodía, les dijo, y había corroborado varios de los puntos sin confirmar del día anterior. La edad de la muerta era de unos 67 años. Su estado de salud, salvo unas pequeñas lesiones pulmonares, vestigios de una neumonía, había sido muy bueno. No había señales de violación o maltrato anteriores, y no había sufrido ningún infarto que la hubiese podido hacer caer, tenía el aparato circulatorio de libro de texto. La muerte había tenido lugar entre las cuatro y las cinco de la tarde. Había comido, probablemente hacia la una, unas lentejas y una naranja de postre. La causa de la muerte había sido, sin duda, un golpe con la roca en la sien, y prácticamente instantánea. Cuando acabó, la teniente preguntó:

—¿Pudo tropezar?

El forense reflexionó unos segundos, mirándolos con sus ojos azules.

—Es posible, sí, pero no se lo puedo asegurar al cien por cien. El golpe es muy profundo y la velocidad de la caída tuvo que ser incrementada por un impulso. Habría podido ir corriendo y tropezar.

—¿Llevaba zapatos con cordones? —preguntó Karen.

—No. Pero, para generar ese impulso, pudo pisarse el hábito y caer. Aunque en una religiosa habituada desde hace años a andar con él sería algo muy extraño.

—¿Lo considera una posibilidad?

Sacudió la cabeza.

—No. He examinado el bajo del hábito. Si hubiese tropezado con él, habría dejado marca en la tela, e incluso habría podido rasgarse, lo que no es el caso. El borde del dobladillo está un poco rozado, pero está prácticamente intacto si se tiene en cuenta que es blanco.

—¿Nos está diciendo lo que creo? ¿Que alguien la empujó? —inquirió Karen.

Benavides dudó un momento y contestó:

—Hay unas raíces que sobresalen del suelo y la peña estaba al lado del camino. Su acompañante le pudo dar un empujón, ella cayó sobre la piedra y se dio justo encima del ala del hueso esfenoidal. O andaba rápido, tropezó con la raíz y cayó contra la roca. No puedo excluir completamente ninguna de las dos posibilidades.

Karen frunció el ceño y pensó que tenían, por lo menos, un homicidio accidental. Y que entraba dentro de lo posible que alguien (lo más probable, su acompañante de voz cantarina) la empujara. Pero ¿por qué?, se preguntó. ¿Qué razón podía haber para matar a una monja de esa edad? Para irse paseando con ella, preguntar por ella abiertamente en el convento (con el evidente riesgo de que alguien la viese hacerlo) y matarla después. Se preguntó qué podía haber pasado entre ellas, qué podía unir a las dos mujeres. ¿A lo mejor eran familia? ¿Una antigua amiga? ¿Otra monja? Karen sintió que todas las interrogantes se perdían en el mismo túnel. ¿Quién podía salir ganando con la muerte de sor Lucía? No creía que fuese posible que las monjas heredasen, pero tendrían que averiguarlo. Sus ojos tropezaron con la cruz de la puerta y pensó que probablemente el forense estaría bastante mejor informado que ellos.

—Dígame, doctor —espetó—, ¿qué sabe usted de las propiedades de las monjas?

El médico frunció el entrecejo.

—¿Se refiere a las herencias o en general?

—Fundamentalmente a las sucesiones, pero nos interesa todo.

Sebastián Benavides se sentó en el borde de su mesa cruzando los brazos y explicó que, dependiendo de la congregación a la que perteneciese la religiosa, podía haber diferencias, pero que, en principio, las religiosas hacían voto de pobreza y entraban en la vida espiritual con lo puesto y en algunos casos con un ajuar. Salvo que la religiosa quisiera

ceder algo antes de entrar en la vida monacal, sus posesiones terrenales iban a la Iglesia, a su congregación. Los dos guardias pensaron en los inmensos terrenos ocupados por conventos y colegios. En el caso de las sucesiones, siguió explicando el médico, se tendía a desheredar a la religiosa (hizo una pequeña mueca de disgusto que no les pasó desapercibida) y despacharla con la legítima. Se optaba por ese camino, ya que, si se la desheredaba, el testamento sería impugnable. Se intentaba, en la medida de lo posible, dejar la parte de la religiosa en efectivo o en bienes inmuebles que no estuviesen en proindiviso. Cano levantó una ceja y se imaginó el papelón de compartir propiedad con la Santa Madre Iglesia. Muchas familias, añadió Benavides, tendían a esconder lo que podían o a dejarle al religioso un erial en una provincia perdida, lo que llevaba al estado de miseria actual, en la que los monasterios cerraban o tenían que subarrendarse. Karen asintió, le dijo que las carmelitas alquilaban parte del convento y los ojos del médico se entrecerraron un segundo.

—Si hasta las hermanas de clausura —suspiró— tienen que renunciar a su modo de vida para ingresar su sustento, al final solo sobrevivirán las congregaciones activas y que se mantienen con la participación de sus miembros. —Pareció perderse un momento en sus pensamientos y añadió —: ¿Entramos a verla?

Pasaron a una habitación de paredes alicatadas. Una de ellas tenía varias puertas de acero y el forense abrió una y deslizó la placa de metal. El cuerpo de la mujer parecía mucho más pequeño e indefenso que vestido con el hábito. El médico señaló la herida en la cabeza y esperó a que asintiesen para devolverlo a su sitio.

Cuando regresaron a la calle Cano soltó un bufido.

—Joder, claro, las congregaciones activas… Ya se lo dije, este es del Opus.

—Cano —contestó Karen seca—, a nosotros no nos va ni nos viene ni la religión del forense ni los clubes o asociaciones en los que esté inscrito. Y, sea lo que sea, nos ha venido bien que esté tan puesto.

El brigada se mordió la lengua. Karen continuó.

—Accidente u homicidio, y en caso de que sea lo último, fortuito o no. Motivo económico dudoso, aunque nos tenemos que enterar de si ha muerto alguno de sus padres en los últimos tiempos —reflexionó—. De sor Lucía heredaría la Iglesia… si muriese después de sus progenitores; si lo hace antes, se podría evitar que esta se beneficie.

Cano asintió y propuso llamar a la brigada financiera para que se enterasen de si sor Lucía era heredera o estaba en camino de serlo.

14

Madrid, 2015

La dirección que les había dado la madre carmelita de la residencia de sor Lucía en Madrid no estaba lejos. Habían llamado al convento desde la sierra para avisar de su visita y los esperaban. Era un edificio austero, de muros de cemento, que se mimetizaba con los colegios mayores de la zona. En la entrada había una portería acristalada tras la cual una monja mayor leía concentrada un breviario. Al oírlos entrar descorrió la ventanilla.

—Buenas tardes —los saludó poniéndose en pie con ayuda de la mesa —, vienen ustedes a ver a la madre Cecilia, ¿verdad?

—Sí —contestó Karen—, hemos llamado antes.

—Esperen un momento, por favor.

Cerró el cristal, llamó por teléfono e intercambió unas frases que no oyeron. Lo volvió a abrir y les indicó el camino, añadiendo que la madre superiora les saldría al encuentro. El pasillo era desangelado, con unos muros blancos y unas losas de una piedra oscura que absorbían la claridad. La luz natural era prácticamente inexistente y las lámparas del techo tenían un alumbrado de bajo consumo que bañaba el ambiente de una luz lechosa y fría. Una puerta se abrió a lo lejos y el susurro de unos pasos fue al encuentro del repicar de sus botas de invierno. Una monja mayor con la cara marcada de arrugas y vestida con el mismo hábito blanco y negro de sor Lucía apareció ante ellos.

—Buenas tardes; teniente Blecker y brigada Cano. ¿Es usted la madre Cecilia?

—Pasen —dijo sujetando la puerta—. La madre Julia, de nuestras hermanas carmelitas, me ha puesto al corriente de la desgracia.

Los guio por el pasillo hasta llegar a un patio en el que se encontraban algunos bancos y unos tiestos que debían contener flores en temporada, pero que permanecían, como esculturas muertas, desnudos en invierno. Karen pensó que en los países nórdicos, para evitar esa sensación de vacío, se dejaban algunos brotes del verano que, cubiertos de nieve, parecían una floración invernal. Pero, se dijo, a lo mejor las flores muertas no eran compatibles con la vida monacal. El patio estaba rodeado por una galería acristalada, más caldeada por la luz. La madre Cecilia abrió una puerta y se encontraron en un despacho con las paredes cubiertas de libros y el

suelo de losas abrigado por una alfombra, que daba una sensación de calidez a la estancia. Había dos sillas preparadas delante del escritorio, detrás del cual se sentó la religiosa.

—Un horrible accidente —comenzó la mujer—, pobre sor Lucía.

—Desgraciadamente —aclaró Karen—, podría no tratarse de un accidente. Por eso estamos aquí.

Los ojos de la monja se agrandaron tras sus gafas.

—¿Cómo dice usted?

—Parece que —explicó la teniente— sor Lucía salió a pasear con alguien. Según la autopsia es posible que ese alguien la empujase y cayese contra una piedra, causándole la herida que la llevó a la muerte.

—¿Están ustedes completamente seguros? —se resistió la superiora—. ¿Quién podría querer mal a sor Lucía? Era una hermana muy apreciada, todas las personas que han trabajado o han tenido relación con ella la querían. ¡Imagínense, hasta le siguen llegando cestas por Navidad! Y eso aun estando retirada.

—¿Retirada? —preguntó Cano extrañado.

—Ah, sí —sonrió la monja comprensiva—, claro, que vienen ustedes de ver a nuestras hermanas carmelitas…

—Sí —respondió Karen—, ya nos dijeron las hermanas que había muchas diferencias.

La monja sonrió, en absoluto ofendida por la falta de cultura religiosa de la guardia, sino más bien encantada de poder explicarse. Karen pensó que la diferencia entre las congregaciones era abismal: la parquedad de palabras de la hermana escurialense frente al afán comunicativo de la de Madrid llamaba más la atención que la dispareja decoración de las salas de los dos conventos.

—Bueno —expuso la madre—, solo en la regla, no en el fin. —También siguen su mantra oficial, se dijo Karen—. Nosotras no nos apartamos del mundo, todo lo contrario. Nuestra misión es ayudar, nos acercamos a sus miserias y —Mostró un gesto divertido—, de vez en cuando, nos permitimos disfrutar con sus alegrías. Nos dedicamos a intentar paliar el dolor, a hacer la vida más fácil. ¿Han oído ustedes hablar de Marta y María? Nosotras somos Marta, y nuestras hermanas carmelitas, María. Ambas igual de válidas, ambas con el mismo afán, pero siguiendo dos caminos diferentes. Por eso siempre hemos trabajado en hospitales, hemos llevado orfanatos, residencias de ancianos. Por favor, no caigan en la tentación de pensar que nosotras trabajamos y ellas no: cuando el señor me llamó a mí, me hubiese gustado entrar de carmelita, pero no me atreví, me pareció demasiado duro.

—¿Sor Lucía llevaba mucho tiempo retirada? —preguntó la teniente.

—No —calculó la madre Cecilia—, yo diría que no llega a un año. Sor Lucía estaba en el servicio de hospitales, pero contrajo una neumonía y tuvo que parar. Estaba muy cansada, no podía seguir el ritmo, y le parecía

que entorpecía el trabajo de las demás. Fue ella la que pensó que era una señal, que debía volverse un poco más hacia la vida espiritual. Cuando se la diagnosticaron ya estaba bastante mal. Recibió tratamiento y se recuperó, pero quedó muy débil. No se podía ni pensar en mandarla, convaleciente, de vuelta a su residencia junto a la clínica en la que trabajaba, así que se quedó aquí hasta que recuperó las fuerzas. Solo que a ella, acostumbrada a hacer cosas todo el día, este retiro impuesto por su enfermedad acabó por minarle la moral. No tenemos recursos para mandar a nuestras hermanas de vacaciones, pero alguien me había hablado del arreglo que tenían las carmelitas de San Lorenzo y pensé que sería una buena idea el cambio al aire sano de la sierra. Allí se recuperaría y, cuando volviese, a lo mejor podía regresar a la clínica, puede que no en su antiguo puesto, pero sí como apoyo.

—¿Qué sabe usted de sor Lucía? —preguntó la teniente.

—No sé si lo que yo pueda contarles les servirá de algo. La conozco desde que se trasladó aquí, y eso fue solo hace unos meses. Era extremeña, de Cáceres. Tenían un cortijo, lo sé porque sor Lucía contaba lo triste que se puso cuando hubo que venderlo. Entró en el convento muy joven, no debía tener ni veinte años. —La madre Cecilia unió las manos—: Si lo recuerdo bien, entró directamente en el servicio hospitalario. Eso debió ser por los años setenta. La enviaron a Madrid desde el principio, a un hospital público. En esa época, las hermanas trabajaban en todos los centros —aclaró—. Sor Lucía pasó por hematología y medicina interna. La madre encargada de las religiosas creyó que meter a una hermana tan joven inmediatamente en las zonas más duras del hospital era contraproducente. Por muy grande que fuese su fe, ver a niños morir de leucemia, a mujeres poco mayores que ella con cáncer de pecho, era hacerle dudar, preguntarse por qué. —Sonrió al ver sus caras y dijo divertida—: ¿Creen ustedes que los recursos humanos los han inventado ahora? En esa época, yo misma llevaba una clínica en Bilbao y sé de lo que les hablo… Las religiosas nunca hemos estado sindicadas, claro, y ahí estábamos para un roto y un descosido. Para las horas extras, la Navidad y los domingos. Las noches y las madrugadas, para todo lo que quedaba por hacer o lo que nadie quería hacer. —Hizo una pausa y se perdió en sus recuerdos—. Las tareas más ingratas, las cargas más pesadas. Y, lo que son las cosas —dijo sacudiendo la cabeza—, si alguien se quejaba, parecía extraño, como si cuanto más peso echasen encima de la congregación, más puntos obtendríamos al llegar al cielo. Los contagiosos, porque claro, nosotras no teníamos familia; los moribundos, porque quién mejor que una hermana para acompañar la agonía; los que se retorcían por el dolor, porque nosotras sabríamos cómo enfrentarnos a ello. —Suspiró—. Vamos, qué les voy a contar que no se puedan imaginar. Y no crean que me quejo, es solo para que se hagan una idea del panorama con el que se debió encontrar la hermana. La cuestión es que ella siempre hablaba con un

inmenso cariño de sor Carmen, la madre encargada que la sacó de ese hospital al poco tiempo de llegar. Tiempo en el que probablemente vio el infierno de Dante y el nuestro juntos… En esa época, en un hospital público, las salas albergaban a diez pacientes, o más… Con suerte había un cuarto para morir que solía estar apartado con cortinas. El cáncer era prácticamente incurable, pero ya se experimentaba, y bien, con las quimios y la cirugía, con unas consecuencias, en el mejor de los casos, dolorosas. Y la medicina paliativa no era lo que es ahora. Vamos —zanjó —, que no era el sitio para una jovencita que acababa de salir de una casa bien protegida de Cáceres. En mi clínica nos esforzábamos en que solo las hermanas mayores y más experimentadas, aquellas que conseguían diferenciar al Señor de los males del mundo, fuesen a esas secciones. —Sonrió al ver su asombro—. Sí, no me miren así, las religiosas también pueden llegar a tener dudas.

Karen pensó en *San Manuel Bueno, mártir*, ese soldado de Cristo, ese maravilloso sacerdote que vive por Dios, que predica a Dios y que, finalmente, vive en la duda. La madre Cecilia continuó.

—Sor Carmen hizo muy bien. La mandó a ginecología con las madres y los bebés y algún cáncer quirúrgico, pero poco más. Sor Lucía debió ser de gran ayuda porque al poco tiempo la mandaron a una clínica privada, lo que, en su lenguaje, para que me entiendan —Los miró divertida—, suponía un ascenso. El trabajo era el mismo, pero menos pacientes, muchas menos. Los conflictos prácticamente no existían. Imagínense la diferencia entre cuidar una sala de doce mujeres obligadas a convivir y una habitación privada, en muchos casos con enfermera propia. Todo era más fácil —Suspiró—, los casos graves no llegaban tan tarde y eran más fáciles de tratar y, en los fáciles, era más bien un apoyo. La mano con las medicinas estaba mucho más abierta, desde partos con anestesia hasta cánceres con morfina. Vamos, que era una diferencia abismal. Ahí sor Lucía floreció. Tenía capacidad de organización, manejaba bien a las enfermeras y, al haber disfrutado de una muy buena educación, se entendía a las mil maravillas con los médicos. En poco tiempo se convirtió en jefa de la sección de Ginecología, puesto que mantuvo hasta que la neumonía mermó sus fuerzas.

—¿Cómo se llama la clínica en la que trabajaba? —inquirió la teniente mientras Cano apuntaba con frenesí.

—Santa María de las Nieves, está en la calle de Guzmán el Bueno, cerca de su central. Seguro que la han visto miles de veces.

Cano levantó la vista y asintió. Karen inquirió:

—¿Tenía sor Lucía una buena amistad con alguna de las monjas de aquí? ¿O se le ocurre una posible enemistad?

La madre sacudió la cabeza con decisión.

—Se llevaba bien con todo el mundo. Si quiere hablar con alguien que la conozca mejor, puedo enterarme de quién de la residencia trabajaba en la

misma clínica. Hay varias aquí, aunque algunas son ya muy mayores.

—¿Estaría usted al tanto de si alguna de las hermanas hubiese ido a visitarla? —preguntó la teniente.

—No pensará usted que una de nuestras hermanas… —dijo la religiosa escandalizada.

—Perdone, madre, pero tenemos que pensar en todo.

La mujer miró escéptica, pero contestó.

—La mayoría de nuestras hermanas residentes son muy mayores. Para salir hubiesen tenido que pasar delante de la hermana portera. Pero le preguntaré quién salió ayer.

—Una última pregunta, madre. ¿Tenía sor Lucía un móvil o un ordenador?

—No —contestó con decisión—. Ordenador tenemos en la biblioteca, sí. Pero no creo que lo utilizase jamás.

Cano había acabado de apuntar y la teniente calló. La monja los miró y les prometió enterarse de las salidas y avisarlos. Se levantaron y se dirigieron a la calle.

15

Madrid, 1980

Cuando Conchita se despertó, la habitación seguía sumida en la oscuridad. Carmen roncaba suavemente. Encontró a su madre en la cocina sacando unas verduras de la olla para colocarlas en un plato.

—Mama, ¿te encuentras mejor? —preguntó la niña.

—Mucho mejor, hasta creo que puedo ir a trabajar.

La niña bostezó y se puso a fregar los cacharros que su madre había utilizado.

—¿Quién toca esta mañana? —dijo mientras se los entregaba para que los secase.

—Fácil, es la de Calderón. Ya sabes —explicó Inmaculada—, esa señora mayor que vive sola. Y si me encontrara mal, siempre te puedo dejar recado y haces las horas de la tarde al salir del instituto.

—¿De comida hay cocido? —preguntó Conchita mirando la olla.

—Sí, te dejo las verduras ya apartadas para que no se pasen. Si sobran, las metemos esta noche en un arroz. ¿Despiertas a tus hermanos?

Conchita hizo la ronda, despertó a los chicos haciéndoles cosquillas y a Carmen acariciándole la mano. Buscó sus libros, los reunió en la cartera y se vistió. Cuando llegó a la cocina, sus hermanos ya casi habían acabado de desayunar: Juan sonreía con un bigote de leche y Pedro se chupaba concentrado los dedos uno a uno. Carmen estaba vestida y su plato vacío. Conchita suspiró de felicidad. Comió una tostada de pie y se bebió el café con leche que le había preparado su madre apoyada en la encimera de formica. Inmaculada recogía la cocina, los platos estaban ya lavados y descansaban en el escurridor, y la bolsa con el uniforme de trabajo estaba preparada al lado de la puerta.

—Puedo dejar yo a Carmen —se ofreció Conchita.

—Muy bien, entonces voy directa a Cuzco.

—Pasaré donde el señor Eusebio al salir del instituto, déjame recado ahí si pasa algo. ¿Dónde son las horas de la tarde? —preguntó la niña.

Inmaculada sonrió y le acarició la mejilla.

—No te preocupes, yo creo que puedo. Son solo dos horas de plancha en el mismo edificio y cuatro horas por la tarde en paseo de La Habana.

—Ya me acuerdo —asintió la niña mientras anudaba la bufanda del pequeño—. Si voy al instituto no llego a la plancha, pero al paseo de La

Habana, sí. Mejor voy yo y le pido a la Sonia que les eche una mano a los chicos con el cocido.

Inmaculada dudó un momento y asintió. Salieron todos a la vez dejando el piso en silencio excepto por los ronquidos que se adivinaban en el dormitorio de los padres. La luz era de un gris sucio; el frío, húmedo y parecía que iba a llover. Inmaculada se quedó en la boca de metro, besó y acarició a sus hijos y descendió las escaleras con su bolsa. Los cinco niños continuaron camino, Juan delante con los chicos y Conchita con Carmen. Al llegar a un cruce, Conchita besó a los tres, se metió con Carmen en su centro y luego corrió hacia el instituto. Se sentía ligera, el cambio de la bolsa del uniforme por el peso de los libros en la cartera le daba la impresión de cargar menos. Corrió por un pasillo de losas rojizas veteadas de blanco. Se cruzó con unas compañeras que la saludaron con un «¿ya estás bien?» y tocó la puerta de su clase, que ya estaba cerrada. La profesora de matemáticas, una mujer de pelo negro, la piel muy blanca y las arrugas de la cara muy marcadas, estaba escribiendo números en la pizarra.

—Hombre, Concepción —la saludó—, ¿te dignas a ofrecernos tu compañía? La verdad es que no me pareces muy enferma.

La niña abrió la boca para contestar, pero no tuvo tiempo.

—Pues tú verás cómo te pones al día, porque nosotros no tenemos tiempo que perder. Tus compañeros no tienen la culpa de que a ti no te apetezca venir a clase. Para esto no hacía falta entrar en el bachillerato.

Su amiga Paula movió su carpeta para hacerle sitio mientras susurraba:

—Es una vieja bruja, no le hagas ni caso —dijo mientras le acariciaba el brazo—. No te preocupes, que yo te ayudo.

Conchita sacó su cuaderno y vio que los últimos ejercicios que había hecho en clase eran de hacía más de un mes. Paula le había explicado algunas cosas los fines de semana, pero los números de la pizarra le sonaban a chino. Inclinó la cabeza y escribió la fecha, 10 de marzo de 1980. Durante toda la hora copió del cuaderno de su amiga e intentó seguir las explicaciones en la pizarra y comprender las demostraciones. El timbre sonó y la profesora recogió sus libros y salió de la sala.

—¿Qué tenemos ahora? —preguntó Conchita desalentada.

—Ciencias… No te preocupes, que la profe no te dirá nada.

Conchita asintió, sacó la lección que había copiado en el metro —tenía los renglones bastante torcidos— y se sentó a esperar. Una mujer joven, morena, con el pelo rizado sujeto en una cola de caballo, unas enormes gafas y un rostro marcado por una sonrisa afable entró en la clase. Localizó inmediatamente a su alumna al fondo de la clase.

—Conchita —exclamó—, qué alegría volver a verte. ¿Estás mejor? Vi a tu hermano Juan el otro día.

La niña pensó que ni siquiera tendría que mentir. El hijo mayor de la profe estaba en la misma clase que Juan y los dos eran bastante amigos.

Supuso que por él sabría que no había estado enferma. Y también que ni Marcos ni Pedro le habían roto el labio. Como era del barrio comprendería por qué no había podido ir.

—¿Te has podido mirar el nuevo capítulo? —preguntó afectuosa—. Tengo aquí tu último control. —Sacó un folio de la cartera que había dejado encima de la mesa y se acercó—. No está mal, pero no es excepcional como acostumbras. Debías de estar mala ya.

La niña miró el examen y suspiró. La profesora se volvió hacia la clase.

—Parad de hablar y sacad los libros. Página 106, ejercicios 2 y 3. —Se dirigió a Conchita—: No te preocupes, si tienes tiempo una tarde de estas te doy un par de horas y te pones al día. ¿Cómo llevas las otras asignaturas? Supongo que en Historia y Lengua te arreglarás, ¿no? Pero ¿cómo llevas las Matemáticas?

Los ojos de la niña se inundaron de lágrimas al pensar en la clase anterior. La maestra se dio cuenta, le cogió la mano y susurró:

—No te preocupes —reflexionó un momento y dijo—: le voy a preguntar a mi marido cómo anda de tiempo. Él da Física, pero las Matemáticas se las sabe. ¿Qué haces esta tarde?

Levantó la cara con una sonrisa e iba a contestar cuando se acordó de las cuatro horas del paseo de La Habana. Y pensó, abrumada, que al día siguiente tendría que hacer las escaleras de Fortuny, porque esas seguro que la madre, aunque estuviese mejor, no las podría hacer.

—Por las tardes por ahora no puedo —se excusó—, pero muchas gracias.

—¿Y el fin de semana? —dijo la profesora solícita—. ¿A lo mejor unas horas el sábado?

—Eso sí —contestó la niña animada—, ahí sí que podría, muchísimas gracias.

La profesora le tenía cogida la mano todavía. Conchita levantó la vista y vio su mirada, la bajó y se dio cuenta de lo que observaba la mujer. Cerró instintivamente el puño y escondió las manos entre las piernas. La mano de la profesora quedó huérfana sobre el pupitre con la vista fija en su alumna. Conchita se enderezó y levantó la mirada, enfrentándose a la mujer, que abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó mejor y calló.

—¿Entonces el sábado? —zanjó—. ¿A las cuatro te va bien? ¿Te acuerdas de dónde vivo?

—Sí, profe —contestó la niña aliviada—, muchas gracias.

La puerta de la sala de profesores estaba cerrada. Ana, la de Ciencias, la abrió. En una esquina vio trabajar a Fina, la de Matemáticas. Las profesoras de Lengua y Literatura e Historia estaban sentadas juntas, se acercó y se sentó con ellas. Les preguntó si habían visto ya a Conchita.

—¿No estaba enferma? —respondió la de Lengua—. ¿Cuánto lleva ya?

Casi un mes, ¿no?

—Ha vuelto. Tenemos que echarle una mano para que coja el hilo otra vez. No puede ser que no pase el curso, es una alumna brillante —afirmó Ana.

—Sí, claro —convino la de Historia—, pero ¿qué le ha pasado?

—No lo sé muy bien —contestó la de Ciencias—. Solo que en su familia no van bien las cosas. Su hermano Juan está con mi hijo mayor en clase. Hace unas semanas el chaval apareció con la cara hecha un Cristo. El padre es una mala bestia, lo sé por una que vive en su portal. Y la chica ha estado limpiando o lavando, tiene las manos hechas una pena.

—Qué espanto —dijo la de Lengua—. Y los del colegio ¿no llamaron a los de servicios sociales?

—Venga —respondió la de Ciencias escéptica—, que nosotras sabemos cómo funcionan las cosas. Conozco a la directora del centro y no es mala persona, pero es como aquí. Hay varios de esos casos y, a veces, la cuestión es si inmiscuyéndote les haces un favor. ¡Acordaos de Eva! —añadió al ver las caras de las otras—. No me digáis que no os acordáis, si solo fue hace unos años. Venía día sí, día no con golpes. Y la madre venía, cuando preguntábamos, y explicaba cada vez que se había caído. Se debían caer juntas —dijo escéptica—, porque ella traía una cara peor que la de la hija. Llamamos a los servicios sociales, que fueron a verlos y, efectivamente, encontraron al animal del padre. Hablaron con él, le dijeron que a la próxima lo enviaban a la policía, que dejase de zurrarlas. Esa misma noche le dio una paliza a la madre que la mandó al otro barrio. Se separó a los niños, a los pequeños en casas de acogida y a Eva la metieron en un centro. Ni acabó el bachillerato ni la formación profesional. A Eva le quedaban qué, ¿dos años? ¡Hubiese podido salir adelante! La madre a lo mejor viviría y no habrían separado a la familia. Así que a los de servicios sociales los dejamos mejor de lado.

—Bueno —asintió la de Historia—, ¿qué quieres que hagamos?

—Hacer la vista gorda —dijo la de Ciencias—, echarle una mano con los deberes e intentar explicarle lo que se ha perdido en los recreos.

—Ana —objetó la de Lengua—, para las ciencias, las explicaciones extraescolares pueden ayudar, para las matemáticas también. Pero no sé cómo pretendes que lo haga con la literatura.

—¡Venga, Inés! No me digas que no puedes sacar a una alumna excelente adelante con un par de horillas extra —la animó la otra.

La de Historia interrumpió.

—Si esto fuese un esfuerzo conjunto… ¿Has hablado con Fina? —dijo mirando a la de Matemáticas, que no había levantado en toda la conversación la cabeza—. Al fin y al cabo, ahí está lo más complicado, porque como pierda el hilo ahora, en segundo no lo coge ni de broma.

Ana miró al fondo de la habitación. La profesora de Matemáticas seguía inmersa en sus correcciones. Se armó de valor y se acercó.

—Fina, perdona que te interrumpa —dijo forzada.

—Estoy corrigiendo —espetó la otra sin levantar la mirada—; si tú no tienes nada que hacer, otras sí que tenemos.

—Es solo un momento —suplicó la de Ciencias—, es por Conchita.

La otra levantó la mirada como si no comprendiese.

—No sé a quién te refieres.

Ana recordó la manía de Fina de llamar a las niñas por su nombre de bautismo: las Lolas se volvían Dolores, las Auxis, Auxiliadoras; y las Conchitas, Concepción. Una pobre que se hacía llamar Tirio se pasó tres años saliendo a la pizarra en Matemáticas respondiendo al nombre de Martirio. Todo por fastidiarlas y llevarles la contraria en nimiedades, se dijo Ana.

—A Concepción. Ha faltado las últimas semanas…

—Sí —afirmó la otra—, dudo que apruebe mi asignatura. Pero no te preocupes, dado cómo regaláis las notas algunas, pasará sin problemas a segundo.

—Sabes perfectamente que si se pierde ahora no tendrá ninguna posibilidad —argumentó Ana desesperada—. Es un caso especial, es una niña excepcional. Todas estamos dispuestas a ayudarla, pero te necesitamos. A ti.

Los ojos negros y duros de la matemática se enfrentaron a los dulces castaños de la bióloga. Se encogió de hombros.

—Si Concepción es tan excepcional como dices, no tendrá problemas en recuperar. Si trabaja en mi curso y pasa los exámenes, aprobará. Si no, no. Te agradecería que en el futuro no pensases en mí para tus obras de caridad. Organízate tu tiempo libre como quieras, pero no oses, nunca más, organizar el mío.

Se levantó y salió. La profesora de Ciencias se quedó de pie, los puños y los dientes apretados. Las profesoras de Historia y Literatura recogían sus libros para volver a sus clases. Salieron juntas con un simple «hasta luego» evitando la mirada de su compañera. Bueno, pensó Ana, entre su marido y ella le sacarían las Ciencias y las Matemáticas. Y se dijo que volvería a hablar con Inés cuando estuviese sola; si le echaba una mano en algún recreo, debería poder pasar de curso.

16

Madrid, 1980

Conchita corrió al metro, se bajó en Nuevos Ministerios y subió el paseo de La Habana hasta llegar a la casa de la tarde. Volvió a explicar que su madre estaba enferma, aunque la señora no le prestó mucha atención y se limitó a decirle que sacudiese bien todas las alfombras y encerase el suelo. La chica fija la ayudó a mover los muebles, pero Conchita comprendió que su madre no hubiese podido. Mientras enceraba el suelo, pensó en la oferta de la profesora de Ciencias, pero sabía que solo con las horas del sábado no sacaría el curso. Y que solo con las horas de la tarde que ella podría hacer sin faltar al instituto no comerían. Se dijo que, aunque su madre hubiese podido con la casa de hoy, no podría con las estanterías, ni con los trasteros, ni con las alfombras. Su infancia no había sido acomodada, pero nunca les había faltado de nada. Mientras aplicaba la cera con un trapo, mientras la frotaba con una bayeta de felpa, vio como la niña que había sido desaparecía encogiéndose sin que la mujer que estaba obligada a ser se hubiese percatado de que debía tomar el relevo. No lloró, ni al pasar la bayeta ni cuando salió del piso y se chocó con dos chicas de su edad que llevaban sendas carteras y no una bolsa con un uniforme sucio. Se montó en el metro que la llevó, junto a todos los que volvían de trabajar, de nuevo a Carabanchel.

17

Madrid, 2015

Eran más de las siete cuando salieron de la residencia. El sol se había puesto y la calle se debatía en la mezcla invernal del día que ya no parece serlo y la noche que no llega a ser. La gente con la que se cruzaban iba arrebujada en sus abrigos, mientras que Cano, acostumbrado a los rigores de San Lorenzo, ni siquiera se había subido el cuello. La teniente pensó que el hombre se acostumbra siempre a su entorno, como se estaba habituando ella a la soledad. Suspiró y se concentró en el retrato que tenían de sor Lucía. Una monja mundana, en el buen sentido de la palabra. Lourdes Martín del Río, se dijo Karen, había sido una mujer con éxito en su profesión y volcada en su trabajo. Sonrió para sus adentros y pensó que la alegre descripción de su congregación de Madrid concordaba con el leve tono crítico de las carmelitas escurialenses. Se lo dijo al brigada, que coincidió con ella y concluyó que debía haber sido «una extremeña en la corte de Felipe II». Karen reía todavía cuando los llamó Suárez. Se había apostado como estaba convenido en el camino a esperar a otros paseantes, pero nadie había aparecido por el monte aparte de las tres mujeres que, fieles a su costumbre, habían subido otra vez. Había visitado a los Casulla, unos ancianitos muy amables. No vieron a nadie, pero ellos habían bajado a comer a su casa.

—¿Y el doctor Encina? —preguntó Karen.

Suárez lanzó un resoplido.

—No me ha dado tiempo… Cuando he llegado me he encontrado al señor Casulla despotricando ante un tronco porque no se les encendía la chimenea. Y es que, claro, tenían unos troncos que para qué… Les he cortado algunos, que la verdad es que se podía haber dejado el pie…

Cano sacudió la cabeza y Karen se imaginó a Suárez merendando con los Casulla ante la chimenea ya en marcha. Sonrió.

—¿Voy a ver ahora al otro?

Karen miró el reloj y se dijo que, si iba, se quedaría a cenar con el doctor. Negó y le dijo que lo harían al día siguiente. Suárez se despidió un poco desilusionado.

—Es tarde y en San Lorenzo ya no vamos a poder hacer nada —dijo Karen—. Me quedo ya en Madrid y nos vemos mañana, brigada.

Cano asintió.

—¿La dejo en su casa?

Karen dudó un instante, pero el desvío no era grande y pensó que Cano podría tomar una negativa como una falta de confianza, así que asintió y le dio la dirección. Al detenerse, miró asombrado la fachada decimonónica con molduras y balcones. Karen, violenta, se sintió obligada a explicar.

—El piso es de mis padres, me lo dejaron cuando volví. Mientras yo vivía en Holanda, se lo tenían alquilado a un diplomático, pero le tocó cambio de destino justo cuando pedí el traslado y, como no sé por cuánto tiempo… —Se detuvo bruscamente.

—No se preocupe —dijo Cano—, no me tiene que dar explicaciones. Es precioso.

—Hasta mañana, brigada. Y muchas gracias.

Cano arrancó y se dirigió hacia la salida de Madrid. Se preguntó, extrañado, qué habría impulsado a esa mujer a solicitar el traslado, porque no se la imaginaba pidiendo el cambio por la falta de sol. El hecho de que viviese en una casa de sus padres no excluía que compartiese su vida con alguien, pero había hablado en singular y el día anterior no había llamado a nadie para avisar de que no volvía, así que debía vivir sola. Se preguntó si estaría divorciada, pero sacudió la cabeza reprochándose sus prejuicios. La teniente había evitado entrar en el terreno personal desde que había llegado, y él, siempre reticente a que su homosexualidad saliese a la luz en el Cuerpo, no la había sonsacado por miedo a tener que corresponder. Frunció el ceño y se dijo que callaba porque, a pesar de lo que se dijese, las cosas no habían cambiado tanto y nunca se sabía cómo reaccionaría el otro, sobre todo si no sabía encuadrarlo, como le pasaba con ella. Cuando la teniente cortó en seco los comentarios sobre el forense, había creído que sería muy religiosa, pero cambió de opinión tras ver su inseguridad al presentarse ante las carmelitas. Una meapilas no era. Sonrió divertido al recordar cómo le había parado los pies a la superiora, y se dijo que debía estar acostumbrada a defenderse. No había hecho ningún comentario crítico ante la aventura de los tortolitos del monte; es más, había parecido casi divertida. A lo mejor, se dijo con cierto remordimiento, no era tan tiesa y arrogante como había pensado en un primer momento, tan solo diferente a los compañeros que solía tratar. No parecía juzgar por adelantado y el hecho de no querer criticar al forense, que él había interpretado como pensamiento tradicional, a lo mejor se aplicaba a todo. Suspiró y pensó que tampoco se tenía que romper tanto la cabeza, ya que, probablemente, no aguantaría mucho en el puesto.

La puerta blindada se abrió sin ruido y Karen dejó las llaves, y se despojó del abrigo y las botas. Se estaba sirviendo una copa de vino tinto cuando llamó la madre Cecilia. La hermana portera lo había comprobado y solo una monja que tenía una sesión de diálisis había salido aquel día.

Se metió bajo la ducha y dejó deslizarse el agua caliente por su cuerpo mientras le daba vueltas a la muerte de sor Lucía. Las compañeras de

residencia de Madrid quedaban, tras la llamada de la superiora, fuera de sospecha, y las carmelitas tampoco habían salido. Ordenó los datos en su cabeza y se dijo que el siguiente paso era ir a la clínica de Santa María de las Nieves y a la residencia de las religiosas que trabajaban ahí. Debían buscar en San Lorenzo al doctor Encina, que podía haberlas visto al salir del restaurante. Preguntar en el tren sería más complicado, pero tendrían que mirar las grabaciones de las horas de llegada de trenes y autobuses de Madrid hacia el mediodía. Salió de la ducha, se secó y se embadurnó con crema. El día anterior se lo había saltado y su piel había protestado inmediatamente con tiranteces. La edad no perdona, se dijo. Escudriñó su rostro en el espejo limpiándolo del vaho. No notaba ningún cambio, pero el paso del tiempo no sería más misericordioso con ella que con otros. Reflejada en la luna, intentó imaginarse la faz viva de sor Lucía sin la protección contra el envejecimiento de la toca, tal y como la había visto en el Anatómico Forense. Se preguntó si las monjas tendrían espejos en sus cuartos de baño. Las carmelitas seguro que no, se dijo. Aunque eso les ahorraría la sorpresa que había tenido ella al ver a la muerta despojada de su hábito. La noche anterior, en el paseo, no habría pensado jamás que la muerta tuviera sesenta y siete años. Hoy, sobre la placa de acero del doctor Benavides, le había puesto su edad. Es más, se dijo, la dulzura y lozanía que aportaba la toca había desaparecido. Se preguntó si sería el pelo, el color gris sucio mal cortado que quedaba visible sin la toca. No, se corrigió inmediatamente, no era el gris, había miles de mujeres que se dejaban las canas y parecían más jóvenes que las rubias de melena leonina. Sonrió al acordarse de una frase que decía su abuela: «de espaldas, liceo; de frente, museo». Otra diferencia que notaba en España, se dijo. En Madrid casi no veía mujeres con el pelo gris y las centroeuropeas no parecían más mayores, así que no podía ser eso. Tal vez el contraste entre la toca inmaculada, tiesa por el almidón, y el corte tosco y descuidado.

Mientras se secaba el pelo comprendió que la visión que tenían los testigos y ellos mismos de sor Lucía estaba condicionada por su categoría de religiosa. Se preguntó cómo sería vivir con hábito. Ser vista así por todo el mundo, llamar la atención allá donde fuesen. Pero se corrigió inmediatamente: lo que llamaba la atención era el hábito, no la mujer. Los hábitos estaban hechos así para eso, se dijo. Recordó a unas monjas preconciliares que llevaban esas inmensas tocas que les impedían mirar hacia los lados, aunque no sabía si era para que no se desviasen del camino o para cubrir los rostros y convertirlas a todas en una. Divagaba mal, se reprendió. Eran todas una, sí, pero era una estrategia común en los colegios, en los ejércitos y en las empresas. Hasta aquellos que no tenían uniformes, cada vez que se encontraban para fraternizar se inventaban uno, ya fuese con una camiseta o un chubasquero. Solo que una parte de la humanidad no quería ser unificada: la niña que llevaba el lazo azul cuando debía ser rojo, la azafata de pantalón cuando la mayoría llevan falda, aquel

que se ata una bufanda sobre la camiseta de la empresa o Cano, con un pequeño anillo de acero en el dedo. El intento de salir del rebaño, de demostrar que se es un individuo y no un colectivo. Y esas maniobras aisladas, presentes hasta en la Iglesia (pensó en los calcetines rojos del papa Benedicto o en la cruz de hierro del papa Francisco), les estaban vedadas a las monjas. Sor Lucía no había podido demostrar su individualismo en la forma de vestir, pero lo hizo a través de su trabajo. Se dijo que las carmelitas no tenían ni eso, su fin debía ser la perfección en el rezo, ser invisibles al mundo y vivir sin compensaciones ni reconocimientos. Según se entendiese, una generosidad total o una anulación completa. Sintió un escalofrío. Se anudó la bata y se dijo que tenían que cambiar de dirección y no preguntarse quién podía querer asesinar a una monja, sino qué podía haber hecho una monja para que quisieran asesinarla.

Puso la televisión y se comió la menestra que tenía en la nevera. Dobló la servilleta, la metió en su servilletero y, acto seguido, la volvió a sacar diciéndose que sola no lo necesitaba. Volvió a la cocina, rebuscó por los cajones hasta encontrar un paquete de tabaco y salió al balcón a fumar un cigarro. Mientras sus ojos descansaban en la farola, y aunque había conseguido evitarlo durante casi todo el día, pensó en Philippe. En las conversaciones que tenían, el sentimiento de poder decir lo que quisiese sin ser juzgada. En la sensación de libertad que tenía con él, una carcajada al aire libre. Él habría terminado de cenar y a lo mejor se había concedido una copa de coñac. Recordó la sensación perdida de su lengua áspera, del sabor acre del alcohol que invadía su boca cuando la besaba, y sintió un escalofrío de placer al recordar cómo se habían encontrado en un seminario a las afueras de Bruselas sin posibilidad de escaparse a algún restaurante. Tras la cena, el grupo de Philippe se había reunido en el bar y, al verla pasar, la invitó. Ella estaba cansada, era justo la época de su separación y no le apetecía responder preguntas sobre sí misma. Dudó, pero no eran de Europol y nadie la conocía excepto él. A juzgar por las carcajadas, debían de llevar ya un par de botellas, las preguntas serían limitadas y nadie notaría si se iba rápido a la cama. Se unió a ellos, y no había pasado mucho tiempo cuando empezó a reír. Por primera vez, desde hacía tiempo, sintió el placer de la compañía de otros seres humanos. La conversación no era insustancial, pero no tenía la seriedad absoluta que adquirían todos los momentos con Max, su exmarido, que convertía cada discusión en un debate intelectual. Se dejó llenar la copa varias veces y salió a fumar con un colega de Philippe mientras intercambiaba algunas miradas con él. Se conocían hacía ya algún tiempo, habían empezado a hablarse durante una comisión en la que coincidieron y de la que surgieron largas conversaciones sobre los temas más variopintos. Habían comido varias veces juntos, al principio por trabajo y más tarde usándolo como excusa, aunque siempre habían evitado hablar de su vida privada. La conversación empezó a languidecer y Karen, que no quería guardar en su

memoria las butacas desvencijadas y la pantalla de la televisión al fondo, se levantó. Philippe la detuvo con una sonrisa cuando fue a pagar, ella se despidió y subió por las escaleras sintiendo sus ojos clavados en su espalda. En el descansillo se volvió y cruzó su mirada con la suya. El hombre no mostró sorpresa, solo sonrió. Salía de la ducha cuando tocó a su puerta, entró en su habitación y la abrazó sin decir nada. Le quitó el camisón y ella lo desnudó. Philippe le levantó la barbilla, posó el pulgar en su labio inferior para introducírselo en la boca y la acostó mientras le acariciaba la cara. Recordó con un escalofrío de placer cómo la había penetrado lentamente, en su propia risa de felicidad, en las manos de él envolviendo su rostro, en el chirriar de la estrecha cama individual y en sus gemidos, que Philippe ahogaba besándola. Él estaría con un libro y una copa. Miró el teléfono y pensó en enviarle un mensaje, pero se contuvo. En un arranque del que ahora se arrepentía profundamente, había mencionado el puesto en Madrid con la convicción de que él la detendría y le propondría mudarse juntos, pero no pudo, o no quiso. No le preguntó por qué la dejaba irse, tenía la certidumbre de que la quería y que esto no era más que un paréntesis.

No conseguía concentrarse y se levantó para irse a la cama. Se durmió pensando en los monjes de Zurbarán, de los que veía solo el hábito. No conseguía ponerles un rostro por mucho que lo intentase. Pero a lo mejor porque, si cerraba los ojos, no veía más que uno.

Se despertó con el sonido de los cubos de basura arrastrándose sobre la acera. Todavía no se escuchaban pitidos, pero la oscuridad había perdido el absoluto. Giró la cabeza y miró el lado vacío a su lado, se obligó a levantarse de un salto y apartar de su mente la imagen de una cabeza hundida en su almohada. Se hizo un café, volvió a pensar en Zurbarán, y se dijo que tenían que ponerle rostro a sor Lucía, despojarla del hábito y comprender quién había sido. La madre Cecilia les había dado unas leves pinceladas y ellos tenían que completar la pintura. La vida activa de sor Lucía había pasado en el hospital y Karen pensó animada que allí no encontrarían solo monjas, sino que tendrían a los médicos, las enfermeras y, por qué no, algún antiguo paciente. Desayunó y cuando salía de la ducha, llegó un mensaje de Cano, que estaba ya de camino. Contestó unos *mails*. Al mirar el reloj, un pitido del teléfono la avisó de que su segundo estaba esperándola. Cogió el abrigo, cerró la puerta y tuvo la impresión de encerrar sus pensamientos en el piso y salir a la luz. Con la certeza de que era un subterfugio, un simple método para no pensar en él, bajó las escaleras y se encontró a Cano. Lo saludó mirándolo a los ojos para recordar cómo se saludaba con Philippe. Algo en sus ojos se reconocía y hacía que el negro de sus pupilas se encontrase para reposar en el otro sin importar la distancia que hubiese entre ellos. Podían estar en una sala llena de gente cada uno en una esquina, pero sus miradas se encontraban, sus ojos se unían y la calidez invadía su cuerpo. Apretó los ojos, cerró el

portal y salió al frío.

18

Madrid, 1980

La señora Calderón era una anciana de pelo níveo y ligero acento del sur que se había preocupado por su asistenta y la reprendió por no haberla avisado y haber mandado a su hija.

—Inmaculada —dijo firme—, esto no puede seguir así. No puedes seguir así.

La aludida se detuvo un momento para responder, pero la anciana continuó vehemente.

—Si crees que estoy ciega por la vejez y no te he visto el ojo por mucho maquillaje que te hayas puesto, te equivocas. Y eso es lo que veo, porque para que tú, que nunca faltas, hayas estado tanto tiempo enferma, te tiene que haber dado bien. ¡Tres semanas! —exclamó indignada—. ¿Qué demonios te ha hecho esta vez?

—No —se excusó la mujer—, si esta vez no ha sido por él…

—¡No me cuentes historias, Inmaculada! —protestó Mar Calderón—. Si todavía se te ve la cicatriz, debías tener un corte bien profundo bajo el ojo. Y estás demacrada y con unas ojeras que das miedo.

Inmaculada intentó sonreír.

—¡Pues sí que me está dejando usted guapa! —respondió.

Se dirigió hacia la despensa con la esperanza de que la anciana saliese de la cocina al no tenerla cerca.

—No te escondas y me hagas estar de pie, que estoy ya muy mayor para andar persiguiéndote —se resistió la anciana acercándose a ella—. Anda, deja la despensa y limpia el cajón de los cubiertos.

—¡Pero si está limpio! —objetó la asistenta.

—Pues lo pasas otra vez, que seguro que hay alguna miga —zanjó Mar Calderón—. Separas bien los cubiertos y me escuchas. —Suspiró, hizo una pausa y se lanzó a hablar—. Mira, Inmaculada, ya sé que no lo tienes fácil, que no puedes coger la puerta sin más y decir que te largas con los cinco niños que tienes. Además, me imagino que la fiera esa que tienes por marido no te iba a dejar marchar así como así. Por eso antes pensaba que era mejor que me callase, que de todas maneras no podía hacer nada. Pero el otro día, cuando vino tu niña, estuve hablando con ella. No sé si sabes que yo era antes profesora, así que sé de lo que hablo, no me estoy inventando nada. Conchita es muy lista, y no lo digo para echarte flores.

Podría sacarse el bachillerato con la gorra y entrar en la universidad con una beca. Le interesan mucho las ciencias y podría estudiar Biología o Geología. —Levantó la mano al ver que Inmaculada intentaba interrumpirla y siguió—. Ya, ya sé que son cinco años. Pero hay becas que cubren más que los estudios y te entraría un poco más de dinero en casa.

—Señora —protestó Inmaculada—, yo no puedo…

—No, Inmaculada —la cortó la otra decidida—, ese no es el enfoque. Ya sé lo que me vas a decir, pero si partes de la base de que no puedes, no vas a poder. Tienes que pensar que no tienes otra salida —insistió—, que la mejor posibilidad que tienes es enviar a la niña a estudiar. Aunque te mates a trabajar. Ella será la que os saque adelante, ya lo verás.

Inmaculada comenzó a llorar. Gruesos lagrimones caían sobre la encimera. Se limpió la cara con la manga de la bata. Se giró hacia la anciana con un cucharón que había frotado entre los dedos.

—Si ya lo sé —respondió entre sollozos—. Si cree usted que no me ha costado sacarla del instituto y mandarla a trabajar, se equivoca.

—¿Sacarla del instituto? —preguntó la anciana espantada—. Pero ¿la has sacado del instituto?

—No —suspiró la mujer—, no del todo, he dicho que estaba mala.

Mar Calderón se mordió la lengua. Ella había tenido a Conchita trabajando tres semanas seguidas en horario lectivo y no le había preguntado más que la primera vez. Se dijo, avergonzada, que, además, seguro que la suya no era la única casa que hacía. Enrojeció. Era cierto que había visto inmediatamente que la niña valía, pero la había tenido haciendo los baños mientras le echaba a la madre un sermón para que no dejase de estudiar. Abochornada, se dijo que se lo había puesto a sí misma muy fácil, había predicado el estudio y la instrucción, pero la había dejado seguir limpiando. «Eres una soberbia», se acusó. Inmaculada no sabría de Historia y Filosofía como ella, pero de tonta no tenía un pelo. La madre sabía que la niña valía para estudiar, por eso la había matriculado en el instituto para que hiciese el bachillerato y no la había apuntado a formación profesional, se dijo, y eso sin que ella le hubiese abierto los ojos. Encima, se dio cuenta Mar espantada, ella predicaba, pero soluciones no le daba ni una. Era, se culpó, como el emperador Constantino diciéndoles a los esclavos que cuanto más sufriesen, mayor sería su recompensa. Para eso, se dijo, podía haberle leído las Bienaventuranzas: «Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos reirán». ¿Por qué no le había dicho directamente que trabajase, que doblara el espinazo y esperase? Concluyó que algo muy grave tenía que haberle pasado para que mandase a la niña, algo que no había podido evitar.

—Dime qué ha pasado para que tengas que mandar a Conchita a hacer las casas.

Inmaculada, con otro cubierto en la mano, se volvió hacia ella con una

mezcla de rabia y desesperación.

—Mire, señora, no le quiero contestar mal ni hablar mal. Hace cuatro semanas me caí haciendo un trastero. —Suspiró—. Me mandaron al hospital y se dieron cuenta de que estaba embarazada. ¡Sí, no me mire con esa cara de horror, embarazada! —exclamó—. Y si piensa que lo he hecho a propósito, se equivoca. Tengo a la Carmen que no va a salir nunca de donde está. El Juan es pequeño todavía, no tiene más que once años, el Pedro y el Marcos, nueve y cuatro. Así que, como críos, me basta y me sobra. Y conste que los quiero. Mi marido no entra un duro en casa, se lo deja en el bar, en la barra o en la tragaperras. Y suerte tengo si vuelve con las manos vacías y no con ganas de bronca. Las últimas semanas tenía unos dolores horrorosos, por eso no pude venir yo.

Se interrumpió con una risa amarga y se limpió una lágrima. Mar iba a decir algo, pero Inmaculada continuó.

—En el hospital me mandaron reposo. ¡Reposo! —exclamó con amargura—. No le voy a contar mis miserias, pero si no trabajo, no comemos. Ni la Conchi, ni los otros. Y si yo no puedo trabajar, por mucho que me pese, tengo que tirar de lo que hay. Y estas tres semanas lo único que había era la Conchi. Y ya sé —dijo al ver que Mar quería decir algo— que podría pedir dinero, seguro que me lo dejaría, no lo dudo. Pero, dígame, ¿cómo lo iba a devolver? Llego a final de mes justa, y eso trabajando por horas y no fija, y cogiendo todo trabajo que encuentro. Aunque me diesen tiempo para devolverlo, ¡no tengo nada que me sobre! Y encima otro crío. ¿Me quiere explicar cómo voy a limpiar con un bebé a cuestas?

Un silencio incómodo se instaló en la cocina. Solo el ruido de los cubiertos cayendo en la pila marcaba un ritmo continuo. La cabeza de Mar Calderón funcionaba a toda velocidad pero, cuanto más pensaba, más se hacía cargo de la magnitud del desastre. El problema no era, ni siquiera, el embarazo, se dijo la anciana consternada. Si había mejorado, a lo mejor podía trabajar casi hasta el final. Pero tampoco: Inmaculada se colocaba por horas porque estas se pagaban mejor al ser los trabajos más duros e ingratos. Mar supuso que en las casas no serían tan crueles de ponerla a mover muebles con un tripón, pero no la contratarían. Y se preguntó: ¿qué pasaría cuando naciese el bebé? ¿Quién se iba a quedar con él para que la madre saliese a trabajar? ¿O quién iba a trabajar para que la madre se quedase con él? ¿Y por cuánto tiempo? Los colegios los cogían con tres como mínimo… Miró a Inmaculada, vio la cadenita con la cruz que le colgaba del cuello y no osó decir lo que pensaba. No se atrevió a decir que existía el aborto porque *de facto* no existía. Franco había muerto hacía ya cinco años, pero la ley no había cambiado y seguía siendo ilegal. Bueno, se corrigió, no existía para ella, porque bien que otros casos se arreglaban en Londres a golpe de billete. La incongruencia, pensó, la hipocresía española de siempre, en la que los que hacían las leyes eran los primeros en

saltárselas. Hacía unos años, a lo mejor hubiese podido enterarse de quién lo hacía en España de una manera segura, pero ahora, pensó desalentada, la mitad de sus amigos estaban muertos o eran jubilados como ella. Y lo que es más grave, se dijo, «tú eres atea, republicana y atea». Pero ella no. Mar sabía que Inmaculada era muy religiosa y se acordó de que fue el cura de su parroquia quien la había ayudado a encontrarle una plaza a la hija enferma. No se atrevió a proponérselo por miedo a cortar el fino hilo de confianza que se había creado. Inmaculada seguía con los cubiertos, pero empezó a hablar otra vez.

—El otro día me fui a confesar porque pensé que a lo mejor lo perdía. He perdido ya unos cuantos, ¿sabe? Don Salustino, el que me encontró la plaza para la Carmen, me dijo que me iba a buscar ayuda. Ayer al salir de la parroquia me dijo que fuese a ver a una hermanita, que ellas se ocupaban de casos como el mío.

Mar se quedó petrificada ante las últimas palabras, pero se reprendió a sí misma diciéndose que no todas las monjas podían ser malas. Se dijo que la Iglesia había cambiado, que ya no hacían falta certificados de buena conducta, los libros del índice ya se podían comprar en las librerías normales y el *nihil obstat* había desaparecido.

—¿Una hermanita? —preguntó extrañada—. Y no has ido todavía, ¿no?

—La Conchi va a hacer la casa de esta tarde al salir del instituto y yo me acercaré a Santa María de las Nieves, es ahí.

Inmaculada dudó un momento si preguntarle a la buena de la señora Calderón por la calle Orense y la clínica privada, pero no se atrevió. Se acordó de que tenía unas medallas militares que debían ser del marido guardadas en el escritorio, las había visto una vez que lo tuvo que limpiar, y de las palabras de la enfermera: «esto es ilegal». No quería meter en problemas ni a los unos ni a los otros, así que calló.

—¿Quieres que te acompañe? —dijo la anciana decidida.

Inmaculada la miró, asombrada.

—¿Acompañarme? ¿Usted?

Mar no se atrevió a decir lo que pensaba: «No me fío un pelo, te van a timar y más vale que lleves a un gato escaldado como yo». No podía decirle eso, sería lo mismo que soltarle que era tonta y la institución en la que tanto confiaba, la misma que quemaba brujas.

—No tengo nada que hacer esta tarde. Si quieres, vamos y nos enteramos las dos.

La cara de Inmaculada se iluminó y abrió la boca para decir «sí, sí señora». Pero entonces pensó en el trayecto hasta la clínica: tenía que ir andando al metro desde la casa de la señora de Calderón, y eso ya era un trecho. Además, hacer transbordo una vez y subir y bajar las escaleras. La señora Calderón no andaba mal, pero no estaba para esos trotes, comprendió desalentada. Podía coger un taxi, pero no lo iba a pagar la señora, encima de que la acompañaba, y si pagaba un taxi se quedaba sin la

mitad del sueldo de la mañana. Además, pensó, quién sabía lo que iban a tener que esperar. Y encima la vuelta, no podía dejarla volver sola. Ella no la podía acompañar, tenía que recoger a la Carmen porque la Conchi estaba haciendo el paseo de La Habana.

Mar observaba el rostro de la mujer. Parecía que sí que quería, pero dudaba. Se dijo que Inmaculada se había dado cuenta de que en su casa no había ningún tipo de imagen religiosa y no quería ir con una atea a ver a una monja. Antes de que Inmaculada abriese la boca, Mar Calderón ya sabía cuál era su respuesta.

—No se preocupe, señora, voy yo sola y después le cuento, ¿le parece?

Mar vio que era inútil discutir. Se levantó, sintiéndose agotada, ruin e inútil. Murmuró un «claro» y salió de la cocina. Inmaculada la vio salir, encorvada y frágil, y se dijo que había hecho bien, que la anciana no estaba para esos trotes. Acabó la faena, se despidió de ella y salió por la puerta de servicio. Bajó por el montacargas a la casa de la tarde y se puso a planchar. Las sábanas estaban secas y las tuvo que humedecer y enrollar para poder alisar el algodón. Extendió los brazos en alto para doblarlas y empezó a sentir unas pequeñas punzadas que se convirtieron en un dolor agudo y continuo. Persistió, pero le dolía cada vez más e Inmaculada pensó que sería por un mal movimiento. La chica de la casa estaba en la cocina preparando la comida.

—Perdona, Mari —le dijo—, no me encuentro demasiado bien, ¿te importa ayudarme a doblar las sábanas? Plancharlas ya las plancho yo, pero al doblarlas sola me han dado unas punzadas…

La otra se quedó mirándola. Posó la vista en la verdura que estaba removiendo y le echó un vistazo al horno, en el que se hacía un asado.

—Venga, que lo hacemos en un minuto. Pero no me las traigas a la cocina, que olerán a comida y la señora nos puede matar.

Doblaron juntas las sábanas e Inmaculada las planchó, no tan impecables como de costumbre, pero aceptables. Cuando acabó y pasó a la cocina, la otra muchacha recogía los platos de postre.

—Solo me queda servir el café y me pongo a comer —le dijo—. ¿Quieres un plato de guisantes?

Inmaculada pensó que podría descansar un momento y aceptó. Se sentó y el dolor disminuyó inmediatamente. La verdura tibia le hizo bien, y se dijo que a lo mejor había sido eso, que no había comido nada desde por la mañana.

—¿Qué tal fue las otras semanas con la Conchi? —preguntó—. ¿Dijo algo la señora?

La otra asintió mientras le servía en el mismo plato el asado.

—La primera semana la eché una mano para que las doblase bien. La otra no se dio cuenta de nada, pero ya sabes que para poco por aquí. Te ha dejado el sueldo en un sobre en el aparador.

Rebañaron el plato con pan.

—No tienes buena cara, Inma —le dijo la chica sacudiendo la cabeza.

—Ya, ya lo sé. Me voy. La semana que viene ya estaré bien del todo.

La otra la miró escéptica. Inmaculada recogió sus cosas y salió. En el montacargas pensó en la calle Orense. Y se dijo que no podía fallarle al padre, que se había tomado tantas molestias para buscar a su amigo, que a su vez había molestado a su hermana. El padre Salustino estaría muy decepcionado si no iba, causaría muy mala impresión. Además, se dijo, el padre siempre había tenido buenas ideas, porque sin él, ¿qué habría hecho con la Carmen? Y si la Carmen no tuviese la plaza en el centro, ¿cómo se las arreglarían? No perdía nada por acercarse, y a la calle Orense no podía ir de todas maneras antes del jueves.

Salió por la puerta de servicio y se encontró en la calle. Un camión de carbón estaba parado delante del edificio y tenía la parte trasera levantada para dejar caer su carga en los sótanos de la casa. Un fino polvo negro estaba suspendido en el aire. Pensó en su madre, que siempre decía que eso es lo que hacía que el polvo fuese negro en Madrid. La calle estaba bloqueada y los coches se estorbaban unos a otros en el cruce. Los pitidos y gritos se mezclaron con el ruido de los trozos de carbón cayendo. Cruzó entre los coches, se metió en el metro y se dejó caer en uno de los asientos, a esa hora vacíos, del vagón.

19

Madrid, 1980

La clínica de Santa María de las Nieves era un edificio de ladrillo antiguo rodeado de árboles. Inmaculada se dirigió a una ventanilla en la que colgaba un cartel de información y le preguntó a la monja que atendía por sor Lucía. La religiosa le sonrió e indicó el camino. Recorrió los pasillos de mármol verdoso acompañada por el común olor a lejía, distinguió la secretaría de Ginecología por un cartelito en rojo y llamó suavemente a la puerta. Una mujer morena, con las manos llenas de cadenitas que escribía a máquina, levantó un momento la vista y la escrutó, pero no le hizo señal de que pasara. Inmaculada se sentó en una silla a esperar sin perder de vista la puerta acristalada hasta que la secretaria le indicó con la mano que pasase.

—Buenas tardes —le dijo a la mecanógrafa—, busco a sor Lucía. Vengo de parte de sor Bárbara.

—Ah, sí —respondió—, ¿es usted Inmaculada? —Asintió—. Vaya fuera un momento, ahora la aviso.

Inmaculada salió y esperó hasta que una monja bajita y sonriente apareció, se acercó a ella y le puso una mano en el hombro:

—¿Eres Inmaculada? Qué bien que hayas podido venir, cómo me alegro. Ven, vamos a mi despacho. ¿Te ayudo? —preguntó mirando la bolsa del uniforme.

—No, gracias —dijo Inmaculada mientras se levantaba—, ya puedo.

La monja la acompañó a una salita desnuda, amueblada solo con un escritorio en el que había una imagen de la Virgen con el Niño. Se sentó y comenzó a parlotear jovialmente.

—Nos has encontrado por sor Bárbara, ¿no? ¡Qué bien! Sor Bárbara es un cielo.

—Bueno —explicó Inmaculada cohibida—, yo no la conozco, es el padre Salustino, que, al contarle mi problema…

—¡Pero Inmaculada! —exclamó sor Lucía con falso reproche—. ¡Esto no es un problema, es una bendición! —añadió con decisión—. No te preocupes, que te vamos a ayudar. Estás embarazada.

—De dos meses y medio, sí.

La monja sacó un cuadernito y empezó a apuntar con aplicación.

—No te agobies —explicó al ver su mirada—, es solo porque tengo

muy mala memoria y después el médico me regaña. Ya tienes otros niños, ¿verdad?

—Sí —Suspiró la otra—, cinco más.

—¡Serán todos guapísimos! —la animó.

—Sí… —concedió Inmaculada—. Hasta la Carmen que tuvo meningitis no es fea. Y la Conchi —añadió orgullosa—, la mayor, es muy lista.

—Cuéntame, ¿qué edades tienen?

—La Conchi quince, la Carmen trece, el Juan once, el Pedro nueve y el pequeño, el Marcos, cuatro —respondió.

—¡Qué nombres más bonitos les has puesto! Me encantan. Dime, y perdona la indiscreción, ¿has perdido alguno? Ya sabes cómo son los médicos, quieren saberlo todo…

La cara de Inmaculada se entristeció.

—Cinco.

—¡Pobre! —exclamó sor Lucía apoyando una mano sobre la suya—. ¿Todos de repente?

—Bueno —dudó al acordarse del médico del Provincial—, me caí por las escaleras, fue un accidente…

La monja no hizo ningún comentario.

—Pues no te preocupes —exclamó con decisión—, porque esta vez te vamos a cuidar. Tú lo que tienes que hacer es alimentarte bien y hacer mucho reposo —continuó antes de que la otra pudiese replicar—. Dime, ¿cómo te ganas la vida? ¿Qué hace tu marido?

—Trabajo por horas, y el Camilo, mi marido, es pintor, pero…

Sor Lucía la interrumpió.

—Sí, ya me comentó sor Bárbara. La cuestión es —dijo seria— que no deberías trabajar. Lo fundamental es que a ti no te pase nada, que los niños estén bien y que este bebé que está en camino venga bien hermoso y sano al mundo.

—Madre —replicó Inmaculada—, eso ya me lo dijeron en el hospital, pero el problema es que…

La religiosa sonrió.

—No te preocupes, hija, que soy monja, pero no tonta. La verdad es que, con lo que tienes encima ya es suficiente… —Suspiró—. Hay veces que no entendemos los senderos que toma el Señor… Pero para todo hay una respuesta. Ya me imagino que con tu sueldo y los cinco niños es difícil. —Hizo una pausa y le apretó un poco la mano—. Y creo que tu marido no te lo pone fácil… La cuestión es que te preguntarás por qué Dios te ha elegido precisamente a ti, que casi no puedes con el peso, y te ha cargado con una mochila más. Yo soy solo una religiosa —fijó los ojos en ella—, pero creo que hay dos respuestas: si Dios cree que puedes, es que tienes la fuerza. O Dios quiere ayudar a alguien a través de ti. Eso sería un gran don —añadió—, hay mucha más felicidad en dar que en tomar, ¿no crees? ¿Te acuerdas de san Martín, que partió su abrigo para

compartirlo con el necesitado? Hacía frío y el santo pasaba en su caballo bien abrigadito. Dios le concedió la gracia de encontrarse con el necesitado y él se bajó y dividió su capa en dos. Ya sabes lo que dijo nuestro Señor: «cuanto hicisteis a uno de estos hermanos míos, a mí lo hicisteis». Fue a Dios, nuestro Señor, a quien abrigó san Martín. Y Él se puso en su camino, es una gran gracia. Puede ser, Inmaculada, que contigo esté haciendo lo mismo.

Sor Lucía hizo una pausa. Cogió el retrato de la Virgen y se lo mostró.

—Mira esta imagen, hija mía. La felicidad de la maternidad, la plenitud. Es una certeza que Dios te ha colmado a ti de gracia y a otras no, ¿verdad? Porque tú sabes que hay mujeres a las que Dios no se la ha concedido, ¿verdad?

—Sí, Madre, pero yo no veo…

—Los caminos del Señor no siempre son rectos. —Se inclinó hacia ella —. ¿No crees que el Señor puede querer que compartas tu gracia?

—¿Se refiere usted a dar al niño en adopción?

—Bueno —explicó sor Lucía—, no exactamente. ¿Sabes cómo funcionan las adopciones? —La otra negó con la cabeza—. Tú tienes al niño y después dices que lo quieres entregar. —Suspiró—. Rellenas miles de papeles, el Estado decide cuándo y con quién va el niño y tú te vas a tu casa sin saber con quién estará ni qué tipo de gente son. Te preguntarán si estás segura y te intentarán convencer. La verdad es que no lo ponen nada fácil —Sacudió la cabeza compungida—, además de que tardan y de que no se ocupan de las madres durante el embarazo. Nosotras —explicó— lo hacemos un poco diferente, lo enfocamos de otra manera, tenemos muy en cuenta las distintas situaciones. Intentamos ayudar desde el principio, cubrimos los gastos, médicos y del hogar, para que la madre se pueda cuidar y velar por los suyos.

Sor Lucía, que hasta ese momento había hablado en la forma impersonal, se dirigió a ella.

—Te asignaríamos una suma mensual con la que podrías vivir holgadamente y reposarte, alimentarte bien y no preocuparte de nada. Vendrías cada quince días a consulta para comprobar que todo está bien. Tendrías el niño aquí, te asistiría una de nosotras y el doctor Del Valle, es una eminencia y un encanto, ya verás.

Inmaculada la miraba asombrada, pero la religiosa continuó.

—Buscaríamos una familia que no ha tenido tu suerte. Una familia unida y cariñosa, acomodada, que le pudiese dar al niño todo lo que necesitase. Que lo cuidase con el amor que tú le hubieses dado, que le enseñase la fe. De una cosa sí puedes estar segura: las familias que buscamos son excepcionales. Y el niño tendría, además del amor incondicional, todas las puertas abiertas, los mejores colegios, el extranjero, las universidades.

Inmaculada pensó en Conchita y en los reproches de la señora de

Calderón. En cómo la niña metía los libros con el uniforme para estudiar en el metro. Pensó en el diente y en el labio partido de Juan. En el cuarto de literas de los niños y en el reducto en el que dormían Conchita y Carmen. Y las habitaciones de los niños de los pisos que limpiaba le aparecieron en la mente. Las cortinas infantiles de trenecitos o florecitas, los suelos cálidos de moqueta o de parqué. Los cochecitos de tamaño infantil, las cunitas de muñecas, los caballitos de madera, el Scalextric con el que soñaba Juan, los barcos de piratas en los que no había ni que pensar porque en el catálogo ya lo ponía en la esquina inferior derecha: más de 5.000 pesetas. Los libros que forraban las paredes. Pensó que a partir de junio casi no tenía trabajo porque daban las vacaciones y los críos se iban al mar o a la montaña con sus padres o abuelos. Que ninguno de ellos vivía el agosto tórrido de Madrid. Que cuando volvían del colegio los esperaba un bollo suizo con una onza de chocolate y que llevaban ropa nueva. Y sus madres los querían, los abrazaban y olían a perfume, y no a lejía como ella. Y se dijo que no pensaban en matarlos. Esos niños no tenían que ponerse a trabajar a los quince años, esas niñas no barrían escaleras. Sus padres no les saltaban un diente, tenían una vida de niño. La vida que ella hubiese querido para todos sus hijos.

—¿Cómo te arreglas ahora? —preguntó sor Lucía.

Inmaculada respondió con los ojos cuajados de lágrimas.

—Hasta ahora mi chica, la mayor, ha hecho mis casas y de eso vamos tirando. Pero me gustaría que pudiese volver al instituto, es muy lista —añadió.

—Ni hablar de que limpie —dijo sor Lucía resuelta—, a su edad lo que tiene que hacer es estudiar. Nosotras te cubriremos los gastos, tú, por eso, no te preocupes. Te tendrás que despedir de las casas durante un tiempo —Al ver su cara de espanto la tranquilizó—, pero encontraremos a alguien que haga la suplencia para mantenértelas y que no las pierdas. Y si a pesar de todo alguna fallase, tú no te agobies, que te encontraremos otras. Lo importante es que te alimentes bien y estés en reposo. Y, por qué no, que disfrutes de estos meses de paz.

—Pero madre, ¿cómo voy a explicar que pueda estar todo el día sin trabajar? —objetó—. Además, mi marido…

—Tenemos un convento en Mirasierra, y puedes pasar el día ahí. Tiene un jardín magnífico y podrías ayudar un poco en la cocina, ¡nada pesado! Pelar patatas, verdura… Todo sentadita y con cuidado. No tendrías que decirle a nadie que no trabajas. En cuanto a tu marido… —Suspiró—. Eso sí que es un peso. Pero no te preocupes —dijo resuelta—, que yo me encargo.

—Madre, ya sé que me quiere ayudar y no quisiera mentirla. Los niños que perdí… No me caí por las escaleras.

—Lo sé, hija mía, lo sé —dijo con tristeza—. Ya me lo había imaginado. ¿Tu marido trabaja para una empresa o a cuenta propia?

—Es pintor y trabaja para la Rumex.

—Tú no te agobies, que Dios proveerá. A lo mejor también acaba iluminándole a él.

—Dios la escuche, madre —dijo Inmaculada no muy convencida.

—Bueno —dijo la monja otra vez con un tono jovial—, ahora vamos al lado práctico. El doctor querrá examinarte y hacer unos análisis, nada del otro mundo. Si quieres te acompaño a la consulta. Puedes dejar tus cosas aquí, no te preocupes.

Salieron del despacho y la religiosa avanzó parloteando alegremente por el pasillo hasta una pequeña habitación con dos puertas en la que le tendió una bata. Inmaculada se desnudó y se la puso. Oyó la voz risueña de sor Lucía desde el otro lado.

—Cuando estés lista, sal, Inmaculada.

La esperaba con sor Lucía un hombre muy alto y delgado con el pelo negro, rizado y abundante, salpicado de algunas canas, que se presentó como el doctor Del Valle. Tenía la tez morena, unos increíbles ojos azules y la saludó amablemente, le señaló la silla y, cuando empezó a examinarla, se excusó por la frialdad de los instrumentos. Sus manos eran grandes, suaves y cálidas, y le palpó el vientre con un cuidado extremo. Inmaculada se relajó, echó la cabeza hacia atrás y miró las molduras del techo. Cuando acabó, le dio una palmadita en el muslo.

—Cámbiese, se encontrará más cómoda y podremos hablar.

A Inmaculada le costó levantarse de esa silla y sintió la pérdida de esas manos cálidas y suaves sobre su piel. Cuando salió, ya vestida, sor Lucía la hizo pasar a un agradable despacho que tenía una ventana hacia el jardín. El médico la esperaba con las manos cruzadas y una sonrisa en la boca tras un escritorio de madera con la cubierta de cuero verde. Sor Lucía le indicó uno de los cómodos sillones frente a la mesa y ocupó ella el otro.

—Nada, Inmaculada —la tranquilizó el médico—, todo va bien, no tiene por qué preocuparse.

—Pero —objetó ella— el doctor del Francisco Franco, perdón, del Provincial, dijo no sé qué de riesgo…

—Sí. Y tiene razón, varios abortos, sus dolores. Pero nada que no se pueda controlar con cuidado y reposo. Ahora, a por los análisis: me ha dicho sor Lucía que en la Princesa le dijeron que tenía anemia. ¿Toma ya algo? —preguntó solícito—. Tenemos un combinado vitamínico estupendo, se lo dará sor Lucía antes de irse. —Sonrió—. ¿Qué le parece si controlo que todo vaya bien dentro de quince días?

Inmaculada correspondió a la sonrisa, pero no contestó y el médico no insistió. Se levantó y siguió a la monja hacia la puerta. Salieron al pasillo y se dirigieron otra vez al despachito. Esta abrió un armarito de hierro con una llave y le dio un frasquito de pastillas.

—Te doy un frasco de vitaminas, aunque la buena alimentación es lo más importante…

Se sentó tras la mesa y sacó unos papeles.

—Este sería todo el papeleo que tendrías que hacer, Inmaculada. Te lo puedes llevar a tu casa y leerlo bien si quieres, pero no es nada complicado y te lo explico yo en un periquete. Solo deja por escrito que aceptas que el niño crezca en otra familia. No es un documento oficial, es solo para nosotras.

Deslizó el pliego hacia ella y sacó un sobre abultado en el que se veía un fajo de billetes verdes de mil pesetas.

—Y esto —dijo— es para que vayas tirando.

La mujer agarraba el bolso con las dos manos y no las movió.

—No te preocupes —dijo sor Lucía sonriendo—, tú te lo piensas y me lo dices.

Inmaculada se levantó, cogió el pliegue de papel, lo dobló en cuatro, se lo metió en el bolso y dejó el sobre encima de la mesa.

—Muchas gracias, madre —dijo señalando el sobre—, pero me arreglo.

—Te acompaño a la puerta, hija. Vete en paz.

Inmaculada se cruzó con una enfermera por el pasillo y con una monja que le sonrió. Una de las habitaciones estaba abierta y pudo ver un saloncito con un enorme ramo de flores sobre la mesa y una mujer que se inclinaba sobre una cuna.

Salió de la clínica y la claridad le dio de lleno en la cara. El sol se había abierto camino entre las nubes y brillaba en un cielo en el que el azul luchaba contra el gris. Cruzó la calle camino al metro, a esa hora llena de coches aparcados en doble fila. Iba a bajar cuando un timbre resonó a sus espaldas. Se dio la vuelta y vio el muro de un colegio con la verja abierta de la que salió una horda gris y azul corriendo. Había niños de la edad de Juan, vestidos con pantalones cortos grises, que corrían por la calle lanzándose pelotas. Tras ellos, más despacio, salieron las niñas, con faldas tableadas también grises, jerséis azules y leotardos del mismo color. Avanzaban riendo, cogidas del brazo de dos en dos con los libros en la mano. Algunas se paraban en un quiosco que ya estaba bloqueado por los chicos, que pedían con las monedas en la mano y a voz en grito las chucherías. De los coches aparecían madres que los regañaban, diciendo «date prisa, que no llegamos al dentista», mientras las otras discutían con los dueños de coches que no podían salir e imprecaban: «usted, qué se cree, que puede dejar el coche así y largarse, que cada día es lo mismo, una desvergüenza», a lo que las otras replicaban: «si ha sido un momento, es que el niño no me veía». La calle era ya un griterío cuando a los mayores se unieron los párvulos, que salían con un adulto. Algunos llorando, algunos dormidos sobre el hombro que los cargaba, otros de la mano chillando y señalando el quiosco con el dedo. Inmaculada sonrió y se dijo que sí que aprendían rápido. Miró los pelos revueltos de los chicos, los churretones de las caras de los párvulos y las colas de caballo medio deshechas sujetas por un lazo de las niñas. Dio media vuelta y volvió a

entrar en la clínica.

20

Madrid, 2015

La calle de la clínica estaba bloqueada y Karen se dijo que debía de haber pasado algo, probablemente alguien con prisa que se había saltado un semáforo y bloqueaba el cruce. Cano miró el reloj y dio unos golpecitos en el volante.

—Nos queda un rato para que se despeje esto. Casi busco un sitio en una de las calles paralelas y nos tomamos un café, ¿le parece?

Karen lo miró asombrada.

—¿Perdone?

—Hombre, tiene que haber un colegio cerca.

Un colegio. Karen miró la hora y comprendió. El atasco era provocado por los padres que se empeñaban en dejar al niño a la puerta del colegio, pero también por aquellos que los traían a la zona porque los abuelos vivían cerca. Lo más probable es que residieran en una de las ciudades que crecían como setas en las afueras de Madrid y trabajasen hasta tarde, dejando a los abuelos encargados de recoger a los niños. Karen asintió y Cano cogió una calle lateral para aparcar en zona azul. Anduvieron unos metros y vieron un bar con aspecto de *pub* inglés abierto. No tenía nada que ver con la barra de San Lorenzo, y tampoco ofrecían churros ni porras. Pidieron unas tostadas con tomate y sendos cafés.

—No me diga que en Holanda no se forman estos atascos… —dijo Cano.

Karen negó con la cabeza.

—En Holanda y en Alemania los niños van desde la primaria solos al colegio. Muchas criaturas de cinco años cargan con unas mochilas luminosas solos por la calle y con una llave al cuello para poder volver a sus casas, los llaman los «niños llaves».

—Aquí no se atrevería nadie, ni en San Lorenzo…

—A lo mejor es la necesidad, Cano. Tras el colegio, la mayoría de los jóvenes abandonan su casa y ciudad para no volver, y es muy extraño residir en la misma localidad que los padres. Por eso es raro ver a personas mayores de la mano de niños, y a lo mejor por eso todas las encuestas dicen que los ancianos se sienten solos y los padres desbordados por los hijos.

—Los abuelos son los desbordados aquí muchas veces…

—Supongo que lo ideal sería un término medio, pero si me pregunta, a mí me parece bien que los niños convivan con los ancianos, creo que los dos pueden salir ganando. Y, además, les da a las mujeres la posibilidad de trabajar, de tener en quién apoyarse.

Cano la miró asombrado.

—Hombre, en Centroeuropa los padres también pintarán algo, ¿no?

Karen se encogió de hombros y sonrió.

—En teoría sí, las mujeres tienen las mismas posibilidades y hay algunos hombres que dejan de trabajar y se ocupan de casa y niños. Pero siguen siendo una minoría. El Estado, tanto en Holanda como en Alemania, no es un gran apoyo. Encontrar guarderías para niños de menos de tres años es prácticamente imposible, así que la mayoría de las veces son las mujeres las que acaban sentadas en el parque. Los franceses sí que tienen una estructura estatal y mire cómo está su natalidad…

Cano sacudió la cabeza.

—Las estructuras estatales no lo pueden hacer todo. Somos nosotros, en nuestras cabezas, los que evitamos muchos de los avances para la igualdad. Menos mal que las cosas están cambiando, hoy hemos visto casi más padres que madres entregando a los niños.

Karen lo miró divertida.

—Sí, claro, había muchos padres, pero me gustaría saber quién ha recogido el desayuno, quién va a buscar al niño al cole y quién de los dos lo lleva al pediatra.

—La verdad es que las mujeres lo siguen teniendo más difícil —reconoció Cano—, pero la ley ha cambiado.

—Claro, Cano, ahora hasta en el Cuerpo hay mujeres, ¿verdad? —replicó la teniente un tanto sarcástica—. Venga, vamos a enterarnos de quién era nuestra muerta.

La clínica era un enorme edificio del XIX o principios del XX rodeado por un cuidado jardín. Un hombre con un mono marcado con el nombre de una elegante floristería subía con un inmenso ramo de lirios blancos, y se cruzaron con una mujer abrigada con una capa de piel que bajaba hablando alegremente por teléfono. Había dejado un rastro de perfume tras ella que los acompañó hasta el mostrador de información, en el que una enfermera les indicó el camino hacia Ginecología. El suelo era de un mármol verdoso que debía haber estado de moda en los años sesenta. En la sección de Ginecología y Obstetricia tocaron en el cristal de la secretaría, donde una mujer escribía concentrada tras una pantalla. Levantó la cabeza, vio los uniformes y acudió a abrir. Era una mujer de unos treinta y cinco años con una melena rubia muy cuidada y unas uñas rojas y afiladas que habían dejado líneas de ese color en las letras del teclado.

—Buenos días —los saludó—, ¿qué puedo hacer por ustedes?

—Buenos días; brigada Cano, teniente Blecker, esperamos que nos

pueda ayudar —aclaró Karen para no asustarla.

—Díganme, claro, lo que pueda. Soy Susana Ortiz, secretaria del doctor Oyarzun.

—Gracias, Susana —respondió la teniente—. Veníamos a preguntar por su antigua jefa de planta, sor Lucía.

La mujer los miró sorprendida.

—¿Sor Lucía? ¿Está mejor? Tenía una neumonía.

—Sor Lucía murió antes de ayer en San Lorenzo de El Escorial.

Los ojos sombreados de azul de la mujer se agrandaron.

—¿Muerta? ¿De verdad?

Qué pregunta, pensó Karen. ¿Por qué tenían que repetir siempre la misma frase estúpida? En eso sí que no había diferencia entre países, se dijo fastidiada. No, era mentira, por eso mandan a una pareja de la Guardia Civil. Siempre tenía ganas de contestar que no, estamos de broma, pero controló su mal humor y respondió:

—Desgraciadamente, sí. Llevaba un tiempo convaleciente en San Lorenzo por la neumonía, sí. La encontramos muerta hace dos días.

La curiosidad de la secretaria aumentaba por instantes.

—¿La mataron?

—Entra dentro de lo posible —replicó Karen—, por eso estamos aquí molestándola. ¿Conocía usted a la hermana Lucía?

—Sí, claro. Yo llevo trabajando aquí… —Levantó un momento la cabeza y cerró los ojos para contar— dos años, y ella ya estaba desde hacía décadas.

Karen sonrió.

—¿Qué nos puede decir de ella?

La secretaria dudó, miró a los guardias y a la puerta.

—Hombre, como está muerta… —titubeó.

Karen empezaba a perder la paciencia, pero rogó amablemente.

—Por favor, cuéntenos. Lo único que sabemos de ella es que era de Cáceres y llevó la plantilla de enfermeras de ginecología bastantes años.

—Bueno, sí. Era la ayudante, por no decir la mano derecha del antiguo jefe.

—¿Que se llama cómo? —preguntó la teniente.

—Se llamaba —explicó la secretaria, más locuaz—, murió hace dos años también, poco antes de que me contratasen a mí: doctor Del Valle. Cuando pasen por la entrada otra vez, miren las fotos de los médicos jefes de planta: les llamará la atención, el pelo plateado y unos increíbles ojos azules. Yo no lo conocí, pero debía ser un tipo guapo a rabiar. Tampoco es que yo sepa tanto de él, porque a mí me contrataron cuando murió y su antigua secretaria, que debía tener la edad de Matusalén, se jubiló. Ella sí que trataba mucho a sor Lucía. A esta no le gustaban nada los ordenadores, pero claro, sor Lucía era muy dominante y, como con las máquinas no podía, se enfadaba. Normal, también —dijo encogiéndose de

hombros—, ¿no les parece? La verdad es que yo, a sor Lucía, no le debía caer muy bien, pero también es que le coincidió todo: la muerte de doctor Del Valle, la secretaria que se jubiló, las obras y la informatización de la clínica. No me entiendan mal, no es que nos odiásemos, pero sor Lucía antes entraba, abría el cajón de la *P*, buscaba a la señora «Pérez», sacaba el expediente, se lo llevaba y, eso sí, lo volvía a traer. Era la disciplina en persona, sí, ¡pero así no se puede llevar una clínica! —exclamó—, con los diagnósticos escritos a papel y lápiz, con el riesgo de perder uno y de no tener la información necesaria a mano. Imagínense —explicó— en los quirófanos; ahora hay un ordenador en el que los médicos pueden consultar y ya está, no hay que llamar y esperar a que yo me ponga y busque en la letra *M* y la *O*… Claro que, cuando se quejó, quedó claro. El doctor Oyarzun es muy moderno y no quería esa cantidad de papel. A él lo contrataron para cambiar las cosas, no hace más que repetirlo.

Escuchaban con atención y pensaron que Susana debía representar el nuevo mundo al que se tuvo que enfrentar la monja: la pérdida de su jefe de toda la vida, la secretaria de su misma edad y los nuevos métodos de trabajo. Todo envuelto en una rubia despampanante con las uñas rojas que encima le cortaba las alas informatizando las actas y limitando así su utilización.

—¿Sor Lucía se quejó? —preguntó Karen mientras Cano apuntaba.

—No sé si diría quejarse —se corrigió—, pero protestar sí. Fue un día que vino a por unos expedientes que ya estaban informatizados y por eso el papel se había ido a los sótanos. Cuando le dije que podía sacárselos yo del ordenador, se puso roja de ira y dijo que estaba perfectamente capacitada para buscarlos ella. Pero en el ordenador ella no podía entrar, ya que yo tenía la clave —aun de haberla tenido ella no hubiese podido tampoco, que por muy lista que dijesen que era, con las máquinas no se entendía—. Entró a ver al doctor, pero como salió y no me dijo nada, creo que él no le hizo caso. Él me dijo después que, si sor Lucía buscaba algo, se lo sacase yo.

—¿Y tuvo que buscar algo?

—Pues no, pero ella tenía sus recursos después de tantos años. Le pedía a alguna de sus monjas que viniese en su lugar o bajaba ella a los archivos, ahí tenía todo el papel.

—¿Sabría decirnos cómo se llama y dónde vive la antigua secretaria?

—Sé que cuando se jubiló se fue a vivir con una sobrina que tiene una casa rural, pero no sé dónde —contestó.

—¿Quién lleva ahora la planta?

—¿Se refiere al puesto que ocupaba sor Lucía? —preguntó Susana. Karen asintió—. Lo lleva una enfermera laica, Beatriz Cabañas. Vino con el doctor Oyarzun de su consulta y, cuando sor Lucía enfermó, fue lógico que se quedase ella con el puesto. Si quieren hablar con ella, la encontrarán en la zona de hospitalización o en su despacho. La puedo

buscar, si quieren.

Asintieron y la secretaria levantó el teléfono, marcó los números a una velocidad de vértigo y preguntó por Beatriz. Escuchó un momento y colgó.

—Está haciendo la visita con el doctor, pero no tardará mucho porque a las diez él entra a quirófano. Si van hacia las habitaciones y la esperan, la encontrarán. La sala de enfermeras está al principio.

Se despidieron de Susana no sin pedirle que los llamara si recordaba algo más y cuando encontrase los datos de la antigua secretaria.

Desde los ascensores se accedía a los pasillos de las habitaciones. Todo olía a nuevo, las luces led que bañaban el pasillo con una suave luz estaban integradas en los rodapiés y las puertas de madera de las habitaciones se parecían más a las de un hotel que a las de un hospital. En el pasillo, tras una pared de cristal, encontraron la sala de enfermeras, pero no se veía a nadie en ella. Tocaron un timbre de acero que no hizo ningún ruido, pero iluminó una lámpara en el interior y una enfermera joven y sonriente acudió a la llamada. Abrió el cristal y, cuando le explicaron que buscaban a Beatriz, les propuso ir a buscarla. Se apostaron en el pasillo y vieron que una de las puertas estaba abierta. Se asomaron con curiosidad a una *suite* con el suelo de madera y un saloncito amueblado con varios sofás. Sobre la mesa descansaban prospectos y revistas y, en una esquina y disimulada por una puerta, Cano descubrió una pequeña cocina. La cama de hospital era lo único que diferenciaba el sitio de un hotel. Una puerta del fondo se abrió y una carcajada masculina resonó en el pasillo. Oyeron cómo un médico se despedía de una paciente mientras sujetaba la puerta, y Karen se dijo que eso parecía más bien una reunión social que un hospital. Salió cerrando la puerta seguido por un séquito: dos médicos más, una enfermera y una monja. La enfermera llevaba un cuaderno abierto, y la monja, una bacina con un espray desinfectante y gasas. El médico, al que identificaron como jefe de planta, se dirigió a grandes zancadas a la zona de los ascensores y les concedió una mirada inquisitiva, pero no se detuvo. El cortejo se disolvió: los médicos restantes entraron a otras habitaciones, la monja desapareció en la sala de cristal y la enfermera, que era una mujer de unos cincuenta años, delgada, morena y con el pelo sujeto en una coleta, se acercó a ellos.

—Buenos días —dijo curiosa—, ¿me buscaban? Soy Beatriz Cabañas.

—Buenos días, teniente Blecker y brigada Cano, Guardia Civil —se presentó Karen—. A lo mejor puede ayudarnos. Usted trabajó con sor Lucía, ¿cierto?

Los ojos de la enfermera se entrecerraron un segundo y el rictus de su boca se hizo un poco más duro. Fue solamente un instante, pero no les pasó desapercibido. Esgrimió una amplia sonrisa.

—Sor Lucía, claro. ¿Qué tal está? La echamos mucho de menos.

Karen tuvo presente su gesto cuando le comunicó la noticia a bocajarro.

—Sor Lucía murió el lunes y esclarecemos las circunstancias de su muerte, es por eso por lo que estamos aquí.

La expresión de Beatriz Cabañas pasó de la sorpresa al temor.

—¿Por eso están ustedes aquí? —preguntó—. No lo entiendo, sor Lucía ya lleva tiempo retirada.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—¿Yo? ¡Hace meses que no la veo! No pensarán que… —Antes de que pudiesen contestar señaló una pizarra con nombres—. El lunes estuve durante todo el día aquí, le pueden preguntar a quien quieran…

Los médicos salieron de las habitaciones y la observaron con curiosidad. Beatriz los miró y preguntó:

—¿Quieren pasar a mi despacho? Estaremos más tranquilos.

Asintieron y la siguieron hasta una habitación amueblada con un escritorio, una estantería y un antiguo armario de medicinas que parecía un invernadero. La mujer debía tener mano con las plantas y había convertido un mueble en desuso en una estantería verde. Cano alabó las plantas, demostrando un conocimiento del mundo vegetal que asombró a Karen, que conseguía secar hasta los cactus. Tras la mesa, colocadas en una pizarra de corcho, colgaban unas fotos de viajes, gatos y viñetas humorísticas recortadas de los periódicos. Mientras Cano y Beatriz intercambiaban información sobre tipos de abonos, Karen intentó calibrar qué clase de mujer era la enfermera. No había ninguna foto de una persona y Karen supuso que los gatos y las plantas llenaban su vida privada. La mesa estaba ordenada, no se veían carpetas ni papeles sueltos, y el único adorno era una bolita de cristal con una casa nevada que parecía perdida en la superficie lisa.

Les señaló las sillas y se sentó erguida tras el escritorio con las manos unidas sobre el regazo.

—¿Qué nos puede contar de sor Lucía? —preguntó Karen mientras Cano sacaba el bloc.

Beatriz no dudó:

—No demasiado, pero no conectábamos demasiado. Trabajo con el doctor Oyarzun desde hace más de veinte años. Cuando aceptó este puesto, yo me vine con él para dirigir el cuerpo de enfermeras, puesto que debía quedar libre. Pero no ocurrió así y pasé de ser jefa de sección en mi antiguo hospital a una currita a las órdenes de sor Lucía de un día para otro. Comprenderán que no me sintiese muy bien.

—¿Por qué no dimitió? —preguntó Cano.

Beatriz le lanzó una sonrisa amarga.

—Me había despedido de mi antiguo puesto y habría tenido que buscar en otro hospital. Y tampoco me hubiesen dado el puesto de jefa de sección inmediatamente —suspiró—, así que era más fácil esperar aquí.

—¿Esperar a la desaparición de sor Lucía? —inquirió Karen.

Beatriz se sobresaltó.

—A su jubilación. Después de la muerte del doctor Del Valle, y dadas las nuevas formas de trabajar, pensé que no tardaría mucho en dimitir. —Suspiró—. Era una cuestión de tiempo hasta que se diese cuenta de que los tiempos habían cambiado.

—Entonces, ¿sor Lucía no se sentía bien con la nueva jerarquía del hospital?

La enfermera negó con la cabeza.

—Sor Lucía se sentía amenazada por los nuevos tiempos —lanzó una carcajada—, y también por la secretaria, Susana, y por mí, claro. No me entiendan mal, no es que yo no apreciase su trabajo, era muy buena. Un poco despótica, pero buena, y el acento andaluz le quita mucho hierro a las palabras.

—¿Despótica? —repitió Karen pensando que había tenido razón al suponer que el juicio de los laicos tenía que ser forzosamente diferente al de las religiosas.

La enfermera lanzó una carcajada divertida.

—Ah, ya estamos otra vez. La idea preconcebida de siempre de que las monjas son buenas, asexuales como los serafines y solo aman al prójimo. Sobre todo —señaló con sorna—, nunca a sí mismas.

Cano interrumpió y levantó los ojos.

—Fui a un colegio de curas, mi experiencia no es esa.

Beatriz lo miró con simpatía. Cuando respondió, una mueca de amargura marcaba su cara.

—No, claro que no. Existirán —admitió—, no les digo que no. Son profesionales, eso es cierto. Trabajan a destajo, sin parar. Hacen una cantidad de horas que nunca conseguiría cumplir una enfermera laica. Son de fiar en sus obligaciones, si una monja ha revisado una habitación, puede estar seguro de que estará impecable. Si tiene que preparar a un enfermo, no habrá que inspeccionar nada más. Pero ¡claro que conocen la competencia y ponen zancadillas! Eso sí, con una sonrisa. Pero se aseguran de que resbales bien para conseguir lo que quieren. Y encima, aunque la pillemos con la cáscara de plátano en la mano, nadie pensará mal. Como no es para ella, sino para la congregación o el bien común…

Karen pensó en el precondicionamiento. Pensó que Max lo llamaba «la educación católico-fascista» de los españoles de su edad. Y se dijo que Beatriz tenía razón, que se tendía a partir de la base de que una religiosa era bondadosa. Incluso ella misma había tenido que cambiar el chip del «¿quién puede querer matar a una monja?» al «¿qué puede haber hecho una monja para que la maten?». Una monja podía obrar de manera egoísta sin problema alguno, nadie la juzgaría, siempre se consideraría que su fin era altruista, y eso lo cambiaba todo. Si esto mismo ocurriese en una empresa, ese comportamiento tendría un nombre muy feo.

—¿Qué clase de persona era sor Lucía? —preguntó Karen.

Beatriz se inclinó hacia ellos.

—Sor Lucía era una organizadora magnífica, la podrían haber cogido como instructora en el Ejército. Formaba a monjitas jóvenes y las cuidaba como una madre hasta que podían andar. Entonces las soltaba de la mano y, si cometían un error, las echaba del gallinero. No se quedaba más que con aquellas que funcionaban como robots, no aceptaba errores, no permitía muestras de flaqueza. Si me preguntan, en todos los hospitales que he visto nunca me he encontrado con un equipo más preparado que el suyo. Bueno, equipo no es la palabra, ni siquiera ejército, dudo que en los cuarteles sean tan exigentes como ella. Las que sobrevivían a sus depuraciones la adoraban y son de un rigor y eficacia que ya quisiese yo para las mías.

—Puede que debiésemos adoptar sus métodos de instrucción —sonrió Karen.

La enfermera levantó la cabeza de golpe.

—Si lo que quiere es un ejército ejecutor, que no piense ni reflexione, que siga sin preguntarse el porqué, desde luego. Pero quiera Dios que no se le vaya de las manos, ese eficaz ejército de robots.

Karen la miró con creciente asombro.

—¿Qué le molestaba de sor Lucía? —preguntó directamente.

La enfermera reflexionó un instante.

—No era su modo de trabajar ni tampoco cómo trataba a sus monjas. No era mi equipo —se encogió de hombros—, y yo no tenía nada que decir al respecto. A las pacientes las trataba con una mezcla de deferencia y paternalismo que aquí viene muy bien. Y no tenía complejos de ningún tipo, era una andaluza de esas de cortijo, así que no la intimidaban las señoras que vienen a parir aquí.

Beatriz pareció reflexionar y preguntarse a sí misma la razón de sus discrepancias. No la interrumpieron mientras pensaba con el entrecejo fruncido hasta que contestó, un poco insegura.

—Creo que era porque me daba la impresión de que, aun trabajando bien, nunca perteneceríamos al club. No me malinterpreten, no es que nos llevásemos mal, a lo mejor es una tontería y ni siquiera puedo decir que criticase mi forma de trabajar, pero siempre tuve la impresión de estar frente a un muro, de no poder acercarme a ella. Y eso, en este trabajo, en el que dependes siempre del otro y la confianza tiene que ser ciega, es fatal.

Cano apuntó y Karen asintió.

—¿Sabe de alguien que la conociese bien aquí?

—Que yo sepa, con el único con el que tenía más confianza era con el doctor Del Valle. Las monjas que quedan, que cada vez son menos, la conocían, claro. Pero será como preguntarle a una adolescente por su ídolo musical. Una de sus monjas está todavía en mi equipo, sor Gabriela —miró el reloj—. No está ahora, pero la puedo buscar.

Los dos guardias asintieron y salieron dejando a la enfermera tras la

pantalla. Volvieron sobre sus pasos y entraron otra vez en la secretaría. Susana levantó la cabeza al verlos entrar y les informó de que el doctor Oyarzun seguía operando y no volvería hasta bien entrada la tarde.

21

Madrid, 1980

Sor Lucía buscó un número en su agenda, levantó el teléfono y marcó. Preguntó por la señora a la doncella y le dio su nombre. No tuvo que esperar mucho para que la mujer contestase: le explicó el caso, ella asintió y se despidió. La mujer colgó con el dedo sin depositar el auricular en la horquilla y marcó un número de memoria. Pidió hablar con su marido y, cuando lo tuvo al oído, le repitió los datos que tenía. Él asintió mientras apuntaba y preguntaba si la niña estaba bien. «Sí, aquí, conmigo», respondió mientras acariciaba la cabeza de una niña que jugaba con una muñeca. El hombre sonrió, se despidió y pulsó el interfono para que lo pasasen con la sucursal de la Rumex de Carabanchel. Le preguntó al encargado por el nombre que le había dado su mujer, esperó la confirmación, ladró dos órdenes, las repitió para que no hubiese lugar a dudas, y colgó. El jefe de la sucursal se pasó la mano por la frente, abrió la puerta del despachito y le dio un grito a su secretaria.

—Búscame a este tío. Y rapidito.

La secretaria salió de su cubículo y bajó al almacén. Le preguntó a un hombre que ordenaba cajas en los estantes. Este se incorporó, se rascó la cabeza, fue a mirar en el libro de obras y señaló una dirección. La secretaria le instó a darse prisa y volvió a su despacho. El hombre tomó una camioneta y salió a toda velocidad hacia la dirección marcada en el libro. Aparcó en la obra, entró en el local, buscó con la mirada y avisó a uno de los pintores. Volvieron a la empresa juntos, el encargado se detuvo en la puerta y le señaló al hombre las oficinas. Camilo llamó a la puerta con cuidado y se presentó a la secretaria, que avisó a su jefe. Este hizo, desde su escritorio, una señal con la mano. El hombre, vestido con un mono blanco y con la mirada desafiante, entró y cerró la puerta. Cuando salió, su rostro había perdido todo matiz provocador, manoseaba la gorra con las manos y asintió al salir.

22

Madrid, 1980

Inmaculada llegó tarde a recoger a Carmen. Los otros niños y la mayoría de los profesores se habían ido ya y solo quedaba la joven del barrio, que jugaba con Carmen a las canicas. La niña depositaba la bola en un raíl y observaba embelesada el trayecto por un puente que acababa en una pequeña catapulta que a su vez la lanzaba a un cubito forrado de tela. Carmen aplaudía encantada. Inmaculada se disculpó por el retraso y explicó que Conchita no había podido ir. La jovencita sonrió y sacudió la cabeza.

—No pasa nada, lo estábamos pasando muy bien.

Le pusieron el abrigo a Carmen y madre e hija salieron de la mano. La de la niña estaba caliente y un poco pegajosa. No decía nada, pero se paraba si la madre se paraba, se movía si ella lo hacía. Inmaculada pensó que la confianza era total, que Carmen no se planteaba el camino, estaba en sus manos. Como el otro.

Su portal olía a col hervida, se oían las voces de las madres regañando a los niños, a los críos chillando y el chirriar de las sillas sobre el suelo. Sacó el correo y abrió las cartas con las facturas de la luz y el gas. Sumó mentalmente el contenido que tenía en la lata de la cocina con el de su bolsillo y el de Conchita mientras subía las escaleras apoyándose en la barandilla de hierro y tiraba de Carmen. La corneta que hacía Juan con las manos se oía desde el descansillo, e Inmaculada se dijo que jugaban a indios y vaqueros. Pobre Marcos, pensó, siempre le tocaba ser el indio. Abrió la puerta y anunció levantando la voz que ya estaba en casa, lo que provocó una carrera de los tres niños para abrazarla.

—¿Has traído a algo? —preguntó Juan—. Nos hemos tenido que acabar la Nocilla…

—¿Os habéis comido el cocido? —dijo la madre intentando poner voz seria.

—Sí… —respondió el mayor—, pero la sopa no, estaba demasiado caliente… Y Pedro y Marcos no querían la verdura, pero se han comido el chorizo…

—Claro —asintió ella comprensiva—, y tú te has comido todo el repollo, ¿verdad, Juan?

—Bueno —admitió Juan—, solo un poco… pero es que quería dejaros a

vosotras…

Inmaculada contuvo la sonrisa.

—Muy mal, hay que comer la verdura.

Juan decidió que lo mejor era cambiar de tema.

—¿Qué hay de cena?

—Arroz.

—¿Con chorizo? —preguntó el niño ilusionado.

—No, que os lo habéis comido… Con repollo.

—Jo —protestó Juan alargando la *o*—, mama, que no nos gusta…

—Pues no haberse comido todo el chorizo —replicó ella—. Hala, a bañar.

La puerta se abrió y Conchita entró con su bolsa. Se dirigió al baño y puso su bata y la de su madre en un barreño a remojar. Volvió a la cocina y se dejó caer en una silla resoplando.

—Estoy muerta… He tenido que dar la cera.

—Pobre —dijo su madre acariciándole la cara—, es una paliza. Aunque yo prefiero dar la cera que frotarla.

—Ya —afirmó la niña mirándose las manos enrojecidas—. Ay, me he olvidado de darle a Sonia unas agujas que me había pedido, ahora mismo vuelvo.

Cruzó el descansillo, acercó la oreja a la puerta, y tras oír los gritos alegres de un bebé, golpeó la puerta entreabierta. Una voz desde dentro la invitó a pasar. Sonia, la vecina, tenía al bebé sobre la cama. El niño agitaba las piernas regordetas y hacía gorgoritos mientras su madre le cambiaba el pañal y tarareaba una canción. Conchita se arrodilló, lo entretuvo haciendo los cinco lobitos mientras Sonia acababa y le entregó a esta las agujas.

Cuando volvió a su casa, la puerta seguía abierta, pero no se oía ningún ruido. Dudó y se preguntó si su padre podría haber llegado tan pronto. Oyó las voces amortiguadas de los chicos en su cuarto y, al entrar en la cocina, vio cómo Carmen se balanceaba y a su madre, que cambiaba, nerviosa, el agua al bacalao. Su padre estaba sentado en una silla de la cocina. La niña entró, murmuró un saludo y se llevó a Carmen para bañarla. Cuando terminó, la sentó en su cuarto y metió a los chicos en la bañera aún caliente. Marcos jugaba con un barquito, Pedro hacía burbujas y Juan le daba cuerda a una tortuga que había traído la madre y a la que faltaba una aleta. De la cocina llegaba el aroma de un sofrito, pero no se oían platos rotos, ni gritos. Conchita, extrañada, se dirigió allí. Su madre estaba de espaldas, removiendo la cebolla con una cuchara de madera, y el padre seguía sentado. La tensión en el ambiente era palpable. Inmaculada golpeaba la cuchara contra la olla con afán de no hacer ruido. Añadió el tomate y las verduras que tenía preparados en un plato. Ambas se sobresaltaron cuando el hombre habló:

—Huele bien.

Madre e hija se volvieron entre temerosas y asombradas. Inmaculada desvió la atención hacia la sartén y echó el arroz y el caldo del cocido. Bajó el gas. El miedo era evidente, pero Camilo seguía sentado sonriendo. Conchita puso la mesa y fue a buscar a sus hermanos cuando el arroz ya llevaba unos minutos cubierto por un periódico. Marcos llevaba, atadas con un cordel y sujetas por una goma, dos plumas de paloma grises con reflejos azulados que Juan había encontrado por la calle. Se sentaron en silencio. La madre sirvió los platos de arroz y se los fue pasando a la niña, que los colocaba delante de los comensales. El único sonido era el zumbido que emitía Carmen y el golpeteo de la cuchara de Marcos. El hombre levantó la cabeza y abrió la boca. Ya está, pensó Conchita, y sus músculos se tensaron.

—¿Queréis que corte un poco de limón?

23

Madrid, 2015

Karen y Cano se acercaron al mostrador de información, que ahora atendían dos enfermeras y una monja. La teniente se dirigió automáticamente a esta última.

—Buenos días, hermana. ¿Es usted del equipo de sor Lucía?

El rostro de la monja se iluminó con una sonrisa.

—Soy sor Berta. La hermana Lucía… Sí, claro, solo que desgraciadamente —contestó apenada— ya no trabaja aquí. —Las enfermeras parloteaban entre ellas y una corta mirada de desaprobación de la religiosa se posó sobre ellas—. Sí, han cambiado mucho las cosas —continuó con otra mirada de reproche—, pero así es el mundo, ¿no? Todo son cambios.

Parecía una frase aprendida y Karen se imaginó a las hermanas recitando la lección: si os preguntan qué os parece, nada de juicios de valor, se dice «el mundo cambia y nosotras nos adaptamos».

—Hemos oído que el equipo de la hermana Lucía era famoso por su profesionalidad —dijo Karen.

La monja se enderezó y la cara se le iluminó.

—Pues sí, la planta era un primor cuando la llevaba ella. No piensen que digo que ahora esté mal —se corrigió—, pero sor Lucía tenía una mano especial. ¿Quieren que les enseñe la capilla? —dijo animada—. Les gustará, también fue una idea suya.

Los guardias asintieron, la monja se levantó y dijo que se iba un momento. Las enfermeras asintieron también con gesto aburrido. Sor Berta, con una agilidad asombrosa para su edad, salió del mostrador, se colocó entre los dos y los guio por un pasillo que daba a un jardín interior sin parar de hablar. Uno de los lados se abría al patio y el otro estaba adornado con fotografías; algunas en blanco y negro y otras en color ya un poco desvaído. Todas mostraban a alguna monja trabajando.

—Es una desgracia que se pusiese enferma, sor Lucía era excepcional. Sin la neumonía todavía estaría aquí y las cosas funcionarían de otro modo —suspiró.

Llegaron a una puerta decorada con una cruz que la monja abrió. Atravesaron la sencilla capilla tras la religiosa, que abrió una puerta que llevaba a una galería acristalada que daba otra vez al jardín interior. Había

unas cajas con juguetes, unas estanterías con libros infantiles y unos escritorios para niños. Sor Berta les explicó que la hermana Lucía pensaba que las visitas eran buenas, pero que los críos no pintaban nada en las habitaciones de sus madres, ni por ellos ni por las madres, así que organizó la guardería para cuidarlos durante las visitas y las misas.

—Una idea muy buena —dijo Karen.

—Desde luego —asintió la monja—. Y la tuvo hace treinta años, no ahora. Todo el mundo quería a sor Lucía… Los pacientes la adoraban.

—Sí —afirmó Cano—, ya nos han contado que hasta le llegaban cestas de Navidad a la residencia.

—¿Cestas de Navidad, dice usted? —Sor Berta rio—. ¡Eso no es nada! Ella conseguía todo lo que se proponía, y no hablo de cosas pequeñas como estos muebles. ¿Saben ustedes que nosotros tuvimos, a la vez que La Paz y el Clínico, uno de los primeros escáneres de Madrid? Las donaciones que conseguía la hermana Lucía. Las instalaciones de los prematuros de la clínica, las incubadoras… —enumeró—, ¡todo con sus donaciones! Antes había que llevar a los prematuros a La Paz, pero cuando sor Lucía inauguró la sección, hasta nos mandaban algunos a nosotras. Se estropeaba algo o aparecía algún aparato nuevo y sor Lucía cogía el teléfono y las cosas se solucionaban. Imagínese cómo sería que la gente sigue viniendo a buscarla… Hace unos días incluso.

—¿Alguien vino a buscar a sor Lucía? —preguntó Karen sobresaltada.

La monja contestó mientras recogía unos juguetes.

—Sí, pero no es nada raro. Ya le digo, es una hermana fuera de lo común.

—¿Recuerda usted cuándo fue eso? —inquirió la teniente.

La mujer se detuvo a reflexionar.

—Sería hace dos días, porque ayer no estuve por la mañana en información.

—¿Puede recordar cómo era quien preguntó?

Sor Berta contestó sin dudar.

—Era una mujer muy respetuosa. —Los guardias intercambiaron una mirada—. Joven, aunque si tiene niños ya serán grandecitos. ¿Ven? Eso es lo que les decía de la hermana, todo el mundo la quería aquí, tanto los grandes señores como el último mono. Me acuerdo una vez que una de las hermanas tuvo un problema con su hermano y ¿quién lo arregló de un golpe de teléfono?

—¿Podría describirnos a esa mujer? —preguntó Karen.

—¡Pues por eso se lo decía! Ustedes se creen que este sitio, tan bonito, está solo al alcance de algunos, ¿verdad? Pues se equivocan. Sor Lucía se las apañaba para ayudar también a otras mujeres, aquí cuidábamos a todas. Y ya ve —Suspiró—, eso también ha cambiado.

—Así que esa mujer no parecía venir por la privada —concluyó Karen.

—Pues no, claro que no. Pero debía haber estado aquí —relató—,

porque dijo que la había atendido en su día sor Lucía. Le dije que subiese a planta y la mandé con sor Gabriela, que es la única que queda de nosotras en Ginecología. Aunque —dijo con resquemor— probablemente no podría ayudarla, las normas ahora las pone una enfermera.

La monja no era una buena descriptora y solo sacaron en claro que se trataba de una mujer de mediana edad, respetuosa y no perteneciente a la alta sociedad que parecía ser la clientela habitual de la clínica. Sor Berta no recordaba por qué buscaba a sor Lucía; en ese momento había mucha gente en información.

En el camino de vuelta, sor Berta se detuvo en una foto de grupo y suspiró.

—Lo que les decía antes, miren —señaló la foto—. Sor Lucía en la inauguración de la nueva zona de neonatología.

Se acercaron a observar. La foto estaba fechada en diciembre de 1980. Aparecía sor Lucía con unos treinta años y una enorme sonrisa, con la mano sobre una incubadora. El grupo lo formaban monjas, enfermeras y dos médicos. Identificaron, por el pelo plateado y los increíbles ojos azules a los que había aludido la secretaria, al doctor Del Valle. Al lado de este había una mujer con un traje por encima de la rodilla y un cuello redondo adornado con un pañuelo.

La teniente señaló a la mujer sin hábito.

—¿Quién es esta? —preguntó.

—Pura Castro —contestó la monja—, la secretaria del doctor Del Valle. Pero ya está jubilada.

—¿Conoce a las enfermeras que aparecen en la foto?

La monja hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Pregúntenme por las hermanas, a esas sí. Mire, esa de ahí es la hermana Gabriela, está todavía aquí. Yo no salgo, no estaba en su sección. Pero las enfermeras… Ya sabe cómo es la juventud. No son nada constantes, cambiaban continuamente. ¡Algunas no aguantaban ni dos meses! Y eso aquí, donde todo era más fácil. Imagínense en la Seguridad Social… Ahí las querría yo haber visto…

Dejaron a sor Berta en la entrada y salieron a la calle. Un bar acababa de sacar unas mesas fuera y Karen propuso sentarse.

—Trabajar con ella no debía ser tan fácil —dijo Karen mientras soplaba pensativa un café—. Piense en la fluctuación del personal laico que ha relatado sor Berta. Debía de ser una mujer asombrosa, eficaz, profesional y avanzada respecto a su tiempo. Una jefa con una cierta dosis de dureza y paternalismo. Pero —Frunció el ceño— hay una cosa que no me cuadra: era vanguardista, instauró la guardería cuando casi no se utilizaban todavía pañales de celulosa, invertía sus donativos en una sección de prematuros y en un escáner, ¿cómo podemos imaginar que tuviese problemas con los ordenadores? ¿Una mujer así? ¿Miedo de las máquinas como ha dicho Susana?

—Hombre, mi teniente —replicó Cano—, yo qué quiere que le diga… Hasta en el Cuerpo todavía hay mucha gente que prefiere el papel.

La teniente no contestó, bebió el café y cerró los ojos. El sol le calentó los párpados y sintió una energía positiva invadir su cuerpo. La imagen de un pícnic en un banco de un parque holandés se materializó en su cabeza. La mano de Philippe sobre su vientre, abandonada bajo los rayos de sol y la calidez que inundaba su ser. Sonrió y miró el cielo azul. A lo mejor era el sol lo que explicaba que la tasa de suicidio en los países nórdicos, a pesar de su posición económica más fuerte, fuese mucho más alta que en los de sur.

—Hay una cosa que no podemos dejar pasar —dijo decidida—, no era nada *carmelita*, por decirlo de algún modo, la debía conocer un montón de gente. Vamos a buscar antiguas colegas, personal médico y pacientes para hacernos una idea más exacta de su personalidad.

—Pero sor Berta nos ha dicho que… —objetó Cano.

—Podríamos intentar buscar el origen de esas cestas de Navidad —interrumpió Karen—. Y tenemos algo más sobre la mujer de voz cantarina, sor Berta es la primera testigo que la ha visto. ¿Qué ha dicho exactamente? —preguntó.

Cano abrió el cuaderno.

—Mediana edad. Coincide con lo que nos imaginábamos, debía conocerse con las monjas, la hermana ha dicho que era *respetuosa*. Clase social tirando a baja; el que no fuese como el resto de las pacientes ha sido lo que la ha llevado a hablarnos de ella.

—Sí, he visto más abrigos de piel en una hora que en los últimos diez años…

Cano la miró curioso.

—Pues en Holanda y Alemania, con el frío que hace…

Karen lanzó una carcajada.

—No conozco a nadie que se atreva en Alemania o en Holanda a salir a la calle con un abrigo de piel. Probablemente se lo pintarían con un espray a los diez metros… ¿Qué ha dicho sor Berta después?

El brigada revisó el cuaderno y leyó.

—«Sor Lucía se las apañaba para ayudar también a otras mujeres… Eso también ha cambiado… Esa mujer que vino no parecía ir por la privada… Pero debía haber estado aquí, porque dijo que la había atendido en su día sor Lucía».

Karen sonrió ante la exactitud. A lo mejor sí que acababan entendiéndose bien.

—Bien —dijo levantándose—, quizá Beatriz Cabañas ya ha encontrado a la hermana Gabriela.

24

Madrid, 1980

Cuando sor Lucía llevó a Inmaculada al convento a enseñarle su nuevo lugar de trabajo le presentó a Primi, una recia gallega de ojos azules. Las dos mujeres se habían entendido bien desde el primer momento, aunque Primi no le había preguntado nada salvo las costumbres de las casas en las que debía hacer las horas. Inmaculada la acompañó la primera vez a cada una de ellas para presentársela a las señoras y a los porteros. Ninguna de las dueñas puso dificultades, la contrataban para los trabajos más pesados y se quedaron satisfechas con el aspecto fuerte de la suplente. Solo la señora Calderón no aceptó el cambio sin comentarios. Inmaculada había tocado el timbre de la anciana con inquietud y se lo dijo cuando esta apareció en el marco de la puerta.

—Señora, buenos días. Vengo hoy con Primi, que va a hacer mis horas, si le parece bien, hasta que yo me recupere.

Mar Calderón se apartó de la puerta y las dejó pasar sin decir una palabra. Inmaculada, nerviosa, siguió hablando.

—Si le parece, le enseño dónde encontrar las cosas y lo que tiene que hacer.

La anciana hizo un leve gesto de asentimiento y las dos mujeres se dirigieron al fondo de la cocina, donde estaba el armario de la limpieza. Inmaculada sacó el cubo, la fregona y el aspirador, que Primi hizo suyos de inmediato.

—Empiezas cambiando las sábanas —le explicó a la nueva—, las metes en la lavadora, así cuando vayas a terminar las puedes planchar. Si hace buen tiempo y la señora no está ahí, abres la ventana de la sala para ventilar bien mientras sigues con el baño. El retrete con el estropajo rosa y el resto con el…

La anciana la interrumpió.

—Inmaculada, lleva a Primi al baño y te vienes al salón, que tengo que hablar contigo —dijo escueta antes de salir de la cocina sin dar lugar a réplica.

Inmaculada asintió, acompañó a Primi al baño, puso la lavadora y volvió a la sala, dónde Mar Calderón la esperaba.

—Ahora dime la verdad —espetó.

—¿Perdone? —preguntó Inmaculada.

—Dime la verdad, te digo. ¿De dónde sale esta mujer? ¿Qué te dijeron la semana pasada? ¿De qué vas a vivir? —dijo la anciana angustiada.

Inmaculada se revolvió indecisa. No le quería mentir, pero no estaba segura de si era una buena idea contarle toda la verdad. Los ojos de Mar se mantenían fijos en ella. Inmaculada se decidió y empezó a contar con un suspiro.

—¿Se acuerda de que la semana pasada fui a ver a una hermanita? La que me había recomendado el padre Salustino.

—Perfectamente, Inmaculada —respondió Mar—, me acuerdo perfectamente.

Hizo una pausa con la esperanza de que la señora preguntase algo más, pero Mar Calderón se mantenía a la espera. Se decidió y comenzó a hablar.

—Pues fui. Ayuda a personas como a mí, en dificultades. Es ella la que me ha presentado a la Primi, que trabaja muy bien y es de toda confianza —añadió—, por eso no se preocupe. La he visto y es casi mejor que yo. Y mejor que mi Conchi, tiene más experiencia. Y, además —agregó intentando dar a su voz un tono alegre y despreocupado—, así la Conchi puede volver al instituto. Ya está recuperando todo lo que no hizo las semanas que tuvo que venir en mi lugar.

La anciana levantó una mano para detenerla.

—No intentes desviar el tema hacia Conchita, Inmaculada —respondió la señora Calderón—. Esa… —Hizo una pausa y se mordió la lengua— madre te ayuda ¿a cambio de qué?

—Señora —casi rogó Inmaculada—, el padre Salustino me ayudó con la Carmen también sin pedir nada a cambio.

—Inmaculada, por favor. El padre Salustino *te* ayudó —Hizo hincapié sobre la palabra— a solicitar una plaza en un centro del Estado. ¡Lo paga el Estado! La Iglesia no te regala nada, tú tenías derecho, solo tenías que saber cómo presentar la solicitud. ¡Carmen es minusválida! —estalló—. Para eso están esos centros, para que los minusválidos no estén atados a una cama esperando a que sus madres o hermanos vuelvan de trabajar. Ya sé que le aprecias —dijo más suave—, pero no te dio nada que no fuese información. Según mi experiencia, la Iglesia no da nunca sin algo a cambio. ¡Si incluso las monjas que entran en un convento llevan dote! Una mujer que entrega su vida, su espíritu, su cuerpo y su capacidad de trabajar a la Iglesia y, encima, ¡tiene que pagar! ¿Y te crees que a ti te van a regalar algo? ¿Por qué?

—Señora —Inmaculada estaba a punto de llorar—, ya sé que soy una ignorante, y todo será fácil si se sabe cómo. Pero ¿sabe? —estalló—. ¡Yo no sé! Yo no sé cuáles son mis derechos ni he tenido a nadie que me lo explicase nunca. Y aunque lo hubiese tenido, no sé de dónde sacaría el tiempo. Usted sí, usted lee y sabe. Lee el periódico, lee libros y entiende lo que dicen. Yo aprendí a leer y a escribir en el pueblo porque el señor cura nos daba clases por las noches. —Sonrió al ver la cara espantada de Mar—.

Sí, eso no lo sabía, ¿verdad? No fui al colegio más que cuando era chica, y si no hubiera sido porque don Cipriano nos obligó a aprender firmaría con la equis. Y lo que me pudo enseñar no da para entender ni para saber a qué tengo derecho, que bastante contenta estoy de entender la factura de la luz. Así que —Levantó la barbilla beligerante— a mí la Iglesia sí que me ha ayudado. Usted crecería de una manera diferente, usted iría al colegio y después a la universidad. Y no necesita a nadie que la lea, la explique o la ayude.

Mar enrojeció de vergüenza.

—Perdona, Inmaculada, ya sé que no lo tienes ni lo has tenido fácil —y añadió, casi en susurro—: ¿No te das cuenta de que solo quiero ayudarte?

Inmaculada respondió más tranquila.

—Sí, señora, si ya lo sé. Sé que se preocupa por la Conchi y que se preocupa por mí.

Mar Calderón murmuró:

—Solo quiero que no te engañen. Dime lo que te han ofrecido —suplicó—. ¿No dices que yo sé? Cuéntame y te daré mi opinión. Te prometo que, de lo que me digas, de aquí no sale nada. Solo te diré lo que pienso, nada más —rogó.

Inmaculada la miró, suspiró y se decidió.

—Fui a la clínica y me trataron muy bien. ¿Sabe que hasta el doctor era más amable? —dijo envalentonada—. En el Francisco Franco, perdone —añadió al ver su cara—, el Provincial, el médico me regañó por no tener más cuidado, no me amenazó, pero casi. ¿Y sabe cómo me sentí? Como los cerdos que llevan en mi pueblo al matadero, así. Y a donde la hermana me dijeron que todo iba a salir bien, que me iban a cuidar. Me dieron vitaminas, me han conseguido un trabajo en el que solo tengo que pelar verduras sentada y no tengo ni que cargar ni empujar. Me encontraron a la Primi, que hará mis horas, pero que no me quitará las casas. Dígame —añadió con un tono de súplica mezclado con reto—, ¿qué hubiese hecho usted?

Mar respondió:

—Sí, si te comprendo, pero ¿quién paga tu sueldo? Yo seré una inocente, pero sería la primera vez que den duros por pesetas. Alguien financia tu sueldo, Inmaculada, y me gustaría comprender quién y por qué. ¿Qué te ofrecieron?

Inmaculada dudó, pero comprendió que no la iba a dejar irse sin una explicación convincente.

—El niño. Quieren el niño.

Mar empalideció y levantó la voz.

—¿Cómo dices?

Inmaculada se arrepintió de sus palabras al instante.

—Olvídelo, déjelo.

—No, no —dijo más suave—. Espera que lo entienda: ellos te

consiguen un trabajo ligero, una suplente para tus casas y tú, ¿les das el niño?

Inmaculada levantó la cabeza y la miró con rabia.

—Sí.

Mar Calderón fue a responder, pero tragó saliva y se calló. Pensó en la conversación que habían tenido la última semana, pensó en los reproches que se había hecho por echarle a la mujer en cara mandar a su hija a limpiar. Pensó en su infancia, rodeada de los libros del juez Calderón, en su decisión de hacer una carrera universitaria, recibida con orgullo por su padre y aceptada como un extra del currículum marital por su madre. Pensó en su marido, al que sus principios le habían llevado a mantenerse fiel a la República hasta el final. Se había mantenido en sus trece durante todo el Régimen: «yo me niego a colaborar, al enemigo ni agua», decía. Se mantuvo y no dio clases en la universidad, aunque ambos sabían que con su pasado comunista tampoco le hubiesen dejado. Pero, se dijo Mar, ¿de qué habían vivido y de qué vivía ella ahora mismo? No de los principios de Paco, sino de las rentas de los pisos de su madre, burguesa como la que más y religiosa de misa diaria. La vista se le nubló y se dijo que era muy fácil hablar de principios cuando el que pagaba era otro. Paco nunca hablaba de dinero y no era derrochador, pero los libros que pedían, los pequeños lujos intelectuales que se permitían, los pagaban con las rentas heredadas. Habían sido pragmáticos toda su vida, sin perder un solo pensamiento en lo que les permitía vivir así. ¿Y ahora era ella la que le iba a dar lecciones de moral a su asistenta?, se preguntó. Mar reflexionó sobre las alternativas y pensó en la adopción. Pero, se dijo al momento, la adopción no le iba a cubrir los gastos durante el embarazo. El aborto, claro. Pero estaba como la semana pasada: Inmaculada era muy religiosa y un aborto, además de ser ilegal, debía costar una fortuna. La monja quería al bebé. Para quién, Mar no lo sabía. Pero estaba dispuesta a pagar por ello. Y ahora, reflexionó la anciana, que era cuando Inmaculada lo necesitaba. Las consecuencias de quedarse con el crío serían una locura, eso lo tenía también claro. Inmaculada podría seguir trabajando, pero la que pagaría sería Conchita, porque a ella le tocaría quedarse con el recién nacido. No, concluyó, no podía quedarse al niño. Intentó apartar de su mente a Paco, ignorar los gritos que hubiese dado, y se obligó a pensar en él encargando libros a Francia pagados con las rentas de los pisos de su madre. Se decidió y contestó resuelta.

—Pues no sé exactamente cuáles son los términos, pero creo que es la mejor opción que tienes.

Inmaculada la miró asombrada.

—Entonces, ¿no le parece mal?

—No nos confundamos, Inmaculada —dijo con una profunda tristeza —. Me parece mal que la Iglesia se aproveche de tu situación. Me parece mal que el Estado no se ocupe de ti, pero creo que, por ese lado, no hay

nada que esperar. Me parece mal que te hayas quedado embarazada, pero ya sé que no es tu culpa. Todo me parece mal, vamos. Pero estamos donde estamos y yo tampoco veo muchas alternativas. Vamos, que esta no es la peor. ¿Qué es lo que te ofrecen exactamente?

—Las consultas del médico, dinero para los gastos, ya me han dado diez mil pesetas —explicó—, un trabajo ligero y a la Primi cubriendo mis casas.

—Creo que deberías pedir una… —Mar reflexionó en la manera de expresarlo de una manera suave y cerró su mente a la voz de Paco—. Suma fija al final. ¿Habéis hablado de eso?

Inmaculada la miró espantada.

—¡No, claro que no! —exclamó—. Me parecería que estoy vendiendo al niño.

Mar se mordió la lengua y sacudió la cabeza.

—No, es simplemente una ayuda más. Te dará un respiro, será un colchón.

—Mire, señora —dijo Inmaculada—, ya sé que lo que hago no está bien, pero pienso en el niño y en lo que tendrá. Colegios buenos, el extranjero, la universidad. No tendrá que trabajar de crío como la Conchi. Y saldrá del agujero. ¿No es lo que me dice usted siempre, que estudien? Pues ya ve, es lo que le doy. No quiero más. Quiero que este niño tenga todo lo que no les he podido dar a los otros. Que crezca como usted. Que aprenda y no necesite de nadie que le explique. Y si el precio es no verle, que sea.

Mar pensó que la monja había hecho bien su trabajo y que ella no tenía alternativa que ofrecer, ninguna alternativa factible. Solo estaba henchida de principios, y estos no daban de comer. «Primero la comida, después la moral», recordó Mar a Brecht.

—¿Te han dado algo por escrito? —preguntó.

Inmaculada abrió su bolso, sacó el pliego de papel y se lo tendió a la señora Calderón. Mar lo desdobló, se colocó las gafas y lo leyó.

—Esto no tiene ningún valor legal, lo sabes, ¿no?

—No entiendo… —dijo Inmaculada inquieta.

—Si te decidieses de otra manera —explicó—, si en el último momento te quisieses echar para atrás, puedes.

—Quiere decir que, si no quiero, ¿me puedo llevar al niño?

—Exactamente. Y, además, como no se habla de dinero, no tienes que devolver absolutamente nada. Te podrán cobrar por el parto, pero es lo único. ¿Has firmado algún recibo por el dinero?

—No… —dudó Inmaculada—. Pero yo no quiero…

—Ya, ya lo sé. Pero quiero que sepas que tienes la posibilidad. De ahí a que la utilices es cosa tuya. Siempre es bueno tener alternativas.

Inmaculada suspiró.

—No lo entiende, señora. Yo limpio en muchas casas y veo cómo viven, veo a los niños. Y quiero que el mío también tenga lo que quiera, que sus

juegos estén enteros y no les falten piezas, que la ropa que lleve no sea siempre desechada y remendada. Que tenga amigos y se pueda comprar un helado, que su padre no le zurre. Y ninguno de los niños que veo en las casas a las que voy tiene un labio roto como mi Juan. Y que los Reyes le vengan el seis de enero y no una semana más tarde, cuando en las casas en las que limpio vacían armarios para que quepa lo nuevo. No quiero nada más.

Mar calló, avergonzada.

—Está bien —aceptó—, solo quiero que lo tengas claro.

—Y yo se lo agradezco mucho, señora —dijo Inmaculada con decisión —. Si le parece, voy a enseñarle a la Primi el resto.

25

Madrid, 1980

Mariola aparcó el coche en una esquina y bajó la calle de Hermosilla. Abrió la puerta de la pastelería Embassy y la atravesó para llegar hasta la cafetería, donde la esperaban sus amigas. Una era un poco gruesa, llevaba un traje de chaqueta y melenita rubia hasta los hombros. La segunda era muy delgada, tenía la cara muy morena, llevaba un pantalón de perneras anchas con un jersey y el pelo corto.

—Mariola, ¡cuánto tiempo! —exclamó la morena abrazándola con cariño.

—¡Pilar! —contestó Mariola—. Qué bien que hayas venido a pasar la Semana Santa, hacía mil años que no nos veíamos. ¿Es verdad que os volvéis a Madrid?

Se instalaron en la mesa y le pidieron té y una bandeja de pasteles al camarero que apareció inmediatamente.

—Sí —contestó la llamada Pilar—, a partir de agosto estoy aquí otra vez. Por fin —Suspiró—, me encanta vivir fuera, pero volver a Madrid es maravilloso. Lola —dijo señalando con la cabeza a la otra mujer— me estaba poniendo al día con los colegios, es una experta.

El camarero trajo el té y colocó los pasteles en el centro.

—¡Pasteles de limón! —exclamó, ilusionada, Pilar—. No puedo más con los dulces árabes, son demasiado empalagosos. ¡No miréis, ya sé que es una porquería! —advirtió mientras retiraba el merengue y se comía la crema de limón con una cucharita.

Mariola y Lola sonrieron. Conocían a Pilar desde pequeñas y siempre había sido especial. Había estudiado Derecho, se había apuntado a clases de árabe, no iba a misa regularmente y tenía unas ideas revolucionarias. Todos se temían lo peor, pero para su sorpresa se enamoró de Jorge Serrano, un amigo de sus hermanos mayores que estaba en la Escuela Diplomática. Se casó con él, un chico serio y tradicional como el que más, antes de cumplir un año de novios. Pilar no había acabado aún la carrera cuando a Jorge le dieron su primer puesto y, para espanto de su familia y de su marido, decidió no acompañarlo hasta tener la licenciatura. Se quedó en casa de sus padres, con su madre suspirando «hija mía» cada dos por tres, se puso a estudiar y sacó las asignaturas de dos años en uno. A la pregunta de sus amigas de por qué se había casado si no iba a

acompañarlo, respondía sin dudar que quería acostarse con Jorge, pero que, como él era tan pío, se había negado sin pasar antes por la vicaría. Se adoraban, habían cambiado de destino cada cuatro años, cada vez a uno más lejano y exótico, y habían tenido cuatro niños que educaban en una mezcla de tradicionalismo por parte de su padre y liberalismo por la de su madre. Mariola se sirvió una tartaleta de frambuesas.

—¿Pero piensas sacarlos del Liceo? —le preguntó.

—¡No, claro que no! —contestó Pilar con una carcajada—. Pero ya sabes cómo es Jorge, no hace más que decir que nuestros hijos crecen sin Dios y sin ley… Y quería que me enterase de las alternativas. Lola me ha puesto al día de maristas, jesuitas, escolapios y Opus. Ya le puedo informar y decirle que se olvide…

—No sé cómo te atreves a hablar así con tu marido, Pilar, de verdad —la recriminó Lola—. Un día se va a enfadar y verás.

Pilar iba a replicar pero se calló. Lola era amable, se dijo, pero la sacaba de quicio con su conformismo y con esa convicción de tener el privilegio de la verdad. No sería la primera vez que se tiraban los trastos a la cabeza, ya que su relación solo había sobrevivido porque se veían de Pascuas a Ramos, y eso ya con dificultades. Mariola, que conocía sus desavenencias, cortó el diálogo antes de que se peleasen. Inspiró profundamente y miró a sus amigas.

—Tengo una cosa importante que deciros.

Las dos se volvieron asombradas hacia ella. Desde que Mariola se había casado con Fernando, el solterón del grupo de los hermanos mayores al que ya todos veían en el seminario, su vida no había tenido muchos sobresaltos.

—Estoy embarazada —soltó de carrerilla.

Pilar se levantó de un salto dejando caer la silla y se lanzó a abrazarla. Quería mucho a Mariola y había sufrido con ella por no conseguir quedarse en estado. Había intentado darle alternativas proponiéndole trabajar, pero Mariola seguía siendo muy tradicional y no conseguía aceptar el no poder poner el broche al matrimonio. Lola palmoteó, alegre de añadir una más al club de las meriendas y las excursiones. Hizo un recuento de cuál de sus amigas comunes estaba embarazada también y empezó a organizar mentalmente la pandilla de esa generación.

—¿Y de cuánto estás? —preguntó Pilar.

—Es para finales de agosto o principios de septiembre…

—¿Y te encuentras bien? —preguntaron a la vez.

—Sí, fenomenal, no he tenido casi ninguna náusea —dijo tímida Mariola—, aunque las faldas ya me aprietan un poco. Y —añadió— antes de que la curiosidad os coma, sí, es el tratamiento de Suiza.

Maite había aleccionado a su hija: «no exageres con los síntomas, todo es normal, solo que has empezado a engordar. Diles que es el tratamiento suizo, como de todas maneras lo pensarán, más vale decirlo directamente».

Lola se moría por preguntar más detalles, pero con Pilar delante no se atrevió y se dijo que ya sonsacaría a Mariola cuando estuviesen solas. Pilar propuso brindar para celebrar y, riendo, le dijo a Mariola que ella tendría que hacerlo con agua. Se despidieron prometiendo verse durante los días de fiesta.

Pilar hizo unas compras y volvió a casa de sus padres. Subió las escaleras de dos en dos evitando el ascensor ante la mirada condescendiente del portero.

—Sí que está en forma, señorita, ya me gustaría a mí…

Tocó el timbre sin levantar el dedo y oyó los pasos apresurados de Emilia, la doncella, mientras decía «ya voy, ya voy».

—¿Tiene que tocar siempre así? —la reprendió resoplando por la carrera.

Pilar rio.

—Es para que te muevas un poco, Emilia, que te vas a anquilosar.

—Llega tarde a cenar, tiene a los señores en la mesa —le reprochó la doncella.

La mujer miró el reloj, silbó y dejó caer la chaqueta en la silla de la entrada. Pasó por la cocina y saludó a la cocinera, que le alargó conspirativa un platito de canapés.

—Se los había hecho para usted, pero como no llegaba, la señora me ha dicho de retirarlos…

Pilar le dio una palmadita de agradecimiento mientras devoraba el aperitivo.

—¿Qué hay de cena? —preguntó mientras tragaba.

—Crema de verduras, pero le he hecho una tortilla de patata de segundo —añadió sonriendo al verle la cara—. Ya va a tener suficiente pescado los próximos días.

—¡Eres un cielo! —exclamó Pilar—. Voy a la mesa antes de que me regañen más todavía.

Adela y Enrique la esperaban con las servilletas puestas y la cara seria. La madre señaló el reloj levantando las cejas y le indicó a la doncella que ya se podía servir la cena. Bendijo la mesa, esperó a que su hija se santiguase y, solo entonces, empezó a hablar.

—¿Has pasado una tarde agradable con tus amigas?

—Sí —contestó Pilar—, hemos estado en Embassy.

—No te habrás atiborrado de pasteles en Cuaresma, espero —reconvino Adela.

—Mamá, por favor —contestó Pilar dejando la copa sobre el mantel con fuerza—. Ya no como jamón el viernes, pero si estoy una vez en Madrid, déjame tomarme unas tartaletas de limón.

—Es verdad —intervino Enrique con un guiño a su hija—, Adela, pobre niña, lleva mucho tiempo sin probarlos por esos mundos de Dios.

—Claro, y tú vas y la defiendes.

Pero la severidad había desaparecido de su rostro. Su padre tenía eso, se dijo Pilar, siempre conseguía apaciguar a su madre. Pilar se acordó de la noticia y se alegró de poder cambiar de tema.

—¡Adivinad! —exclamó—: ¡Mariola está embarazada!

Adela miró a su hija asombrada.

—¿Mariola está embarazada?

—Hombre —dijo Pilar—, alguna vez podía pasar, ¿no? Además, ha sido el tratamiento suizo. ¿No te contó Maite que habían ido?

—Sí, pero… —empezó a decir Adela insegura.

Enrique la interrumpió.

—A veces esas cosas no funcionan inmediatamente, necesitan un tiempo. —Sonrió a su mujer—. No se puede perder tan rápido la fe —añadió con un cariñoso reproche.

—Sí, claro —afirmó Adela convencida.

Emilia trajo la sopera y la pasó para que se sirviesen. Pilar continuó:

—Menos mal, ya me tenía preocupada… ¿Los veremos estos días? ¿Cuándo nos subimos a la sierra?

Adela asintió.

—El viernes. Mandaré el coche con las chicas y las maletas por la mañana para que cuando subamos ya esté todo un poco organizado. La calefacción ya está dada. El Domingo de Ramos vienen todos a comer, así que seremos un tropel. Y, en principio, los Beamonte querían subir el Jueves Santo a comer. Podemos ir a los oficios con ellos.

—Qué suerte, mamá —dijo Pilar—, se libran de tu pudin de pescado.

—Creo que el Viernes Santo hay mejores cosas en las que pensar que en la comida, Pilar —reconvino Adela frunciendo el ceño—. Te estás asalvajando, vas a acabar por decir que no quieres ir a los oficios.

Pilar calló y pensó que la última frase de su madre había sido dicha con la convicción de lo imposible. El protestar por el pudin sí, porque era una caprichosa, pero ¿faltar a la iglesia en días de precepto? No, eso era inimaginable. Suspiró y pensó en las horas que tendría que pasar de pie escuchando a don Rufo, el párroco de la sierra al que se le cerraban los párpados mientras daba la misa. Decidió ponerse enferma el viernes y tirarse el día en la cama con un libro. Se acordó de que a Jaime de Beamonte, el padre de Mariola, le espantaban los oficios tanto como a ella. Se animó y pensó que a lo mejor todavía se libraba, por lo menos el jueves, acompañándole a dar un buen paseo por el monte. Se alegraba infinito del embarazo de su amiga, las últimas veces que la había visto estaba tan mustia que daba pena verla. Claro que, se dijo, Fernando, su marido, no era la alegría de la huerta. Ella misma hubiese preferido mil veces quedarse soltera antes que casarse con semejante muermo. Pero Mariola prefería cualquier cosa, por aburrida que fuese, con tal de no salirse del camino predestinado de esposa y madre.

26

Madrid, 1980

El golpe de la puerta de la calle al cerrarse despertó a Conchita. Se levantó con cuidado y fue a la cocina. Su madre escurría los garbanzos del potaje y en el fuego se pochaba la cebolla. Conchita vertió la leche caliente sobre el café y se sentó en la mesita de formica. Miró el perfil de su madre y se fijó en la ligera curva que se adivinaba bajo la bata. Inmaculada se volvió y le sonrió.

—Me voy a trabajar —le dijo—. Tengo que pasar por el médico, pero llegaré a tiempo para la Carmen, hoy sale antes.

Conchita asintió soplando el café. Miró hacia el pasillo, iluminado por un rayo de sol que entraba por la ventana del dormitorio de la madre, y pensó en cómo había cambiado su vida. La profe de Ciencias la había puesto al día entre los sábados y los domingos y su marido le había explicado las matemáticas. La de Lengua le había hecho quedarse un rato del recreo y le había explicado los capítulos de gramática que se había perdido, y la de Historia le había dado unas fichas resumidas. Desde que su madre trabajaba fija, el dinero entraba sin falta y hasta su padre parecía dulcificado ante la noticia del bebé. El embarazo parecía ir bien, no había más que ver la cara de su madre. Desaparecido el hematoma, su tez había recuperado el color, sus mejillas volvían a redondearse y las ojeras se habían desvanecido. Dio un sorbo al café y fue a despertar a sus hermanos haciéndoles cosquillas en las plantas de los pies. Marcos se dejó abrazar mientras volvía la cara de un lado a otro para recibir los besos de su hermana, que disfrutaba con la calidez de la piel del niño.

Salieron todos juntos y Conchita, ya en la calle, se fijó en las manos vacías de su madre.

—¡Mama, el uniforme! —exclamó—. ¿Voy corriendo por él?

Inmaculada se detuvo y sonrió.

—No hace falta, me lo dan ahí.

Conchita asintió y salió corriendo con los libros bajo el brazo. Inmaculada vio cómo se alejaba y supo que había tomado la buena decisión. A casa de doña Adela había ido ella misma a explicar que ya no necesitaba el dinero porque el seguro sí que iba a pagar la operación de Carmen. Había estado yendo unas semanas más para no llamar la atención y, cuando se fueron a trasladar a la sierra para pasar la Semana Santa,

aprovechó para decirle que estaba embarazada y que había buscado una sustituta para los meses que le quedaban. La casa estaba llena de maletas y cestas, y Adela iba de un lado a otro organizando y recibiendo los pedidos con las cosas que tenían que llevarse. Cuando Inmaculada le pidió hablar con ella un momento, reaccionó de manera brusca.

—¿Tiene que ser ahora, Inmaculada? —preguntó irritada—. Ya ve el lío que hay.

—Perdone, señora, es solo un momento.

Adela dudó, se controló, se mordió los labios y avisó a Emilia.

—Si llega el coche, empiecen a bajar las maletas. Pero avíseme, estoy con Inmaculada en el despachito.

Taconeó rápidamente para atravesar el salón, se sentó en la butaca del despacho y miró a su asistenta, que se quedó de pie.

—Es un momento nada más, perdone, señora. Era solo para decirle que voy a faltar unos meses.

—Inmaculada —respondió Adela irascible—, ya lo hablamos la última vez y no me parece bien que saque a la niña del colegio.

—¡No, no! ¡No es eso! La Conchi va muy bien —la tranquilizó—, la seño de Ciencias le hizo recuperar lo perdido y ya está al día. Es que me ha dicho el médico que no debo trabajar los próximos meses, estoy embarazada.

Adela levantó la vista asombrada. Iba a abrir la boca, pero calló. Se dijo que quién era ella para juzgar y, además, pensó, qué iba a arreglar con el comentario. E Inmaculada no parecía infeliz, sino incluso contenta, tenía la cara más llena y el hematoma había desaparecido. Lo que hacen los niños, se dijo, hasta habían dulcificado al animal de su marido. Los caminos del Señor son insondables, pensó. Sonrió.

—Qué bien, Inmaculada, qué sorpresa —exclamó—. ¡Claro que tiene que cuidarse! No se preocupe, nos arreglaremos, y en cuanto pueda volver a trabajar, me avisa. ¿Para cuándo es?

—Para finales del verano —explicó la mujer—. No se preocupe por la tarea, una compañera vendrá a hacer mis horas para que no le falte de nada, es de toda confianza.

—Bien —contestó Adela aliviada—, pues parece que lo ha arreglado usted todo. —Se levantó—. Que hable con Emilia por lo de las horas. Y si necesita cualquier cosa, ya sabe…

—Nada, no se preocupe, muchas gracias.

27

Madrid, 2015

La pareja cruzó la calle y subieron a Ginecología otra vez. Se toparon con Beatriz Cabañas, que salía a paso rápido de una habitación con un informe en la mano.

—¿Se les ha olvidado algo? —les preguntó extrañada.

—No —explicó Karen—, buscábamos a la hermana Gabriela, ¿ha entrado ya?

La enfermera no tuvo que mirar el reloj.

—Lo siento, me han entendido mal. Sor Gabriela tiene turno de noche y se ha ido ya. Supongo que estará durmiendo, pero la encontrarán en la residencia adyacente al hospital.

—Alguien vino el lunes a la clínica buscando a sor Lucía —dijo la teniente—. Tenemos que hablar con las otras enfermeras.

—Pueden hablar con las que están de turno ahora —asintió Beatriz y se dispuso a marcharse—. Lo siento —dijo mientras se volvía—, pero tengo que llevar este informe…

La teniente levantó un poco la voz y la detuvo.

—Perdone, Beatriz, sí, otra cosa.

La enfermera se giró bruscamente y golpeó el informe en la palma de su mano.

—Usted dirá.

—No se preocupe —dijo Karen—, podemos hablar mientras la acompañamos.

La enfermera asintió y comenzó a andar rápidamente por el pasillo.

—Esta es una clínica privada, ¿verdad? —inquirió la teniente.

—Sí, claro. Pero cooperamos con muchos seguros.

—Ya —añadió Karen—, pero no tienen pacientes de la Seguridad Social, ¿no?

—Hombre, si se lo pagan ellos, claro que sí, pero en principio, no. ¿Por qué?

—Porque la mujer que vino buscando a sor Lucía no pertenecía a la clase social habitual aquí —dijo Karen señalando con la barbilla a un empleado de una floristería que subía dos enormes ramos de flores.

Beatriz se detuvo un momento y la miró extrañada. Llegaron a la sala de espera y la enfermera entró en la secretaría. La teniente y el brigada se

quedaron esperándola fuera. Se fijaron en una fotografía en una de las paredes que mostraba al doctor Oyarzun rodeado de su equipo. A su lado estaba Beatriz Cabañas, varias enfermeras sonrientes, otros dos médicos, Susana y una monja. Karen tuvo una sensación de *déjà vu*. Beatriz salió, ya con menos prisa, y les explicó al ver lo que miraban.

—Fue en la fiesta de inauguración tras la reforma. Las habitaciones no estaban mal, pero ya no correspondían a lo que quiere la gente que va por la privada. Se hicieron obras, se pusieron enchufes para cargar los móviles y fibra óptica. Se cambió el suelo para que pareciese más una clínica de recuperación que una operativa. Ya sabe, no hacer de los partos una enfermedad. Las últimas mejoras venían de los ochenta…

—Sí —asintió Karen—. Hemos visto una foto abajo con unas incubadoras.

—Esta clínica siempre ha sido pionera en novedades —explicó orgullosa la enfermera—. Fue por la inauguración de la sala de prematuros. Trajeron las incubadoras de Alemania e imagínense si eran buenas que hay clínicas que todavía las utilizan. —Hizo una pausa y continuó—. Habrán visto entonces a sor Lucía.

Asintieron.

—La proporción de monjas y enfermeras ha cambiado mucho desde entonces, ¿no? —dijo Cano.

—Pues sí, una barbaridad —su voz tomó un tono casi de excusa—. Pero no tiene nada que ver conmigo, cada vez hay menos vocaciones, así que un equipo que eran veinte monjas y diez legas ha pasado a tener solo una monja. Ahora están también mejor repartidas por las diferentes especialidades.

—¿Se ocupa usted de contratar al personal de la planta? —preguntó Karen.

La enfermera respondió segura.

—A los médicos los contrata la dirección. El personal de limpieza también pasa por la central, pero el personal sanitario es competencia de la enfermera que coordina la planta. Aquí soy yo. Tenemos un contingente de religiosas a través del convenio con las hermanas comendadoras, pero nunca ha habido problemas por ello. Ya les he dicho que no hay quien las iguale —dijo sonriendo.

Se despidieron de Beatriz Cabañas y volvieron a la sala de enfermeras: ninguna había hablado con nadie que buscase a una monja.

28

Madrid, 2015

La residencia de las comendadoras estaba en un edificio anexo a la clínica. Una joven monja de rasgos latinos ocupaba la portería. Karen y Cano se presentaron y preguntaron por sor Gabriela. La religiosa los miró un poco extrañada y contestó con un dulce acento sudamericano.

—Ha llegado hace un rato. Pasa siempre por la capilla para la tercia, pero a estas horas —dijo mirando el reloj de la pared— debe estar ya durmiendo. Pero si es importante puedo despertarla.

Karen dudó.

—No, no se preocupe, podemos volver. Pero a lo mejor sí puede usted ayudarnos. ¿Conoce a sor Lucía?

La cara de la monja se iluminó y contó que había conocido a sor Lucía cuando la destinaron desde el convento de Medellín. No escatimó palabras para decir lo que la religiosa representaba para ella: un modelo a seguir, el ejemplo perfecto de *ora et labora*. La neumonía había sido un revés, pero confiaba en que, ya recuperada, volviese a su puesto. La teniente le comunicó que la religiosa había sufrido un desgraciado accidente y que había muerto. La jovencita se santiguó y rompió a llorar desconsolada. Karen le apoyó una mano en el brazo en un ligero gesto de consuelo y preguntó por la superiora de la residencia. Entre hipidos, la portera marcó las teclas de un teléfono, habló unos segundos y colgó. Salió de su garita y los guio por un pasillo muy ancho, con unos ventanales que daban a un cuidado y amplio jardín. Bajo cada ventanal había un banco situado delante de un radiador, y el sol entraba a raudales creando una temperatura muy agradable. Se acercaron a una estatua en mármol de la Virgen con el Niño en brazos rodeada de flores y plantas. La madre, coronada con una diadema de estrellas, inclinaba dulcemente la cabeza hacia el recién nacido. La joven, que no había parado de llorar, redobló sus sollozos al pasar a su lado y les explicó que la imagen había sido un regalo para sor Lucía. Cruzaron una puerta enrejada de cristal y se encontraron en un pasillo con varias puertas, una de las cuales se abrió dejando ver el contorno de una religiosa de la que no alcanzaron a ver la cara hasta que se acercaron debido al contraluz. La monja se despidió entre suspiros bajo la mirada reprobatoria de la madre, que fue directamente al grano.

—Soy la madre Verónica. Me ha informado la madre Cecilia, vienen por sor Lucía, que Dios la acoja en su seno. Díganme, ¿cómo puedo ayudarlos?

La miraron fijamente.

—Brigada Cano y teniente Blecker, muchas gracias, madre —dijo Karen mientras Cano se afanaba con el boli—. El problema es que no estamos seguros de que fuese un accidente. ¿Puede contarnos algo más de sor Lucía? ¿Hay algo en su vida que usted sepa que hubiese podido provocar odio o rencor?

La monja levantó las cejas asombrada y negó rotunda con la cabeza.

—¿Odio o rencor, sor Lucía? Eso sí que no me lo puedo imaginar —dijo convencida—. Si había una de nosotras que fuese apreciada —aunque esté mal decirlo— era ella. ¿Han hablado con las hermanas? —preguntó.

—Con la madre Cecilia, con la hermana Berta —contestó Karen— y con la hermana de la portería, que nos ha acompañado hasta aquí. Pero sí, nos han hablado de ella en los más altos términos. Dígame, ¿por qué la relegaron a la otra residencia?

La superiora hizo un leve movimiento con las piernas que la obligó a colocarse el hábito.

—No la relegamos —corrigió molesta—, era lo más seguro. Tuvo una severa neumonía y tenía que recuperarse.

—No nos referimos a San Lorenzo —precisó Karen—, nos referimos a la residencia de la calle Galileo, en la que estuvo antes de trasladarse a la sierra. A primera vista me parece esta bastante más alegre y agradable.

Un movimiento de la tela del hábito denotó intranquilidad, pero los rasgos de la monja no cambiaron. Tenía unos cincuenta años, unos pómulos altos y bien marcados y una nariz prominente.

—Dios está en todas partes —sonrió—, en San Lorenzo, aquí y, desde luego, en la calle Galileo. Cosas que a ustedes les puedan llamar la atención —dijo con un pequeño deje de reproche en la voz—, para nosotras no tienen la menor importancia. Sor Lucía estaba enferma y era algo contagioso, por eso, dejarla aquí era imposible. Cada vez somos menos en el servicio de hospitales —explicó—, la clínica ha sido ampliada y hemos tenido que ceder espacio al edificio principal. Solo podemos albergar a hermanas adscritas al servicio hospitalario activo.

—Era una enfermera excepcional, según lo que hemos oído —dijo Cano.

La superiora enarcó las cejas y asintió.

—Sor Lucía era primero monja y después enfermera. Era una gran ayuda, pero ninguna de nosotras es imprescindible y debe, sobre todo, no destacar entre las otras. —Suspiró—. Mantener el equilibrio es más difícil en un hospital que en un convento, como se imaginarán. Somos humanas, unas tienen más mano que otras y es difícil sentirse un simple grano de arena cuando el mundo exterior te alaba y te obsequia. Pero esa —recalcó

— es nuestra meta, hacer el bien sin que se sepa. No aspirar al reconocimiento.

—¿Diría que sor Lucía era una buena monja? —preguntó Karen.

—Intentaba ser una buena monja, como lo intento yo y lo intentamos todas.

—¿Se le ocurre una razón por la que alguien quisiese matarla? —inquirió la teniente escudriñándola.

—Desde luego que no —respondió seca.

—¿Sabe si vino alguien hace unos días buscando a sor Lucía? —preguntó Cano levantando la vista del cuaderno donde apuntaba.

—No podría decirles. La portería no siempre está ocupada y tampoco hay una hermana fija destinada a esa labor. Preguntaré quién hizo el servicio los últimos días si lo consideran necesario.

Karen asintió.

—¿Qué nos puede decir de la familia de sor Lucía?

Hizo un gesto vago.

—Sé que venía del sur, pero no mucho más.

—Perdone, pero ¿cómo es que la madre Cecilia sabe mucho más de ella que usted? —se extrañó Karen.

La religiosa sonrió y dejó ver unos dientes un poco amarillos.

—La explicación es fácil —dijo—. Yo llevo muy poco tiempo aquí. Me trasladaron cuando murió la madre que llevaba esta residencia desde los años setenta. No conviví con sor Lucía más que unas semanas, y ya estaba enferma.

Karen asintió.

—¿Cuándo podríamos hablar con la hermana Gabriela?

—Si quieren —ofreció—, la despierto ahora mismo.

La teniente pensó que prefería hablar con la monja lejos de la vigilancia de la superiora y declinó.

—No, no se preocupe, pasaremos más tarde. ¿A qué hora empieza su turno?

—A las diez, aunque suele ir antes para vigilar las cenas y las medicaciones. Si vienen hacia las siete la encontrarán aquí.

Los dos asintieron y se levantaron. Los acompañó hasta la entrada y les abrió la puerta que, por no estar allí la monja de Medellín, permanecía cerrada. La portería la cerraban a la hora de comer, les explicó la madre, y las hermanas se encontraban en la capilla. Le recordaron que preguntase si alguien había pasado buscando a sor Lucía y Karen se apuntó volver a hablar con ella cuando volviesen a buscar a sor Gabriela.

La madre Verónica cerró la puerta y Karen y Cano se encontraron en la calle iluminada por el sol de invierno.

—¿Le parece si comemos algo? —propuso Cano.

La teniente asintió, y mirando a la otra acera, añadió:

—El sitio donde hemos tomado el café ofrecía menú del día.

Cruzaron la calle y se sentaron en la terraza.

Le pidieron dos cañas al camarero mientras la terraza se iba llenando. Un anciano solo disfrutaba de una copa de vino con la cara levantada hacia el sol y Karen pensó en lo diferente que resultaba vivir en España: la gente salía a comer y aprovechaba su pausa para tomar algo con un amigo en vez de engullir un sándwich en un banco con el ordenador sobre las rodillas. El anciano que ocupaba la mesa al mediodía sin más fin que disfrutar se hubiese considerado en algunos sitios centroeuropeos como *asocial* por ocupar un sitio sin necesidad a la hora que lo necesitaba la población trabajadora. Por no hablar de la impresión de alcoholismo que causaría el que se tomase una copa de vino solo, y encima a mediodía. Se echó hacia atrás satisfecha y bebió un sorbo de la caña.

—Vamos a ver, Cano, ¿qué tenemos nuevo?

Cano sacó su cuaderno.

—Pura Castro, la antigua secretaria, ya está Suárez con ella. La hermana Gabriela está durmiendo y hasta las siete, nada. De las enfermeras de los otros turnos se ocupa Beatriz Cabañas y nos avisa. La brigada financiera, con la situación económica de sor Lucía. En San Lorenzo tenemos al cliente asiduo del restaurante, el doctor Encina, y nos faltan las imágenes de la Renfe.

—Puede que la brigada financiera ya tenga algo —dijo Karen—. No sé aquí, pero lo primero que nos llegaba siempre en Holanda eran los impuestos…

El brigada se dijo que la teniente era bastante mejor de lo que había pensado al principio. Enrojeció al darse cuenta de que sus prejuicios se debían a que era mujer, o peor, por venir del extranjero. Si él mismo era reticente a trabajar con una mujer, se preguntó cómo sería en otros sitios.

—Igualito —rio Cano—, en eso sí que somos europeos. —Sacó su teléfono, habló unos segundos mientras apuntaba y colgó—. ¿Qué le dije? —afirmó mostrándole el cuaderno—. Era la financiera. Ya sabemos de dónde sale sor Lucía. Un poco lo que nos contó la madre Cecilia: su familia tenía un cortijo —empezó a relatar mientras corregía sus notas—, producían aceitunas. No debían ser buenos empresarios porque el hermano, Álvaro Martín del Río, liquidó las tierras, instaló a los padres en un pisito de Badajoz y se mudó a Sevilla. Según los de Hacienda, la venta del cortijo prácticamente no dio más que para el pisito de los padres y el apartamento de Sevilla. Suponen que debió cobrar en negro una parte y que con eso se apaña él. Los dos padres han muerto y dejaron como heredero al hijo. A sor Lucía la despacharon con la legítima, que fue a parar directamente a las arcas de la congregación. Parece que Benavides tenía razón.

—Tenemos que informar al hermano, pero no parece que la hayan matado por la herencia —contestó la teniente.

Pidieron el menú del día en la terraza y aún no se habían acabado el

filete cuando los llamó Beatriz Cabañas: una enfermera que entraba en el turno, Marta Ruiz, había atendido a una mujer que preguntaba por la monja.

Se tomaron rápidamente el café y volvieron a la clínica. En la planta tocaron el timbre de acero de las enfermeras. Beatriz acudió, los vio y desapareció para volver acompañada de una joven de unos veintitantos años.

—Marta atendió a la señora que buscaba a sor Gabriela. Si quieren hablar con ella tranquilamente, pueden pasar a mi oficina —les ofreció.

Asintieron y siguieron a Beatriz hasta su despacho, que se lo franqueó y se marchó pidiéndoles que la avisaran al acabar. La jovencita se sentó erguida mientras se retorcía nerviosa las manos.

—Gracias por avisarnos, Marta —dijo Karen tras presentarse otra vez —. ¿Habló usted con alguien que buscaba a la hermana Gabriela?

—Bueno, sí —balbuceó la joven—, hablé con una señora. No sé exactamente el día que fue, pero si la hermana Gabriela ya se había ido, y yo tenía turno de mañana, tenían que ser más de las nueve. Se acercó esa señora por el pasillo, era muy amable y me preguntó por sor Gabriela. Yo le expliqué que no estaba, que tenía turno de noche, y le pregunté si yo podía ayudarla. Entonces fue cuando me dijo que su madre había dado a luz aquí.

Karen abrió un poco los ojos y miró las cejas levantadas de su segundo, que apuntaba sin parar.

—¿Dijo lo que buscaba?

Marta negó con la cabeza.

—Le iba a preguntar, pero en ese momento vino la madre de la señora García-Paredes, que acababa de tener el niño y no enganchaba bien, así que me tuve que ir a ayudarla. Pero le dije que se pasase por los archivos del sótano, que allí tenían toda la información de los años anteriores.

—¿La señora García-Paredes había dado a luz ese día? —preguntó Karen.

—Sí —asintió Marta—, de eso sí que me acuerdo bien. Fue por la noche.

—¿Nos la podría describir?

Marta sonrió, contenta de poder ayudar con algo más.

—Sí, desde luego. No demasiado alta, morena, con una coleta, delgada, de unos cincuenta años. Una mujer muy agradable.

—¿Tenía acento de algún tipo? Andaluz, extranjero… Algo que le llamase la atención.

—No —contestó la enfermera con decisión—, para nada. Por el habla hasta me recordaba a mi madre, que es de aquí de toda la vida. Pero la reconocería otra vez si la volviese a ver.

—Muchas gracias, Marta, nos ha ayudado usted mucho. Solo por curiosidad: ¿de qué barrio es su madre?

—Nosotros somos de Pinto —contestó la joven.

Avisaron a Beatriz para confirmar el nacimiento GarcíaParedes. La enfermera echó un vistazo a una pantalla y respondió.

—El lunes. El niño de García-Paredes nació el lunes de madrugada.

Se despidieron y se dirigieron a los sótanos de la clínica.

—Es ella, la descripción coincide con lo que sabemos hasta ahora —dijo Karen.

En el pasillo había unas camillas tapadas y marcadas para llevar a desinfección. No se veía a nadie y ningún cartel indicaba las diferentes secciones. Probaron varias puertas cerradas sin encontrar a nadie hasta que se toparon con una empleada vestida de verde que empujaba una camilla y a la que preguntaron por los archivos. La mujer contestó sin detenerse:

—Es hacia el otro lado, saliendo del ascensor a la izquierda, la tercera puerta del lado del ascensor. Pero ahora no encontrarán a nadie, solo están por las mañanas.

Dieron media vuelta tras dar las gracias, volvieron sobre sus pasos y se acercaron a la puerta en cuestión, que tenía un cartelito que rezaba Archivos. Como ya les había avisado la mujer, estaba cerrada. Karen golpeó el suelo con rabia, se giraron y volvieron a subir en el ascensor.

29

Madrid, 1980

Inmaculada cruzó la calle y entró en la clínica. Ya conocía el camino y no tenía que preguntarle a nadie. La secretaria la vio en la sala de espera y le hizo una seña para que esperase. No habían pasado unos minutos cuando sor Lucía apareció por el pasillo y la acompañó a la consulta. El médico entró saludándola alegre.

—Hombre, Inmaculada, qué tal. ¿Cómo van esos dolores?

—Ya no tengo —respondió con una sonrisa—, la verdad es que me encuentro muy bien.

—Pues eso es exactamente lo que queremos, que se encuentre bien. ¿Se toma usted las vitaminas? —La mujer asintió—. Le vamos a hacer unos análisis para ver cómo va esa anemia. Y usted, a comer bien, que diga lo que diga sor Lucía, para usted, la Cuaresma no cuenta. Nada de ayunos ni de abstinencias.

La monja le miró sonriendo con un gesto de reproche.

—Hombre, doctor, tampoco exagere y no dé pie a pecar, eso está muy mal.

—Nada, hermana, no discuta, filetes y fruta. Hierro y vitaminas.

Los dos sonrieron ante el mohín de la monja. Las manos del médico palparon cuidadosamente el vientre cada vez más grueso. Dio una palmada, contento.

—Esto va fenomenal. Ya se puede vestir. Hermana —dijo dirigiéndose a la monja que esperaba satisfecha—, los análisis, no se olvide.

—Ya —asintió falsamente enojada—, de lo que sí que me voy a olvidar es de las recomendaciones nutricionales. Habrase visto semejante disparate…

La monja le sacó sangre y la acompañó a la salida. Cuando volvió al despacho del doctor, se sentó frente a él.

—He mandado las muestras, pero yo creo que está bien. Por lo menos su aspecto ha mejorado una barbaridad.

—Sí —respondió el médico señalando una cafetera humeante—, desde luego, ha hecho usted un milagro.

Sor Lucía asintió y se sirvió un café.

—Creo que lo que más efecto ha hecho es meter en cintura a la bestia parda del marido —dijo mientras soplaba la superficie de su taza.

—Yo no sé cómo consigue usted hacer esas cosas.

—Los caminos del Señor… —Sonrió la religiosa divertida.

—Bueno —dijo el doctor Del Valle mirando el reloj—, ¿qué nos queda? Me voy al campo y mi mujer quiere salir pronto para no encontrar atasco.

—La cita con Mariola de Beamonte.

—Ah —suspiró el médico—, sí, claro. Hágala pasar. Si viene con la madre, que pase también, es mucho más racional.

Maite y Mariola esperaban en la salita. Al ver a sor Lucía se levantaron a la vez. La religiosa las acompañó al despacho del médico, que rodeó el escritorio para saludarlas con dos besos y ayudarlas a quitarse los abrigos. Sor Lucía recogió la bandeja y salió del despacho.

—Hace un calor increíble —dijo el doctor.

—Sí —coincidió Maite—, vamos a tener una Semana Santa magnífica. ¿Os vais también?

—Sí —explicó el hombre—, iremos con mis suegros, tienen una finca y a los niños les encanta. Así salimos un poco. ¿Y vosotros?

—También —asintió Maite—, iremos al campo. Jaime se ha cogido la semana de vacaciones y Fernando vendrá los días de fiesta, pero Mariola ya se instala conmigo.

El médico asintió.

—Entonces, ya habéis anunciado la buena noticia.

—Sí, claro —contestó Maite—. Dijimos que el tratamiento de Suiza había funcionado, pero que no lo quisimos pregonar antes por si acaso no iba bien.

—Muy bien —aprobó el hombre—. Mariola está ahora de cuatro meses aproximadamente. Como eres muy delgada y es el primero —dijo dirigiéndose a la joven—, no se te tiene por qué notar todavía. Evidentemente, evita las prendas ajustadas. Y aprovechad para hacer ahora lo que queráis, porque a partir del sexto, hacia junio —dijo mirando a la madre—, deberíais desaparecer de Madrid.

Mariola abrió la boca, pero Maite respondió inmediatamente.

—Sí, no te preocupes —explicó resuelta—. Lo tengo ya todo organizado. Nos trasladaremos al campo.

—¿El padre lo sabe?

—No —contestó la madre decidida—, y creemos que es mejor que no lo sepa.

Maite cortó la frase. En el aire quedó, sin que nadie tuviese necesidad de decirlo, el resto: «la que paga soy yo, yo pongo mis condiciones, y tú tienes que apoyarme». El médico asintió.

—Claro, claro. A veces es lo más juicioso.

Se despidieron con dos besos, Maite cogió los abrigos y empujó a Mariola hacia el pasillo.

—Ya lo has oído, Mariola, estás fenomenal. El aire del campo te va a sentar muy bien. Iremos a ver a los Arsuaga y lo mejor sería invitar a la

bruja de tu suegra otro de los días de fiesta. —Frunció el ceño—. Así nos la quitamos de encima y celebramos la buena noticia. La otra tarde, cuando la llamé para felicitarnos mutuamente, no me pareció excesivamente contenta. ¿Quién se lo dijo, Fernando o tú?

—Fernando. Cuando se lo conté a él se puso muy muy contento y llamó corriendo a su madre. Pero ella no hace más que decirnos que hace novenas por que no me pase nada, para que el niño agarre bien.

—Qué tremenda puede ser esa mujer —resopló Maite—. Bueno —exclamó—, no nos queda otra que invitarla, y, cuanto más tiempo pase, más peligro, así que este es el momento.

Mariola se paró de golpe y dijo con la voz temblorosa:

—Mamá, ¿tú crees que esto puede salir bien?

Maite se detuvo, tomó la cara de su hija entre las manos y, mirándola a los ojos, respondió:

—Mariola, esto va a salir bien. Es perfecto —subrayó—, y nadie, absolutamente nadie —recalcó— salvo tu padre y yo sabrá nunca nada.

—Pero Fernando… —empezó a decir la joven dudosa.

—Mira, Mariola —la cortó la madre—, ya sabes que a mí no me gusta mentir, pero en este caso no tenemos otra opción. Imagínate que Fernando se lo dice a su madre, ya sabes que ellos tienen una relación muy especial. Y que la buena de Amalia decide que el niño no es de la estirpe. ¿Quieres empezar a discutir sobre ese tema? ¿Con ellos? Desgraciadamente y entre nosotras, te diré que Amalia, contra Fernando, tiene todas las de ganar. Así que mejor te callas. —Miró seria a su hija y subrayó—: ¿Entendido? Y —añadió resuelta— le dices que el médico ha dicho que no se debe acostar contigo.

—¡Mamá! —exclamó Mariola enrojeciendo.

—No pongas esa cara, hija, que, aunque siempre dijesen que iba para el seminario, espero, por ti, que no hiciese voto de castidad. Por cierto —añadió pensativa—, eso sí que es importante, espero que alguna vez hacia Navidad…

Mariola la interrumpió indignada.

—Mamá, no pienso hablar de esos temas contigo.

—No seas mojigata, hija. Y contesta, que es importante.

—Sí —murmuró Mariola bajando la voz—, el día de Navidad…

Maite soltó una carcajada ante la mirada escandalizada de su hija.

—Para festejar, supongo. Pues menos mal que nos ha tocado esta fecha —añadió riendo—, y no la Cuaresma, ahí sí que no hubiésemos sabido cómo explicarlo.

—¡Mamá!

—Ni mamá ni historias —zanjó Maite—. Cuando vuelvas a casa le dices a Rosa que te cambie al dormitorio de invitados.

—¡Pero si nos vamos al campo! —objetó Mariola.

—Tú eres tonta. Rosa no se viene al campo, así que, diciéndole, tras

volver del médico, que te cambie el dormitorio, la estás haciendo comprender. Fernando lo entenderá también y, de no ser así, se lo dices a Amalia, que el médico ha dicho que no se deben correr riesgos, verás como se lo explica ella. Ya está —dijo impaciente—, no se hable más. —Dio una patada nerviosa en el suelo—. Mariola, ¡haz lo que te digo y deja de elucubrar! Vete a casa, le dices eso a Rosa y haces la maleta.

—Está bien —aceptó Mariola—, espero que tengas razón.

—No lo dudes. Para ese taxi y me dejas en casa de camino, que con estas historias no me ha dado tiempo a hacer nada, va a llegar tu padre y no voy a estar preparada. Nos vemos esta noche.

30

Madrid, 1980

—Dejad los bolígrafos —dijo la profesora.

Un rumor de hojas y el movimiento de sillas rompió el silencio. Conchita guardó el bolígrafo, entregó la hoja y salió con su amiga Paula de la clase cegada por el sol.

—Parece que nos fuesen a dar las vacaciones de verano más que las de Semana Santa… —dijo Paula—. ¿Qué tal la nota de mates?

—Fenomenal, un ocho. Pero es que la profe me ha ayudado mucho. ¿Y tú?

—Bah, un seis —dijo Paula despreocupada—, pero no está mal, yo no tengo tu cabeza.

—Qué dices, Paula, si quieres un día de estos lo miramos juntas.

Paula sonrió y agarró a su amiga del brazo.

—A lo mejor vamos al cine los días de fiesta, echan *Superman II*. Pero tú no podrás, ¿no?

Conchita reflexionó un instante. Nunca iba al cine con los del barrio y, si salían a tomar algo, ella se pedía un vaso de agua. Pero últimamente, se dijo, el trabajo de madre parecía dar ingresos estables: el otro día había aceptado comprar unas galletas bañadas en chocolate y hasta les había llevado a los niños tres bollos para merendar. Pensó que, si le preguntaba, a lo mejor la dejaba.

—Le pregunto a madre y te digo.

—¡Estaría fenomenal! —respondió Paula animada—. ¿Qué tal está, por cierto? Mi madre dice que ya no la ve en el metro por las mañanas.

—Mucho mejor; desde que tiene este trabajo nuevo está muy bien.

—¡Y si encima te da para ir al cine, mejor todavía!

Conchita pasó por el centro de minusválidos, pero su madre ya había recogido a Carmen; hizo la compra, se acordó de Juan y metió un tarro de Nocilla en la cesta. Cuando puso el dinero sobre el mostrador, el tendero exclamó satisfecho:

—Así me gusta, que os vaya tan bien.

Conchita sonrió, cogió las bolsas y salió otra vez al sol. En el portal hacía frío en comparación con el exterior. Subió las escaleras de dos en dos, abrió la puerta y vació la compra en la cocina. Su madre estaba cosiendo con la radio puesta en la sala de estar y Carmen dormitaba en el

sofá. Se dejó caer al lado de su hermana, que sufrió un leve sobresalto, pero continuó durmiendo y sacó una hoja de la cartera.

—¿Son las matemáticas? —preguntó Inmaculada cogiendo el folio que le tendía.

—¡Sí! —exclamó Conchita—. ¡Un ocho con cinco! Solo me ha quitado puntos porque dice que no he hecho las demostraciones. Estaba en el borrador, pero ella lo quiere en la hoja del examen.

—Ya verás como en Ciencias sacas un diez —dijo su madre acariciándole la mejilla.

Conchita dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Pensó que era muy agradable llegar a casa, que estuviese madre y poder sentarse con ella a comentar el día.

—¿Qué tal con las monjas? —le preguntó abriendo los ojos.

—Como estamos en Cuaresma no hay tanto trabajo. No comen ningún dulce y los viernes ayunan, así que poco tengo que hacer —contestó Inmaculada.

Ante la mención de la Cuaresma, Conchita se acordó de Paula.

—Mama, los del barrio van a ir un día al cine; creo que intentarán ir el día del espectador, pero a lo mejor, como son vacaciones, lo quitan. ¿Crees que podría ir con ellos? —preguntó esperanzada.

Inmaculada sabía la cantidad exacta que había en la lata y que podía permitirse el gasto. Le preocupaba que a alguien le llamase la atención su repentina bonanza económica, pero se dijo que ir una vez al cine no era un dispendio, y bien sabía Dios que la chica se lo había ganado. Inmaculada la miró feliz: la joven tenía el pelo más brillante, los ojos risueños y sus manos habían perdido las rojeces y vuelto a ser las de una jovencita.

—Hombre, si la película no es para mayores y… —empezó a decir.

La niña se abalanzó a abrazarla.

—¿De verdad? ¡Gracias, mama!

—Y si vais a tomar algo después, te puedes pedir una CocaCola. Ya sé que estamos en Cuaresma, pero tampoco sales todos los días.

El timbre sonó y Conchita dejó entrar a lo que parecía una tribu de indios. Juan venía con un botín de plumas y Pedro traía en su puño bien apretado una canica. Marcos se encaramó al regazo de su madre, que se apresuró a dejar la costura de lado para no pinchar al niño. Los dos mayores sacaron el fuerte de debajo de sofá y empezaron a colocar a los indios y los vaqueros. Juan levantó la cabeza.

—¿Qué hay de comida? —preguntó.

—Potaje de vigilia —dijo Inmaculada—, que es viernes.

—¡Qué asco! —respondió Juan con una mueca—. Yo hago ayuno hasta la merienda…

—Juan, si no te comes el potaje, no hay merienda —informó la madre conteniendo una sonrisa.

Conchita se levantó y dijo que lo pondría a calentar mientras

Inmaculada se quedó en la butaca acariciando el pelo revuelto de su pequeño.

31

Sierra de Madrid, 1980

Jaime de Beamonte conducía con pericia por el puerto. Fernando estaba sentado a su lado y comentaba las últimas noticias mientras Maite, en el asiento trasero junto a su hija, parloteaba sobre decoración, cunas y canastillas. Mariola era feliz. Había cogido peso, tenía las mejillas redondeadas y su rostro había perdido la línea dura que lo había marcado el último tiempo. Jaime se detuvo y Fernando se bajó a abrir y cerrar el portón de hierro. Aparcaron bajo unos árboles y rodearon la casa por un jardín muy cuidado. Adela, Enrique y su hija Pilar se levantaron al oír las voces y salieron a su encuentro. Intercambiaron saludos, palmadas y abrazos y se instalaron en una larga mesa de piedra bajo un porche. El anfitrión repartía un salchichón ofreciéndolo con la punta del cuchillo cuando apareció la doncella con una bandeja de bebidas.

—Emilia, tráiganos una botella de champán también —pidió Enrique alegre—, que esto hay que celebrarlo. Adela —dijo mirando a su mujer—, no digas nada, que no es Viernes Santo.

La mujer sonrió y le dio un golpecito en la espalda. Se acercó a Maite y la agarró cariñosa del brazo mientras Mariola y Pilar se alejaban para sentarse en un banco.

—Felicidades, querida —dijo Adela—. ¡Qué alegría me llevé cuando me lo dijo Pilar! Y ¡qué buen aspecto tiene Mariola! La verdad es que los embarazos, si no tienen complicaciones, sientan fenomenal.

—Sí —contestó Maite dichosa—, está contentísima. Te voy a tener que preguntar un montón de cosas…

Enrique pasó entre los invitados unas almendras y una tortilla de patata. Se dio una palmada en la frente y exclamó:

—Fernando, hijo, sé tan amable de pedir en la cocina que saquen los langostinos. Los he cocido esta mañana y están buenísimos.

Este desapareció por la cristalera y Enrique aprovechó para darle una palmada a Jaime.

—¿Has visto la nueva bola de granito que he comprado?

El aludido negó y ambos se dirigieron a un extremo del jardín en el que se encontraban dos bolas de granito gigantescas.

—Entonces, ha salido todo bien —dijo Enrique bajando la voz a pesar de estar muy lejos del grupo.

—Redondo —contestó Jaime—, un millón de gracias.

—No sé por qué. No sabes cómo me alegro de que al final el tratamiento funcionase.

Jaime le miró con aprecio y pensó que Enrique Arsuaga era verdaderamente un amigo. Tenía la delicadeza de hacer como si no supiese de qué hablaba y nunca lo vería como un favor a devolver, ni se lo recordaría. Pero se dijo que él nunca lo olvidaría, no la ayuda, sino el gesto. Sin añadir nada más, volvieron sobre sus pasos y se acercaron a la casa.

Fernando salió al jardín con una botella de champán seguido por la doncella con la bandeja de los langostinos. Sirvieron las copas, la de Mariola solo hasta la mitad, y brindaron por el bebé.

Comieron en el interior y Jaime se sentó al lado de Pilar, por la que siempre había tenido una debilidad. Hablaron de las relaciones con el mundo árabe y de la situación en el Oriente Próximo mientras Fernando discutía con Enrique y Maite sobre la influencia que los separatistas ganaban en Navarra. Adela, al lado de Mariola, hacía una lista de todo lo que tendría que prever. Cuando se levantaron para tomar el café en el salón, la dueña de la casa anunció que los oficios eran a las cinco y propuso salir a las cuatro y media en dos coches para encontrar sitio. Jaime la tranquilizó.

—No te preocupes por mí, Adela, yo voy a meditar un poco por el monte. A mí, el Jueves Santo me entristece mucho.

Enrique sonrió, Fernando levantó las cejas y Pilar vio el cielo abierto y exclamó:

—Puedo ir contigo, así no te quedas solo y vosotros —dijo dirigiéndose al resto— podéis ir solo en un coche. Meditar un rato en silencio me vendrá muy bien también a mí.

—¡Pilar! —exclamó su madre disgustada—. Es Jueves Santo.

—Mamá —contestó su hija—, ya voy mañana, y el sábado, y el domingo. Pobre Jaime, se quedará solo si no.

—Lo que tendría que hacer Jaime… —Interrumpió la frase y se calló diciéndose que ella no era quién para criticar al marido de su amiga—. Está bien —concedió de mala gana—, pero solo porque es para acompañar a Jaime.

—Claro, mamá —dijo su hija mientras la besaba.

Salieron todos a la vez, los que iban a misa en coche y los dos caminantes a pie. El sendero empezaba liso y anduvieron en silencio. Jaime, al llegar a unas piedras, cogió a la joven del brazo para ayudarla a saltar. Pilar le sonrió y pensó que siempre había querido al amigo de su padre, que tenía algo que le infundía confianza. Sabía que se decía de él que era una fiera en los negocios y que no dejaba pasar un error. Pero siempre decía lo que pensaba, hacía lo que le daba la gana y seguía apasionado con su mujer. Pensó que estaba casi celosa, ese mismo día le

había visto tocarle el culo a Maite sin ningún disimulo.

—¿Qué tal te va, Pilar? —preguntó solícito.

Con cualquier otro la respuesta hubiese sido inequívoca: «fenomenal, me encanta mi vida, los niños son fantásticos y Jorge es un encanto». Pero Jaime no le había preguntado para oír la réplica habitual.

—No lo sé —contestó con un suspiro—. Estoy cansada. Cansada de mudarme, cansada de estar en sitios diferentes y de no salir de lo mismo, de ver las mismas caras y escuchar las mismas historias. Las mismas cenas, con los mismos temas de conversación. Se dice que los diplomáticos vivimos en sitios diferentes. No es del todo cierto, muchos españoles en el extranjero son, salvo raras excepciones, parecidos. El Corte Inglés nos manda el jamón y las lentejas y seguimos bebiendo Rioja Alta estemos donde estemos. Jorge es feliz, pero precisamente por eso, porque está en el consulado de Ammán como si estuviese en Burdeos, un poco más o menos cómodo, pero es lo mismo. Para los niños sí es diferente. En el colegio ven otra vida, conocen a otras personas y les da igual si son musulmanes o budistas, blancos o negros. Pero verás cuando vuelvan y se encuentren en Madrid y sus amigos vayan todos vestidos iguales, los arrastremos a misa los domingos y tengan que hacer la comunión vestidos de marineritos.

—Pilar, tú sabes lo que necesitas, ¿verdad?

—Ya —resopló—, no hace falta que me lo digas. Y no sabes lo que me gustaría ser feliz de madre y esposa. Pero lo que más me gusta de volver a Madrid es tener la posibilidad de empezar a trabajar. No por ganar dinero, eso en cierto modo me da igual. Simplemente por cambiar de caras, por salir de la norma. Fíjate, el otro día quedé con Mariola y con Lola en Embassy. Había cuatro mesas ocupadas por mujeres de nuestra edad y ¿sabes que, si no hubiese conocido a Lola tan bien, la habría podido confundir? La misma melenita, las mismas pulseritas, la misma cadenita, la faldita. ¿Te das cuenta de que todo es *ita*? ¡Son mujercitas! Y yo no quiero —dijo dando un pisotón en el suelo—, aunque a mi madre le dé un infarto. —Bajó la voz y añadió, casi en un susurro—: Incluso aunque Jorge no quiera.

—Sabes, Pilar —empezó a decir Jaime como para sí mismo sin parar de andar—, vivimos en una sociedad en la que el bien y el mal están claramente establecidos. Sabemos lo que se debe y no se debe hacer. Pero, al mismo tiempo, sabemos que hay otro lado, que conocemos e ignoramos a la vez. A veces, ese lado irrumpe en el oficial y nos mostramos sorprendidos y decimos, «quién se iba a imaginar». Y nunca nadie es responsable, nadie de todos aquellos que creían saber dónde se encuentra «el bien» asume que se hubiese debido actuar de manera diferente. Somos los maestros en juzgar, los maestros en saber el camino a seguir, pero no en asumir. Por eso, no preguntes, no pidas consejo. Sigue tu instinto, haz lo que crees que debes hacer. Si te equivocas, al menos tendrás la certeza

de que has sido tú. Y si acabas contenta contigo misma, será tu éxito y te ahorrarás esa maravilla nuestra que consiste en socializar los éxitos e individualizar los fracasos.

Pilar se paró y miró el paisaje.

—Me preocupa Jorge.

—Que no te preocupe Jorge. Es un buen chico, y cuando se casó contigo sabía que no se casaba ni con Lola ni con Mariola. —Pilar levantó la vista asombrada. —Sí, no me mires así, yo no critico a Mariola, pero tú eres harina de otro costal. Jorge te conoce y se enamoró de ti y no de una de las réplicas perfectas de su madre. Y de esas había unas cuantas bien dispuestas. Lo que no quiere decir que tires todo por la borda, claro. Instálate en Madrid, inscribe a los niños otra vez en el Liceo, diga lo que diga la familia de Jorge, búscate una buena muchacha y, cuando lo tengas todo encarrilado en septiembre, te buscas un trabajo. Y si no lo encuentras, ya sabes, en el banco tengo un departamento legal. Jorge te apoyará en todo mientras la casa funcione, ya verás.

Habían llegado a lo alto de un promontorio cuando Jaime dijo:

—Judas ya debe haber traicionado a Jesús y si el cura ese de vuestra iglesia no se ha dormido, debe de estar a punto de acabar.

Pilar soltó una carcajada y comenzó el descenso.

—Sí, don Rufo es tremendo. Yo intento quedarme siempre de pie para no dormirme, pero hasta mamá no pudo ir un día a comulgar por los malos pensamientos que le provocó el sermón…

—Volvamos. Con un poco de suerte nos podemos encender la chimenea y nos da tiempo a tomarnos una copa tranquilamente hasta que lleguen. Y no lo dudes, no hay matrimonio más feliz que en el que los dos están contentos.

32

Madrid, 2015

—Cano —dijo Karen—, no sirve de nada esperar a la hermana Gabriela. La voz cantarina no la encontró y se tuvo que contentar con Marta. —Miró el reloj—. Son solo las tres, ¿qué le parece si nos subimos a San Lorenzo? El doctor Encina se habrá despertado de la siesta y por el camino llamamos al hermano de sor Lucía, que ya va siendo hora.

Cano asintió y, en el coche, sacó los datos que les había mandado la financiera de Álvaro Martín del Río, domiciliado en Sevilla. Cano conducía y Karen marcó a su móvil, que sonó varias veces. Cuando ya iba a colgar, una voz rodeada por una algarabía contestó el teléfono. Sonaba a bar y las risas hacían pensar en la Feria de Abril.

—¿Don Álvaro Martín del Río? —preguntó Karen.

—¡¡¡Sí!!! Espera, guapa, espera un momento. —El hombre medio tapó el altavoz y se le oyó reír—. Pídeme un fino más, Javi. Ahora, dime, guapa.

—Teniente Blecker, Guardia Civil de Madrid.

—¿Qué dice?

Karen se impacientó y gritó.

—¡Guardia Civil! Por favor, vaya a un sitio más tranquilo.

El hombre contestó serio.

—Sí, espera, espera —se le oyó decir asustado—. Javi, ahora mismo vuelvo.

Se oyó una respiración agitada y el ruido descendió.

—¿Me oye mejor? —preguntó.

—Sí —respondió Karen más suave—, muchas gracias. Llamamos por su hermana Lourdes.

—¿Por mi hermana? —repitió extrañado.

—Sí, por sor Lucía.

—Ya, ya, solo tengo una.

—Tenemos que darle una mala noticia —dijo la teniente—: su hermana murió el lunes.

—Ya.

—¿Estaba usted al corriente? —preguntó Karen.

—Sí, me llamó ayer su superiora. Me dijo que se había caído dando un paseo. Una desgracia, vamos. —Su voz sonaba interrogante.

—Las circunstancias de su muerte todavía no están claras.

—¿Quiere decir que se la han podido cargar? —espetó el hermano.

—Un homicidio entra dentro de lo posible, sí —contestó la teniente.

—¿Y quién coño ha podido querer cargarse a mi hermana? —preguntó el hombre francamente curioso.

—No lo sabemos, por eso investigamos. ¿Podría darnos alguna pista?

—¿Yo? —Lanzó una carcajada—. ¡Pero si hace casi diez años que no la veía! Se metió en el convento cuando no tenía ni veinte años, y como estaba en Madrid y siempre tan ocupada, no tenía mucho contacto con ella. La última vez que la vi fue cuando enterramos a mi madre.

—¿Se le ocurre alguien que la pudiese querer mal?

—Mire —explicó el hombre—, mi hermana era muy suya. Las pocas veces que la veía cuando llevaba a mis padres a Madrid, no nos contaba más que de la clínica y de las mejoras que había instaurado. Para luego tirarme hasta Despeñaperros oyendo que —Utilizó un tono llorón— «ojalá Lourdes se hubiese hecho cargo del cortijo, que entonces no habríamos tenido que vender». Las cosas, como son —resopló—, a mí nunca me ha tirado el campo, para qué engañarles. Y si me van a preguntar por lo que le parecía a ella, pues no, no le hizo gracia tampoco, pero no tenía más que haberse ocupado en vez de andar con rayos X y chorradas. A mis padres tampoco les gustó pero, al final, bien contentos que estuvieron en su pisito de Badajoz. Oiga —dijo de repente preocupado—, ¿me tengo que ocupar del entierro y esas historias? Lo digo porque desde Sevilla y con todo lo que tengo que hacer…

—No creo —contestó Karen seca—, supongo que se ocupará la congregación, a no ser que dejase estipulado que quería ser enterrada con sus padres.

—¡Pues mal vamos! —exclamó el hombre—. Los dos tienen cada uno un nicho. Pero no se crea, ¿eh? Les busqué uno con un buen solecito.

La teniente sacudió la cabeza.

—Si tuviese que ocuparse de algo, le avisarán. Y si a usted se le ocurre algo más, por favor, llámeme.

—No tengo nada para apuntar… —dijo mientras la algarabía se volvía a oír al fondo.

—Se lo mando por mensaje. Que pase un buen día.

Karen cortó la comunicación. Estaba claro que los hermanos no tenían ninguna relación. A lo mejor era injusta, se dijo, pero las piezas sueltas del puzle le decían que Álvaro era un vago y un caradura, que había vendido el cortijo familiar para aparcar a sus padres en un piso de Badajoz, bien lejos de su domicilio en Sevilla. Estos, probablemente, no escatimaban reproches sobre la manera de dilapidar el capital, y el hermano se había ahorrado los sermones poniendo tierra de por medio. En cualquier caso, no podía ayudarlos, pensó Karen, aunque la conversación confirmaba la imagen de buena administradora que tenían ya de ella.

Estaban pasando junto al Valle de los Caídos cuando llamó Susana, que había encontrado la dirección de la casa rural de la sobrina de la antigua secretaria, Pura Castro. Estaba cerca de Navalcarnero.

33

San Lorenzo, 2015

Karen miró el reloj y marcó el número de la antigua secretaria del doctor Del Valle. Una voz respondió que hablaban con la finca El Romeral.

—¿Doña Pura Castro, por favor? —preguntó Karen.

—¿De parte de quién?

—Teniente Blecker, Guardia Civil.

—Un momento, por favor.

Una grabación con la *Primavera* de Vivaldi al fondo, que manifestaba las ventajas de pasar unos días en el campo, tomó el relevo. El sitio ideal para un fin de semana en pareja, con posibilidad de adaptarse a celebraciones familiares. Un entorno natural, disfrute del mundo rural en su esencia más pura. Tranquilidad y sosiego. Con acceso directo a… La grabación se detuvo y una voz seca respondió.

—Soy Pura Castro, dígame.

—Doña Pura, teniente Blecker, Guardia Civil. La llamamos por la hermana Lucía, de Santa María de las Nieves. Nos gustaría hablar con usted.

—¿Guardia Civil? ¿Qué le ha pasado a sor Lucía? —preguntó inmediatamente Pura.

Era una mujer clara, lo que podía ser una ventaja, pensó Karen.

—Sor Lucía ha muerto —declaró la teniente sin ambages.

—Ya. Asesinada, supongo. Si no, no llamarían.

—Entra dentro de las posibilidades, sí.

La voz al otro lado quedó en silencio y Karen no lo interrumpió, extrañada por la ausencia de las exclamaciones de dolor o sorpresa habituales. Un chasquido seguido de una aspiración le indicó que Pura había encendido un pitillo.

—¿Y cómo ha muerto?

—En un paseo, en San Lorenzo de El Escorial.

Ahora sí, un sonido extraño les llegó del otro lado del teléfono. No era un sollozo, sino más bien parecía una carcajada amarga. Masculló unas palabras incomprensibles.

—Perdone, no la he entendido —dijo Karen.

—No, nada —respondió para contradecirse inmediatamente—. Solo que no podía morir como los demás, claro.

La teniente no contestó. Escuchó cómo Pura daba la última calada y apagaba el pitillo y dejó al silencio actuar. La mayoría de la gente tiene pavor de él, como de las habitaciones vacías. Probablemente porque la falta de respuesta del otro lado implica que no se ha entendido bien un concepto, así que se intenta explicar, o por lo menos justificar. El silencio del otro no da una aprobación ni un rechazo, es simplemente el vacío. Y la mayoría de la gente busca interacción, busca relación con sus semejantes. Quiere que el otro reaccione y se posicione.

—Tenía que morir de una forma especial y en un sitio especial —continuó—. No podía morir de alzhéimer, ni con pañal, ni hubiese podido morir en San Blas. No —dijo amarga—, tenía que ser algo más adecuado, en el mismito sitio en el que están enterrados los reyes. Muy propio de ella.

Karen y Cano se miraron asombrados.

—¿No se llevaban bien? —preguntó la teniente.

Una voz a lo lejos la interrumpió. Pura no tapó el auricular, dejándoles así oír la voz de mujer que había interrumpido.

—Tía, ¿vienes? Te estaba buscando por todas partes, han llegado varios clientes a la vez.

—Ahora mismo —respondió Pura.

Oyeron el rechinar de una silla al rozar el suelo.

—No he visto a sor Lucía desde que me jubilé —dijo rápida—, y de eso hace ya más de dos años. Ni la volví a ver ni a hablar con ella. ¿Necesita algo más? —Su voz sonaba impaciente.

No iban a sacar nada más, pensaron a la vez Cano y Karen.

—¿Podríamos pasar a verla?

—Sí, claro, vengan cuando quieran. Pero si es posible —añadió—, que no sea durante el fin de semana, tenemos mucho lío.

—No se preocupe, nos pasaremos hoy o mañana.

Pura colgó y la teniente dejó el teléfono encima de la mesa con rabia. Desde el primer silencio de Pura había vislumbrado la posibilidad de tener una visión de la monja diferente a aquellas que habían tenido hasta ahora, pero tendrían que esperar.

34

Madrid, 1980

Mariola curioseaba en una mesa llena de faldones y camisitas de batista. Una vendedora se le acercó.

—¿Es para un regalo? —preguntó.

—No, es para mí… —dijo un poco cohibida.

—¡Ah! —respondió la mujer observándole el vientre con curiosidad—. ¿Y para cuándo es?

—Para el verano —contestó Mariola.

—Pues qué poco ha engordado —dijo alegre la vendedora—, ¿no?

La dueña de la tienda interrumpió a la dependienta. Había observado la cara de la clienta y tuvo miedo de que se ofendiese y se fuese a otro comercio. Parecía una primeriza, se dijo encantada. Esta reunía todos los criterios, primípara añosa, como lo llamaban los médicos. Y con dinero, pensó, no había más que verla.

—Juani, acabe eso —dijo señalando el fondo de la tienda—, y deje, que ya me ocupo yo. Buenas tardes, señora, dígame —preguntó solícita—, ¿cómo puedo ayudarla? ¿Quiere tomar algo? ¿Un té a lo mejor?

Mariola, que se había quedado pálida ante la afirmación de la dependienta, se sintió protegida otra vez.

—Un vaso de agua, si no le importa. No me encuentro muy bien.

—No se preocupe, ahora mismo se lo trae Juani. Siéntese un momento a descansar.

Mariola se hundió en la butaca que le indicaba la mujer y apoyó la cabeza, se sentía mareada. La dueña le sirvió el vaso y le alargó con él una pequeña servilleta de lino y un plato con unas pastas.

—Bébase el agua y tómese una galletita, verá cómo se encuentra mejor.

Mariola obedeció y mordisqueó la galleta. El color volvió a su rostro.

—Muchas gracias, ya me siento mucho mejor.

La dueña sonrió maternal.

—No se mueva todavía, a ver si se va a marear otra vez. Dígame —preguntó la mujer—, ¿busca una primera puesta?

—La verdad es que necesito todo —suspiró Mariola.

La dueña sonrió encantada.

—Lo principal es hacer una lista de todo lo que va a necesitar y después podemos ponernos a mirar. Hay que hacerlo con tiempo porque algunas

cosas hay que encargarlas y tardan bastante, sobre todo porque nos acercamos al verano. Muchas de ellas las habrá pensado usted ya y otras se las podrán contar sus amigas, pero si quiere, lo miramos todo juntas. Tengo también una sección de ropa de embarazada por si quisiese llevarse algo ya.

Mariola sonrió encantada. Esa tienda era exactamente lo que necesitaba, la dueña la guiaría y no tendría que llamar a Lola. Esta no hacía más que darle consejos, lo sabía todo mejor, conocía todo y al final, elegía ella. Como su madre, todo el día encima suyo, diciéndole lo que tenía que hacer y decir, y empeñada en llevarla al campo, donde se aburriría a muerte. Además, pensó Mariola, seguro que Maite ya tenía en mente el plan de la habitación del bebé y había decidido hasta el color de las cortinas. Pues, se dijo, esta vez te vas a quedar con las ganas. Era su bebé e iba a elegir ella las cosas, ni su madre ni Lola. De la mano de la dueña aprendió un montón de cosas, eligió faldones, capotas y patucos. Escogió la cuna, el moisés y un enorme cochecito inglés. La dueña no olvidó tampoco el lado práctico: buscaron juntas pijamitas, gasas, tijeritas redondeadas y estantes a juego con la cuna y cómoda para los pañales. Mariola creía que habían acabado cuando la mujer le recordó que podían ver la sección de ropa de embarazada. Mariola enrojeció por no haber pensado en ello, pero la dueña no dio señal alguna de extrañeza. La llevó a una habitación separada por una cortina para resguardarla de miradas indiscretas y le sirvió un té mientras la instalaba en una cómoda butaca. Unos maniquíes con barrigas de diferentes tamaños presentaban los trajes anchos. Mariola se inquietó al ver el probador, pero la dueña le dijo que no hacía falta que se probase, que era una 38 y que solo eligiese los modelos que más le gustaban. Si alguno, al probárselo en casa, no le convencía, se lo podría traer de vuelta. Eligieron de una caja de raso un traje de baño y ropa interior de embarazada, la dueña sacó unos cómodos zapatos que le probó sin que se moviese y Mariola decidió llevarse también un cojín especial para la espalda que le había colocado la mujer detrás. Cuando acabaron y la dueña le preguntó si quería dejar una señal, Mariola propuso dejarle la mitad. La mujer sonrió, encantada ante esa clienta, que ni siquiera pedía un descuento ante tal encargo, y le regaló la lámpara de la habitación. Le envolvió en papel de seda unas cuantas cosas y propuso mandarle el resto a casa. Sobre todo, le dijo, no debía cargar pesos.

Mariola había pasado una tarde magnífica y decidió visitar a su madre para contarle. Por una vez, se dijo, Maite se sorprendería de lo que había conseguido hacer ella sola.

La doncella le abrió la puerta y le dijo que su madre había salido, pero que no tardaría en llegar. Mariola abrió el lazo de la bolsa de papel brillante con cuidado, sacó la ropita de entre los papeles de seda y la colocó expuesta sobre los sillones. Hizo y deshizo los lazos de raso de los

patucos y colocó una bola de papel de seda en la capota. Cuando oyó el timbre y los firmes pasos de su madre, salió a su encuentro, la cogió de la mano y la llevó al salón, donde Maite se detuvo asombrada ante el muestrario. Antes de que su madre pudiese decir nada, Mariola le dijo que ya no tenía que preocuparse, que lo había solucionado ella solita todo.

—Y que sepas que no soy tonta, hasta he comprado ropa de embarazada —añadió orgullosa.

Maite miró la cara arrebolada, comprendió el peligro que resultaba Mariola sola por la ciudad y se tragó lo que pensaba.

—¡Qué estupendo! Entonces, ¿lo has hecho ya todo?

Mariola pensó que a su madre le molestaría el no haber podido participar, pero el orgullo pudo más que el remordimiento.

—Todo —repitió ufana—, absolutamente todo. Ya te digo, hasta un traje de baño de embarazada.

—Supongo que no te lo habrás probado…

Se mordió la lengua y se arrepintió inmediatamente de la frase. Mariola se había quedado pálida con un faldón en los brazos. Sus ojos se llenaron de lágrimas y Maite tuvo la tentación de lanzarse a abrazar a su hija. Se controló y pensó que, por muy cruel que fuese, si Mariola no se daba cuenta de su situación y metía la pata, las consecuencias para ella podrían ser mucho más crueles que cualquier frase que pudiese decir ella jamás. Mariola intentó tragar las lágrimas y respondió con un hilo de voz.

—No ha hecho falta… La dueña sabía mi talla y me ha dicho —añadió vencida— que si algo no nos gusta lo podemos devolver.

Maite vio su rostro desencajado, sintió una profunda pena, puso cara indiferente y dijo:

—Mira qué bien. Pues como ya lo tienes todo, nos podemos ir al campo lo antes posible. Viene *fräulein* Helga a vernos.

Fräulein Helga había sido la niñera de Mariola. Era una alemana de una familia estupenda de Hamburgo que se había quedado sin dinero tras unas inversiones desastrosas de su padre, lo que la había obligado a colocarse de educadora. Cuando Mariola se casó, se compró una pequeña casita en un pueblecito del mar del Norte donde vivía tranquilamente, pero reaccionó con ilusión ante la perspectiva de pasar unos meses en la cálida, y sobre todo seca, España.

—¿Viene *fräulein* Helga? —preguntó Mariola asombrada.

Su madre asintió, contenta de haber previsto ya la situación.

—Viene a acompañarte y a echarte una mano.

—Pero si yo… —empezó a protestar Mariola.

—Mariola —zanjó—, no hay peros que valgan. Se ocupará de ti y de toda esa ropa que te has comprado, a ver si terminas de comprenderme. Y de paso tendrá cuidado de que no hagas ninguna tontería.

Maite no quería ni pensar en la escena de la tienda. Pero eso ya no tenía arreglo, así que, para evitar escollos futuros, nada como la firme *fräulein*

Helga. Pensó que habría que contarle la verdad, pero la alemana lo entendería, se pondría del lado de Mariola sin dudar y se convertiría en su sombra y cortafuegos. Jaime ya le había enviado el dinero y el billete de avión desde Hamburgo y en una semana se la podría recoger en Barajas.

—¿Lo sabe? ¿*fräulein* Helga lo sabe?

—Solo sabrá que no habéis podido tener niños, que vais a adoptar, pero que no queréis que se entere nadie y menos tu suegra. Lo entenderá perfectamente.

—Pero mamá —protestó—, no habías dicho…

Maite no se atrevió a decir que sus excursiones por Madrid podían hacer saltar todo por los aires y que, entre eso y que *fräulein* Helga se enterase, la alemana era el mal menor. Ella mantendría al servicio a raya, se ocuparía, como siempre había hecho, de la ropa de Mariola y cuidaría de que nadie se le acercase demasiado.

—He pensado que nos vendría bien un poco de compañía. En cuanto llegue nos trasladaremos al campo.

—Pero mamá, ya no tengo edad…

—¡Mariola! —exclamó la madre impaciente—. No discutas conmigo, ya está. Vete a la cocina y di que me traigan una copa de vino, por favor.

—Yo me puedo tomar un *gin-tonic*.

—Pero Mariola, hija, ¿tú eres tonta o te lo haces? ¡Estás embarazada! Si quieres media copa de vino, pase, ¡pero nada de tomarte un *gin-tonic*! ¿Ves cómo necesitas niñera? —resumió.

Mariola sintió los ojos llenarse de lágrimas otra vez. Su madre tenía razón, le diría a Fernando que no se encontraba bien, se iría al campo y se pondría en las manos de su antigua institutriz.

35

Sierra de Madrid, 1980

Hacía tan buen tiempo que apetecía nadar, pero el arreglo de *fräulein* Helga no resistiría el agua. La alemana había ideado una especie de cojín abierto por detrás que iba rellenando con goma espuma de hacer almohadones comprada en una mercería del centro que guardaba en su cuarto. Había cosido una goma muy ancha que sostenía el invento y la tripa de Mariola crecía cada día un poco más. La ropa de embarazada completaba el cuadro y la joven, sentada en una mecedora, era la viva imagen de la maternidad. Amalia, preocupada por el heredero, había pasado a verlas. Las explicaciones de *fräulein* Helga y la mano que Mariola, siguiendo las indicaciones de su madre, se colocaba continuamente en los riñones la habían dejado contenta. Se había vuelto a Navarra satisfecha, diciendo que por la forma del vientre era seguro un chico, en lo que la alemana coincidió. Cada quince días Jaime mandaba el coche al campo a recogerlas para bajar al médico. Madre e hija almorzaban en Madrid en algún restaurante céntrico de lujo para no encontrarse matrimonios amigos, pero sí a maridos en comidas de negocios, a los que saludaban efusivamente dando el parte del embarazo para volverse inmediatamente a la finca. Estos contarían en sus casas que habían visto a una Mariola embarazada comiendo con su madre, sin que ellas hubiesen corrido el riesgo de toparse con alguna amiga deseosa de tocarle la tripita. Maite dudaba qué hacer con el mes que quedaba de verano. Siempre iban a San Sebastián y quedaría raro si no lo hacían, se decía. Tendría que enclaustrar a Mariola, decir que se encontraba mal y salir solo en días de lluvia o muy pronto por la mañana. Pero, se preguntaba, ¿cómo evitar las visitas? ¿Cómo evitar la mano de la amiga que pregunta, «puedo ver si se mueve?». Si decían que necesitaba reposo absoluto, la vendrían a ver y, si podía salir, el riesgo era incalculable. Era mejor quedarse todo el tiempo posible en la finca, pero el encierro empezaba a hacer mella en el ánimo de Mariola, que nunca había sido una gran lectora, y que, separada de sus amigas y de su casa, a pesar de toda la conversación de la antigua institutriz, se aburría. A lo mejor, pensó Maite, San Sebastián no era tan peligroso si decían que Mariola estaba con vómitos y no quería ver a nadie, que se encontraba fatal. El bebé le apretaba el estómago y no conseguía pasar una hora sin ir al baño. Estaría en el jardín, vería el mar y

saldría un poco. Entrarían con el coche en la casa, abrirían los postigos y nadie pensaría nada raro, solo que ya habían llegado los Beamonte, y ella contaría lo mal que llevaba Mariola los últimos meses en los aperitivos y cenas de rigor. *Fräulein* Helga se ocuparía de evitar las visitas. Como las dos amigas íntimas de Mariola no veraneaban en el norte, las únicas a las que no hubiese podido evitar no representaban peligro. Fue a buscar a la alemana para consultarle y esta coincidió en sus alegatos. A Mariola, en un principio, le encantó la idea, pero cuando la respuesta a la pregunta de «podré salir» fue un *no* rotundo, se enfureció.

—Creéis que soy tonta y no sé cuidarme, ¿verdad? Que dejaré que me toquen la tripa y se enteren. ¡No voy a dejar a nadie acercarse! ¡Quiero ir a San Sebastián!

Maite y *fräulein* Helga se miraron y pensaron que Mariola seguía siendo la criatura caprichosa de siempre. Bueno, se dijo su madre, en San Sebastián perderían a Fernando, que subía religiosamente por las tardes al campo para bajarse por la mañana bien temprano a Madrid. Los fines de semana iría, pero se ahorrarían los manejos que tenían que hacer todas las noches aunque durmiesen separados. Maite se decidió, irían al médico una vez más y se mudarían.

36

Madrid, 1980

Inmaculada observaba el jardín del convento desde la ventana. Los gruesos muros protegían el edificio del calor exterior y la temperatura en la cocina era muy agradable. Sentada en una cómoda silla troceaba verduras para un gazpacho y suspiró satisfecha. Desde que habían comenzado las vacaciones Conchita se desvivía por sus hermanos. Carmen seguía en el centro, que no cerraba más que unas semanas en agosto, y la mayor llevaba cada día a los pequeños a la Casa de Campo o a la piscina municipal. Había unos cursos de natación para niños y les habían dado plazas por ser familia numerosa. El bebé se movía en su vientre, aunque también parecía amodorrado por el calor y sus movimientos eran más lentos que unas semanas atrás. Inmaculada no se había dado cuenta en los otros embarazos de cómo se movían sus hijos, pero tampoco había vivido nunca una gestación tan tranquila como esa. Había pasado por la consulta del doctor Del Valle, que se había despedido de ella porque se iba unos días a la playa, aunque le aseguró que, ante cualquier emergencia, volvería a Madrid. Inmaculada se levantó, se sacudió el delantal y llevó las fuentes llenas de hortalizas a la hermana que las pasaría por la trituradora. Sor María, la jefa de la cocina, le sonrió.

—Qué, Inmaculada, ¿quieres llevarte un poco para los niños? Así te ahorras hacer un plato.

Ella sonrió y aceptó. Las monjas eran encantadoras, no le dejaban hacer mucho, solo lo suficiente para que no se sintiese inútil. Hablaban con ella, le preguntaban por los niños y le contaban de sus familias. Pero nunca mencionaban su estado. Cuanto más avanzaba el embarazo y su vientre crecía, las monjas de la cocina salían cada tarde a despedirla, le ofrecían una bolsita de dulces, un gazpacho como hoy la hermana o incluso unas croquetas. Nada importante, pero siempre con el afán de mostrar su amistad y evitarle trabajo al llegar a casa. Una tarde, mientras limpiaban judías juntas, la hermana María le había dicho que creía que tenía demasiadas casas. Inmaculada la miró asombrada, no solo por el hecho de que lo supiese, sino por tocar un tema de la vida exterior que no fuesen sus niños. Se lo habría dicho Primi, pensó. No supo qué contestar; no sabía hasta qué punto podía saber la hermana y hasta qué punto se imaginaba la vida exterior. Ella solo llevaba unos meses pasando los días

en la cocina y se dijo que vivir era muy fácil entre las paredes protectoras, el jardín y los muros que rodeaban el convento. Asintió y aseguró que ya estaba buscando una casa fija, a lo que la hermana María sonrió y le dio una palmadita en el hombro.

Cuando llegó a casa se tuvo que parar en cada descansillo. No se oía ningún ruido y pensó que Conchita no debía haber llegado aún. Hacía mucho calor, metió el gazpacho en la nevera y sacó un hielo para refrescarse un poco. Sintió un pinchazo en el vientre y tuvo miedo. Se preguntó qué pasaría si se ponía de parto y el doctor Del Valle no estaba en Madrid, en cómo avisaría a sor Lucía. Se dijo que tendría que hablar con Conchita para que la metiese en un taxi hacia Santa María de las Nieves si empezaban las contracciones y pensó que ya era hora de hacer la maleta del hospital. Se tumbó, intentó respirar tranquilamente, los pinchazos cesaron y se adormiló. La despertaron las voces de los niños. Conchita, al ver a su madre en la cama, se asustó.

—Mama, ¿está todo bien?

Inmaculada se incorporó y sonrió.

—Sí, solo unas punzadas. Tengo que hacer la maleta de la clínica y preparar un sobre con dinero para el taxi. Si me pongo de parto, tengo que ir a Santa María de las Nieves.

—No te preocupes, mama, ya lo hago yo. ¿Quieres que haga unas tortillas para cenar?

Inmaculada asintió.

—He traído un tarro de gazpacho de primero.

La niña desapareció e Inmaculada se recostó en el almohadón. Pensó en el peso que había caído sobre los hombros de la Conchi desde que se había quedado embarazada. Pero, se dijo, ya casi estaba, no le quedaban más que unas semanas y ella volvería a ocuparse de todo. Cerró los ojos. Desde que no corría de un lado a otro y tenía el trabajo fijo en el convento, todo parecía mucho más fácil. Se acordó de que la hija de doña Adela, la señorita Pilar, buscaba a alguien. No te engañes, se dijo a sí misma, también es todo más fácil porque en el convento pagan más. Además, pensó, el Camilo trae algo de su sueldo en vez de dejarlo todo en el bar o en las tragaperras. Y porque desde hacía meses Camilo no le ponía ni a ella ni a los niños la mano encima. Inmaculada pensó en cómo le había conocido en las fiestas de su pueblo. Camilo había apartado a su novio de toda la vida para bailar con ella y a ella le había parecido guapo, fuerte y apuesto. Un hombre capaz de proteger, se había dicho, y no el jovenzuelo desgarbado con el que bailaba, que la había dejado partir sin decir una palabra. Un hombre guapo y fuerte que le había dado la primera bofetada cuando se fueron de luna de miel a Benidorm porque decía que los hombres la miraban y, a partir de entonces, nunca había parado. ¿Qué haría después del parto?, se preguntó. ¿Empezar con sus casas y sus escaleras otra vez? ¿Cómo reaccionaría el Camilo? Emilia tenía razón,

pensó, a lo mejor tendría que pensar en dejarle. Al fin y al cabo, se dijo, el alquiler y los gastos los ingresaba ella. Si se colocaba con la señorita Pilar, estaría fija, y en la familia de doña Adela siempre habían pagado bien. Y seguro que ella también la daría de alta en la Seguridad Social. Si le faltaba algo, cogería costura o plancha para casa y la Conchi podría echarle una mano. Se imaginó una nueva vida, un nuevo trabajo, a la Conchi con sus libros, los niños jugando con el fuerte y a todos sin el miedo latente de escuchar abrirse la puerta. Pero, se preguntó, ¿cómo dejarle? Le podría preguntar a la señora Calderón en cuanto diese a luz, ella sabría cómo lo podía hacer. Inmaculada se colocó de lado y suspiró aliviada. Metió los dedos entre el tejido de ganchillo de la colcha y pensó en las ágiles manos de su madre cosiéndola. Ella hubiese estado de acuerdo, se dijo. Antes de volverse al pueblo tras el nacimiento de Marcos se lo había dicho: «Inma, este hombre va a acabar matándote, déjale, vuélvete al pueblo, ya veremos cómo nos organizamos». Pero entonces ella no se había atrevido, todavía pensaba que podía cambiar. Ahora sabía que no, esto era solo una tregua. Hablaría con la señora Calderón, ella la ayudaría.

37

San Sebastián, 1980

La doncella dejó el teléfono apoyado en la mesita y salió a la terraza frente al Cantábrico donde estaban sentadas Maite, Mariola y *fräulein* Helga jugando a las cartas.

—Señorita, es de la clínica, al teléfono.

Mariola se fue a levantar, pero su madre la contuvo.

—No te muevas, ya voy yo.

Dejó sus cartas, se levantó, fue al pasillo y cogió el teléfono.

—Sí, diga —contestó.

—¿Doña Maite? Soy sor Lucía. Se tienen que empezar a trasladar a Madrid.

La mujer se puso en pie.

—¿Hoy mismo?

—No se precipite, en los próximos días es suficiente. Pásense por la consulta el viernes por la mañana.

Maite reflexionó, era martes por la tarde. Mariola tendría que empezar a encontrarse mal esa noche. Si salían mañana por la mañana, por la noche podrían dormir en Madrid.

—Muy bien, ahí estaremos.

Salió a la terraza, donde Mariola barajaba. Sonrió y dijo:

—Mariola, tienes muy mala cara. Mañana nos volvemos a Madrid.

—Pero si… —empezó a decir la joven.

—No debemos correr ningún riesgo —contestó acariciándole la cara—, mañana a primera hora salimos.

Fräulein Helga asintió y se levantó para ir a hacer las maletas. Maite fue al despacho, cerró la puerta y llamó a Jaime, que escuchó a su mujer. El hombre colgó y le pidió a su secretaria que le pusiese con el despacho de Íñigo Garrido. Tras un intercambio de saludos e informaciones sobre el paradero de sus mujeres, le explicó lo que quería.

—Íñigo, sabes que tengo a Mariola a punto de caramelo, ¿no?

—Sí, claro —contestó el otro—. Me la encontré comiendo con Maite hace unas semanas. ¿Quieres que libere a Fernando?

—¡No! —exclamó Jaime—. Precisamente por eso te llamo. A Mariola, estas modernidades del padre acompañándola en el parto no le van nada y no se atreve a decírselo, así que, si tuvieras alguna cosa fuera de Madrid,

mejor que mejor. Está Maite todo el día dándome la lata con que se lo quite de encima, que la agobia a ella también.

El otro lanzó una carcajada.

—Menuda suerte tiene Fernandito. Mis hijas están a la última, hasta hacen a sus maridos ir a aprender a respirar. Mi yerno casi se echó a llorar la última vez del ridículo que pasó. Tú no te preocupes, que o lo saco de Madrid o le coloco en un caso que le tenga bien ocupado. Dale un abrazo a Maite y dile a Mariola que ya les gustaría a mis yernos.

Jaime rio, le dijo que tenían que quedar a comer y colgó.

38

San Lorenzo, 2015

Las montañas de la sierra ya aparecían en el horizonte y llegaron a San Lorenzo en menos de media hora. Suárez les había mandado la dirección del doctor Encina y Cano conocía la calle. La casa del médico era un *chalet* pequeño pero muy cuidado, en la ladera del monte Abantos. Tenía las paredes de granito, la cubierta de pizarra y unas contraventanas verdes que le daban un toque de color. Había un coche en la entrada y tocaron el timbre, pero nadie acudió a abrir. Se oía un motor y se dirigieron al jardín. Un hombre joven, con cascos en la cabeza y armado con un soplador, acumulaba hojas y pinaza en una esquina. No los vio ni los oyó y se tuvieron que colocar delante del chorro de aire que levantaba tanto las hojas como el polvo. El joven se sobresaltó al ver los dos uniformes y detuvo el motor. Cano le hizo una seña para que se quitase los cascos.

—Muy buenas. ¿El doctor Encina no está?

—No —contestó el joven—, ha salido a echar una partidita de golf. Como hacía tan buena tarde…

—¿Cuándo cree que volverá? —inquirió Karen.

—Pues ni idea… —dijo mientras paraba la música—. Pero al anochecer estará seguro de vuelta porque no me ha encargado que le dejase las farolas encendidas. ¿Quieren que le deje recado?

—¿Tiene su teléfono móvil? —preguntó Cano.

—No gasta… —respondió el joven sacudiendo la cabeza—. Ya sabe, la gente mayor. Las hijas le compraron uno, pero no lo ha sacado de la caja. Si quieren le dejamos una nota en la puerta, eso hago yo siempre.

Cano sacó su cuaderno, escribió su número en una hoja que engancharon en el marco de la puerta y se despidieron. Ya en el coche, Karen propuso dar una vuelta por el pueblo mientras esperaban.

Cano asintió y dejó el coche en una calle atravesada por unos antiguos raíles.

Karen fijó su mirada en ellos.

—¿Había en el pueblo un tranvía? —preguntó.

Cano negó con la cabeza.

—Parte del proyecto del Casino. La sociedad quebró, pero los raíles se quedaron. —Señaló una casa de pisos—. Ahí vivo yo.

Karen observó un edificio de ladrillo de finales del siglo XIX. La calle

estaba bordeada de castaños, ahora sin hojas, pero que debían formar un túnel verde en primavera. Suárez llamó para informar de que no había encontrado a ningún paseante asiduo que hubiese visto a la pareja que buscaban. Ya en la plaza, Cano miró a la teniente un momento, dudó y preguntó.

—¿Le importa que entre en esa tienda para comprarme algo para cenar? Como he salido tan pronto no me ha dado tiempo…

—Claro, Cano, vaya. Lo acompaño, a lo mejor encuentro algo también.

La tienda tenía un escaparate que daba a la plaza, pero la entrada estaba en la calle perpendicular. El brigada empujó la puerta y dejó pasar a la teniente, que se quedó asombrada mirando el interior. El olor a café recién molido y el jamón se mezclaban en el ambiente. De frente, el mostrador de quesos, que no tenía nada que envidiar a las queserías holandesas, seguido por el de la charcutería, con varios jamones y los chorizos y lomos apilados como troncos de árboles. Las estanterías podían competir con cualquier tienda *gourmet* de Madrid, desde dulces de monjas y miel artesanal hasta todo tipo de legumbres de la zona. Al fondo, una bodega surtida con un abanico de botellas escogidas, de los precios más asequibles a los grandes vinos. Un hombre vestido con una bata blanca, con el pelo muy corto, gafas negras y rasgos muy marcados los saludó.

—Hombre, José Luis, qué hay.

—Muy buenas, Guillermo. ¿Qué tal tú?

—Aquí, pasando el tiempo… ¿Qué se te ofrece?

—Me voy a llevar un pedazo de empanada de bonito —dijo Cano observando la vitrina—. Y un poco de York, por favor.

Karen recorría las estanterías con la vista: un saco de fabes y una morcilla que reposaban en el mostrador le dieron unas inmensas ganas de comer una fabada. Vio una cesta de setas ante los huevos y preguntó:

—Perdone, ¿eso de ahí son níscalos?

—Sí —sonrió el dueño—, me los han traído esta mañana. No hay muchos este otoño con la sequía que hemos tenido. ¿Le pongo unos cuantos?

Karen asintió. El hombre llenó una bolsa de papel y le preguntó si quería pan, añadiendo, al ver sus dudas, que también podía cortarle media barra. Karen aceptó y pagó el total junto con una botella de vino tinto. Cano confirmó para sí que vivía sola. Ya en la plaza, Karen exclamó:

—Empiezo a comprender que viva aquí.

—Sí —sonrió Cano—, La Carpetana es una institución, no creo que haya algo que, de no tenerlo, no consiga.

Ya en la calle se cruzaron con un señor vestido con sombrero, traje y corbata que saludó a Cano y se quitó el sombrero, muy ceremonioso, ante ella.

—Mi teniente, este es Juan, el alma del club de golf durante años. Justo hemos estado hablando del club ahora mismo…

El hombre se apoyó en su bastón y sonrió.

—Un magnífico día para salir al campo y tomarse después una copita en el bar…

Se alejó con la ayuda del bastón y Cano se dirigió a la teniente.

—¿Nos acercamos al club? —propuso—. Si, efectivamente, se queda a la copita, a lo mejor nos llama mañana…

Karen asintió. El Club de Golf de La Herrería estaba a las afueras del pueblo, en la carretera de Ávila. Atravesaron el cuidado campo y en la entrada del edificio herreriano de una planta se dirigieron a una mujer en una pequeña oficina.

—Buscamos al doctor Encina. —La mujer los miró asustada y Karen sonrió—. Creemos que nos puede ayudar con unas preguntas en las que es un experto.

La mujer suspiró aliviada y sonrió a su vez.

—Lo he visto pasar. Supongo que hará solo nueve hoyos, se hace pronto de noche. Esperen, que me entero.

Entró en la oficina y habló unos segundos por teléfono.

—Lo que les dije, nueve —confirmó—. Pasa siempre por aquí antes de irse, le pueden esperar en el bar, si quieren. O en El Hoyo 19, es un salón cerrado y estarán más tranquilos.

No llevaban más que unos minutos en la salita repasando las notas del restaurante y la declaración de los tortolitos cuando un señor mayor abrió la puerta. Era alto y delgado, aunque sin el aire demacrado que provoca la edad. Lucía un moreno fruto del aire fresco y demostraba una agilidad asombrosa para los años que debía tener. Llevaba unos pantalones de pana fina, una camisa de cuadros y una chaqueta de corte deportivo de lana y el pelo blanco impecablemente peinado hacia atrás.

—Buenas tardes, ¿me buscaban? Soy Pepe Encina —dijo acercándose a ellos con seguridad.

—Teniente Blecker, brigada Cano, Guardia Civil —se presentó Karen —. Perdone que le molestemos, pero hemos pasado por su casa y su jardinero nos ha dicho que le encontraríamos aquí.

—Ah, sí —contestó el hombre—, Lucas. Un buen chico, aunque le gusta demasiado el soplador. Mi antiguo jardinero quitaba las hojas con el rastrillo y el sonido era muy agradable. Pero, claro, el chico quiere acabar rápido y a él el ruido le da igual. Siempre anda con los cascos en la cabeza, aunque entre la música que escucha y el soplador no hay mucha diferencia. Para no discutir me vengo a jugar cuando trabaja. Pero ustedes no vienen a enterarse de las manías de mi jardinero, supongo.

Karen sonrió.

—No. Come a menudo en el restaurante La Horizontal, ¿verdad?

—Sí —contestó—, prácticamente a diario. La manera de evitar la mala

cocina de mi asistenta y, sobre todo, sus telenovelas. Ya sabe, cuanto más mayores nos hacemos, más intolerantes somos. —Sonrió al ver sus caras —. Vienen por la monja, supongo. —Se rio ante el gesto de asombro de la pareja—. En el pueblo no se habla de otra cosa…

—Sí —asintió Karen, contenta de ahorrarse las explicaciones—. Parece que subió andando por la carretera del restaurante. El lunes comió usted arriba, ¿verdad?

—Antes de ayer —confirmó—. Normalmente subo y bajo andando, a no ser que llueva a cántaros. El lunes hacía frío, pero el tiempo era soleado e iba a pie. Subí hacia las dos y bajaría pasadas las tres.

—¿Se acuerda de haberse encontrado a alguien por el camino?

El hombre no dudó.

—Claro. Cuando subía ya bajaban los Casulla, otros asiduos del restaurante. Pero esos —dijo con un gesto despectivo— andan poco y van a todas partes en coche. Y claro, cuanto menos andan, peor van. Hasta que un día no consigan levantarse del sofá y se encuentren en la silla de ruedas. Entonces van al médico y dicen, «doctor, doctor, ¿no hay una pastilla?». —Una mueca se marcó en su cara—. ¿Saben que a partir de cierta edad perdemos un diez por ciento de la masa muscular por año? Pero como se supone que la química lo arregla todo… ¡Y encima me tienen que dar pena! Vienen a mí y esperan que tenga la panacea. Pues no. Y cuando les digo que se cojan un fisioterapeuta y paseen todos los días, me miran con miedo. Ninguno me hace caso. Así que ya no digo nada más.

Cano había abierto su bloc para consultar la lista de los clientes que les había dado la encargada del restaurante. Asintió con la cabeza en dirección a Karen.

—¿Y al bajar?

—Pues también. Bajo por la calle principal, así que me encuentro a todos los que suben. Subió un coche, un Mercedes negro. Es del pueblo, lo he visto ya varias veces. Iba por el centro de la calzada y demasiado rápido para la calle. Me fastidió, porque no piensan en los que pasean. Y todavía hubo suerte, porque justo después de adelantarme ellos me di la vuelta, levanté la mano para que frenasen y vi a las monjitas salir del recinto del Felipe II. Si salen unos segundos más tarde, el animal se las podía haber llevado por delante.

Karen repitió mientras Cano consultaba el bloc.

—¿Unas monjitas saliendo del recinto?

—Sí —dijo el médico—, el antiguo hotel, el que ahora se utiliza para cursos de verano. Lo atraviesa una carretera por la que se puede pasar, aunque no esté ocupado. Es el camino más rápido para llegar al monte desde algunos puntos del pueblo.

Karen, que todavía no se conocía las calles de San Lorenzo, miró a Cano, que asintió.

—¿Sabe dónde está el convento de las carmelitas? —le preguntó.

—Sí, claro.

—¿Por dónde subiría usted para pasear por el camino de La Horizontal si saliese de ahí?

El doctor Encina no vaciló.

—Pues subiría por la calle de la presa y atravesaría el Felipe, vamos, el hotel. Si no, tendría que bajar al pueblo para subir toda la cuesta otra vez, sería un rodeo.

—¿Y siguiendo ese camino saldrían por donde usted las vio?

Asintió.

—Claro. Subían hacia La Horizontal, pero yo no las vi más que un momento.

—¿Y dice que eran dos monjas?

El hombre se encogió de hombros y frunció el ceño.

—Lo supuse, aunque solo una llevaba el hábito. Pero era blanco, no era carmelita.

Karen pensó fugazmente en las concepciones del saber. No se consideraba especialmente inculta, pero estaba claro que, en lo que a la religión se refería, se situaba bien por debajo de los conocimientos básicos de San Lorenzo. Suspiró y se preguntó si conseguiría entender a la gente. Cano inquirió:

—¿Por qué dice entonces «las monjitas» si solo una llevaba el hábito?

El hombre juntó las puntas de los dedos y reflexionó.

—Buena pregunta. ¿Por qué supuse que eran dos monjas? ¿La forma de andar? ¿El largo de la falda? No lo sé, la verdad.

—¿Recuerda cómo iba vestida? ¿Algún detalle? —preguntó Karen.

Frunció un momento el entrecejo intentando recordar.

—Casi les podría asegurar que iba de azul marino. Morena. Falda más bien larga, puede que por eso pensase en una monja, debía llevar un largo que no era ni carne ni pescado. Abrigo, no, porque no me hubiese fijado en la falda, debía ser chaquetón. Y una manera ligera de andar, no sé si me explico, subían a buen paso. ¿Ve? Todo condicionamiento. Pienso en monja, pienso en mujer de edad. Anda a paso ligero, vida sana; falda medio larga, hermana laica. Pero, pensándolo bien, no tenía por qué ser una religiosa.

Karen suspiró y se dijo que era una pena que no hubiese bajado unos minutos más tarde. Se hubiese encontrado a las dos mujeres de frente y no se imaginaba mejor testigo que el doctor.

—¿Vio a alguien más? —insistió.

—Sí —respondió el hombre sin dudar—, casi al torcer hacia mi casa me adelantó un todoterreno que bajaba. Estaba ya en el restaurante, lo vi cuando salí. Un BMW X5 plateado. Lo recuerdo así de bien porque mi yerno tiene el mismo, debe ser el coche de moda.

Karen y Cano intercambiaron una mirada pensando que coincidía con el coche de la pareja de tortolitos. La hora la confirmaban, pero si

aceptaban la exactitud del testimonio de Pepe Encina perdían la posibilidad de encontrar a alguien que hubiese podido ver a las dos mujeres de frente. El Mercedes que subía no se podía haber cruzado con ellas. Le dieron las gracias, se despidieron y salieron del club.

La luz empezaba a menguar y solo el zócalo de piedra del edificio seguía bañado por los rayos del sol invernal. El aire fresco los hizo respirar y los despejó de la modorra causada por el ambiente cálido, los asientos de cuero rojos y las alfombras del interior del club. Karen miró el reloj.

—Cano, me bajo a Madrid, no hay mucho más que podamos hacer aquí hoy. Llegaré justo a tiempo de encontrar a sor Gabriela en el turno de noche, así que me pasaré por el hospital a verla sin la madre Verónica de niñera. Llame a la casa rural y avise a Pura Castro de que pasaremos mañana. Quedamos en Madrid a primera hora para ir a los archivos del hospital.

—Si nos damos prisa —dijo Cano tras un rápido vistazo al reloj—, le da tiempo a coger el tren de las siete. No se olvide de su cena —dijo señalando la bolsa del colmado.

Karen se volvió y cogió los níscalos. Estaba cansada y pensó que no le iba a apetecer ponerse a picar, aunque solo fuese ajo y perejil. Como si Cano le hubiese leído el pensamiento, dijo:

—Una hora de tren, solo. No los aparque en la nevera, sería una pena. Ya ha oído que no hay muchos.

Karen sonrió y lo miró con aprecio. Cano atravesó el campo otra vez, salió a la carretera y bordeó el monasterio, cuyo color, se dijo Karen, era completamente diferente al de la mañana. En la estación del pueblo de abajo se despidieron, la teniente descendió las escaleras rápidamente y se dirigió al andén.

39

Madrid, 2015

El tren estaba silencioso, pero Karen se sintió incapaz de sacar su libro. Se colocó unos pequeños cascos para aislarse y pulsó el icono del reproductor de música de su teléfono sin elegir archivo. Un concierto de piano de Beethoven que debía haber dejado a la mitad resonó en sus oídos. Inclinó la cabeza contrariada para ponerlo desde el principio y cerró los ojos para escuchar. La voz educada de la Renfe interrumpió la música informándola, con el sonido amortiguado por los cascos, de las estaciones y sus peligros. «Estación en curva —dijo la voz—, tengan cuidado para no meter el pie entre coche y andén». El paternalismo, pensó Karen, se extendía en España también. Cada vez que veía un cartel de aviso, sus dos yos luchaban dentro de ella. El yo del guardia civil que quería evitar accidentes y el suyo propio, que le decía que quitarle a la gente la responsabilidad de mirar dónde ponía los pies era mermar su capacidad de decisión. No dudaba que había que poner pasos de cebra, pero era partidaria de mirar antes de cruzar. Si no se le dejaba una mínima responsabilidad al ciudadano, llegaría un momento en el que se sentiría incapaz de hacer el más mínimo esfuerzo sin el cartelito estatal. Y, se dijo Karen, solo un Estado totalitario podía controlarlo todo. Todas las desgracias posibles, pero también con ellas las libertades, que bajo el control dejaban de serlo. Por muy perfecto que fuese un Estado, nunca podría evitar todos los peligros, siempre quedaría un trozo de río sin vallar, un puente sin barras de seguridad. La voz grabada anunció la estación de Nuevos Ministerios. Se levantó con un suspiro, descendió y anduvo hacia el metro. Al ver el reloj de la estación, se dijo que, aunque el turno de noche no habría empezado, la madre Verónica les había dicho que sor Gabriela llegaba antes para controlar las cenas y la medicación, y se dirigió a la clínica.

El edificio estaba bien iluminado y la entrada tenía todavía mucho movimiento. Unos visitantes se dirigieron con ella hacia la unidad de la mujer y Karen pensó que serían padres recientes o visitas a una madre que acababa de dar a luz. Tomó el ascensor con dos hombres jóvenes cargados con bolsas que se observaron mutuamente hasta que uno de ellos rompió a reír.

—Qué, pasa tío, ¿también has *pringao* a buscar un Maxicosi?

El otro respondió con una carcajada.

—¡Ya te digo! Tres meses comprando cosas, que entre la suegri y sus amigas no se han cortado un pelo hasta fundir la tarjeta. Ayer le pregunté si faltaba algo en el puto maletón que se lleva. Y me dijo «alguna cosilla». Digo yo que para qué tanto bulto si luego se te olvida la mitad. Ni la lista de los Reyes Magos…

Karen no pudo más que sonreír mientras el otro asentía comprensivo.

—Pues espero que no hayas comprado nada sin tique, seguro que encima está todo mal. O no te has enterado y lo que era imprescindible esta mañana, ahora ya no lo es…

El ascensor se paró con un pitido y las puertas se abrieron. Cuando Karen dio un paso hacia delante, los dos hombres apartaron sus bolsas para dejarla pasar y salir tras ella, despidiéndose y diciendo que probablemente se encontrarían en el bar.

—Vamos a necesitar la copa en vena —exclamó uno— después de la bronca que nos van a echar por llegar tarde y traer todo mal.

El otro resopló.

—Valor y al toro, chaval. Nos vemos.

Se alejaron por el pasillo sin pararse en la sala de las enfermeras. Karen se detuvo delante del cristal y vio la toca inclinada sobre un informe.

—¿Sor Gabriela? —preguntó.

La religiosa levantó la cabeza inmediatamente. Era una mujer de unos sesenta años con una cara amable y la piel suave. Al ver a la guardia, sus rasgos se endurecieron de modo imperceptible, y Karen se dijo que ya sabía de la muerte de sor Lucía.

—Viene por la hermana Lucía —afirmó.

—Sí, soy la teniente Blecker.

Sor Gabriela guardó silencio y Karen continuó.

—Supongo que ya sabe que las circunstancias de la muerte de sor Lucía no son claras. Intentamos dilucidar lo que pudo pasar exactamente. Al parecer, antes de morir, sor Lucía paseó por San Lorenzo acompañada de una mujer de mediana edad, morena y con una voz agradable. ¿Podría usted imaginarse de quién se trataba? Parece que esa misma mujer vino a buscarla a planta el lunes cuando usted ya había salido del turno de noche. Habló con su compañera, Marta.

La monja apiló los papeles sobre su mesa.

—Lo sé —asintió mirándola fijamente a los ojos—, la hermana Berta me ha informado.

—¿Tiene usted alguna idea de quién era? —repitió la teniente—. ¿Y de por qué buscaba a sor Lucía? A Marta le dijo que su madre había dado a luz aquí. ¿Sabría de alguien que pudiese desearle algún mal a sor Lucía?

La monja mantuvo su mirada escudriñadora y Karen tuvo que pensar en la descripción de Beatriz Cabañas: «un ejército ejecutor que no discute». Había una dureza y rigidez tras la máscara de dulzura y suavidad

que solo podía ser fruto de años y años de entrenamiento bajo una disciplina férrea. Supo que no iba a decirle nada antes de que comenzase a hablar.

—No —Sonrió—, desde luego que no. Sí me puedo imaginar que la buscase alguien, eso ocurre continuamente, pero se trata siempre de personas agradecidas. Sor Lucía montó esta maternidad prácticamente de la nada. Y ya ve, no tenemos nada que envidiarles a los otros hospitales. Ya han hablado ustedes con la hermana Berta, que les ha dado una visión de la labor de sor Lucía aquí. —Se encogió de hombros—. No sé qué podría añadir yo —dijo con humildad—, a no ser que le dijese que era, para todas nosotras, un ejemplo a seguir.

—Ya —dijo Karen cansada—, muchas gracias.

La monja se levantó y se volvió cuando Karen tuvo una intuición y la detuvo con una afirmación.

—Bueno, Beatriz Cabañas parece una sustituta a su altura.

La monja reaccionó como si la hubiesen abofeteado y Karen se alegró de haber provocado una fisura en la coraza. Era la primera reacción espontánea desde su llegada. Levantó la barbilla y abrió la boca para responder, pero la disciplina férrea ganó. Sonrió.

—Beatriz Cabañas es muy buena enfermera, sí, desde luego. —La mandíbula en tensión contradecía la sonrisa con la que respondió—: Aprenderemos mucho con ella.

La teniente asintió, se despidió y se dirigió hacia el ascensor. Sacó una libreta del bolso e intentó escribir exactamente las palabras de la religiosa. Cuando las puertas se abrieron oyó unos pasos que se acercaban corriendo. Colocó el pie en la apertura para bloquearlas y vio aparecer a uno de los padres del ascensor a toda velocidad.

—¡Gracias! —exclamó.

No pudo resistir la tentación de preguntarle:

—¿Y? ¿Ya ha entregado todo?

—Puf —respondió este con un resoplido—. No se puede imaginar lo que es esto… Pero bueno —exclamó contento—, todo ha salido bien. ¡Dos chavales! Es lo principal, ¿no?

—¿Gemelos? —inquirió Karen sonriente.

—Sí.

Las puertas del ascensor se abrieron en la planta baja y, como la cafetería estaba en el sótano, Karen se iba a despedir, suponiendo que el otro seguiría hacia abajo, pero el joven se bajó con ella y siguió a su lado hacia la salida mientras hurgaba en el pantalón. Por fin encontró lo que buscaba y un paquete de tabaco apareció en su mano. Bajaron las escaleras juntos mientras le contaba lo rápido que había ido todo. Encendió el cigarro, respetando las consignas de «prohibido fumar», solo tras pisar la calle, se dio cuenta de que ella seguía a su lado y abrió la cajetilla otra vez.

—Perdone, no le he ofrecido. ¿Quiere uno? —preguntó solícito.

Karen iba a rechazarlo, pero un pitillo le apetecía y el joven, sin que supiese por qué, la intrigaba. Sonrió y cogió uno dándole las gracias. El hombre le contó excitado que eran sus primeros niños, que, aunque llevaban cuatro años casados, hasta ahora no habían podido, y eso, añadió, que los dos eran jóvenes. Karen sonrió y contestó como se esperaba de una compañera de tabaco: «ahora lo que vale es que están aquí, qué estupendo». Pensó que podría preguntar lo que habían pesado, cómo se llamaban o incluso si ya los había inscrito como socios en algún club de fútbol, pero le dio vergüenza inmiscuirse tanto en la vida de alguien solo por el hecho de fumar juntos una tarde delante de un quiosco de prensa cerrado. Él siguió contando.

—La verdad es que hemos tenido mucha suerte de encontrarnos con el doctor Oyarzun. Quién sabe, si no, el tiempo que lo hubiésemos tenido que intentar todavía.

Karen tuvo una sensación extraña. Suponía que, como en la mayoría de las maternidades actuales, quién sabe si por la edad de los óvulos de las mujeres, por los años de uso masivo de anticonceptivos orales o incluso por causas medioambientales, como decían en Holanda, la sección de reproducción asistida de la clínica no haría más que crecer.

—¿Es un buen centro? —preguntó.

—¿Bueno? —El hombre la miró asombrado—. Es magnífico. De los mejores de España. Son pioneros, por así decirlo, desde hace décadas. —Apagó el pitillo en el suelo—. Bueno —se despidió—, gracias por haberme escuchado, voy a ver si ceno algo.

—De nada —sonrió Karen—. Felicidades y muchas gracias por el cigarro.

El padre se dirigió a las escaleras de subida mientras Karen cruzaba la calle para entrar en la boca de metro. Cuando salió eran casi las diez, hacía frío y el contraste con el ambiente cálido y seco del metro la hizo estremecerse. Abrió la puerta, se quitó las botas y el abrigo, se fijó en la bolsa que llevaba en la mano y con un suspiro fue a la cocina, se lavó las manos, sacó el ajo y el perejil y los picó. Lavó los níscalos mientras calentaba el aceite, pochó los ajos, subió el fuego y salteó las setas. Lo bajó al mínimo, tapó la cacerola, y solo entonces se permitió abrir la botella de vino. Les dio una vuelta y pensó que tenía hambre. Con la copa en la mano fue desvistiéndose, se duchó y, envuelta en el albornoz, volvió a la cocina. Las setas se habían reducido y habían soltado bastante agua; subió el fuego para que se evaporase y se preparó una bandeja. Echó el perejil, revolvió, saló. El pitido del teléfono desde la entrada la sobresaltó. Cuando llegó había parado de sonar, pero el número había quedado grabado y el prefijo era de Bélgica. Podría ser Philippe, se dijo excitada, y marcó de vuelta para escuchar una agradable voz en francés informándola de que los horarios del gabinete de abogados eran de ocho a diecisiete, pero que en caso de urgencia podía ponerse en contacto con… Colgó

antes de saberlo y se sentó a cenar para intentar llenar el vacío de su interior.

Las alarmas de la clínica pitaban todas a la vez, el padre de los gemelos corría con ellos y con las bolsas. Karen se despertó sobresaltada y el reloj le dijo que eran las seis. Se levantó, tiritó sin la protección del edredón y cerró la ventana. En la cocina hizo café, cortó un poco de melón y abrió el ordenador. Buscó la clínica Santa María de las Nieves y entró en la sección de Maternidad. Con un fondo rosa, imágenes de vientres abultados, bebés en brazos de enfermeras, monjas sonrientes y el doctor Oyarzun con una amplia sonrisa, la clínica se presentaba como experta en tratamientos de fertilidad y planificación familiar respetuosa. Enumeraban las ventajas que ofrecían y los equipos de neonatalogía de última generación de los que disponían. Cerró el ordenador, recogió el desayuno y se metió bajo la ducha. Mientras el agua caliente le resbalaba por el cuerpo pensó en la «planificación familiar respetuosa» y se preguntó por el sentido del adjetivo. La Iglesia, que llevaba la clínica, estaba en contra de cualquier diagnóstico prenatal, y Karen se preguntó el papel que adoptaría ante las familias que querían procrear y no lo conseguían. Teóricamente, se dijo, estaban entre la espada y la pared, ya que interferir en el proceso de gestación era incompatible con la doctrina. Se preguntó si la fecundación *in vitro* lo sería también. Salió de la ducha, se envolvió en una toalla y volvió a abrir el ordenador. La posición de la Iglesia al respecto era clara: «la dignidad de una persona pasa por concedérsela, no por ser fruto de un laboratorio», leyó. Se consideraba una práctica inmoral e ilícita, un adulterio en probeta. Karen resopló y se acordó de la definición de la palabra *dogma*: «afirmación irrefutable frente a la cual no hay espacio para réplicas». Se dijo que no comprendía la aceptación total y la falta de sentido crítico que obviaba del término. Se preguntó cómo lo harían las buenas familias católicas porque, si creía lo que decía internet, hasta había casos en los que sacerdotes se habían negado a bautizar a niños fruto de la fecundación *in vitro*. Pero, se dijo, ¿cómo era posible predicar el amor y la caridad y a la vez negar un sacramento a un bebé? Pensó en la incongruencia que esto suponía. Incluso aceptando las reticencias eclesiásticas, ¿qué culpa tenía el bebé?, ¿por qué hacerle pagar a él por los supuestos pecados de sus progenitores?

Miró el reloj y vio que ya eran casi las ocho. Se acordó del doctor Benavides y marcó el teléfono del forense. Este contestó al momento, por el sonido, desde el coche.

—¿Doctor Benavides? Soy Karen Blecker, de la Guardia Civil, ¿se acuerda? Espero no molestarle.

El médico contestó.

—Sí, claro, teniente, cómo no. ¿Cómo lleva la investigación?

—Cada vez sabemos más de sor Lucía —resopló Karen—, pero de su acompañante, poco más que al principio. Por cierto —recordó—, en cuestión de herencias tenía usted razón, a la hermana le dieron en su día la legítima. Pensé que podría interesarle.

—Se lo dije —contestó Benavides resignado—, es lo más común.

Se oyeron unas voces de niños en el fondo.

—¿Prefiere que lo llame más tarde?

—No, no se preocupe, solo tengo que dejar a las niñas en la puerta del colegio. Espere un momento, no cuelgue. —Se le oyó despedirse de ellas y el cerrar de la puerta automática—. Dígame, soy todo suyo.

Karen dudó cómo plantearlo sin ofenderlo.

—Espero que no le parezca una falta de educación, pero he notado que sabe usted bastante de la Iglesia —El médico guardó silencio—, y la hermana muerta trabajaba en la clínica Santa María de las Nieves, no sé si la conoce.

—Sí, claro —respondió el forense—, tienen una maternidad excepcional.

—No habrá tenido a ninguno de sus hijos ahí, ¿no? —dijo Karen esperanzada.

—No, mi mujer y yo tenemos una clínica que nos gusta mucho desde hace tiempo.

Karen miró sus notas y preguntó:

—¿Me podría usted explicar qué es, en la práctica, un tratamiento de fertilidad y planificación familiar respetuosos?

Benavides no dudó.

—Claro. La posición de la Iglesia católica es clara: el nacimiento de un niño es fruto del acto de amor dentro del matrimonio. Cualquier intromisión fuera de esas dos bases es contraria a la doctrina y por ello inaceptable.

—¿Quiere decir que cualquier tratamiento que implique ayuda médica exterior no entra dentro del concepto de «planificación familiar respetuosa»? —concluyó Karen.

—Hombre —relativizó el médico—, depende del tipo de ayuda. Es como para la contracepción. La Iglesia es contraria a los métodos anticonceptivos, pero acepta métodos no invasivos.

—¿Se refiere al método Ogino? —preguntó Karen.

—No solo —explicó Benavides—, los hay más perfeccionados. Pero sí, el principio es lo mismo. ¿Qué quiere saber exactamente, teniente? Puede que me resultase más fácil contestarle si supiese qué es lo que quiere entender.

Karen suspiró.

—No acabo de entender cómo hacer un tratamiento de fertilidad sin ayuda médica exterior. No entiendo cómo se pueden llamar «centros de fertilidad».

—Ya… —A Karen le pareció oír una nota divertida en la voz del médico—. Le parece una incongruencia y quiere saber si la clínica se llama así solo para engatusar al personal.

—No —replicó Karen intentando matizar—, yo no…

—No se preocupe —Rio el médico—, que la he entendido perfectamente. Se pregunta si es como una clínica que se anunciase pionera en tratamientos oncológicos y aplicase emplastes de hierbas. —Karen no respondió y el hombre continuó—. Las causas de la infertilidad son múltiples y variadas. Desde malformaciones de órganos hasta falta de hormonas. Sin olvidar los casos en los que es culpable una, llamémosla, mala aplicación. Pero, en muchos de los casos, a diferencia del problema del cáncer, la causa es simplemente psicológica.

—¿Una mala aplicación? —preguntó la teniente confundida.

—Sí —Volvió a reír el médico—, por ejemplo, el hecho de cuándo realizarlo. ¿A lo mejor después de correr? ¿O de ducharse? Mal. Lo más simple, los días posibles y no posibles.

—Ah, ya —comprendió la teniente—. Siga, por favor.

—En los casos de causas psicológicas sería, desde el punto de visto médico y humano, completamente innecesario intervenir de manera invasiva.

—Y aceptar el no concebir —concluyó.

—No tiene por qué —replicó Benavides—. Solo le digo que, si las causas no son malformaciones, muchas veces unas pautas de comportamiento hacen verdaderas maravillas. Sin necesidad de medicar y aún menos de jugar a ser Dios.

La voz del médico, que en la última frase había adquirido un tono metálico, quedó en silencio dejando oír a Karen los ruidos del tráfico de Madrid.

—Entonces lo que hace la clínica es…

—Diagnosticar —zanjó Benavides—. Decidir si puede ayudar o no. Si es posible, aplicar el programa. Si no, no mentir.

40

Madrid, 1980

El sábado había sido el día más caluroso del año y Conchita ni se atrevió a salir con los niños. Inmaculada sentía la presión del vientre cada vez más fuerte y estaba cada día más inquieta. Era domingo por la noche cuando, entre sudores, pensó que se ponía de parto, pero las contracciones se detuvieron una vez más. Rezó para que pasase el fin de semana y que Camilo se fuese a trabajar. El lunes mandó a Conchita a la piscina con los niños, le dijo que le dejaría recado en el colmado del señor Eusebio, cogió la maleta y salió a tomar el autobús que la llevaba al convento. La hermana María se asustó al verla, llamó a la hermana Lucía y se montó con ella en un taxi hacia Santa María de las Nieves. En las urgencias la instalaron en una camilla y la llevaron a una habitación vacía. La monja se quedó con ella, le refrescó la frente y le susurró que todo iría bien. Abrió la maleta, sacó el camisón, los artículos de limpieza y un saquito en el que Conchita, que había hecho la maleta, había metido uno de los antiguos pijamas de Marcos y un gorrito de algodón. Inmaculada lo vio y dijo:

—No se preocupe hermana, es la Conchi, que lo hace todo bien. —Posó la mano sobre el brazo de la religiosa y sonrió—. No me voy a echar atrás, sé que para el niño es lo mejor.

La monja miró a la mujer, apoyó la mano en su hombro y se enjugó una lágrima con la manga del hábito. Iba a decir algo cuando en la habitación irrumpió sor Lucía con una amplia sonrisa.

—Hombre, Inmaculada, qué bien, estás perfectamente en los cálculos. ¿Te han ofrecido tomar algo?

—Gracias, hermana —dijo Inmaculada señalando la mesita—, la hermana María me ha llenado el vaso.

Apretó la mano de la monja, que seguía sobre su hombro. Sor Lucía observó el rostro de la hermana María y puso su voz más alegre.

—Bueno, hermana —dijo cerrando el armario en el que la monja había metido las cosas—, ya nos ocupamos nosotras, no se preocupe. Vuélvase al convento, que si falta, va a dejar a las hermanas sin comer.

La hermana María asintió, se inclinó hacia Inmaculada, le plantó un beso en la mejilla y salió sin decir más.

Maite mantenía cogida del brazo a Mariola que, en un gesto ya habitual, se sujetaba los riñones mientras Doro las seguía con la maleta. Una monja que no conocían las instaló en una habitación y Mariola llamó a Fernando al despacho. Pidió que le avisasen cuando volviese de Toledo, a donde le había dicho esa mañana que tenía que ir a un juicio, y se sentaron a esperar.

Un piso más abajo, el doctor Del Valle asistía, ayudado por sor Lucía, el parto de Inmaculada. Un grito de mujer desde otra sala llegó hasta ellos. El médico miró a la monja, que dijo en voz baja:

—Es el parto de la señora Muñoz, lo asiste el doctor Martín.

—También es coincidencia —dijo el médico contrariado—, dos partos a la vez… Debe haber sido el calor del fin de semana.

La monja enjugó la cara de Inmaculada y exclamó:

—Ánimo, Inmaculada, esto ya casi está. Un empujoncito más y tenemos la cabeza.

La mujer empujó con fuerza y la cabecita surgió seguida por los hombros y el resto del cuerpo. El bebé empezó a llorar y el médico cortó el cordón. La monja se apartó con el niño y le dio los primeros cuidados.

—Solo queda la placenta y ya estamos —dijo el médico satisfecho—. Hermana —preguntó levantando la mirada hacia la monja—, ¿todo bien?

—Perfecto, Apgar 9/10 hasta ahora. Un niño precioso —contestó sor Lucía.

—¿Puedo verlo? —preguntó Inmaculada cogiendo aire.

La monja y el médico intercambiaron una mirada. Era un momento crítico, algunas madres se negaban, al ver al bebé, a separarse de los niños. Pero la experiencia les había enseñado también que, si se negaban, la reticencia que a lo mejor no había existido podía despertarse y la madre terminaba por montar un escándalo. Sor Lucía sonrió y se lo acercó sin ponérselo en los brazos.

—Es precioso —dijo la religiosa.

El niño chupaba el puño e Inmaculada le acarició la mejilla asintiendo. Sor Lucía le apartó el pelo y le refrescó la frente.

—Va a estar fenomenal —dijo antes de volverse.

Metió al niño en una cuna con ruedas y se lo llevó. El médico se quitó los guantes y le dio una palmadita a Inmaculada.

—Ni siquiera se ha rasgado —constató satisfecho—. Impecable. Voy a avisar a una monja para que la asee bien.

Salió de la sala de partos y la dejó sola.

Inmaculada no sentía nada en especial, ni dolor ni pena. Simplemente: nada. Una lágrima le corría por la mejilla cuando la puerta se abrió. Una enfermera entró y se disculpó diciendo que se había equivocado de sala. Al verla llorar se acercó.

—¿Va todo bien? —preguntó solícita.

Inmaculada asintió con la cabeza sin decir una palabra, pero no

consiguió parar de llorar. La enfermera iba a preguntar más, pero una voz imperiosa que la llamaba la hizo salir otra vez. Se dirigió a la puerta correcta y avisó al doctor Martín de que había una parturienta llorando sola en la habitación contigua. El médico salió apresurado y se topó con sor Lucía en el pasillo. La monja entró con las manos vacías en la habitación de Inmaculada. No dijo nada, sabía que nada de lo que pudiese decir iba a llenar el vacío. La aseó con cuidado en silencio y le cambió la bata. La ayudó a levantarse y la trasladó a otra camilla para empujarla a una habitación en la que esperaba una monja. Antes de salir le preguntó si quería que llamase a alguien. Inmaculada le dio un número y le pidió que dejase recado para Conchita con la dirección. La monja asintió.

La puerta de la habitación se abrió y sor Lucía entró empujando una cunita de plexiglás. Mariola se abalanzó sobre ella y sacó al bebé, que empezó a llorar. La monja sonrió.

—Tiene hambre, le traigo el biberón preparado. Es un niño precioso, perfecto. Cuatro kilos ochocientos, un campeón. Las dejo para que se vayan acostumbrando. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Fernando —contestó Mariola sin apartar los ojos de la cabecita.

—Magnífica elección —corroboró sor Lucía—, uno de mis santos favoritos. Y métase en la cama, acaba de dar a luz.

Maite cogió el teléfono de la mesilla y llamó a Jaime, que dijo que se pondría en camino inmediatamente. Fernando acababa de llegar de Toledo y su suegro lo recogería al pasar. Maite colgó y marcó el prefijo de Navarra. Cuando tuvo a su consuegra al teléfono, le comunicó emocionada la buena nueva y reconoció que ella había tenido razón: había sido niño. Le dijo que el peso le había dado quehacer a la pobre Mariola, y Amalia se extendió, orgullosa, sobre los cinco kilos de Fernando padre. Dijo que iría cuando estuviesen en casa, ella era partidaria de dejar a las madres recuperarse en paz.

Conchita se bajó del autobús y corrió hacia la entrada de la clínica. Preguntó en el mostrador de información por sor Lucía, como le había dicho la monja. La mandaron a la segunda planta y le señalaron el ascensor. Las puertas se estaban cerrando, pero, al verla, uno de los que estaban dentro metió la mano entre las hojas para detenerlo. Un olor a perfume caro de hombre invadía el espacio y los ocupantes eran dos: uno más joven y sudado y el otro más mayor. Conchita pensó que de él debía partir ese olor a limpieza y pulcritud. Tenía el pelo oscuro peinado hacia atrás, ni una gota de sudor y una nariz aguileña que le hizo pensar en la

imagen de César del libro de historia. Las puertas se abrieron en la segunda planta y el hombre mayor, al ver que se disponía a salir, la dejó salir galantemente diciendo «señorita, después de usted». Ambos desaparecieron por el pasillo mientras Conchita se detenía en la sala de las enfermeras a preguntar por sor Lucía.

—Eres Conchita, ¿verdad? —preguntó una religiosa que salió de la sala.

—Sí —contestó la niña—, vengo por mi madre…

La monja la cogió del brazo.

—Soy la hermana Lucía. —La guio hacia otro pasillo y explicó—. La hemos puesto aquí —dijo señalando un cartel que ponía Cirugía—, no queríamos que estuviese en la misma zona que los recién nacidos.

Conchita se detuvo en seco.

—¿Por qué no?

—Ha sido una desgracia —contestó la monja cogiéndola del brazo—, tu pobre madre. A veces pasa que el bebé muere en los últimos días del embarazo. Ahora es un angelito del cielo que os cuidará a ti y a tus hermanos.

La niña no dijo nada. No podía expresar lo que sentía, pero era alivio. La vida volvería a ser la de antes. Durante todo el embarazo, Conchita no había hecho más que vivir al día y disfrutar de la nueva situación. Solo al hacer la maleta y al meter el pijama de Marcos, se había dado cuenta de cómo iba a volver a cambiar todo. Solo entonces se había preguntado cómo se iban a arreglar con un bebé. El uniforme floreado que había usado en invierno le había vuelto nítido a la memoria y había rogado al Señor por que nada cambiase, sin atreverse a expresarlo ni en pensamientos. Y ahora la monja le decía que el bebé había muerto. Sintió un terrible remordimiento.

—¿Mi madre está bien? —preguntó.

—Recuperándose del parto —contestó sor Lucía afectuosa—, en dos días estará en casa. Es aquí.

Abrió una puerta y la dejó pasar. Inmaculada estaba en la cama y miraba por la ventana, pero al oír el ruido giró la cabeza. Conchita corrió hacia ella y la abrazó. La madre le acarició la cabeza.

—¿Te lo han dicho? A veces pasa, ¿te acuerdas de la Visi? —preguntó.

—Sí —contestó Conchita. Recordó la tristeza de la amiga de su madre, que siempre lloraba porque ni siquiera había podido ver al bebé—. ¿Lo has visto?

Inmaculada asintió y rompió a llorar.

—No estés triste, mi vida —dijo enterrando la cara en el cuello de la niña.

Conchita supo que no le hablaba a ella.

Olga no llevaba mucho tiempo de enfermera, pero le gustaba lo que hacía

y se había quedado preocupada por la madre que lloraba sola en el paritorio. Al acabar su turno, se detuvo en el nido para preguntar si el bebé estaba bien. Una monja le sonrió y le mostró una cunita con un bebé envuelto en una sabanita rosa y un cartelito que ponía Ana María MenéndezCaso. Olga sonrió al verla. Ana María había sido, esa misma mañana, el primer bebé que había asistido. Una enfermera muy joven apareció con unos biberones esterilizados.

—No me refiero a Ana María, sino al otro que ha nacido esta mañana —dijo Olga.

Antes de que la monja pudiese replicar, la joven contestó:

—Claro, el de la doce —mostró un biberón y añadió—, es un tragón.

Olga dio las gracias y se alejó por el pasillo. De camino a la salida vio la habitación marcada con un 12. Dudó un momento y tocó. Dentro de la habitación reinaba un aire festivo y los familiares brindaban con champán. Una mujer mayor sostenía al bebé. Olga sonrió y se dijo que el niño estaba bien. Miró hacia la cama para felicitar a la madre, pero estaba vacía.

—Útero perfectamente retraído. No había puntos. Está impecable, Inmaculada. ¿Le ha funcionado la pastilla? —preguntó el doctor Del Valle.

—¿La de la leche? —contestó Inmaculada—. Sí, parece que sí.

—Le daremos otra, por si le sube —dijo haciéndole una seña a sor Lucía, que esperaba de pie.

Salió de la consulta dándole una palmadita. Sor Lucía la llevó a su despachito, donde la invitó a sentarse mientras sacaba unas pastillas del armario.

—Bueno, Inmaculada, no sé cuándo nos veremos otra vez —dijo colocando la cajita en la mesa.

Se sentó tras la mesa y sacó un sobre del cajón que deslizó hacia ella. Inmaculada levantó la solapa, vio los billetes y quiso decir algo, pero la religiosa levantó la mano para detenerla.

—Primi hará tus casas durante dos semanas más, pero a partir de ese momento te las tendrás que arreglar sola. Y te va a costar, ya verás. Con esto —señaló el sobre— tendrás para ir tirando si algo no funciona. Cógelo.

Inmaculada bajó la cabeza.

—Gracias, hermana.

—Ve con Dios, Inmaculada.

41

Madrid, 2015

Karen y Cano aparcaron en la zona azul. Las verjas del colegio estaban ya cerradas y la calle había vuelto a la tranquilidad. En las escaleras de la clínica se cruzaron con unos jóvenes padres que salían, él cargado de paquetes y ella con un bebé envuelto en una toquilla de lana blanca en los brazos. Bajaron al sótano y avanzaron en silencio hasta la puerta cerrada del archivo. La teniente tocó con el puño y la empujó tras escuchar el «entre» que llegó del interior. Era un despacho pequeño, con un ventanuco lechoso en lo alto para dejar entrar un poco de la luz natural. Las luces fluorescentes temblaban un poco y un repiqueteo latente anunciaba la muerte inminente de uno de los tubos. Una mujer de unos cincuenta años con el pelo corto, unas gafas de leer doradas sujetas por una cadenita y un jersey de cuello vuelto burdeos se levantó tras un escritorio.

Se presentaron y Cano le explicó los detalles y la fecha exacta de lo que buscaban. Mientras este hablaba, la mujer retrocedió unas hojas en un calendario que tenía encima de la mesa.

—El lunes por la mañana, sí —dijo segura—. Me acuerdo perfectamente. Debía ser más o menos a esta hora porque yo acababa de llegar. La mujer creía que teníamos datos del parto de su madre.

—¿Se acuerda de su nombre? —inquirió Karen esperanzada.

La archivadora negó con la cabeza.

—Me acuerdo de ella y de la fecha que buscaba, el 23 de agosto de 1980. Es el mismo día que cumple mi padre, por eso me acuerdo del día y del mes.

—¿Y no los tenía? —preguntó Karen—. Los datos, quiero decir.

Se encogió de hombros.

—Ese era el problema. Debió equivocarse, porque la madre no aparece en los registros. Le pregunté si podía ser otro día, pero ella parecía segura. Los casos de 1980 no están informatizados, de manera que podamos acceder a la ficha de los pacientes de manera electrónica por el nombre, así que no la pude ayudar —se excusó la mujer.

—¿Sacó los nacimientos de ese día para comprobarlo? —insistió Karen.

La mujer dudó y la teniente pensó en las leyes de protección de datos y supuso que la registradora tendría miedo de haber obrado de forma

incorrecta.

—Sería de una gran ayuda si pudiese decirnos todo lo que sabe —añadió para alentarla.

La mujer vacilaba, pero continuó:

—Parecía una persona seria y estaba segura de lo que decía. Comprobé los partos de ese día, pero el nombre que me dio no figuraba entre ellos.

—Sáquelos otra vez, por favor —dijo Karen.

La archivadora se levantó sin decir nada y desapareció en una habitación adyacente de la que surgieron los ruidos de un cajón al deslizarse por los rieles. Volvió con dos carpetas en la mano que abrió sobre la mesa.

—Aquí los tienen, fueron dos. El primero nació a las 12, un niño. La madre era Mariola de Beamonte, el hijo, Fernando. Atendido por el doctor Del Valle. El otro nació un poco más tarde y lo atendió el doctor Martín. La madre, Ana María Muñoz y esta vez una niña, Ana María. Los dos niños estaban bien y no necesitaron ningún cuidado especial. Sobre los partos no hay nada especificado, así que debieron ser partos normales —zanjó la mujer.

—¿A qué se refiere con normales? —preguntó la teniente.

—Nada —Se encogió de hombros—, que no fue cesárea y que la madre no tuvo problemas en el posoperatorio. En la época se utilizaba la anestesia general, así que podía haber complicaciones.

Karen la miró extrañada. Siempre había considerado la costumbre holandesa de dar a luz en casa como una locura, pero la anestesia general no se quedaba corta.

—¿Anestesia general para un parto? —preguntó asombrada.

—Sí, ya sabe —añadió bajando un poco la voz y dirigiéndose únicamente a la teniente—, para el período de expulsión. Se dormía a la madre y, cuando se despertaba, tenía al bebé bañado y vestido en la cuna a su lado. Todo un lujo, vamos.

Carraspeó molesta mirando a Cano. La teniente pensó, divertida, en cómo convivía el pudor de hablar sobre un parto con la forma de ver el cuerpo en el mundo actual. No hacía ni unos días que el ordenador le había propuesto un centro de estética en el que, por un módico pago a plazos, se aseguraba una corrección de los labios externos (había tardado un segundo en comprender) femeninos. Le evitó a la registradora más preguntas que le pudiesen resultar violentas y continuó:

—¿Tiene algún dato más? El de las enfermeras que asistieron al parto, por ejemplo.

—Sí, claro —contestó la mujer, contenta de cambiar de tema—. El primero, el del doctor Del Valle, asistido por sor Lucía. El otro, el del doctor Martín, asistido por Olga Gómez Rico, enfermera. Y los nombres de los padres —añadió—. En el primer caso, Fernando Goyeneche, en el segundo, Antonio Menéndez-Caso.

Cano apuntaba sin cesar.

—¿Y no se acuerda del nombre por el que preguntaba esa mujer?

La registradora frunció el ceño.

—Creo, casi seguro, que el apellido era Sánchez, pero el nombre ya no. Perdonen —se excusó—, no es que tenga mala memoria, pero no hago más que trabajar con nombres y apellidos. ¡Pero no aparecía! Miré en los días anteriores y posteriores, ya sabe, por si ella decía el 23 pero el niño había nacido a las doce de la noche de un día u otro, y no había nada.

—¿Se acuerda de su reacción? —preguntó la teniente.

—Sí —asintió ella—, me extrañó, porque casi me pareció aliviada —añadió recordando algo más—, y me preguntó por los datos de los niños nacidos esos días.

—¿Se los dio usted? —inquirió Cano.

La archivadora se sobresaltó y se enderezó.

—¡Desde luego que no! Son datos confidenciales. Ella dijo que debía de haber un error, que preguntaría otra vez y volvería.

—¿Podría describirla? —pidió Cano.

—Sí, claro —contestó la mujer otra vez en terreno seguro—. No era muy alta, de unos 55 años. Morena, con coleta. Sin pintar pero cuidada. Lo único que me llamó la atención eran sus manos: las tenía enrojecidas y con grietas. Parecían las manos de una mujer mucho más mayor de lo que aparentaba.

—¿Diría usted que coincide con el perfil de los pacientes habituales de la clínica? —insistió Karen.

La mujer los miró sorprendida, pero reflexionó.

—¿El actual? No —dijo segura—. Pero hablamos de los ochenta y quién sabe lo que pasó hace más de treinta años.

—¿La reconocería?

—Sí —asintió—, probablemente.

—¿Nos podría fotocopiar las fichas de los partos? —pidió la teniente.

La registradora se levantó, sacó las hojas de las carpetas y se las llevó a una fotocopiadora que estaba en la esquina.

—¿Hace cuánto tiempo que trabaja usted aquí? —preguntó Cano mientras la máquina expulsaba las hojas.

—Un poco más de dos años —dijo volviéndose—. Antes los registros los llevaban solo las monjas, pero cada vez hay menos vocaciones y es más fácil encontrar a alguien para los archivos que una enfermera.

—¿Sabe usted qué monja los llevaba antes? —preguntó Karen otra vez esperanzada.

—Claro —asintió—, sor Jacinta. Estuve trabajando durante más de un año con ella. Era una magnífica mujer —explicó al ver sus caras ante el uso del pasado—. Murió de cáncer. Imagínese cómo sería que no me enteré de su enfermedad hasta que falleció y eso que pasábamos todo el día juntas. Venía todas las mañanas sin falta y nunca se quejaba. Se conoce que

cuando cerrábamos por las tardes se iba a la quimio. Nunca dijo nada, solo me enteré por una de las enfermeras de planta de que tenía cáncer de páncreas y ya saben lo que significa eso. Cuando murió ella, los archivos ya estaban en parte informatizados, y la verdad es que no se necesitan dos plazas para el registro, así que la dirección suprimió una de ellas.

—¿Qué sabe de los médicos que asistieron los partos? —preguntó desalentada Karen.

—El doctor Del Valle también ha muerto. Era una eminencia en la clínica, se le hizo un funeral por todo lo alto y una misa en la capilla. El doctor Martín era su segundo, pero está jubilado desde hace casi dos años. Cuando yo llegué estaba todavía y, que yo sepa, no ha muerto, pero tendría que consultar los archivos. ¿Quieren que busque su dirección? Debe estar con los datos del personal.

—Por favor —dijo Karen.

Metió unos datos en el ordenador y sonrió.

—Aquí está, les imprimo los datos. La dirección que tenemos para los pagos de la pensión es en la calle Sagasta.

Metió las hojas fotocopiadas en una funda transparente y puso el papel con la dirección unido con un clip.

—¿Tiene algo de la enfermera?

Karen miró a Cano, que inmediatamente dijo:

—Olga Gómez Rico.

La mujer asintió, se giró en su silla y metió los datos en el ordenador. Los miró decepcionada.

—De ella no tengo nada actual, pero puede que no trabajase mucho tiempo aquí. —Al ver su cara, añadió—: Podría mirar en los pagos del año 80, pero tardaré un poco más, no los tenemos aquí, siguen en papel.

Arrancó una hoja de un bloc y apuntó el nombre.

—Me entero y les aviso, no se preocupen.

—¿Conoció usted a sor Lucía? —preguntó Karen.

—Sí —asintió—, desde luego. No la veía mucho porque yo no subo casi nunca a las plantas, pero ella venía alguna que otra vez. Pero yo no tenía contacto con ella, porque la que se ocupaba de lo que necesitaba era la hermana Jacinta.

—¿Nunca usted?

La registradora sacudió la cabeza.

—No es que me rechazase, ni nada parecido, pero las dos se conocían desde hacía años. Era normal que la atendiese ella. Cuando la hermana murió, la ayudaba yo. Pero si necesitaba algo era solo un nombre o una dirección. Y tenía una memoria increíble, la mayoría de las veces era solo una confirmación.

42

Madrid, 1980

El domingo amaneció radiante e Inmaculada se levantó pronto para aprovechar la frescura de la mañana. Hizo unas tortillas de patata y unos filetes empanados, llenó unas botellas de agua y las metió en el congelador para que estuviesen bien frescas al mediodía. Cortó una sandía y la metió en un recipiente en la nevera. Había pensado ir a misa y almorzar en la Casa de Campo. Despertó a los niños, preparó el desayuno y los instó a darse prisa para llegar a tiempo a misa. Conchita vistió a Carmen, hizo un saco con varias mantas para sentarse, los trajes de baño, unas toallas y un trapo húmedo metido en una bolsa de plástico para limpiar las caras de sus hermanos. El padre se levantó y Marcos le abrazó. Camilo dijo que se daría prisa para llegar a misa también.

Don Salustino se enjugaba con un pañuelo el sudor de la cara durante la homilía. Se esforzó por hacerla corta: apreciaba la presencia de sus feligreses, que habían retrasado sus salidas para ir a misa, y pensó que no podía colocarles un sermón eterno. Vio a Inmaculada con toda su familia al fondo y se alegró tanto que casi la saludó con la mano, pero se controló. Al fin y al cabo, se reprendió, era un sacerdote. Acabó la misa a una velocidad que las ancianas de las primeras filas no podían prácticamente ni seguir y exclamó: «Podéis ir en paz».

La gente se acumuló bajo el techado para evitar el sol y el sacerdote buscó la figura de Camilo, que sobresalía sobre las otras. Se acercó a ellos, pero no vio a Juan ni a Pedro. Se dijo, sonriendo, que debían estar corriendo con el otro diablo, Félix, entre las piernas. Conchita hablaba con su amiga Paula y Carmen se mantenía cerca de su madre. Inmaculada tenía buen aspecto a pesar de la desgracia y charlaba con Desi y con Benito, los padres de Paula. Don Salustino se acercó y el corro se abrió para hacerle sitio. Le dio unas palmadas a Inmaculada y les preguntó cómo iban a pasar el domingo. Inmaculada expuso su plan y Desi exclamó:

—¡Nosotros pensábamos hacer lo mismo! —dijo encantada—. ¿Qué os parece si vamos juntos? Tengo gazpacho y sardinas…

Inmaculada sonrió.

—Yo, tortillas y filetes…

—¡Entonces estupendo! —exclamó Desi—. Padre, ¿se viene?

—No, hija, no —dijo el sacerdote apenado—. Hay tentaciones que un sacerdote tiene que superar.

El grupo soltó una carcajada e intentaron convencerle, pero el cura, aunque le apetecía pasar el día en el campo, pensó que los cohibiría y declinó la invitación. Las dos familias quedaron en encontrarse en la parada del autobús. De camino a casa, Camilo cogió a su mujer del brazo. Los niños corrían delante y solo Carmen iba de la mano de su madre. Camilo inclinó la cabeza y susurró en el oído de su mujer:

—Si te vuelvo a ver hacerle ojitos al Benito, te mato.

Inmaculada sintió un escalofrío recorrerle la espalda. No contestó, pero asintió levemente. Llegaron a casa, recogieron las cosas y salieron hacia la Casa de Campo.

En las explanadas de hierba, los niños jugaron y se salpicaron. Benito montó la barbacoa y enseñó a los niños a colocar la madera mientras Desi e Inmaculada disponían los platos sobre las mantas. Tras la comida, las mujeres se echaron a descansar bajo la sombra de un árbol.

Caía la noche cuando abrieron el portal. Los niños, cansados, subieron despacio arrastrando las cosas. La madre los mandó a la bañera para quitarse los restos de hierba seca. Abrió la nevera para meter un filete que había quedado y sacó una cerveza para su marido, pero no le dio tiempo a abrirla. Camilo, que se había mantenido todo el camino de vuelta en silencio, levantó la mano y le cruzó dos veces la cara. Inmaculada, que vio venir el golpe, salió disparada contra la mesa de la cocina y cayó al suelo. Los oídos le pitaban, pero aun así alcanzó a escuchar a su marido exclamar:

—Zorra.

El ruido de la mesa hizo acudir a Conchita. El hombre la apartó de un empujón.

—Otra que sigue el camino de la madre —espetó con asco antes de abandonar el piso.

Inmaculada sintió que el pitido disminuía y se levantó apoyándose en la puerta del horno, en cuyo cristal se vio reflejada. Sangraba por la frente, pero no mucho. Tenía las mejillas rojas, pero no le había dado en el ojo. Se sentó en la mesa ayudada por la niña. Se miraron y no dijeron nada.

43

Madrid, 1980

Inmaculada se levantó muy pronto. El corte de la cara se lo tapaba el pelo y las mejillas seguían rojas, pero no azules. Dejó a Conchita, cuyo instituto todavía no había comenzado, a cargo de la casa y salió decidida hacia la iglesia suponiendo que don Salustino debía estar acabando la misa de ocho. Esperó a ver salir a las beatas de la mañana y entró mientras el sacerdote recogía el altar.

—Hombre, Inma —saludó el hombre sorprendido al verla a esa hora—, ¿qué te trae tan de mañana? ¿Qué tal ese domingo en el campo?

La mujer no contestó a la pregunta y espetó:

—Don Salustino, me quiero separar.

—¿Perdona? —preguntó el sacerdote asombrado.

—Quiero dejar a mi marido —declaró Inmaculada.

—Pero, Inmaculada, ¡qué estás diciendo! —dijo el hombre consternado —. ¡Si le vi el otro día y estaba fenomenal! Hablé con él hace unos meses y me pareció que había entrado en razón…

La mujer se levantó el flequillo. El sacerdote se sobresaltó y no dijo nada, pero pensó en Carmen y en los otros cuatro. En la pobre mujer que tenía delante y en lo que trabajaba. Suspiró, pero se dijo, escudriñándola, que esta vez no era tan grave. Debía haber sido un desliz por el calor o por una cerveza de más. Merecía la pena intentar tranquilizarla y hablar cuatro palabras serias otra vez con Camilo.

—Inma —afirmó afligido—, ya sabes lo que te dijeron en su día: lo que yo he juntado, que no lo separe el hombre.

—Padre, que un día me va a matar —sollozó Inmaculada.

—No exageres, mujer —contestó el hombre animoso—, que lleva un montón de tiempo portándose como Dios manda. —Le dio unas palmaditas en la mano—. Y una familia unida es fundamental. ¿O acaso quieres que tus niños crezcan sin padre? Lo de ayer debió ser un desliz, una copa de más, a lo mejor una situación incorrecta… Aunque, ojo, no digo que fuese culpa de nadie…

Inmaculada levantó la vista, se levantó y se despidió.

—Adiós, padre.

El sacerdote se sorprendió por su brusquedad, pero se dijo que Inmaculada era una mujer de aguante y reflexionaría.

—Ve con Dios, hija mía.

Inmaculada se montó en el metro reflexionando sobre lo que le iba a decir a la señora Calderón. Ella sabría lo que tenía que hacer, se dijo, y ahí sí que la podría ayudar. El portero no estaba. Inmaculada subió en el montacargas y tocó el timbre. Tocó también en la puerta principal, pero nadie acudió. Volvió a bajar y se encontró al portero.

—Ah, Inma —la saludó—, ya has vuelto. No te has enterado, claro. La señora Calderón tuvo un ataque este fin de semana, debió ser el calor. Está ingresada.

—¿Dónde? —preguntó Inmaculada asustada—. ¿Qué le ha pasado exactamente?

—Pues tampoco sé mucho —se excusó el portero—, los del sexto fueron a verla y por lo que me dijeron está paralizada de un lado entero. Ha venido la sobrina, la que vive en Córdoba, para ocuparse un poco, pero vive en casa de su suegra, así que no la encontrarás aquí. La señora está en La Luz.

La mujer salió corriendo hacia el metro y miró en el mapa dónde estaba la clínica. Cuando llegó la informaron de que la señora Calderón había salido de la UCI, pero que estaba en vigilancia. Pidió entrar a verla y la enfermera le preguntó si era de la familia. Inmaculada dijo la verdad.

—No, soy su asistenta.

La enfermera la escudriñó, le sacó una bata verde y la dejó entrar.

El pelo blanco se confundía con la almohada. Mar Calderón tenía un ojo un poco abierto. Vio a Inmaculada cuando se puso en su campo de visión y esbozó una mueca que debía ser una sonrisa. Inmaculada le cogió la mano, pero no notó ninguna reacción. Tomó la otra y entonces sintió un apretón.

—Se va a poner bien, verá… —dijo en un susurro.

La anciana cerró el ojo y soltó la mano de su asistenta con rabia.

—Perdone —dijo Inmaculada—, lo siento.

Mar abrió el ojo otra vez, intentó balbucir unas palabras que fueron incomprensibles y levantó la ceja válida.

—Ah —dedujo la mujer—, quiere saber usted por el bebé. Todo fue bien. Bueno, bien… No vi a la familia, pero vi a la gente de la clínica y el niño estará bien. Lo pude ver antes de que se lo llevasen —bajó la voz—, era niño y muy mono.

Mar cerró el ojo y aumentó la presión de la mano. Lo volvió a abrir y frunció la ceja. Intentó hablar, barbotó, pero no consiguió decir nada y solo un reguero de saliva se deslizó por el lado malo. Inmaculada se inclinó a coger una gasa y le limpió la comisura de la boca. El ojo bueno de Mar Calderón vio pasar el rostro de su asistenta y comprendió en un instante que estaba inválida, que a lo mejor hasta incontinente y no lo sabía. Y que a su asistenta le habían vuelto a dar una paliza. Notó una lágrima brotar y se dijo que era extraño llorar de un lado solo. Inmaculada

se la limpió, pero no dijo nada. Le volvió a coger la mano, que le dio unos apretones fuertes y seguidos. Miró el ojo abierto y el dedo que intentaba señalar su cara.

—Sí —confirmó—, me ha vuelto a dar.

La presión paró al instante y el ojo se cerró para abrirse otra vez. La fuerza en la mano recomenzó.

—He pensado que voy a dejarlo —dijo Inmaculada.

Presión continua, mueca en los labios.

—¿No le parece bien? —añadió.

Mar dio unos golpecitos rápidos con los dedos, abrió y cerró el ojo varias veces e intentó sonreír. La otra rio.

—Ya creía que me iba a decir usted que no…

La anciana hizo un ruido que pareció una risa ahogada. La enfermera irrumpió en la habitación y dijo que debía salir ya. Inmaculada se levantó, le acarició la mano buena y salió diciendo que volvería mientras Mar se aferraba a su mano.

—¿Lleva mucho tiempo con ella? —preguntó la enfermera.

—Unos cuantos años, sí.

—No sé si hago bien en decírselo, pero me parece que el familiar que ha venido no tiene mucha relación con ella, desde luego no reacciona como con usted. Pasa tiempo aquí e intenta rezar con ella, pero…

Inmaculada la interrumpió.

—¿Rezar con ella? —preguntó asombrada—. Pero si la señora no es practicante.

—Ya —contestó la enfermera apenada—. Cuando los pacientes están así, no les queda otra que aguantar… Pero, sabiéndolo, veré cómo puedo evitarle las novenas —dijo colocándole el gotero y dándole unas palmaditas en la mano a la anciana—. Ha tenido mucha suerte, porque el ataque fue muy fuerte —bajó la voz—, pero tiene el corazón muy débil y no sé si va a aguantar mucho tiempo.

Inmaculada la miró directamente a los ojos.

—Ella no querría aguantar mucho tiempo —dijo—. No así.

—Ya…

—¿Cuándo me puedo volver a pasar? —preguntó.

—Esta tarde si puede. Además, así le evita el rosario… —Sonrió la joven.

Inmaculada volvió a la casa de la señora Calderón y le pidió al portero la llave. Se encontró la casa desordenada y varios muebles fuera de su sitio. Cambió las sábanas, dejó la sala ordenada y el baño como los chorros del oro. Devolvió la llave y fue a planchar las sábanas de la otra casa para irse después al piso del paseo de La Habana.

Cuando acabó se dirigió a la Clínica de La Luz otra vez. Varias enfermeras corrían por el pasillo de la señora Calderón y la puerta de la habitación estaba abierta. Un pitido continuo detuvo los movimientos del

personal. Inmaculada, que se había quedado pegada a la pared para no molestar, comprendió. Una enfermera que salía de la habitación la vio ante la puerta, iba a seguir su camino, pero se detuvo.

—¿Es usted su asistenta? —preguntó.

Inmaculada asintió.

—Lo siento —le explicó—, ha sido el corazón. No hemos podido hacer nada. Le tengo un recado de mi compañera de la mañana, que me avisó de que vendría usted esta tarde y me pidió que le dijese que no había tenido que rezar. No lo he entendido bien, pero…

—No se preocupe —Sonrió Inmaculada con tristeza—, yo sí.

Cogió la bolsa con el uniforme y salió.

44

Madrid, 1980

La luz brillante de septiembre iluminaba la calle, había charcos en las aceras y olía a verano y a tierra mojada. Los hombres con las mangas arremangadas y las mujeres cargadas con bolsas andaban con paso rápido. Juan saltaba, orgulloso, con su cartera nueva de Superman que contenía un estuche, nuevo también, repleto de lapiceros afilados por una punta solo. Habían ido al Corte Inglés y la madre le había comprado a cada niño algo nuevo. Inmaculada los miró y pensó, bajo el sol de la mañana, que era como si se dirigieran a algún sitio. No sabía todavía a dónde, pero a alguno bueno. Carmen, de su mano, llevaba una nueva diadema sujetándole el pelo; Juan y Pedro saltaban felices y Conchita llevaba los nuevos libros bajo el brazo. Marcos correteaba tras ellos con sus piernecitas, apretando fuertemente una figura de Spiderman entre los dedos. Conchita partió con los chicos hacia el colegio e Inmaculada dejó a Carmen en su centro para dirigirse al metro. Una bocanada de aire caliente la sorprendió antes de bajar las escaleras. Se apretujó entre la masa de los que entraban en Madrid a trabajar y se bajó en Colón.

El barrio de Salamanca dormía todavía. No se veía más que a barrenderos con escobas y a los porteros regando plantas y abrillantando los bronces de las puertas. Las tiendas no habían abierto y solo el levantar de las persianas de metal y el olor a café que salía de los bares daba la impresión de bostezo. Inmaculada se cruzó con unas mujeres de uniforme cargadas con la compra o con el pan y el periódico. Algunas se detuvieron a saludarla: las vacaciones de verano eran una línea divisoria y las muchachas habían estado en sus pueblos con su familia o en los lugares de veraneo de las familias a las que servían, pero no en Madrid. Muchas de ellas se habían marchado con el cierre de los colegios a finales de junio y ni siquiera habrían notado su ausencia. Septiembre era una bofetada de vuelta a la realidad: los colegios empezaban y las muchachas tenían que lavar, planchar, acortar o alargar, coser los nombres en la ropa y hacer la limpieza de las casas que habían estado cerradas durante meses.

Entró en casa de doña Adela por la cochera. El portero frotaba el mostrador y hacía casi frío.

—Hombre, Inma —la saludó—, ¿ya de vuelta?

—Sí. ¿Qué, fue al pueblo a pasar unos días? —preguntó amable.

—El agosto, claro —contestó el portero con una amplia sonrisa—. Vino mi chico el mayor con los chavales y su señora, no sabes cómo lo pasaron —dijo sacudiendo la mano.

—¿Cuántos años tienen ya?

—El mayor va a hacer los diez, el peque seis y la benjamina cuatro —dijo sacando del cajón una foto de unos niños en un campo.

—¡Casi como los míos! —exclamó Inmaculada.

—Sí, ya. Todo el día que han estado por el campo; salían con Jeremías, el pastor, desde por la mañana. Y hasta la chiqui, que es de unas mañas que no te esperas, salió ordeñando a las vacas… Y qué fiestas, hasta han echado fuegos artificiales, ni te cuento. ¿Y tú? ¿Fuiste a la Albufera?

—No, este verano no pude. Ya veremos el siguiente.

—¡Pues aprovecha! —exclamó el portero—, que después se hacen grandes y ya no quieren…

Inmaculada sonrió y subió por la escalera de servicio. Tocó la puerta de la cocina, por la que se escapaba un aroma a café, tisana y tostadas. Se oía el golpeteo de la porcelana, que se interrumpió al sonar el timbre. Emilia, con la cara morena acentuada por el uniforme rosa, abrió la puerta y Palmira se acercó desde la cocina. La miraron un momento sin decir nada hasta que Palmira la abrazó estampándole unos pequeños besos muy seguidos en la mejilla. Emilia le cogió la mano.

—Ya nos lo ha contado la Primi —dijo la doncella.

—No te preocupes, Emilia.

—Ya, si lo peor es que pienso que es lo mejor que te podía haber pasado…

La cocinera la interrumpió escandalizada.

—¡Por Dios, Emilia! —dijo con los brazos en jarras—, ¿cómo puedes decir eso? Fíjate tú qué culpa tendría el angelito.

—¡Si yo no lo digo por el niño, no me sea bruta usted tampoco! —se excusó la otra.

Inmaculada sonrió y las separó.

—Dejadlo ya, que las he comprendido a las dos.

—¿Quieres un café, Inma? —preguntó la cocinera conciliadora—. Nos acabamos de desayunar. Y Emilia ha traído del pueblo unas magdalenas buenísimas.

La otra reaccionó al intento de concordia.

—No tanto como las suyas —murmuró—, pero bueno.

La cocinera dio una palmada.

—Ya vale de consolarnos, que no nos va a dar tiempo a ese café.

Se sentaron en el cuarto adyacente a la cocina, amueblado con una mesa de formica ancha, unos cestos y las cuerdas cruzadas para tender la ropa en tiempo lluvioso. Palmira extendió un mantelito sobre la mesa e Inmaculada levantó la vista y se fijó en el calendario. Mostraba una imagen de la Virgen en tonos cremas y con unos intensos ojos azules a juego con

el manto. Tenía la frente libre y los bucles dorados le caían a los lados sujetos por una corona de oro y piedras preciosas. El cuadradito de plástico deslizable rojo estaba en el 23 de septiembre de 1980. Inmaculada miró la imagen que le daba el nombre: quería decir sin mácula, sin mancha, y pensó que esa frente de alabastro era verdaderamente inmaculada. Instintivamente se pasó los dedos por la suya, sacudió la cabeza y cogió una de las magdalenas del pueblo de Emilia, que empezó a contar:

—Te ponemos al día. Primi hizo tu trabajo fenomenal, tanto que la señora la quiere para la señorita Pilar.

Inmaculada levantó la cara aterrada.

—¿La ha cogido?

Emilia la miró extrañada.

—Todavía no, porque la señorita se fue de vacaciones a la costa y no quería dejar a nadie nuevo solo. Quedaron para hablar en septiembre.

—Y —preguntó Inmaculada asombrada—, ¿cómo se arregla la señorita sin nadie?

—Ya sabes cómo es ella, puede con todo —dijo la cocinera orgullosa.

—Palmira, tampoco exagere —protestó la otra—. Se arregla con las horas que me manda a mí la señora y las cenas que les haces tú. El señorito no va a comer, los niños comen en el colegio y ella viene a comer aquí. Y, además, tiene a una inútil que le cuida a los niños que se han traído del extranjero. Una chica joven que está para que les aprenda el inglés.

—Es que —continuó conspiradora la cocinera— la niña ha decidido empezar a trabajar. Que sí, que no me mires con esa cara de alelada —replicó al ver la cara de Inmaculada—, que ya sabes que la Pilarita siempre ha sido muy moderna. Y muy lista.

Emilia soplaba el tazón de café con leche.

—Muy moderna —dijo crítica Emilia—, eso sí. Yo no sé para qué trabajar, si puede quedarse en casa tan ricamente. Y al señorito no le acaba de gustar, que no lo dice, pero no le gusta. Y claro, tiene razón, ¿qué pasa si los niños se ponen malos, eh? Pues *pa* qué está una madre, *pa* eso, ¿no?

—¡Emilia! No me seas pava —regañó la otra—, que parece que la vieja seas tú. La señorita es bien lista, que mira cómo acabó la universidad, más rápido que nadie, mucho más que sus hermanos. Por no hablar de algunas de las tontas de sus amigas y por no mentar a sus cuñadas, *to* el día en el club ese, tomando tés y haciendo regímenes —dijo con desprecio—. Pero eso no lo dice nadie, claro, no se vayan a poner tristes los señoritos.

Las otras reprimieron una carcajada. El odio de la cocinera a una de las nueras de la señora que estaba en los huesos era visceral. No comía nada en la mesa, pero, según la cocinera, saqueaba la nevera por las noches.

—Palmira —dijo Emilia—, que se le ve el plumero.

La otra se incorporó y sacó pecho.

—Cuando vino este verano, no probó la tortilla de calabacín, pero se

comió por la noche los restos de pollo que tenía guardados para las croquetas… Bah, una señorita del pan *pringao*…

Inmaculada lanzó una carcajada. Conocía a la susodicha y la estaba viendo entrar en la cocina a escondidas, con Palmira al acecho con una escoba, dispuesta a lanzarse en defensa de los restos de pollo. Se echó hacia atrás en la silla y suspiró. Era feliz de estar con un tazón de café con leche en esa habitación que olía a vapor y ropa limpia escuchando las eternas discusiones entre la doncella y la cocinera.

—Todo eso para deciros que hay algo de lo que no os habéis enterado —dijo la cocinera con un aire interesante que hizo que las otras levantasen la cara—. Claro —continuó—, como Emilia se quedó hasta el último momento en el pueblo… —Hizo una pausa para aumentar la intriga—. Aquí no había nadie para servir, y como estaba yo sola en la cocina, la señorita echaba una mano sacando las cosas y poniendo la mesa. La señora no hizo merienda, pero como la hija de la de Beamonte ha dado a luz, los señores los invitaron a una copa para celebrar y estaba la Pilarita también, que ya sabéis que siempre ha querido mucho a don Jaime. Y sabéis que a él le gustan mucho esos canapés de queso, los que van con la mayonesa al horno. —Levantó la cara ufana.

—Palmira, no nos cuente su receta, que nos la sabemos de memoria, y vaya al grano, que van a tocar el timbre —protestó Emilia.

—Ya, sí —rezongó la otra—, de memoria, ya me contaron el día que yo no estaba y *quisistes* hacerlos sola… ¿No tuvieron que venir casi los bomberos de la humareda?

—Vale, cuente ya —dijo impaciente Emilia.

—Pues entró —Hizo un inciso—, que él es un señor, para darme las gracias a la cocina y la señorita Pilar traía la bandeja con los vasos. Y entonces…

—¿Qué? —exigió Emilia.

Las miró, sacudió el mentón y dijo bajando la voz:

—Él le dijo que estaba todo arreglado y que cuando se organizase el puesto era suyo.

—Así que al final se va a salir con la suya —concluyó Emilia.

—Emilia, ¡parece mentira que no la conozcas desde pequeña!

—Pues buena estará la señora —rezongó la doncella—, que a ella esas modernidades no le van nada.

—Ya —concedió Palmira—, por eso le está buscando a alguien de verdadera confianza.

Inmaculada se inmiscuyó en la conversación.

—He estado pensando y, si me coge, a mí me gustaría irme con ella.

Las dos la miraron asombradas.

—Tú, ¿de fija?

—Sí —contestó Inma—, si me puedo arreglar con el sueldo.

—Pues ya te puedes poner las pilas —dijo Emilia preocupada—, porque

la señora les está preguntando a todas sus amigas. Y la Primi parecía estar interesada también.

—Ya —suspiró—, quería hablar hoy con ella.

El timbre sonó y Emilia se levantó dejando la taza y fue hacia el *office*. Palmira fue a la cocina a rellenar la tetera y la cafetera, metió las rebanadas de pan en el tostador y sacó los platos con la fruta cortada de la nevera. Emilia llevó las bandejas al comedor e Inmaculada se cambió en el bañito y salió con una bata floreada. La puerta del *office* se abrió y Adela irrumpió en la estancia.

—Inmaculada —exclamó al verla—, qué bien tenerla a usted en casa otra vez.

Sin decir más, le tomó la mano y se la apretó. Inmaculada asintió.

—¿Qué le hago hoy? —preguntó.

—Los cuadros, están llenos de polvo del verano.

—Yo querría… —empezó a decir.

—Sí —cortó la mujer—, pásese por mi despachito después y hablamos, que tendremos más tiempo.

Adela salió de la cocina e Inmaculada sacó unas bayetas y fue a buscar la escalera. Pasaba por cada cuadro y limpiaba los marcos con un trapo levemente humedecido para secarlos inmediatamente después. No se fijaba en lo representado, únicamente prestaba atención a si el marco era de madera o de metal, si la madera tenía alguna fisura y si había alguno que amenazase deshacerse y hubiese que mandar a restaurar. El sol se abría camino entre los visillos y por las ventanas abiertas llegaban amortiguados los sonidos de la calle. El olor de tostadas se había desvanecido dejando lugar al de la cera y el amoníaco de los cristales. Mientras pasaba la gamuza, reflexionaba. Había visto un piso muy pequeño, no lejos del centro de Carmen, que estaba en alquiler. Hizo los cálculos y pensó que con un sueldo fijo con Seguridad Social y unas pesetas los fines de semana y por las noches, le daría. Estarían estrechos, se dijo, pero ahora también lo estaban, acorralados como animales acechados. Pensó en a quién acudir. Don Salustino lo sabría, pero, aunque lo supiese, no se lo iba a decir. Los ojos se le llenaron de lágrimas al pensar en la señora Calderón y se arrepintió por no haberle preguntado antes. Pensó en cuántas oportunidades habría dejado pasar en su vida. Esta vez, no, se dijo. Lo que más miedo le daba era poder reunir el dinero de la fianza del piso. Tenía todavía un poco de sor Lucía, pero probablemente Camilo no le iba a dejar llevarse nada, así que no le quedaba otra solución que pedírselo a doña Adela, y esta vez diciéndole la verdad. Emilia bailoteaba por el pasillo con dos gamuzas amarillas en los pies. La puerta de la cocina se abrió y por un momento pudo escuchar a la cocinera cantando una copla acompañada por la radio. Bajó de la escalera y se dirigía hacia otro cuadro cuando los tacones de la señora resonaron por el pasillo. Un olor a perfume y a crema inundó el pasillo y se superpuso al

del amoníaco.

—¿Están todos los marcos bien, Inmaculada? —se detuvo a preguntar.

—Hasta ahora sí, señora, solo el dorado del salón tiene una raja, pero ya la tenía antes del verano.

Adela asintió.

—¿Tiene un momento que podamos hablar? —preguntó y, sin esperar la respuesta, continuó hacia el despachito.

Inmaculada se secó las manos en el delantal, plegó la escalera y la siguió. La señora la esperaba sentada en la misma butaca que la última vez.

—Siéntese, Inmaculada, y cuénteme. No he querido preguntarle delante de las otras.

—Muchas gracias, señora. Perdí el bebé, ¿sabe? Murió al nacer.

Adela la miró apenada.

—Qué pena Inmaculada, cómo lo siento.

—Pasa a veces —susurró Inmaculada—, el médico lo dijo. Gracias.

—Estará en el cielo —dijo Adela convencida—. ¿Cómo se lo han tomado los niños?

—Los niños aceptan la muerte más fácilmente que nosotros —dijo la asistenta.

Adela pareció perderse un momento en sus recuerdos.

—Sí —contestó tras una pausa—, aunque nunca he sabido por qué. Los niños creen que todo es eterno, la felicidad, la juventud, el verano, sus abuelos. Y aunque algo venga a confirmar que no es así, ya sea el otoño como la muerte, son incapaces de creer en los límites de la vida.

—Hasta que un día nos despertamos —sonrió triste Inmaculada— y nos damos cuenta de lo poco que nos queda por delante.

—No, Inmaculada, un día nos damos cuenta de la futilidad de nuestra vida —suspiró Adela—. Los niños tienen razón, lo ven con los ojos puros y nosotros perdemos la capacidad de ver. Piensa que tu bebé está con Nuestro Señor, que tiene la vida eterna por delante.

Un silencio se instaló entre las dos mujeres. Adela estaba relajada, con las piernas cruzadas ladeadas y los pies bajo una mesa de mármol sobre la que se encontraban múltiples ceniceros de plata y porcelana. Inmaculada en tensión, sentada en el borde de una silla bien recta, con las rodillas juntas y las manos agarrando el delantal. Adela descruzó las piernas e Inmaculada se lanzó a hablar antes de que se levantase.

—Señora —preguntó a toda velocidad—, ¿se acuerda de que me dijo que la señorita Pilar buscaba a alguien?

—Sí, claro, Inmaculada —la mujer volvió a cruzar las piernas—, pero me dijo usted que no.

—¿Podría decir ahora que sí?

Adela se revolvió, incómoda.

—La situación ha cambiado un poco. La señorita Pilar ha decidido ponerse a trabajar, así que serán más horas, aunque el sueldo es mayor

también. Y desde luego, la Seguridad Social. Tiene que ser alguien de absoluta confianza. Solo tiene una chica *au pair* para los niños, pero es una jovencita con menos sentido común que una adolescente. Sería hasta las tardes, y la verdad, no sé cómo se podría arreglar usted con los niños.

Inmaculada sintió cómo el sol se oscurecía, pensó en los niños andando hacia el colegio y se decidió.

—Señora, de eso quería hablarle —suspiró—. Usted sabe que mi marido me pega.

Adela se sobresaltó. Lo sabía, claro, y siempre le había dado mucha pena su asistenta. Pero, se preguntó, ¿qué podía hacer ella? La habían educado en el principio de los trapos sucios se lavan en casa y la confesión le pareció como si de pronto la mujer se hubiese desnudado ante ella.

—Saberlo, no —dijo incómoda—. Pero siempre lo he sospechado.

—Mientras estuve embarazada esta vez —aclaró Inmaculada—, no me tocó. Pero el domingo me dio otra vez.

Se levantó el flequillo para enseñarle el corte y Adela levantó la vista espantada. La conversación estaba tomando un tinte personal que le desagradaba profundamente. No contestó.

—He decidido dejarle —continuó de carrerilla— y por eso quería hablar con usted.

—Inmaculada, por Dios. ¿Qué va a hacer sola? ¿Cómo lo hará, solo con un sueldo, si ahora ya casi no le llega?

—El Camilo prácticamente nunca mete su sueldo —explicó Inmaculada —, por eso ando siempre a las últimas. Ahora estaré igual —dijo resignada —, solo que sin que me peguen.

—Pero Inmaculada —objetó Adela—, ¿y los niños? ¿Crecer sin un padre? Ha cambiado, lo dice usted misma, ha podido muy bien ser un desliz.

—Perdone, señora, pero el Camilo no ha cambiado, llevaba unos meses controlándose. Un día me matará. —Ahogó un sollozo.

—Hombre, Inmaculada, no exagere. Se le habrá ido la mano. ¿Qué fue lo que lo provocó?

—Dice que los hombres me miran, fíjese usted.

—¿Y no cree usted que pudiese ser una situación extraordinaria? ¿Un malentendido?

Inmaculada sonrió a su pesar.

—No, señora. Él es así desde que nos casamos y yo no puedo más. Es más —dijo segura—, no quiero más. No quiero que los niños vivan teniendo miedo de que su padre vuelva. Y no quiero correr el riesgo de que un día me haga algo y se queden solos.

—Inmaculada —dijo la mujer—, usted sabe que yo la ayudaría, pero creo que comete usted un error. Se casó para las duras y las maduras y Camilo lleva muchos meses muy bien, como me dice.

Los ojos de Inmaculada se llenaron de lágrimas de rabia. Estrujó el

delantal, obvió el comentario y siguió hablando de carrerilla.

—He encontrado un piso —sacó una hoja doblada del delantal y la extendió—, pero necesito algo de dinero para la fianza. Se lo devolvería lo más rápido posible. He pensado que, para aumentar mi sueldo, me podría llevar plancha y costura a casa y la Conchi podría ayudarme los fines de semana.

Adela miró el papel pero no lo cogió. Dudó. Se dijo que ayudaría a destrozar una familia, y quién sabía si todo esto no era una consecuencia de la pérdida de la criatura. Decidió ganar tiempo: si Camilo no volvía a tocarla, Inmaculada saldría ganando, y si volvía a las andadas, siempre tendría tiempo de adelantarle el dinero.

—Mire, Inmaculada, ¿qué le parece si le damos un poco de tiempo? ¿Un voto de confianza? Es posible que la pérdida del bebé le haya desestabilizado, sería normal. Yo hablaré con la señorita Pilar, pero creo que estará encantada de contratarla. La que estará bien triste seré yo. Y yo le aseguro que la seguiré de cerca y, si en un tiempo —buscó un circunloquio—, la situación no ha cambiado, le aseguro que yo la ayudaré.

Inmaculada la miró a los ojos y supo que no había nada que hacer. Sintió un peso sobre los hombros, los pulmones se le vaciaron de aire y algo le cerró el estómago. Adela ya se había incorporado, Inmaculada se levantó como por un resorte, dio las gracias y salió para volver a los cuadros del salón.

45

Madrid, 2015

El chirrido de unas patas de acero bajo el asfalto les hizo girar la cabeza al salir de la clínica. Con los rayos de sol, el dueño había inmediatamente desencadenado las sillas y las mesas. Solo tuvieron que intercambiar una mirada, se dirigieron a la terraza y pidieron dos cafés. Karen pensó, satisfecha, que empezaba a encontrarse bien con Cano, hasta se complementaban en los interrogatorios. El camarero apareció de vuelta y colocó un cenicero entre ellos. La teniente no sabía si lo había hecho de forma automática o si se acordaba del día anterior, pero le resultó agradable y pensó que los servicios en España eran diferentes al resto de Europa. No solo diferentes, sino que eran buenos, conseguían que los clientes se sintiesen únicos y valorados, como un invitado y no como un mal necesario al que encima había que educar, como ocurría muchas veces en otros países. Sacó un paquete de tabaco, le ofreció un cigarro a su segundo y encendió el suyo con los ojos entrecerrados, fijos en la entrada de la clínica.

—A ver, Cano, cuénteme. E intente que sea cronológico.

—La voz cantarina va a la clínica a buscar a sor Lucía —empezó Cano.

—¿La busca a ella o busca otra cosa? —preguntó Karen.

—A la monja. No sabe dónde está, pero seguiría los mismos pasos que nosotros. —La teniente lo miraba sin interrumpirlo—. En la clínica se dirige a sor Berta, que la manda a planta a buscar a sor Gabriela, que ya ha acabado el turno de noche y no está. Se encuentra a la enfermera, Marta, que la manda a los archivos.

—Espere, Cano —corrigió Karen—. Busca algo más, si no, no hubiese bajado a los archivos, sor Lucía no iba a estar ahí. Busca los datos de un parto.

—El parto de su madre… —dijo Cano.

—Eso dijo, sí. Ahora, intentemos comprender. ¿Por qué iba alguien a querer buscar los datos de un nacimiento de hace casi cuarenta años? ¿Qué preguntó exactamente? ¿Qué nos ha dicho la registradora?

Cano sacó la libreta.

—Preguntó por los niños.

—Que —dedujo Karen—, si partimos de la base que fue su madre la que dio a luz, como le dijo, sería su hermano.

—Sí —protestó Cano—, pero los nombres…

Karen levantó la mano para detenerlo.

—Olvídese de los nombres un momento, brigada, e intente separar lo que buscamos nosotros y lo que persigue ella —siguió ante la mirada escéptica de su segundo—. Ella no busca un parto, sino que el parto es el único dato que tiene. El día y el nombre de la madre. Y sor Lucía.

Cano empezó a protestar.

—Pero…

Karen sonrió.

—Cano, intente ser analítico, seguir paso a paso, preguntarse dónde van las piezas y no pretenda entender el dibujo antes de tenerlas todas colocadas.

El brigada frunció el ceño y recitó monótono:

—La registradora le dice que no.

—La voz cantarina insiste, pero esta no se los da —añade Karen—. Ahí tiene otro porqué interesante: ¿por qué le tendrían que interesar los datos de unos niños nacidos el mismo día que su hermano?

Cano, que revolvía su café, levantó la cabeza de golpe.

—Joder, no busca el parto, busca al niño.

Karen asintió levemente y sonrió.

—La mujer está segura de la fecha del nacimiento. ¿Qué otra información parece tener?

—Que sor Lucía llevaba la planta —respondió Cano.

Karen sonrió.

—Eso ya lo sabe, Cano. Si no, no le hubiese preguntado a la hermana Berta explícitamente por ella.

Cano frunció el entrecejo.

—Vale, se encuentra con que sor Lucía no está y en el registro no la ayudan. No le queda más remedio que seguir buscando a la monja.

El camarero los interrumpió preguntando si querían otro café. Asintieron y la teniente continuó.

—¿A dónde fuimos nosotros cuando no la encontramos?

—A la residencia del hospital —contestó Cano inmediatamente—, donde le dirían que sor Lucía estaba en San Lorenzo —frunció el ceño y añadió dudoso—, o la mandaron a la residencia de Moncloa…

Karen asintió.

—No varía el resultado, ahí se lo dirían.

El brigada apoyó un dedo sobre la mesa de acero y calculó:

—Eso fue —Miró el reloj— como nosotros, por la mañana… Se sube a buscarla a San Lorenzo, llega a la hora de comer y va al convento.

Karen asentía mientras removía el café.

—Salen de paseo y, cuando se separan, la monja está muerta. Por qué.

—No se imaginará usted…—empezó a decir Cano.

Lo interrumpió.

—No elucubre, Cano, y aténgase a los datos. Una mujer de unos cincuenta y cinco años busca a un niño nacido en 1980 que podría ser, si le mintió a la registradora, su hijo. O, si dijo la verdad, su hermano. Pero la madre, da igual quién sea, no está inscrita, ¿no? Ese día, según los registros en esa clínica, no dio a luz ahí. ¿Cree que se puede haber despistado? ¿En el día o en la clínica?

—¿En un nacimiento? No —afirmó Cano seguro.

—Entonces, si la voz cantarina no se equivoca, no la inscribieron. Por qué, Cano, por qué. Y por qué le interesa tanto a la mujer que va a buscar a sor Lucía a San Lorenzo.

—No la inscribieron porque no querían que quedase constancia del parto —dedujo el brigada.

—¿Del parto? —inquirió la teniente—. ¿O del nacimiento? Son dos cosas diferentes.

—Si no querían dejar constancia del parto… —siguió Cano.

—¡Cano! Sea preciso, por favor. No querían dejar constancia del nacimiento, ella busca el niño, no el parto.

Él asintió.

—Tenía que ser para inscribir al niño bajo otro… —Silbó— nombre. Perdón —se corrigió inmediatamente—. Para poder inscribir al bebé con otro apellido. Mierda.

Karen asintió, se levantó, le hizo una seña al camarero y pidió una botella de agua.

—Los robos de niños… —continuó en un murmullo Cano. Al ver su cara, añadió—: Claro, que estaba usted en Holanda cuando salió todo. ¿No se comentó por ahí?

—Algo, pero no mucho. ¿Cómo funcionaban? —preguntó Karen.

Cano se inclinó hacia ella.

—Utilizaban todo tipo de subterfugios, desde amenazar a las madres con quitarles a sus otros hijos como convencerlas para la adopción ilegal. A algunas les decían que el niño estaba muerto —reflexionó un momento y siguió—. Me acuerdo de uno, de una chica que dio a luz y le dijeron que el bebé tenía malformaciones y nació muerto. Pero la madre dijo que lo había visto al nacer, que estaba bien y que lo quería ver. Y ¿sabe lo que le dijeron cuando pidió enterrarlo? Que cómo quería enterrar «esas cosas». Eso sí que se lo podría preguntar a Benavides…

Karen sacudió la cabeza.

—Cano, ¿me quiere decir qué demonios tiene que ver Benavides con este caso? ¿Era un hospital de la Iglesia y por eso lo acusa? ¿Lo acusa por ser católico?

El brigada hizo una mueca.

—No sé si este caso era en un hospital de la Iglesia, pero…

—Ah, no lo sabe, pero Benavides es culpable. Así que usted también es culpable del compañero que arrestamos el otro día por colaborar con los

narcos.

Cano hizo un gesto con la mano y continuó.

—A lo que iba, la chica era terca y se empeñó en enterrar a la criatura. La enterraron mientras ella estaba todavía en el hospital. Ella seguía sin creérselo y se tiró años pidiendo los informes médicos. Y ¿sabe qué? No había ninguno que constatase las malformaciones. Al final consiguió la exhumación y en la tumba no había nada. Y esto fue en Bilbao en 1993…

Karen asintió.

—Le decían a la madre que el niño había muerto y lo daban en adopción.

—¡Pero no hay ningún niño nacido muerto ese día!

Karen lo miró reprobatoria.

—Intente ser exacto, brigada, que íbamos muy bien. ¿Por qué cree que se declaraba a los niños como muertos, Cano?

—Para que las madres no protestasen, claro —dijo Cano con cara de asco—. Les decían que había muerto y se lo daban a otros padres. Para que después diga usted…

Karen lo interrumpió y levantó la mano para detenerlo.

—Pare, Cano, y déjenos pensar y no juzgar, que es lo nuestro. En ese caso estaría registrada tanto la madre como la muerte del bebé. Esa chica de la que usted me hablaba estaba registrada. Nosotros no tenemos ni la inscripción de la madre ni la constatación de la muerte de un niño. ¿Por qué? Ella estaba segura.

Cano frunció las cejas negras y añadió incrédulo:

—¿Cree que la madre lo sabía?

Karen tamborileó el borde de la mesa y asintió pensativa.

—Si la ayudante al parto, el médico y las enfermeras de planta están en el ajo, no hay ninguna necesidad de inscribirlo como muerto —Hizo una pausa— en el caso de que la madre estuviese de acuerdo. Ni siquiera habría necesidad de inscribir a la madre… Sin acusador, no hay acusado.

—Eso querría decir —dedujo Cano— que uno de los dos niños que nacieron ese día sería el hermano o hijo de la mujer que paseó con sor Lucía.

—Saque las fichas de los partos, brigada.

Cano extrajo los informes de la funda de plástico.

—El primero: la madre, Mariola de Beamonte, asistida por el doctor Del Valle. Y el otro, Ana María Muñoz, asistida por el doctor Martín. ¿Cómo vamos a saber cuál? —preguntó Cano.

Karen sonrió y sacudió la cabeza.

—¡Cano! Piense antes de hablar, que, si no se deja llevar, se le da muy bien. ¿Quién asistiría un parto así? ¿El médico auxiliar o el principal?

—El principal. El doctor Del Valle en tándem con sor Lucía. ¡La mujer sabe que el parto lo asistió sor Lucía! —Cano hizo una pausa y exclamó dándose una palmada en la frente—. ¡Mi teniente! Acuérdese de las cestas

de Navidad.

—Sor Lucía tuvo un papel especial —añadió Karen asintiendo—, no podía ser únicamente la enfermera. Si no, la voz cantarina no hubiese creído que se pudiese acordar casi cuarenta años después.

—Puede ser coincidencia —se acordó Cano—, pero, además, la mujer del archivo ha hablado de un niño. No una niña.

Karen apagó el pitillo.

—Ahí está —concluyó—. Mariola de Beamonte.

—Pero ¿por qué buscarlo ahora? —dijo Cano extrañado—. ¿Casi cuarenta años más tarde?

La teniente se encogió de hombros.

—Las situaciones de la vida cambian, Cano.

—La monja —dijo con repugnancia Cano— le dice que no.

Karen le lanzó una mirada de falso reproche y sonrió.

—Bien supuesto. Y la voz cantarina…

—¡La mata! —Cano silbó y se puso en pie—. ¿Y ahora?

—Pare el carro, Cano. No sabemos si la mata. No olvide que pudo ser un accidente o que la pudo matar otra persona. Aunque le concedo que mucho apunta en su dirección. —Dio un golpe en la mesa—. Tenemos dos posibilidades: empezar por los actores o por los directores. Buscar a Mariola de Beamonte y a una señora Sánchez. Pero todo lo fácil que será encontrar a una de Beamonte, será casi imposible dar con una Sánchez. —Sonrió al ver la cara desilusionada de Cano—. O buscar en la clínica. A las monjas ya las hemos interrogado —y al mirar de nuevo al brigada, añadió —: No desespere, que nos quedan la antigua secretaria y el doctor Martín. Y la enfermera, que aunque no asistió al parto que nos interesa, nunca se sabe.

—Le voy a mandar a Suárez los datos de las dos —dijo Cano sacando su teléfono mientras la teniente asentía.

—Vamos a hacer el cálculo del tiempo.

—La hermana Gabriela tenía turno de noche y se había ido ya, así que debían ser más de las nueve —dijo el hombre animado mientras trazaba una tabla en el cuaderno—. El archivo acababa de abrir, así que ya estamos en las diez. Una hora hasta San Lorenzo. Espere —dijo volviendo las hojas—, voy a comprobar a qué hora llegaron los operarios y el pescadero al convento de las carmelitas.

Karen sonrió y pensó que se había acostumbrado rápido.

—El fontanero llegó a las tres, el pescadero a las cuatro y cuarto —dijo de carrerilla—. Para llegar ahí en esa franja horaria y subir al convento tuvo que salir de Madrid como muy tarde hacia las dos. Y tenía que coger el coche o llegar o a una estación de cercanías o a la del autobús. Le dio tiempo de sobra —concluyó.

Karen miró hacia la clínica pensativa.

—Tenemos otra pista, brigada. La mayoría de los asesinatos se cometen

por…

—Pasión o dinero. Pero sor Lucía no tiene… —dijo frunciendo el ceño —, pero… ¡están las donaciones! —Cano dio un golpe en la mesa.

—Las donaciones. Donaciones de pacientes agradecidos. A sor Lucía —insistió Karen—, no a la clínica ni al doctor. Ayer —relató—, cuando fui a buscar a la hermana Gabriela, me encontré al padre de un recién nacido en el ascensor. Salí con él, nos fumamos un cigarro juntos y me dijo cómo estaba de agradecido al doctor Oyarzun. Cano, piense, estaba agradecido. ¿No ha tenido nunca a nadie en un hospital, a alguien operado que le haya dicho que sin el doctor tal no viviría? Que le está tan agradecido.

—Sí, claro… —dijo dubitativo—. Pero es lo mismo, ¿no?

—No exactamente, ahí quiero llegar. No le están agradecidos a la clínica ni al médico, le están agradecidos a la monja. El padre del otro día no nombró a ninguna enfermera, por injusto que eso sea. Pero no hacemos más que oír de sor Lucía lo agradecida que le estaba la gente. ¿Por qué? ¿Por qué el padre del otro día no me dijo lo agradecido que le estaba a Beatriz Cabañas, a Marta o, si me pone, a sor Gabriela?

—Porque no hicieron nada excepcional, simplemente su trabajo…

—¿Y sor Lucía cambiaba pañales tan bien que pacientes agradecidos le regalaban una incubadora? —Karen se inclinó hacia él—. ¿Le mandaban cestas por Navidad? ¿Regalaban una guardería? ¿Una estatua de la Virgen? No —remató—; ella, sor Lucía, era la que hacía algo excepcional. Por eso la voz cantarina la busca a ella y solo cuando no la encuentra baja al archivo. Por todos esos casos excepcionales había donaciones excepcionales, las incubadoras, la estatua…

El brigada guardó silencio un momento, pensativo.

—Pero ¿cómo conseguía invertir los donativos en la clínica? Debía tener margen de maniobra, sí, pero limitado al pertenecer a una congregación.

La teniente se encogió de hombros.

—Supongo que los donativos no ingresaban en la cuenta de las hermanas directamente, porque sor Lucía perdería el poder de decisión. Me imagino que antes de comprar una incubadora nueva habría muchos muros que recomponer. Si todo ese dinero hubiese entrado de forma directa a la congregación, la mayoría se hubiese repartido por los otros conventos y hospitales. Tenemos que pedirles a los de la financiera que les echen un vistazo a las cuentas y se enteren de las donaciones privadas que se hicieron al hospital.

Cano dio una palmada en la mesa y respondió, casi gritando:

—¡Claro! Lo más fácil sería convencer a los agradecidos de donarlo a la clínica para pagar el favor. Pago en especie, vamos. No encontraremos nada —dijo Cano amargamente.

Karen negó.

—No en dinero. ¿Se imagina la cantidad de sobres de dinero? ¡No iban

a pagar la incubadora en efectivo!

—¡El aparato! —exclamó Cano otra vez animado—. Donaban el aparato.

—Fiscalmente limpio y el dinero iba exactamente a donde quería sor Lucía: a las mejoras de la clínica —asintió Karen satisfecha—. Y perfecto: los donantes no tienen que dar explicaciones ni andar con fajos de dinero. Un donativo a una clínica es completamente lícito y aceptable. Y sor Lucía no tenía que compartir con los conventos. Acuérdese de que sor Berta dijo que tuvieron la mejor planta de neonatología junto a la de La Paz. Eso querría decir…

El brigada la interrumpió.

—Que, si seguimos las donaciones, tendremos los casos de padres que pagaron.

Cano resopló. Karen se preguntó por qué no lo habían pensado antes, pero se dijo que la respuesta era evidente. El fin de sor Lucía había sido, si tenían razón, en cierto modo, altruista. No se habría lucrado ella. Se dijo que a lo mejor es el egoísmo propio lo que nos impide contemplar posibilidades que no conlleven un enriquecimiento directo.

—Joder… —masculló Cano.

—Por ahora son solo suposiciones, brigada. Y tanto sor Lucía como el doctor Del Valle están muertos.

—Pero nos quedan la enfermera y la secretaria. Y el doctor Martín. Y tenemos los dos partos de ese día —dijo animado—. A ver qué saca Suárez.

Karen miró el reloj.

—A la enfermera nos la buscan la gente del archivo y Suárez. Vamos a ver a Pura Castro.

46

Madrid, 1980

El restaurante estaba lleno de familias que celebraban el domingo, el tiempo todavía era bueno y los niños jugaban entre las mesas. Enrique presidía, con su hija Pilar a su lado y su nuera Margarita al otro. Pilar discutía, Margarita gesticulaba y él se empezó a poner nervioso. A él tampoco le gustaba especialmente su nuera, pero se dijo que Pilar le buscaba las cosquillas cada vez que la veía. Enrique llevaba un tiempo observando a su hija y pensó que parecía como si odiase todo lo que esta representaba: la tontería del club, las conversaciones inocuas y una existencia basada en ver y que te vean. A lo mejor Jaime de Beamonte tenía razón, se dijo, y lo que le hacía falta a Pilar era trabajar y poder enfrentarse a alguien de su calibre. Su mujer advirtió su descontento y se levantó, ofreciéndole cambiar de sitio con la excusa de que los otros hablaban de política. Enrique la miró con inmenso agradecimiento y se mudó. Adela se sentó entre su hija y su nuera y con una sonrisa preguntó de qué tema estaban hablando. Pilar resopló.

—De la ley del divorcio y del aborto.

Su madre dio un respingo y pensó, «por Dios, Pilar, hija, ¿cuántas veces te he dicho que ni política ni religión?». Horrorizada, se la imaginó en las cenas de la embajada. Su nuera fue más explícita.

—Adela, ya sabes lo moderna que es Pilar, dice que somos unos retrógrados respecto a Europa, que la ley española no ampara a la mujer. Y que se debería legalizar el aborto, imagínate. Pilar, hija, a veces te pasas, parece mentira que creas en Dios.

—¿Y quién te dice que creo? —espetó la otra.

Adela se sobresaltó.

—¡Virgen santa, Pilar! Si no te conociese y supiese que no lo dices más que para fastidiar, podría pensar cualquier cosa. —Adela intentó cambiar de tema y abrió la carta—. ¿Qué habéis pedido para comer?

Pilar no se dejó desviar.

—Mamá, yo no me meto en tus creencias, pero tengo derecho a tener las mías. Y tanto el divorcio como el aborto aquí, en España, son una hipocresía.

—¡Pilar! —exclamó su madre espantada.

—¿Ves, Adela, ves? —dijo su nuera encantada de la ayuda repentina—.

Está radicalizada…

Pilar levantó la voz y la mesa que tenían al lado volvió las cabezas hacia ellos.

—Pero ¿vosotras no veis o no queréis ver? ¿No os dais cuenta del egoísmo? Sí, mamá, no me mires así, todas tan católicas, apostólicas y romanas. Es muy fácil, ¿verdad? Todos sabemos que los Allende no se soportan, ¿verdad? ¿Y qué han hecho? Se han partido el piso dejando el comedor en medio, y al mozo de comedor y la cocinera los comparten porque ninguno quería cedérselo al otro y no se ven más que para las comidas. ¿No es un divorcio eso? ¿Y todos los amigos de papá que están en Madrid mientras sus mujeres se pasan el tiempo de viaje? ¡Esos no tienen que divorciarse, les da exactamente igual!

Adela le hacía signos para que bajase la voz, horrorizada. Margarita, encantada de echar un poco de leña al fuego, añadió:

—Y todavía no ha empezado con el aborto…

Sonrió, satisfecha ante la llegada de una aliada de tal peso: Pilar, se dijo, no se atrevería a hablar a su madre como lo hacía con ella. Cruzó los brazos, se apoyó en el respaldo y se dijo que no tenía más que dejar a su cuñada lanzarse un poco más y su suegra era capaz de mandarla a casa sin postre.

—Pilar —dijo su madre—, no me creo que estés a favor del divorcio. Hoy en día no hay nadie casado contra su voluntad, y uno se casa para lo bueno y para lo malo: lo que Dios ha unido no lo puede deshacer el hombre. Y, no me interrumpas, que no he terminado —dijo al ver que su hija abría la boca—: los casos de los que hablas son desgraciados, sí, pero todos tienen en común que intentan sobrellevar sus diferencias, que, desde luego, se pueden tener.

—¡Mamá! No todos los casos son iguales.

Adela asintió.

—Mira, un ejemplo: el otro día vino Inmaculada, que, por cierto, dice que sí, que quiere entrar de fija contigo. Me consultó porque quería dejar a su marido. Hablamos bastante y llegamos a la conclusión de que debía darle otra oportunidad.

Pilar se levantó, furiosa, y la silla cayó con estruendo hacia atrás.

—¡Pero, mamá! ¡A Inmaculada su marido le pega desde tiempos inmemoriales! Y ¿me estás diciendo que le quería dejar y que tú le dijiste que no? ¿Hablasteis o *hablaste*? —Hizo hincapié en la terminación—. Porque es diferente, ¿sabes? —espetó.

Adela levantó las cejas, disgustada.

—Pilar, te estás propasando, querida. No te permito que me hables en ese tono. Pero, para que te quedes tranquila, te diré que lo discutimos. Le pregunté qué había pasado y sopesamos la situación.

—Perdona, mamá —Pilar bajó el tono, pero tenía la cara enrojecida de rabia—, ¿ella acudió a ti pidiendo ayuda y tú le dijiste que se lo pensase?

—¿No te parece que es una decisión que no hay que tomar a la ligera? —contestó Adela.

—Pero ¿tú te das cuenta de la arrogancia? ¿Crees que no lo ha pensado profundamente si se ha decidido a acudir a ti?

Adela se levantó moviendo la silla sin hacer ruido. Apoyó las manos en el respaldo y respondió.

—Pilar, no admito que me contestes así. No tienes diez años y no te puedo echar de la mesa, que es lo que debería hacer, ni darte unos azotes, que es lo que te mereces. Voy a mirar qué hacen los niños, no pienso seguir con esta discusión.

Colocó la silla bien y se alejó. Enrique interrumpió la conversación y miró lleno de reproche a su hija. Jorge, el marido de Pilar, levantó las cejas y Quico, uno de sus hermanos solteros, lanzó una carcajada y levantó su copa.

—Tengo que decir que me encantan las comidas de los domingos. Sobre todo, desde que has vuelto, Pilar.

Jorge se levantó con cara seria y fue tras su suegra mientras el marido de Margarita carraspeaba nervioso y le servía a su padre una copa de vino. Quico se levantó, ocupó el sitio que había abandonado su madre y le sirvió a su hermana una copa sacudiendo la cabeza.

—Pilar, no sé cómo te metes en estas discusiones, de verdad.

—¡Quico! —protestó ella—. ¿Cómo puedes hablar así? No me digas que nunca has visto que a Inmaculada la pegaba el marido. ¡No me digas que no, sé que vas a comer a casa de mamá y la ves!

Su hermano se echó hacia atrás.

—Pilar, ya sabes que estoy de acuerdo contigo. —Al ver la cara de su cuñada se dirigió a ella—: Margarita, no me mires así, que nos conocemos hace mucho. Sin estar de acuerdo con mamá, sé que ella intenta ayudar en lo que puede…

—¡Quico, no ayuda! Da lecciones de vida, probablemente le habrá dicho que rece —dijo despectiva.

—No seas injusta, Pilar, que no te va. Que mamá pueda equivocarse, sí, lo acepto. Pero no lo hace con mala intención. Tienes que plantearte, al tomar una decisión por alguien, tanto en el caso de mamá como en el tuyo, si se es capaz de cargar con las consecuencias. O la participación es simplemente el placer de oírse hablar y recitar los principios adquiridos para asombrarse después de lo que pueda pasar y decir: ¿quién lo hubiese pensado? —Levantó su copa—. Kant, hermanita, Kant.

Margarita abrió la boca para hablar, pero Quico elevó la mano y la detuvo sin concederle una mirada.

—Cuñada, hazme un favor y cállate. Ya llevo unos vinos y soy capaz de decirte que no vas a decir más que una cretinada, así que guárdatela y ahórrame el tener que contestarte. Pilar, creo que te tendrías que disculpar con mamá. Si quieres hacer algo de verdad, coge a Inmaculada de fija,

págale un buen sueldo y la Seguridad Social. Entonces, si sigue decidida, tendrá una base en la que apoyarse.

Pilar sonrió. Su hermano tenía razón, lo mejor que podía hacer era colocar a Inmaculada. Jorge casi la había convencido de buscar a una chica interna, pero Inmaculada era una alternativa mucho mejor. Se levantó sin mirar a su cuñada, besó a su hermano en la incipiente calva y se fue en busca de su madre para pedirle perdón.

47

Madrid, 1980

Camilo estaba inquieto. Su mujer pensó que le costaba ir a trabajar, pero con el pasar de los días salía como siempre y volvía cada vez más tarde. Inmaculada contó el dinero de sor Lucía por enésima vez y pasó a hablar con los de la inmobiliaria por si podía dividir la fianza en varios meses. La chica le dijo que lo consultaría.

Cuando iba a ponerse el uniforme en casa de doña Adela, Emilia la detuvo.

—Que no te cambies, Inma, y pases a ver a la señora en cuanto llegues. Ve, están desayunando.

Inmaculada abrió inquieta la puerta que separaba la cocina y el pasillo: asió por un lado el picaporte de aluminio y la cerró con el labrado en bronce que se encontraba al otro lado. Adela estaba sentada en la cabecera, todavía en bata, con Enrique, ya vestido, a su lado. Ambos dejaron los cubiertos cruzados sobre el plato al verla.

—Buenos días, Inmaculada —dijo Adela.

—Señora.

—He hablado con la señorita Pilar, por eso he dicho que no se cambiase. Yo creo que se pueden arreglar las dos. A mí me costará mucho perderla, pero… la veré a menudo. Le he apuntado la dirección. —Sacó un papel de la bata y se lo tendió—. Puede empezar hoy mismo.

Adela se levantó, su marido se sirvió una taza de café y empezó a juguetear, inquieto, con el periódico que estaba a su lado.

—Muchas gracias, señora —contestó Inmaculada cogiendo el papel.

—De nada, Inmaculada, que ya bastante tiene usted. —La mujer se disponía a salir, pero la detuvo—. Inmaculada —dijo con la voz un poco temblorosa—, quería decirle que puede que no haya juzgado bien su situación. Si necesita usted algo, venga a verme y yo la ayudaré.

—Muchas gracias, señora —asintió. Iba a hablar de la fianza, pero la presencia del hombre la cohibió y se dijo que se lo comentaría cuando estuviese sola.

Se despidió en la cocina, guardó la bata floreada y cogió el autobús. Tocó el timbre de una casa unifamiliar y un pitido abrió la verja de hierro. Tras la puerta blanca la esperaba sonriente Pilar.

—Inmaculada —exclamó encantada—, qué bien que hayas podido

venir.

—Señorita Pilar, qué alegría verla.

—Pasa, pasa, que te enseño la casa. Bueno, aunque antes tendremos que hablar, ¿no? Ven por aquí.

Cruzaron la entrada para pasar a un saloncito. Pilar se sentó y le señaló una butaca.

—Te ha contado mamá, ¿no? Bueno, supongo que te habrá dicho que todo está manga por hombro —Sonrió—, y que la chica *au pair* no vale para nada… No —dijo al ver que Inmaculada iba a replicar—, no digas nada, que encima tiene razón. ¿Te ha contado que voy a empezar a trabajar? —dijo animada—. Bueno, el caso es que he encontrado un trabajo. Y necesito a alguien que se ocupe de todo. Sería venir por las mañanas, arreglar la casa, preparar la cena, ninguno comemos en casa, y echarle un vistazo a Melanie. Ella se ocupa de los niños, pero necesita una cabeza pensante cerca. El sueldo es de 25.000, más Seguridad Social y el transporte.

Inmaculada la miró compungida al oír esa cifra astronómica y pensó que había un error y la necesitaba interna, o por lo menos, todos los días hasta la noche.

—Señorita —dijo con un hilo de voz—, perdone, pero yo no puedo estar de interna.

Pilar rio.

—Ya, ya lo sé. Si llegas a las nueve y te vas a las cinco sería perfecto.

Inmaculada pensó que entonces estarían los fines de semana incluidos. Se podría arreglar con la Conchi, se dijo. Pilar siguió hablando.

—La mayoría de los fines de semana subiremos al campo y no te necesitaré, pero si alguna vez te necesitase un sábado, te lo diría con tiempo.

Inmaculada sabía que nunca se pagaba a las externas tanto. Pilar se enteraría en el primer café y se quedaría sin trabajo, se lo tenía que decir.

—Ya, pero el sueldo…

Pilar levantó la mano y no la dejó terminar.

—Inmaculada, sé lo que vales, sé que eres responsable, que tienes mano en la cocina y con los niños. Quiero trabajar —afirmó—, necesito a alguien en casa con sentido común que me cubra las espaldas y no estoy para experimentos. No vamos a discutir, pero para que te quedes tranquila, sí, sé que el mes se paga menos. Pero yo sé cómo funcionas. Solo hay una cosa que te tengo que pedir: que te pongas un teléfono. Yo pago la instalación, pero tengo que poder localizarte.

—Hoy mismo lo pido en la Telefónica —contestó Inmaculada.

—Pues ya estamos —dijo levantándose con una palmada—. Dime cuánto es y por cuánto te sale el transporte.

Inmaculada la siguió hasta la cocina, donde había un cuartito pequeño con una cama, una mesilla sobre la que tronaba una televisión y un baño.

—Este es tu cuarto —dijo Pilar—. Te he comprado una televisión, he pensado que te divertiría al planchar.

Inmaculada colocó su bolsa en el suelo mientras Pilar seguía abriendo puertas.

—Este es el cuarto de la lavadora, puedes lavar aquí el uniforme. Es ridículo que pasees por Madrid con él.

Visitaron el resto de la casa e Inmaculada constató que todo era moderno y fácil de limpiar. Pilar sonrió y le dijo que le encantaría un gazpacho y una tortilla de patata para cenar. Inmaculada asintió.

—Entonces ¿estás de acuerdo?

La otra sonrió, todavía asombrada por su suerte.

—Claro, señorita. A partir del uno me tiene aquí.

—Fenomenal —dijo Pilar—, justo entonces empiezo a trabajar. —Sacó unos billetes del bolso y se los dio—. Para el transporte y un adelanto, para que te vayas arreglando. No te olvides del teléfono, por favor.

—Esta misma tarde lo pido —aseguró.

Empezó a limpiar y pensó que no le costaría nada separarse de las otras casas. Desde la muerte de la señora Calderón, no estaba unida a ninguna excepto a doña Adela. La casa era fácil, no tenían mucha plata expuesta, el parqué no era oscuro y las cortinas eran solo visillos. Si se organizaba bien, se dijo, podría recoger incluso a Carmen del centro. Llegaría a casa antes que normalmente, ganaría más y estaría asegurada. Hizo dos tortillas de patata grandes y una pequeña que se comió en la mesa de la cocina mientras hacía cálculos en un cuaderno cuadriculado que encontró en un cajón. Con ese sueldo, pensó, podría pagar el apartamento y comer. Con el adelanto de la señorita Pilar podría pagar parte de la fianza. Sin hacer cabriolas, se dijo al ver la cifra que le había salido, les daría de sobra, incluso para una tarde de cine para Conchita. Y si la de la inmobiliaria no aceptaba que pagase la fianza a plazos, le pediría lo que faltaba a doña Adela. Recogió la cocina, sacó la lavadora y se puso a planchar. Se sentó a doblar los calcetines y un rayo de sol que entraba oblicuo por la ventana le dio de lleno en la cara. Sonrió feliz y se dijo que todo iba a salir bien.

48

Madrid, 2015

Las extensiones sin límite de la planicie se extendieron ante sus ojos y Karen se asombró una vez más de los diferentes paisajes españoles. La casa rural de Pura Castro se encontraba a las afueras de Navalcarnero. Siguieron las indicaciones de unos paneles de madera, entraron en una finca con un jardín verde y cuidado y aparcaron bajo un tejado de cañizo.

—Parece un estacionamiento desproporcionado para el tamaño de la casa —dijo Karen.

—Seguro que entre las celebraciones familiares se incluyen bodas —explicó Cano.

La entrada de la casa estaba en penumbra, solo unas lamparitas sobre unas mesas bajas iluminaban la estancia. El mostrador estaba vacío, pero había un timbre de bronce instalado en un extremo al que dieron un pequeño golpe. Cano le tendió un prospecto con ejemplos fotográficos de diferentes eventos.

—Ve, tenía razón.

Un hombre en la cuarentena vestido de campo con un pantalón de pana, camisa de cuadros y un chaleco, todo verde, se acercó a ellos con una acogedora sonrisa.

—Buenos días, buscan a la tía, ¿verdad? Me lo ha dicho mi mujer.

—Sí, si su tía es Pura Castro.

El hombre asintió y, tras ofrecerles tomar algo, desapareció diciendo que iría a buscarla. Pasados unos minutos, Pura Castro se presentó ante ellos. Era una mujer de unos setenta años, bajita y un poco gruesa, pero reconocieron sin dificultad en ella a la mujer del vestido setentero de la foto de la inauguración de las incubadoras. Unos dijes que colgaban de unas cadenitas de oro fino tintineaban en sus muñecas. Llevaba una melenita corta y perfectamente teñida y unas gafas de concha. Los guio a su despacho, los invitó a sentarse en un pequeño sofá de dos plazas y tomó asiento frente a ellos en la silla del escritorio. Karen observó la estancia: había archivadores, una mesa con papeles repletos de números y un grabado antiguo que mostraba un mapa de la zona. Sobre una mesa y bien visible había una foto enmarcada del doctor Del Valle con ella en la entrada a la planta de Ginecología. Pura cruzó las manos, a la espera.

—Ustedes dirán.

La teniente comenzó a hablar.

—Como le dije al teléfono, investigamos la muerte de la hermana Lucía. Usted trabajó muchos años en Santa María de las Nieves como secretaria de ginecología.

—Cuarenta y cinco años para ser exacta. Me jubilé hace dos. Era la secretaria personal —precisó Pura— del doctor Del Valle.

—¿Se puede usted imaginar a alguien que pudiese querer matar a sor Lucía?

—No, claro que no —Algo en su voz vibró—, todos adoraban a la hermana Lucía.

Karen pensó en las palabras despectivas que había utilizado al teléfono.

—¿Nos puede contar algo más de ella? —inquirió.

—No sé qué quieren que les diga. —Se encogió de hombros—. Era perfecta. Completamente perfecta —repitió.

Ahí estaba otra vez, se dijo Karen. Se acordó de sus palabras sin tener que consultar el cuaderno de Cano: «No podía morir de forma normal».

—Perdone, Pura —objetó Karen—, pero nadie es perfecto.

La secretaria soltó una carcajada y un pequeño deje de amargura cortó su voz.

—Ella sí. O, por lo menos, todos lo veían así —dijo resignada.

Karen sintió la pequeña inflexión en el tono y decidió cambiar de línea.

—¿Trabajaba usted también con el doctor Martín?

—Pues no, la verdad. Yo era la secretaria de *dirección* —Hizo hincapié en la palabra—, y el doctor Martín no era más que el ayudante del doctor.

—¿Sabe usted si en la época de los ochenta había otras pacientes que no fuesen las de pago? —inquirió Karen.

La secretaria hizo una pequeña pausa y reflexionó.

—El doctor Del Valle era un hombre extremadamente generoso. No me extrañaría nada que hubiese aceptado algún caso sin cobrar por ello —afirmó.

—Esos casos ¿habrían sido inscritos en la clínica? —preguntó Cano.

—Si los hubo, lo estarían, sin duda alguna. El doctor Del Valle no solo era un magnífico profesional y una bellísima persona, sino que era meticuloso como el que más. Aunque inscribir a las pacientes no estaba dentro de sus competencias, evidentemente.

—¿Eran las suyas? La competencia de inscribir, me refiero —inquirió Karen.

Pura levantó el mentón con gesto de protesta.

—Desde luego que no. Yo no llevaba los registros, eso era competencia de las religiosas.

—¿Sabe usted de alguno de esos casos? —preguntó Cano.

—No, ahora no se me ocurre ninguno. Pero pregúntenle a la nueva secretaria —dijo con retintín—, ella siempre dice que es capaz de sacar un dato en cinco minutos. O diríjanse al archivo.

La mujer descruzó las manos y Karen pensó que se le iba a escapar.

—Pura —dijo Karen seca—, parece que la clínica estuvo involucrada en asuntos ilegales.

La mujer se levantó como tocada por un rayo.

—¿Qué está usted insinuando? —exclamó presa de la indignación—. Yo no sé qué haría la hermana Lucía, desde luego, pero —Levantó el dedo— una cosa sí puedo asegurarle, el doctor Del Valle nunca habría participado en algo ilegal, jamás. Él era un gran hombre. Con sus debilidades —Una pequeña sonrisa iluminó su rostro—, sí, pero jamás, jamás —repitió— habría hecho algo en contra de la ley. No hay nada, absolutamente nada, que pueda mancillar su nombre.

—¿Qué debilidades? —preguntó Karen, satisfecha de haberla hecho saltar.

Una sonrisa, mezcla de madre orgullosa y condescendiente, surgió en sus labios.

—Ya saben, los hombres. Pero, claro, él era un fuera de serie. No se imaginen nada —dijo restándole importancia a sus palabras—, desde luego que nunca se hubiese permitido tener una aventura en el hospital. Pero era normal, todas las mujeres caían a sus pies. Pero de ahí a insinuar…

Karen la interrumpió.

—¿Qué relación tenía con sor Lucía?

—*Puramente profesional*. —Hizo hincapié en esas palabras—. Aunque a mí, si me preguntan —dijo crítica—, sor Lucía se propasaba en el tono que utilizaba con él. Claro que ella nunca dejó de ser la señorita de cortijo. Pero él era un señor y lo llevaba como había que llevarlo —Una expresión despectiva apareció en su rostro—, sin hacer caso.

—¿Qué quiere decir con que sor Lucía funcionaba como una señorita de cortijo?

Cano apuntaba sin cesar.

—Mire, esa es una raza aparte, que por mucho que lo intenten y por mucha toca que lleven, no se consigue esconder. Ya lo dice el dicho, el hábito no hace al monje. Ella era una señorita, sí. No trataba a las monjas como aparceros, pero sí como elementos de su propiedad. Al doctor no, claro que no, que menudo señor era él.

—¿Y a usted? ¿Cómo la trataba a usted?

—Pues, mire —dijo sin darle importancia—, como al capataz. Y se creía que no me daba cuenta, que me tragaba sus sonrisas y sus buenas palabras. Pero no. Yo, tonta, no soy. Lo aguantaba por él, que ya bastante tenía encima como para soportar líos entre mujeres. Además —añadió segura—, yo siempre he estado por encima de eso. Él confiaba en mí. Sor Lucía se creía que era su mano derecha, pero él me lo dijo mil veces: «Pura, sin usted estaría perdido. Pura, es usted mi mano derecha. Pura, qué haría yo sin usted». ¿Quién era la que le organizaba sus cosas? ¿Quién hacía horas extra por él? ¿Sor Lucía? No, yo. Y sin esperar nada a cambio, no se crean.

Pero él, que era un caballero, siempre se acordaba de mi cumpleaños y de mi santo y me regalaba algo personal, no el perfumito que me mandaba su mujer por Navidad. Cada año una pulsera, un colgante. Y lo elegía él. Para mí.

No pudieron evitar observar la colección de pulseritas que colgaban de sus manos. Siguió hablando.

—Si piensan que él podía estar metido en algo turbio, se equivocan. Jamás —zanjó.

Karen se decidió a lanzar un farol.

—¿Cómo explica usted la cantidad de donativos a su clínica durante esos años?

A Karen le pareció ver un relámpago de duda en sus ojos, pero Pura no se desestabilizó y contestó al segundo.

—Muy sencillo. La gente, antes, era más agradecida y se daba cuenta de la magnífica labor del doctor. Es muy triste que hoy en día solo concibamos la caridad y la generosidad como parte de un trato, ¿no les parece? —dijo en un tono de voz meloso, prácticamente como una acusación—. No busquen donde no hay —zanjó de nuevo.

Karen reflexionó un instante, que Pura aprovechó para levantarse.

—Si no necesitan nada más…

La teniente se levantó, sacudió la cabeza y le tiró de la manga al brigada, que parecía anclado a su asiento. Cuando se iban a montar en el coche, una mujer joven se les acercó.

—¿Han podido hablar con la tía? Soy Mónica Hoyos, su sobrina —explicó—. Llevo con mi marido la casa.

Asintieron.

—Queríamos hablar con ella sobre la clínica en la que trabajó —dijo Karen.

Unos hoyuelos maliciosos aparecieron en las mejillas de la joven. Con una sonrisa pícara contestó:

—Pues le habrá encantado, no hay nada que más le guste que hablar del doctor Del Valle.

La teniente sonrió divertida.

—Sí, esa es la impresión que nos ha dado.

—Ya, yo siempre le estoy tomando el pelo con que estaba enamorada de él. Claro que era un hombre guapísimo.

—¿Le conoció usted?

—No, pero le tengo más visto que el tebeo, mi tía tiene fotos suyas allá donde esté…

Pura apareció en la entrada, vigilante, y llamó a su sobrina, que se volvió para marcharse.

—Si me perdonan…

—Muchas gracias —dijo Cano—. Tiene usted una finca muy bonita.

—Pues ya saben —dijo mientras andaba hacia la casa—, si tienen una

celebración… Ofrecemos precios muy competitivos.

En el coche, la teniente le pidió las llaves.

—¿Quiere conducir?

—Quiero que me pueda leer exactamente lo que ha escrito antes de que me juzgue por no haberle tirado más de la lengua —contestó Karen divertida.

Cano la miró asombrado, abrió el cuaderno, la teniente arrancó y se dirigió a la salida mientras Cano leía. Karen golpeaba el volante con los dedos y mantenía la vista fija en la carretera que llevaba a la autopista mientras el brigada repetía la conversación.

—Bien, Cano, ahora su impresión.

—La sobrina tiene razón, estaba loca por él.

—No utilice el pasado, Cano, está. ¿Se llevaba bien con nuestra muerta?

—No soportaba a sor Lucía —negó Cano.

—¿Por qué cree usted?

—Porque la trataba como a un sirviente —contestó Cano seguro.

—No, brigada, no. Yo creo que no era eso. Descríbame la situación.

—Sor Lucía… —comenzó.

—No —le interrumpió Karen—. No empiece por ella.

—El doctor Del Valle consideraba a Pura su apoyo.

—Cano, reflexione e intente no ser impulsivo. El médico apasionante, la señorita del cortijo pero monja.

—La secretaria enamorada. Realista, sabe que no tiene ninguna posibilidad —reflexionó Cano—. Pero tendría que habernos presentado en bandeja a sor Lucía —protestó.

Karen negó con la cabeza con fuerza.

—No. Odia a sor Lucía, sí, pero no como competencia, es una monja, sino por la complicidad de clase que tiene con el doctor. Aunque la odie y sepa algo, nunca hablará. No por proteger a la monja, por protegerlo a él.

—Él la debía llevar bien —dedujo el brigada—, una frase bien dicha, una mirada, una palmadita. Y un detalle por su cumpleaños. Algo único y palpable. Algo que no tenía sor Lucía.

Karen sonrió satisfecha.

—Exactamente, brigada, las pulseritas. Mucho me temo —dijo desalentada— que de Pura Castro no vamos a sacar nada más. Dando por descontado que el médico no debía tener un pelo de tonto y no se mezcló en el papeleo. No dirá nunca nada que pudiese, ¿cómo ha dicho?

—Mancillar su nombre —repitió Cano.

—Exactamente. Y qué peor que descubrir que en su clínica y bajo su mando había tráfico de bebés. Nunca hablará.

49

Madrid, 2015

El teléfono de Karen sonó en la entrada de Madrid. La madre Verónica, de la residencia del hospital, los informó de que sí que había pasado una mujer buscando a sor Lucía el lunes. Karen cambió el rumbo. La monja los esperaba en la entrada y la portería estaba ocupada por una monja mayor.

—Los he llamado por sor Jennifer, la hermana que cubría la portería el otro día. Síganme, por favor.

Dejaron atrás la estatua de la Virgen y pasaron a una salita amueblada con unos sofás, bastante más acogedora que la sala de visitas de las carmelitas. Sor Jennifer esperaba de pie en una esquina retorciéndose las manos. La madre Verónica salió, no sin antes insistir a la hermana en que los ayudase en lo que pudiese.

—Sor Jennifer —preguntó Karen todo lo amable que pudo—, ¿nos puede usted contar algo más?

—Bueno —dijo la joven visiblemente angustiada—, no mucho más. El lunes vino una señora buscando a sor Lucía, sí. Solo le dije que estaba en San Lorenzo, nada más.

—¿Se fijó usted en ella?

La monja parecía insegura y Karen pensó que ocultaba algo.

—No, la verdad es que no.

—¿En nada? —preguntó Karen extrañada—. Forma de vestir, aspecto…

La joven parecía a punto de llorar y miró hacia la puerta con miedo.

—No se preocupe, que de aquí no sale nada —añadió la teniente.

La confesión brotó de golpe.

—¡Sí! Vino esa señora. ¡Pero no puedo decirles nada! —exclamó.

Cano y Karen la miraron desconcertados.

—¡No la miré porque no estaba atenta a la portería! —Estalló en llanto —. ¡En la portería hay internet y estaba hablando con mi hermana de Medellín! Es la única hora en la que puedo porque ella es enfermera y sale muy pronto a trabajar…

Se miraron y comprendieron. No había nada que confesar, la monja simplemente había aprovechado el ordenador de la portería y no se había fijado en quién entraba. Probablemente no tenían acceso propio a internet y no debía querer que la superiora se enterase de que descuidaba su puesto

con conversaciones personales. Continuó entre sollozos.

—Me preguntó, sí —hipó—, pero mis sobrinos se habían levantado pronto para verme y contesté rápido… Prácticamente no la vi. Solo le dije que estaba en San Lorenzo con las hermanas carmelitas.

Cano resopló.

—¿Sabría decir por lo menos a qué hora sucedió?

La chica se animó un poco.

—Debían de ser las once y media, mi hermana entra a trabajar a las seis de Colombia.

Al salir se toparon con la madre Verónica, que los esperaba en el pasillo.

—¿Ha podido ayudarlos? —preguntó.

La teniente se dirigió a ella.

—Madre, ¿tiene un momento?

La monja asintió y se detuvo en la galería señalando uno de los bancos que adornaban el pasillo.

—Mejor en su despacho —propuso Karen— si no le importa.

Sin decir nada, la monja retomó el camino por el pasillo y los guio, cerrando la puerta tras ellos.

—Ustedes dirán —dijo tensa.

—Hemos avanzado en la investigación —explicó Karen— y el homicidio es cada vez más probable.

No dijo más y esperó a ver su reacción, pero la religiosa enarcó las cejas y no dijo nada. La teniente continuó.

—¿No se le ocurre, de verdad, ninguna razón por la que alguien pudiese odiar a la hermana Lucía? ¿Nada en su pasado que pudiese explicar un odio visceral?

—Ya les dije que prácticamente no la conocía. Llegué aquí hace poco más de un año, tras la muerte de mi predecesora.

—Supongo que, a pesar de no haberlo vivido, habrá acabado enterándose de las actividades extraordinarias de este hospital —se lanzó Karen.

La monja se enderezó un poco más y sus rasgos se endurecieron.

—No sé a qué se refiere —dijo secamente.

Cano replicó.

—¿Nunca le ha extrañado la abundancia de donativos?

La monja pareció por un momento aligerada.

—¿Los donativos? —Sonrió, más tranquila—. Siempre me asombra la generosidad de la gente, claro.

—Perdone, creo que nos hemos expresado mal —corrigió Karen—. ¿Nunca le ha llamado la atención la abundancia de donativos a Ginecología? —se decidió a lanzar un farol—. Una abundancia que no era igual en la planta de Traumatología. Ni en la de Oncología, para el caso.

La madre Verónica sonrió, segura, y se encogió de hombros.

—Es triste, sí, pero comprensible. Las personas tienden a ser más

generosas en una situación de felicidad que en una de desgracia. También tendemos a preferir al bebé que al anciano, aun necesitando ambos la misma protección. Nosotras no diferenciamos, nuestra misión es proteger al débil, pero no podemos evitar que otros lo hagan.

—¿Protegen siempre al débil, madre? —espetó Cano—. ¿Verdaderamente?

La religiosa cruzó las manos sobre el regazo.

—No entiendo a dónde quieren ir a parar. Me encantaría ayudarlos, pero no veo cómo podría explicar lo que impulsó a unos donantes a participar más en un proyecto que en otro…

—¿No se puede imaginar que las aportaciones no fuesen tan altruistas como parecen? —insistió Karen.

—Les repito otra vez que no sé lo que insinúan. —Su rostro era inescrutable.

—Sabemos que está muy ocupada —atacó Karen—, pero supongo que ha oído hablar de casos de madres a las que, contra su voluntad, se les quitaba a sus hijos tras dar a luz.

La monja se levantó de golpe y se dirigió a la puerta. Se volvió hacia ellos.

—Perdonen, no creo que debamos seguir hablando en estos términos. No tengo conocimiento de ningún hecho similar en esta clínica. —Suspiró —. Supongo que va inherente con el egoísmo de esta época. El buscar el mal en acciones, para algunos inexplicables. Les tengo que pedir que salgan. Si necesitan más respuestas, lo mejor es que se dirijan de manera oficial a la madre provincial.

Se encaminaban a la salida cuando la teniente se volvió.

—Una última pregunta.

—No voy a contestar a nada más —dijo cortante la religiosa.

Karen ignoró su respuesta.

—Usted llegó hace un año y medio, ¿verdad?

La monja suspiró.

—Sí, tras la muerte de la madre Rosario.

—Usted mandó a sor Lucía a la residencia de la calle Galileo, usted repartió los efectivos del hospital moviendo a hermanas de Ginecología a las otras secciones, usted no repuso a la hermana de los archivos y permitió que tomase el puesto una lega —enumeró Karen—. No me contestará, pero ¿de verdad que no sabía nada? ¿O sabe mucho más y se ha dedicado, desde que llegó, a limpiar?

El cielo se había cubierto de nubes negras y, con un poco de suerte, pensó Karen, en la sierra habría llovido y tendrían otra vez níscalos. Anduvieron hacia el coche pensativos. El brigada dio un golpe en el salpicadero al montarse.

—Mierda. Otra vez silencio.

—¿Qué se esperaba, Cano? ¿Una confesión en toda regla? —dijo Karen irritada.

—Me molesta saber que está ahí y no podemos cogerlo, que se nos escurre cada vez.

—No la conozco lo suficiente —añadió Karen—, pero si efectivamente la mandaron a ordenar todo esto, la madre Verónica debe estar sudando sangre. Ya sabe, trabaja en silencio y desaparece.

—No van a hablar, ninguna de ellas —constató Cano frustrado.

—Cada una tiene su bandera —dijo la teniente pensativa—. Una, su amor platónico; la otra, su fe. Ambas actúan de manera subjetiva, son sus emociones. No conseguiremos nada con argumentos racionales.

—El doctor Del Valle está muerto, ¡Pura podría hablar!

—Tiene una visión de él, idealizada o no.

—Hombre, mi teniente, como no sea idealizada…

—No sea simple, brigada. El que un hombre sea un demonio no quiere decir que lo sea en todos los ámbitos de su vida. Mire las fotos de los comandantes de las SS de los campos de concentración. Unos padres amorosos enamorados de sus mujeres. Monstruos que se pasaban el día torturando y matando llegaban a una casita rodeada de flores con niños rubios que jugaban a tiro de piedra del campo, se dejaban regañar por sus mujeres y les leían a los niños los cuentos de los hermanos Grimm. Pura ve lo que le atañía a ella, nada más. Y piense que, con ella, el doctor era una bellísima persona. Lo protegerá como a un hijo.

—La madre Verónica no estaba aquí —protestó Cano—, podría hablar.

—Ella protege, como sor Gabriela o sor Berta, su fe. Es su patria, su bandera. Y nosotros queremos ensuciarla.

50

Madrid, 1980

La feria se había instalado en el descampado. Los niños llevaban toda la semana pidiéndole a Inmaculada que los llevase. Esta se resistía, consciente de que, si estaba allí, cedería a las caras arreboladas y pagaría el billete de diez viajes. Y no saldría sin una manzana acaramelada o un algodón de azúcar. El viernes la inmobiliaria había aceptado el pago de la fianza a plazos y, gracias al adelanto de sueldo de Pilar, la mayor parte del dinero de sor Lucía seguía en la lata. Se dijo que les podía conceder dos viajes a cada uno y un algodón, que era más barato que la manzana. Miró enternecida las caras de los niños y cedió.

—El primero que pida un viaje más se va a casa sin algodón —dijo severa—, ¿está claro?

Los niños se lanzaron a sus brazos, Juan fue corriendo a avisar a Félix, y Conchita, a Paula. Inmaculada peinó a los pequeños, metió las empanadillas que había preparado para cenar en la nevera y salió canturreando.

La feria olía a almendras garrapiñadas, a azúcar quemado y, sobre todo, a polvo. El descampado no tenía camino asfaltado y las alpargatas de los niños se tornaron blancas casi al entrar. Los altavoces anunciaban premios y una voz gritaba que era la última vuelta. Se estaba empezando a llenar de gente alegre y una caseta comenzaba a freír sardinas. Marcos señalaba todas las atracciones con el dedo mientras Pedro le repetía con tono severo, «solo dos, Marcos, solo podemos dos». El pequeño no daba su brazo a torcer y seguía levantando el índice. Juan apareció derrapando con las zapatillas y levantando una nube de polvo ante su madre.

—¿Carmen también tiene viajes?

Inmaculada lo miró y fingió enfadarse.

—Juan, ¿quieres quitarle los viajes a tu hermana?

—No, ya…

—¡Anda y corre por ahí! —exclamó Inmaculada.

—¡Voy a los coches de choque y al pulpo! —decidió.

Inmaculada sacó unas monedas y se las dio.

—Cómpralos tú, que ya eres mayor.

Juan miró a su madre con la boca abierta, cerró el puño con fuerza y salió disparado llamando a gritos a su amigo. Conchita pasó con Paula.

—Están mis padres en la caseta de las sardinas —le dijo a Inmaculada—, si quiere ir, nosotras nos quedamos con los peques.

—Como no vamos a montar, nos llevamos a la Carmen, mama —añadió Conchita—. Así te das una vuelta.

Inmaculada aceptó y se encontró sola entre la gente. Pensó en pasear para no tener que gastar en una caseta, pero estaba muy lleno y le daba miedo que le quitasen el bolso. Pasó delante del timo de los sombreritos y de unas mesas que vendían discos. La caseta de las sardinas apareció ante ella, y vio, apoyados en la barra, a Desi y a Benito. Estos, al verla, la llamaron agitando los brazos.

—¡Inma! —la animaron—. ¡Vente con nosotros!

Dudó. No acercarse a su amiga era hacerle un feo y se dijo que podría pedir agua. Aligeró el paso y se metió bajo el techado de cañizo de la caseta. Desi llevaba un vestido sin mangas que dejaba libres unos brazos redondeados y brillantes, y su marido la agarraba por la cintura.

—¿Qué tomas? —preguntó Benito.

—Un vaso de agua…

—¿Agua? —protestó el hombre—. ¡Ni hablar! La Desi se está tomando un botellín y yo la sangría, pero no es muy buena —advirtió.

La idea de una cerveza fresquita con ese calor la sedujo. Tampoco se iba a acabar el mundo por una caña. Un camarero sudoroso con la camisa arremangada se acercó a su sitio.

—¿Y? —preguntó pasando un trapo ennegrecido por la barra de acero —. ¿Un botellín para la joven?

Inmaculada sonrió y asintió mientras el hombre hacía saltar la chapa y colocaba la botella ante ella. Benito sacó unos duros del bolsillo y los colocó sobre el mostrador.

—¡Pero hombre, Benito! —protestó Inmaculada.

—¡Sí, claro —rio—, estoy aquí con dos bellezas y vas a pagar tú! Nada, Inma, no digas barbaridades.

Bebió un sorbo y se dijo que la acidez y el calor casaban bien. Desi se reía por una broma de su marido y Benito le pellizcó la mejilla a su mujer. Sonaba una jota y el ambiente era casi de romería. Inmaculada no participó mucho en la conversación. La sensación de felicidad era demasiado intensa para interrumpirla con bromas, simplemente sonreía, feliz de ver a los niños correr por el polvo, feliz de tomarse una cerveza y de escuchar los chistes de Benito. Un compañero de trabajo se acercó a saludar al hombre, que se alejó un momento.

—¿Qué tal te va, Inma? —preguntó amable Desi.

—He encontrado un sitio de fija —dijo con los ojos brillantes—. Con la señorita Pilar, ¿te acuerdas? La hija de la de Serrano.

—Ah —contestó Desi—, ¿esa que vivía en el extranjero?

Inmaculada asintió.

—¿Y no quiere interna? —preguntó extrañada la otra.

—Justo, no —sonrió Inmaculada—, por eso ha cuadrado tan bien.

—¿Y te va a dar para el mes?

—Paga muy bien y es con seguro —contestó la otra.

—¿Qué vas a hacer con tus otras casas? —dijo Desi.

Se encogió de hombros.

—Iré la semana que viene a despedirme. Quería preguntar mañana a la salida de misa si alguien está buscando para poder dar una alternativa.

—Ay, qué bien, Inma, ¡que a mí se me han liberado dos días! ¡Pero no la del caniche, esa se la das a la Visi!

Inmaculada sonrió. Desi hablaba bastante, pero a lo mejor se arreglaba bien con doña Adela, limpiaba fenomenal y era cuidadosa.

—¿Te gustaría quedarte con la de Serrano? Ya tendrías un día completo, pagan bien y te dan la comida.

Conchita se acercó con un Pedro deshecho en lágrimas.

—Y no me lo quería dar —dijo entre hipidos—, y yo he dado.

Inmaculada se acuclilló.

—¿Quién?

—Ese hombre —dijo señalando una caseta—, yo he dado, ha dicho que había premio y no me ha dado la pistola.

El niño sostenía en la mano un molinillo de viento. Inmaculada sacó un pañuelo para limpiarle los churretes y el niño se lanzó a sus brazos llorando. Lo abrazó, le susurró al oído, le besó las mejillas empapadas, saboreó el gusto salado y el olor a jabón del niño. Una voz sonó a lo lejos gritando «última vuelta». Pedro se liberó de los brazos maternos y, olvidada su pena, salió corriendo hacia los coches.

Desi y Benito habían pedido otra ronda y unas sardinas. Inmaculada no quiso volver a protestar y solo dio las gracias por el botellín que se encontró en la barra. Desi retomó la conversación.

—Pues estaría fenomenal. Es muy buena casa, ¿no?

—De las mejores —dijo Inmaculada.

El alcohol los había animado y Benito miraba goloso las carnes firmes y redondeadas de su mujer, que seguía parloteando. Estaba anocheciendo e Inmaculada pensó que los niños ya debían haber consumido sus viajes. Miró el reloj y se dio cuenta de que era más tarde de lo que pensaba. Se volvió para buscar a Conchita y se despidió de sus amigos mientras los niños se acercaban. Marcos protestaba y señalaba cada caseta mientras Juan y Pedro hablaban en voz baja enseñándose una pistola de plástico.

—¿Dónde se ha quedado el molino? —preguntó la madre.

—Como gané yo más —explicó Juan—, el hombre nos lo cambió. Es para el fuerte, ¿verdad, Pedro?

Pedro asintió con fuerza. El último puesto era el del algodón de azúcar y Juan se colocó ante la mesita de la vendedora. Miró esperanzado a su madre. Inmaculada sonrió, revolvió las tres cabezas y sacó el monedero. Lo abrió con un clic, mitigado por los años de uso, y sacó una moneda de

diez duros. Miró a Conchita, que negó con la cabeza, y pagó cuatro algodones. La vendedora metió la vara en el barreño y empezó a dar vueltas hasta crear una nube rosa y esponjosa. Marcos levantó la manita con las uñas ennegrecidas y lo agarró con fuerza. Cuando el segundo estuvo terminado, Inmaculada lo cogió ante las protestas de los otros dos chicos y se lo dio a Carmen. Esta nunca se lo acababa, pero le encantaba el algodón. Metía la cara en el entretejido azucarado y se ponía perdida, pero reflejaba un placer intenso.

El sonido de la feria se alejaba y la radio se oía por las ventanas abiertas de los bajos. El portal de su casa estaba más fresco que el exterior, pero, a medida que subían, el calor era mucho mayor. Inmaculada abrió la puerta y les hicieron quitarse los zapatos a los niños en la entrada para llevarlos en calzoncillos a la bañera. Juan se metió el primero y arrancó el tapón de la pistola con los dientes para poder llenarla. Carmen se sentó en la cocina, Inmaculada se secó las manos y sacó las empanadillas de la nevera. Conchita buscó la sartén, la puso sobre el fuego sin encenderlo y vació la aceitera en ella. Empapó un trapo y le limpió la cara y las manos a su hermana. Sacó la botella de agua de la nevera y sirvió tres vasos. Desde el pasillo se oían risas.

—Deben estar poniendo el baño perdido…—dijo la madre sonriente.

—No te preocupes, mama —la tranquilizó Conchita—, que después le doy una pasada.

La niña miró a la pared y pensó en cuándo les pondrían el teléfono. Paula tenía uno ya y podrían hablar. Pusieron la radio y Rocío Jurado invadió la cocina con un desgarrado canto a su amor. Los sonidos del baño llegaban mitigados, Conchita se extrañó y decidió ir a ver. El baño estaba vacío, pero alguien había intentado limpiar los chorros de agua con una toalla que colgaba, empapada, de la bañera; los clicks estaban ordenados como un ejército en el borde y solo el tapón parecía desordenado. La niña sonrió y se dijo que Juan era un cielo. Se acercó sigilosamente al cuarto de los chicos, donde los oyó murmurar.

—Calla, Marcos —escuchó que decía Juan exasperado—, que es una sorpresa. No grites, hombre, ¡que solo te estoy peinando! No, Pedro, no le tapes la boca, que te va a morder. Ya estás, qué guapo.

Conchita ahogó la risa al oír que había utilizado la misma entonación que ella. Pedro se dejó hacer más fácilmente y ya solo se oían susurros.

—Ya verás qué contentas se ponen la Conchi y la mama.

Sonriendo y de puntillas, la niña volvió a la cocina.

—¿Cómo están tan callados, Conchi? —preguntó Inmaculada.

—Ya verás, mama… Es una sorpresa.

La madre se giró asustada, pero al ver la cara de la niña sonrió a su vez. Se oían pasos por el pasillo y a Juan que repetía, «cállate». Inmaculada apartó la sartén del fuego, apagó el gas y se secó las manos con el delantal. Los niños entraron de la mano, limpios y peinados con una raya más

torcida que la carretera de un puerto. Inmaculada se lanzó a abrazarlos y a exigir detalles, que Juan y Pedro daban ufanos interrumpiéndose el uno al otro.

—Y Marcos no quería, pero le hemos limpiado las uñas con los dedos.

—Y hemos limpiado el baño.

—Y recogido los clicks.

—Y colgado la toalla.

Conchita terció.

—Es verdad, mama, lo han dejado fenomenal.

Inmaculada los besó y los mandó fuera de la cocina a jugar con el fuerte mientras acababa la cena. Conchita se levantó y fue a bañar a Carmen. Inmaculada volvió a arrimar la sartén a la lumbre. La niña llenó la bañera mientras ayudaba a desnudarse a su hermana. Se sentó en el retrete y empezó a leer una revista atrasada que su madre había traído de una casa. Carmen jugaba con los clicks de sus hermanos y Conchita cerró un momento los ojos cansada. Se intentó imaginar cómo sería vivir sin su padre. Su madre le había enseñado el piso por fuera, que estaba muy cerca del centro de Carmen y no lejos del instituto.

El ruido de la puerta de la calle la sobresaltó. Se levantó y abrió el baño cuando empezó a oír bramar a su padre. Abandonó a Carmen con los ojos desorbitados en la bañera y fue a la cocina. Un olor a sudor, alcohol y tabaco negro invadía el pasillo. Solo vio las espaldas de su padre.

—¡Conque en la feria has estado! Para eso sí te da el dinero, claro. Encima de puta, ladrona.

Camilo se acercó al armario de la cocina y sacó la lata. Conchita se tapó la boca con la mano, vio a su madre agarrada a la encimera de formica y su cara desencajada al ver el bote en las manos de su marido.

—Y qué —gritó—, ¿ha sido con las sisas o puteando?

Levantó la mano y la mujer se protegió la cabeza con los brazos.

—¡Puta! ¡Puta y ladrona, encima!

Descargó el puño directamente sobre su cabeza e Inmaculada se derrumbó sobre el suelo. De una patada la hizo rodar sobre la espalda y la cabeza resonó contra las baldosas. El pie de Camilo se levantó y tropezó con la silla en la que había estado sentada Conchita, la alejó de un puntapié y siguió golpeando a su mujer. Conchita pasó en silencio detrás de su padre y solo gritó cuando cogió la sartén en la que humeaba el aceite. Camilo levantó la cara, roja de la ira y empapada de sudor. Apretó los dientes y miró a su hija. Con la sartén sujeta con una manopla con las dos manos, la niña lo miró.

—Pare o le juro que lo abraso vivo.

En la cocina se oía solo el resoplar de Camilo, el sisear del gas y, de manera incongruente, a María Jiménez, que cantaba una rumba. Camilo se volvió y salió del piso. Conchita temblaba, pero dejó la sartén cuidadosamente sobre el fuego y lo apagó. Humedeció un trapo y se

inclinó sobre su madre. Se lo pasó por el rostro, pero no obtuvo reacción. Un pequeño reguero de sangre le salía de la oreja. Llamó a gritos a su hermano.

—¡Juan! —gritó—. ¡Acércate al bar y diles que llamen a una ambulancia!

Oyó la puerta, levantó la cara y vio a Carmen empapada con una toalla y a Pedro que sujetaba a Marcos, que lloraba.

—Ven, Marcos —dijo Pedro arrastrando a su hermano—, que te dejo la pistola.

El charco de agua aumentaba alrededor de Carmen. Conchita la miró e intentó hablar de forma calmada.

—Carmen, acércate a donde la Sonia y tócale el timbre.

Los ojos se le llenaron de lágrimas e iba a levantarse cuando la niña se puso en movimiento. Oyó el sonido insistente del timbre de la puerta de la vecina y el crujir de la madera al abrirse. No oyó voces, pero supuso que Sonia habría comprendido que había pasado algo al ver a Carmen medio desnuda en el descansillo. Oyó sus pasos.

—¿Conchi? —llamó la vecina desde la entrada.

—¡En la cocina!

—¡Dios bendito! —exclamó la mujer.

—He mandado a Juan a llamar a la ambulancia al bar —dijo mirando a la adulta—, pero no sé qué más hacer.

La vecina se inclinó, vio la sangre y le tomó el pulso a Inmaculada. Levantó la cabeza y asintió. Cogió el trapo que había utilizado Conchita y, doblándolo, se lo puso a Inmaculada bajo la cabeza. Esta empezó a hacer unos sonidos roncos, pero no abrió los ojos. El sonido de una sirena se acercó, se detuvo y unas voces subieron por la escalera. Entraron dos hombres con un maletín seguidos por Juan.

—Salgan de la cocina —ordenaron.

El médico se inclinó hacia la mujer y se volvió hacia el enfermero.

—Sube la camilla.

Levantó la mirada y le preguntó a Conchita.

—¿Qué le ha pasado?

Conchita abrió la boca para responder cuando vio a sus tres hermanos temblando, a Sonia cerrándole la bata a Carmen y a su madre inconsciente. Se acordó de su compañera de colegio, Eva, de los días felices que pasó cuando se lo llevaron. Se acordó de cuando volvió y mató a la madre. Como Eva era menor de edad, la separaron de sus hermanos. Dejó de ir al instituto y veía a sus hermanos de Pascuas a Ramos.

—No lo he visto —respondió—, creo que se ha caído. Cuando entré en la cocina, ya estaba en el suelo.

El médico la miró y le tocó la cabeza a la madre. Comenzó a enumerar.

—Contusiones en la… craneal. —Se detuvo un momento—. ¿Estás segura?

—Sí.

Sonia no dijo nada, le pasó un brazo por los hombros a Carmen y apoyó la mano libre en la cabeza de Juan. Mientras sacaban a Inmaculada en la camilla, el médico miró a los niños.

—¿Y los niños? —preguntó—, ¿con quién se van a quedar? ¿Dónde está el padre?

Sonia respondió rápidamente.

—No se preocupe, que, si no viene, ya me ocupo yo.

El médico asintió y se preguntó por qué siempre hacía el mismo paripé. Sabía que el marido debía estar metiéndose una copa entre pecho y espalda en el bar para borrar de su mente la imagen de su mujer en el suelo. Sabía que, en cuanto saliesen ellos por la puerta, la vecina se volvería a su casa y la chica mayor se ocuparía de todo. Pensó en la alternativa que tenía, en llamar a los municipales, que buscarían a la mala bestia, a la que probablemente conocían ya. La policía no podría dejar a cinco menores, uno de ellos discapacitado, solos. Se los llevarían separados a hogares de acogida. No, se dijo el hombre, los municipales no eran una alternativa. Y la chica mayor parecía responsable.

—Nos la llevamos al Provincial —le explicó—. Hay que hacerle radiografías de la cabeza y de la mano. Pero —Sonrió tranquilizador— es menos grave de lo que parece. No te asustes por la sangre —dijo dirigiéndose a la niña—, es solo de un corte.

Conchita suspiró aliviada. El médico, tras darle un vistazo a la cocina, añadió:

—Esta noche va de todas maneras a intensivos y no te podrás quedar con ella, puedes venir mañana.

51

Madrid, 1980

Conchita se levantó pronto. Vio la puerta abierta del dormitorio de sus padres con la cama vacía y se dijo que Camilo debía haberse quedado a dormir en casa de alguno de sus amigos. Entró en el cuarto de los chicos de puntillas y avisó a Juan.

—Me voy a ver a la madre. Padre no está, espera a que se despierten los otros, los vistes y os vais a misa con la Sonia. Os he dejado tostadas y leche en la cocina. Si no estoy de vuelta en la parroquia, os vais a casa de la Desi, y si ella no puede, os quedáis con el padre Salustino —le ordenó.

Juan la miró con cara de miedo, pero asintió sin preguntar nada. Del piso de Sonia no salía ningún ruido y Conchita escribió una nota y la deslizó bajo la puerta pidiéndole que acompañara a los niños a misa.

El metro iba vacío y el olor era diferente al de los días laborables. La niña subió las escaleras de dos en dos y entró en el hospital por las urgencias. Una enfermera buscó el nombre en una carpeta y le dijo que su madre estaba en observación en la tercera planta. Los pasillos del hospital parecían desiertos hasta que llegó a su destino: las sillas de plástico estaban casi todas ocupadas, aunque reinaba un extraño silencio. Se acercó al mostrador y le dio a la enfermera el nombre de su madre.

—¿Eres su hija? —le preguntó esta.

Asintió.

—Espera ahí —le señaló las sillas—, que voy a ver si el médico puede salir un momento.

Conchita se sentó. No había pasado mucho rato cuando una mujer mayor y con aspecto cansado, vestida con una bata blanca, un estetoscopio al cuello y las manos en los bolsillos, salió de la zona vetada a los acompañantes. Se acercó al mostrador y la enfermera la señaló. Conchita se levantó.

—Hola —dijo esbozando una sonrisa agotada—. He tratado a tu madre esta noche, está bien. Tiene un traumatismo craneoencefálico. Cuando ingresó pensábamos que era grave, pero esta noche ha recuperado la conciencia y lo hemos clasificado como moderado.

Conchita escuchaba sin interrumpir y repetía en su cabeza «bien y moderado».

—Es una hemorragia provocada por el golpe, y podía haber sido mucho

peor —añadió la mujer escudriñándola.

—¿Se pondrá bien? —preguntó la niña.

La mujer asintió.

—Hasta ahora está reaccionando mucho mejor de lo que esperábamos. Al despertarse, esta noche, tú eres Conchi, ¿verdad?, te ha llamado. Es muy buen síntoma. Pero necesita reposo y vigilancia absoluta. Ah, y está la mano —añadió de pasada—, se ha roto la muñeca, probablemente se apoyó en ella al caer. No es grave, pero se la ha dejado hecha astillas y en cuanto esté un poco más estable hay que operarla.

La niña, liberada la tensión, rompió a llorar.

—¡No llores! —exclamó la mujer—. No es una operación peligrosa.

La médico la tomó del brazo y la acompañó a una sala vacía. La hizo sentarse, tomó asiento a su lado, no dijo nada y esperó a que parase de llorar.

—Conchita, ha sido un susto, pero podría haber sido mucho mucho peor. ¿Cómo ocurrió?

—No lo vi —respondió la niña entre hipidos—, cuando llegué a la cocina estaba en el suelo. Debió resbalar.

La doctora Montano llevaba muchos años en las urgencias y los síntomas de maltrato eran evidentes. Y había visto que la paciente había estado hacía unos años por un aborto tardío en el hospital.

—He mirado la ficha de tu madre y no es la primera vez que se cae. ¿Estás segura de que no viste nada? Te puedo ayudar —le dijo mirándola a los ojos—, la puedo ayudar a ella.

Conchita dudó. Pensó en su madre, con la cabeza rota, en el diente de Juan y en sí misma con la sartén en la mano. ¿Hasta cuándo iba a salir todo bien?, se preguntó. ¿Y si la próxima era peor? Abrió la boca para hablar cuando la médico añadió:

—En asuntos sociales se ocuparían, ellos os ayudarían.

Conchita cerró la boca inmediatamente. Los de asuntos sociales se habían ocupado del padre de Eva. Y de Eva y sus hermanos después. El cuerpecito de adolescente se irguió y la médico supo que había perdido.

—¿Cuándo cree que podrá salir? —preguntó la niña.

La mujer suspiró vencida.

—Hasta dentro de unos días no lo sabremos con seguridad. Si va todo bien, si vuelve a despertarse, si la hemorragia disminuye, si la podemos operar de la muñeca rápido, en una semana, diez días. Pensando en que todo vaya bien, claro, son muchos condicionantes.

Diez días, se repitió Conchita haciendo cálculos.

—¿Cuándo podrá volver a trabajar? —preguntó.

—¿En qué trabaja tu madre? —preguntó la médico.

—Limpia casas.

La mujer sacudió la cabeza con pesar.

—Es la derecha, pero aunque fuese la izquierda. Las lesiones en la

muñeca son lentas y difíciles de soldar. No podrá trabajar por lo menos durante dos meses, si todo va bien. Eso es lo único que te puedo decir con total seguridad.

La luz de la salita pareció apagarse y Conchita sintió que la cabeza le daba vueltas. Dos meses, se repitió. En su cabeza desfilaron la lata vacía y las ventanas del piso nuevo. Los oídos le pitaban y le pareció que los tenía taponados. Cerró los ojos con fuerza y oyó a lo lejos a la médico que la llamaba.

—¿Conchita, estás bien? ¡Conchita!

Cuando abrió los ojos se encontró con los enrojecidos y marcados por dos profundas ojeras de la médico. Estaba tumbada en una camilla y la mujer le medía la tensión. Le alargó un vaso de agua.

—Estoy bien, gracias —dijo Conchita —. No se preocupe —dijo mientras bebía—, es solo que no he desayunado. —Se levantó—. ¿La puedo ver?

—¿Estás bien de verdad? —dijo solícita la mujer—. Voy a pedir que te traigan un bocadillo.

—No, no se preocupe —respondió la niña colocándose la ropa—, muchas gracias. ¿Puedo ver a mi madre?

—Sí, claro. No mucho tiempo, pero pasa.

Salieron juntas de la habitación y traspasaron una puerta con un gran cartel de prohibido pasar donde, tras un cristal, yacía Inmaculada. Con los ojos entrecerrados y enganchada a varios tubos, parecía dormir pacíficamente. Conchita se sentó en el borde de la cama y le acarició la mano inmovilizada sin cogérsela. Su madre abrió los ojos tras un leve temblor de párpados y la encontró en su campo de visión. Sonrió, susurró su nombre y los volvió a cerrar. Conchita miró hacia la médico, que sonreía satisfecha en la puerta.

—Te ha reconocido y habla —le dijo al ver su cara preocupada—. Mejor imposible.

—Pero se ha vuelto a dormir —objetó Conchita.

—Eso es completamente normal. Su cuerpo evita todo esfuerzo extraordinario para concentrarse en lo fundamental —le explicó—. Es lógico, ¿no? Eso es lo fascinante del cuerpo humano —siguió hablando mientras la acompañaba fuera—, anula todas las necesidades para cubrir la principal —Sonrió al ver su cara—, como durante la hibernación de los animales. Vente a verla esta tarde otra vez si puedes.

—¿Puedo traer a mis hermanos?

—Mientras esté así, mejor que no. —La doctora se volvió para entrar otra vez en el recinto cerrado, pero añadió—: Y si cambias de opinión y necesitas ayuda, pregunta por mí, doctora Montano.

Conchita salió y empezó a andar mientras reflexionaba. Dos meses era mucho tiempo, se dijo. Acababa de empezar el colegio y todos decían que este curso era mucho más difícil que el anterior. Calculó las posibilidades

que tenía de conseguir dinero: sustituir a madre en el trabajo fijo sería lo mejor, solo que ella no cocinaba bien y madre le había dicho que buscaban una buena cocinera. Se le ocurrió que su madre todavía no se había despedido de los otros trabajos, que iba a ir a partir del lunes casa por casa para avisar. Se dijo que eso sí que lo podría hacer sin dificultad: las conocía todas y en las casas la conocían a ella de cuando madre había estado embarazada. Pensó en qué pasaría si denunciaba a su padre. Con la madre en el hospital la escucharían y hasta se lo llevarían. Pero, se dijo inmediatamente, si se lo llevaban, Carmen acabaría en un manicomio, y los chicos y ella en el orfanato, aunque fuese solo por un tiempo, hasta que madre volviese. Pero más tarde o más temprano lo soltarían y volvería a por la madre. Y, se preguntó Conchita, ¿qué pasaría si no estaba ella? Sacudió la cabeza y concluyó que no era una alternativa. Lo más fácil sería quedarse con las casas de madre hasta que ella estuviese bien y recuperar las horas del instituto por la tarde. Al fin y al cabo, se dijo animada, solo serían dos meses.

52

Madrid, 1980

Conchita se levantó, hizo los desayunos y cogió el uniforme floreado. Comprobó en la agenda de su madre las horas que tenía. No sabía cómo localizar a la señorita Pilar, pero se dijo que, de todas maneras, el martes tocaba la casa de doña Adela y se lo explicaría a ella. Dudó si pasar por Serrano para avisar, pero llegaría antes de que se hubiesen levantado allí, y luego tarde a la casa de los lunes. Juan llevó al colegio a los pequeños y ella dejó a Carmen en el centro. Camilo había llegado tarde, se fue antes de que se levantasen y solo la cama revuelta y el cenicero con colillas quedaban como trazas de su paso. Conchita trabajó todo el día y cuando salió era tarde. Tenía que pasar por el hospital antes de recoger a Carmen, hacer la compra y la cena. Se acordó de que los niños no habían comido más que unas tortillas que había hecho rápidamente antes de salir.

Se durmió agotada en el metro, pero el pitido de las puertas la hizo despertar. Saltó de vagón y subió las escaleras agarrándose a la barandilla de hierro.

Era la hora de las visitas y el hospital era un hervidero de gente. A Inmaculada la habían trasladado a planta y Conchita se dirigió a la habitación que ocupaba con cinco mujeres más. Dos de ellas dormitaban y las otras hablaban calladamente. La ventana estaba abierta, pero el calor era asfixiante. Se acercó y se sentó en el borde de la cama de su madre. Tenía la muñeca inmovilizada y seguía con el suero. El peso de la niña en la cama hizo que se sobresaltase. Abrió los ojos y, al ver a Conchita, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Estás bien? ¿Y los niños? —susurró angustiada.

La niña asintió.

—Todo va bien, no te preocupes. He ido a hacer la casa de Martínez Campos y esta tarde a Miguel Ángel.

Inmaculada intentó incorporarse.

—¿Y la señorita Pilar? Dios mío, hay que avisarla…

—No sabía dónde era, mama. —Negó la niña con la cabeza—. Además, yo no sé cocinar. Y en las otras casas me conocen.

—Tienes que ir a ver a doña Adela.

—Sí, ya lo sé, toca mañana de todas maneras.

—Por Dios, habla con ella, o ve a hablar con la señorita. A lo mejor

puedes quedarte en mi lugar hasta que me ponga bien. Ya estoy muchísimo mejor —dijo animada—, lo único que me duele es la mano.

—La doctora de ayer dijo que te tenían que operar de la mano —dijo Conchita dubitativa.

—Sí, pero me lo van a hacer rápido. Y acuérdate de cuando la chica de la Visi se la rompió, hasta podía escribir. Yo creo que en un par de días estoy. Tú vete a hablar con doña Adela y le explicas. Y ahora, vete corriendo, que va a salir la Carmen.

53

Madrid, 2015

Suárez llamó cuando arrancaban. Cano cerró el contacto.

—¿Suárez? —dijo Cano—, te pongo en altavoz para que te oiga también la teniente.

—Os tengo un montón de cosas. Mariola de Beamonte, nacida el 12 de abril de 1945 en Madrid. Domiciliada en Monte Esquinza, 16. Casada, marido Fernando Goyeneche. Los tíos están forrados —silbó el guardia —, tienen una finca en Toledo, una en Navarra, casa en San Sebastián y varios pisos en alquiler y tiendas. Él trabajaba de abogado en el bufete Garrido, pero ahora está jubilado. La que tiene el dinero es ella, le viene de sus padres. Me sonaba el nombre y me ha picado la curiosidad, y ¿sabéis la primera torre que se hizo pasados los Nuevos Ministerios? Fue su padre.

—¿El arquitecto? —preguntó Karen.

—No, el banquero que la mandó construir. Y la madre viene de una familia de la banca desde hace generaciones. Los abuelos…

Karen lo detuvo, se iba acostumbrando a las peroratas de Suárez y si se soltaba, no había quien lo parase.

—¿Y esa Mariola?

—Comités caritativos —respondió Suárez sin incomodarse por la interrupción—, una organización que ayuda a niños en dificultades y la Asociación contra el Cáncer. En internet hay unas fotos suyas, ahora mismito se las mando. El marido se dedicaba a litigios familiares, nada importante. Tienen un solo hijo: Fernando, nacido el 23 de agosto de 1980. Abogado como el padre, pero más espabilado. Trabaja para un bufete muy bueno, conocido por no contratar más que a los mejores de su promoción, especializado en derecho mercantil internacional europeo. Fue al colegio en…

Karen se asustó.

—Muchas gracias, Suárez.

—A mandar —contestó un poco desilusionado—. Cuando vengáis os enseño el dosier que he hecho, ¿eh?

La primera foto que les mandó era de un edificio en la Castellana y la imagen que la acompañaba era del arquitecto. En el siguiente mensaje llegó la foto del padre, el banquero. Cano silbó.

—Menudo tipo, parece un galán de libro. Se las debía llevar a todas de calle.

Karen asintió y se dijo, al ver la nariz aguileña y el rostro óseo, que el hombre había sido muy atractivo. Con la siguiente vibración llegó otra foto.

—Su mujer no estaba nada mal tampoco, mire esta foto —dijo Karen.

Una foto en blanco y negro del ¡*Hola*! mostraba a Maite de Beamonte en una inauguración. Erguida, miraba a la cámara, y Karen se dijo que tenía unas piernas de campeonato. La foto era de 1985 y la mujer debía tener por lo menos sesenta años, pero parecía, como mínimo, quince más joven. A su lado, de perfil y mirándola a ella, su marido Jaime. La siguiente era de Fernando Goyeneche, el marido de Mariola. Un rostro blando, con la calvicie bien avanzada. Llegó también una foto de otra revista del corazón, esta de Mariola en el Día contra el Cáncer. Era una mujer rubia con una nariz prominente heredada de su padre, pero con un efecto completamente distinto. No era fea, pero al lado de sus padres era un retroceso. Se descargó el último archivo: bajo la rúbrica de «Nuestros asociados», una imagen de Fernando Goyeneche de Beamonte. Un joven con un rostro equilibrado, peinado con esmero para evitar un remolino que debía provocar pesadillas a su peluquero. Una sonrisa dulce y ojos oscuros. En «Formación» aparecía un largo párrafo. Estudios universitarios en Madrid. Máster en Estados Unidos. Especialización en derecho europeo en París. Y en un tiempo récord, era muy joven todavía.

—Ya sabemos dónde vive, Cano. Vamos a verla.

El portal estaba abierto y un portero uniformado leía el periódico sentado tras el mostrador. Olía a cera y la ventana que daba a la calle estaba llena de plantas. El hombre levantó la cabeza al oírlos y los miró asombrado cuando le preguntaron por la señora de Beamonte.

—Es en el quinto.

El ascensor era antiguo y dos puertas acristaladas de madera franqueaban el acceso al interior. Pulsaron el botón, el aparato se puso en marcha dulcemente y Karen pensó que el motor debía ser nuevo. Se detuvo con un pequeño sobresalto y salieron para encontrarse en un amplio descansillo amueblado con una consola y un espejo antiguo enmarcado con flores de metal policromadas. El sonido del timbre llegó hasta ellos amortiguado y no oyeron ningún paso cuando la puerta se abrió. Una doncella morena, con uniforme rosa y delantal, abrió la puerta.

—¿La señora de Beamonte está, por favor? —preguntó Karen.

Miró los uniformes, aunque no parecía sorprendida, y se dijeron que el portero debía haber avisado.

—Pasen, por favor.

Los guio a una sala amplia, con ventanales a la calle y una terraza. Los muebles eran tradicionales, cortinas de damasco y visillos cerrados. Las paredes estaban pintadas en un color albaricoque con las molduras

blancas, a juego con los sofás crema. Contra las paredes había varias mesitas repletas de fotos. Se acercaron: una de ellas mostraba a dos ancianos en un jardín repleto de hortensias ante un palacete como los que se encontraban en el norte. Se dijeron que debían ser los padres de él. En un marco ornamentado de plata, un bellísimo primer plano de una novia con una diadema de brillantes en blanco y negro. Reconocieron a la joven que debió ser Mariola con los rasgos dulcificados por el fotógrafo: la prominente nariz era prácticamente irreconocible.

—Joder con el Photoshop de los setenta —dijo Cano.

Karen sonrió.

—Mire, nuestro galán —comentó divertida.

La foto mostraba al banquero con su mujer, ambos riéndose en un paseo marítimo que identificaron por la barandilla blanca como la Concha de San Sebastián. Las otras eran monotemáticas y no tardaron en reconocer el remolino de Fernando hijo: feliz, mientras de niño abría un inmenso paquete con papel rojo y lazo dorado. Serio, desde un marco de plata, un poco más mayor y vestido de marinerito, con la cruz sobre el pecho. Orgulloso, de verde, al lado de su abuelo, el banquero, tras un ciervo abatido de osamenta impresionante. Adolescente, con el mar de fondo sujetando el cabo de una vela. Casi adulto, con un birrete de universidad norteamericana. De chaqué con una joven vestida de novia a su lado. Y la que, con toda probabilidad, era cronológicamente la última: sujetando a un bebé con faldón de cristianar junto a la antigua novia que ahora vestía de azul eléctrico.

Un sonido de tacones sobre la madera les hizo incorporarse. Una mujer rubia, de unos setenta años, entró andando erguida en el salón. Se presentaron.

—Soy Mariola de Beamonte. ¿Quieren que nos sentemos? —preguntó solícita—. ¿Les puedo ofrecer algo? ¿Un té o un vaso de agua? —Les mostró un grupo de sofás.

Negaron con la cabeza.

—Solo tenemos unas preguntas —dijo Karen mientras se sentaba.

—Díganme, estaré encantada de poder ayudarlos.

Se sentó en una butaca, cruzó las piernas y los observó con curiosidad, pero sin ninguna inquietud. Karen prefirió lanzarse de cabeza.

—¿Dónde estuvo el lunes? —espetó.

La mujer la miró sorprendida, pero contestó.

—¿El lunes? —reflexionó un momento y respondió, segura—. Todo el día en la reunión de preparación del mercadillo de Navidad. Duró desde por la mañana hasta bien entrada la tarde.

Karen decidió desestabilizarla.

—¿Nació su hijo en la Clínica de Santa María de las Nieves?

La cara de la mujer, a pesar de la cantidad de maquillaje, se desencajó.

—¿Perdone? —balbuceó.

—Es una simple pregunta —continuó seca—, ¿nació su hijo en esa clínica?

Mariola se recuperó, alzó una ceja y consiguió sonreír.

—Sí, claro. Tuve a Fernando en esa clínica.

—¿Cuándo?

—El 23 de agosto de 1980. Pero no entiendo…

Karen no la dejó continuar.

—No se preocupe, conteste simplemente. ¿Conoce usted a una religiosa llamada sor Lucía?

—Bueno —respondió—, mi hijo, Fernando, tiene ahora treinta y cinco años. Me acuerdo, claro que sí, cómo no me voy a acordar del nacimiento. Pero de ahí a acordarme de una de las enfermeras…

Había recobrado el aplomo. Cano no participaba en la conversación y revisaba concentrado su teléfono móvil. Intervino con un tono solícito.

—Hombre, supongo que algo debieron hacer bien, por no decir muy bien. Según las cuentas del hospital, donaron ustedes el nuevo aparato de ecografías.

Mariola sonrió, relajada.

—Sí, claro, fueron mis padres. Eran muy generosos. Creo recordar que un amigo médico les había contado los avances de la técnica y, al quedarme yo embarazada, serían seguramente más susceptibles. Espero que todo se declarase bien…

—No venimos por una cuestión de impuestos —dijo Cano—. ¿Sor Lucía?

Una sombra cruzó otra vez su cara.

—Sí, claro. Ahora que lo dicen, me acuerdo de la hermana, era encantadora. Aunque todo el personal de la clínica era muy amable.

—¿Era? —dijo Cano—. ¿Sabe que ha muerto?

Se sobresaltó.

—No, desde luego que no —se escandalizó—. Solamente he utilizado el pasado porque hace años que no la veo. ¿Ha muerto?

La sorpresa era real, pensó Karen.

—Murió el lunes pasado en San Lorenzo de El Escorial.

—No la recordaba tan mayor —contestó Mariola—, ¿estaba enferma?

—No, posiblemente fue asesinada.

O era muy buena actriz o el desconcierto no era fingido, pensaron.

—¿Asesinada? —repitió.

—¿Qué sabe usted de los bebés robados? —espetó Karen.

—¿Bebés robados?

Asintieron.

—Bueno —tartamudeó—, solo lo que publican los periódicos.

—Dígame —preguntó Karen—, ¿fue su embarazo normal?

—¿Cuándo es un embarazo normal? —consiguió esbozar una sonrisa —. Pero sí, no tuve demasiadas molestias. Y el parto fue rápido y bien.

—Y solo tiene usted un hijo —constató Cano señalando las fotos.

Mariola se volvió hacia Karen.

—Perdone, pero ¿estoy obligada a responder a sus preguntas?

La teniente negó con la cabeza.

—No, ahora no. Si lo prefiere usted, puede llamar a su abogado y responderlas en dependencias policiales.

Mariola suspiró.

—Sí, solo uno.

—Lo tuvo usted, para la época, bastante tarde —dijo Karen.

—Me casé tarde —añadió con una sonrisa angelical—, debía tener más o menos diez años menos que usted.

—¿No quiso usted más hijos? —preguntó Cano.

—No, con el embarazo de Fernando me bastó. —Se levantó con cara de disgusto—. Se están sobrepasando ustedes y me parece que sus preguntas van mucho más allá de lo que estoy obligada a contestar por educación. Es más, rayan la grosería. Si lo pienso bien, sí, prefiero declarar con mi abogado —zanjó.

—Siento mucho que lo vea así —intentó replegar Karen las velas—, no era nuestra intención molestarla. Permítame una última pregunta.

La mujer no contestó, pero no se movió.

—¿El apellido Sánchez le dice algo?

Mariola frunció las cejas un momento y no dudó.

—Seguro que conozco uno no, varios Sánchez, si me dicen el contexto.

Karen se levantó; Cano se estiró los pantalones e hizo lo mismo.

—Muchas gracias por su paciencia.

Mariola asintió.

—Los acompaño.

La puerta blindada se cerró tras ellos y vieron que el ascensor seguía ahí. Lo abrieron en silencio, bajaron y salieron del portal.

Mariola cerró la puerta, apoyó la espalda en ella y cerró los ojos. Las imágenes de su vida pasaron por su mente desde el momento en el que sor Lucía entró en la habitación empujando la cunita de plexiglás. Notó sus palmas húmedas contra la madera, se separó y se derrumbó en el sofá con el rostro entre las manos. Los miedos pasados le volvieron a la cabeza: los comentarios de «a quién se parece este niño», sus sobresaltos en los médicos cuando preguntaban «la madre de Fernando, ¿quién es?». Sobrellevar en soledad el secreto desde que murieron, primero *fräulein* Helga y después sus padres. Pensó en el escalofrío que recorría su espalda cada vez que leía sobre cualquier avance genético. Había sobrevivido siempre con la certeza y la seguridad que le transmitió su madre cuando le cogió la cara entre las manos y le dijo: «Nunca nadie, excepto tu padre y yo, sabrá nada. A lo mejor un día se presenta una situación en la que tengas miedo. Mariola, jamás dudes, nunca te dejes desestabilizar. Lo hemos pensado todo y nadie podrá probar nunca nada. Fernando es tu

hijo y de nadie más». Sacó un pañuelo y se secó las lágrimas. Sor Lucía había muerto y el doctor Del Valle también. Salvo la donación de sus padres, nada la unía a la clínica. Comprendió que la Guardia Civil no debía tener nada excepto una sospecha. Se dijo que había reaccionado bien y, si volvían, hablaría con su abogado. Se levantó, se enderezó, se sacudió la falda, guardó el pañuelo y fue a la cocina a decir que sirviesen el aperitivo.

Cuando salieron de casa de Mariola de Beamonte el aire estaba cargado de humedad. La calle permanecía silenciosa y solo se oían los pitidos amortiguados de algunos coches. Se dirigían hacia el suyo cuando vieron a un camarero apagando los calentadores de una terraza. La teniente miró la hora.

—¿Tomamos algo? —preguntó.

El camarero dejó uno encendido, les sacó dos mantas y un cenicero y pidieron dos cañas. Fumaron sin decir nada hasta que Cano rompió el silencio.

—A ella sí que podemos cogerla. Una prueba de ADN, y si no coincide, que lo explique.

Karen sacudió la cabeza con pesar.

—Tendríamos que conseguir que el juez nos permita obligarlos a hacerse la prueba, y como asesina de sor Lucía no nos vale, su coartada es buena. —Suspiró la teniente, cansada—. Son casi las ocho —dijo—, quedamos mañana para ir a ver al doctor Martín. Puede que la registradora nos haya encontrado para entonces a la enfermera Olga. Estoy muerta y usted tiene todavía la carretera por delante —dijo levantándose para ir a pagar—. No se preocupe por mí, voy andando.

Cano se alejaba cuando unas gotas de agua empezaron a manchar la acera y Karen aceleró el paso. El olor cambió y el cielo gris se tiñó de negro. Pensó en Pura Castro, que quería mantener su cielo azul, y en la madre Verónica, que no podía permitir que ninguna grieta amenazase con derrumbar sus muros. Cuando llegó a su portal, la tormenta se había desatado. Abrió la puerta, dejó la chaqueta, se sirvió una copa de vino y se metió en la ducha. Bajo el chorro volvió a pensar que Pura y la madre Verónica eran conscientes de las consecuencias y no hablarían. Mariola también. Como ellas, sentía la amenaza sobre su mundo, su vida. La mirada de su hijo cambiaría para siempre. Nunca confesaría.

Karen sacó unos huevos y se dispuso a hacerse una tortilla. Al no haber comido nada en todo el día, la copa de vino que se había servido al entrar le iba a sentar como un tiro en el estómago vacío. Mientras revolvía la sartén para cuajar los huevos, sonó el teléfono. Sin mirar quién era contestó a través del altavoz. La voz de su exmarido llegó hasta ella superpuesta a los sonidos de lo que parecía un aeropuerto.

—¿Qué te haces de cena? —le preguntó sin saludar.

Sonrió.

—Una tortilla… No me ha dado tiempo a comer. ¿Dónde andas?

—Acabo de aterrizar en Dresde —dijo Max.

—¿Dresde? ¿Qué haces ahí?

—Un juicio sobre contaminación de aguas, pero es una pérdida de tiempo —contestó hastiado.

—¿Por qué? ¿No vas a ganarlo?

—No va a ganar nadie —resopló Max—. Los vertidos vienen de los años ochenta, ni siquiera había caído el Muro. Una granja industrial que desaguaba en un río.

—¿No está claro?

—Pues no —respondió su exmarido—. No es una empresa química y, en la época, ni siquiera estaba prohibido mandar toda la mierda al subsuelo. Sabemos que han contaminado y conocemos las consecuencias. Además, el granjero tiene más de sesenta años y no tiene la más mínima mala conciencia, ha confesado todo. Pero, según la legislación de la época, no podemos hacer nada. Lo que no quita que se haya cargado un pueblo. ¿Y tú?

Karen oyó la puerta de un coche cerrarse y a Max dando la dirección de un hotel. Le contó en pocas frases el caso y lo que habían descubierto durante los dos últimos días. Acabó con las declaraciones de la madre Verónica, Pura Castro y Mariola de Beamonte.

—Estoy en un callejón —dijo desalentada—, ninguna hablará. Debería pedir una prueba de ADN y no me la van a conceder. Además, solo tendría un caso y seguiría sin encontrar a quien la mató.

—Si el motivo son los bebés robados —argumentó él—, tendrás que buscar por ahí. Con un poco de suerte te llevan a la asesina.

—¿No te das cuenta de que nadie habla? —protestó Karen enfadada—. Todos saben lo que se juegan. Lo ves todo muy fácil, yo no tengo a tu granjero que confiesa.

—Pues si no lo tienes, eso es lo que has que buscar —Rio él—. Alguien que esté convencido de que lo que hizo no estaba mal, un abanderado de la verdad. —Se oyó un pitido—. Lo siento, te tengo que dejar, voy a cenar con el fiscal. Por lo demás, ¿va todo bien?

—Sí… —suspiró—, más o menos.

—Te echo de menos —dijo justo antes de cortar la comunicación.

Karen hubiese podido pensar que se había interrumpido, pero sabía que no. Su exmarido colgaba siempre después de esos momentos de debilidad, probablemente para evitarle tener que contestar. Aunque sí, se dijo, lo echaba de menos. La tortilla se enfriaba, sacó un tenedor y se la comió de pie en la cocina. Las palabras de Max resonaron en su cabeza: el granjero, el abanderado. Les quedaba el doctor Martín, se dijo, y de cómo planteasen su interrogatorio dependería que se encontrasen a un granjero o a otro guardián del templo.

54

Madrid, 2015

Cano llamó para avisar de que se acercaría a la clínica y, con la lista de los donantes, intentaría cotejar las donaciones con los nacimientos. Cuando llegó al bar donde habían quedado, tenía cara de haber dormido poco y una funda de plástico llena de papeles.

—Parece que usted no ha tenido problemas para conciliar el sueño, mi teniente —dijo observándola.

—Ninguno —sonrió Karen enigmática—, me dormí pensando en un granjero de la antigua Alemania del Este.

El brigada la miró como si se hubiese vuelto loca.

—He comparado los nombres de los benefactores de los años 79 y 80 para empezar. Entre los donativos más prominentes estaba el aparato de las ecografías de los de Beamonte…

—¿Muchos más? —preguntó Karen mientras devoraba con apetito un churro que le habían puesto con el café.

—Una lista que parece el índice del ¡*Hola*! Y coinciden: a la donación le sigue un parto la mayoría de las veces. Unos pocos donaron —Hizo la señal de las comillas con los dedos— después.

La teniente cogió la lista que le tendía y leyó línea por línea.

—¿Mariola de Beamonte está también?

Cano sacudió la cabeza.

—Ella no, pero sus padres, Jaime y Maite de Beamonte, en septiembre de 1980. Pagaron justo después del nacimiento el aparato de ecografías. Y eso que todavía no sabe usted de quién son las incubadoras.

—Pare, Cano, no nos perdamos en los detalles. Vamos a ver al doctor Martín. Y, cuando estemos con él, no me interrumpa, déjeme hablar a mí. Venga, acábese el café, que parece que lo necesita.

El doctor Martín vivía en un vetusto edificio de la calle Sagasta. Unos balcones de hierro forjado y las molduras de las ventanas eran testigos de un esplendor algo mitigado por el rumor del tráfico rodado de la calle. El portero estaba afanado en distribuir el correo y les indicó con un gesto el ascensor.

El timbre resonó en el interior y, a través de la puerta de madera, escucharon unos pasos sobre el parqué. Un hombre mayor abrió la puerta y se llevó, al verlos, la mano al pecho directamente.

—¿Le ha pasado algo a mi hija?

Karen sonrió levantando las manos.

—¡No, nada! —exclamó—. Perdone por haberlo asustado, no era nuestra intención. Deberíamos haberlo llamado antes, pero llevamos unos días muy liados, estábamos cerca y se nos ha pasado avisarle. Sentimos mucho haberlo inquietado. ¿Es usted el doctor Martín? Brigada Cano; teniente Blecker. ¿Le molestamos? Porque si es así, podemos volver en otro momento.

El hombre, aliviado, sonrió y les franqueó la puerta.

—Nada, no se preocupen —exclamó—. Los jubilados tampoco tenemos tanto que hacer… Me iba a hacer justo un café, si les apetece. Mi hija me ha regalado una de esas maquinitas porque decía que me lo hacía demasiado fuerte y me subía la tensión. —Se encogió de hombros—. Pero pasen, pasen.

Los guio a través del pasillo hasta una cocina antigua y ordenada. Una máquina de café estaba encendida en la encimera y tres tazas se amontonaban en la pila.

—Ya es el cuarto, así que ahora tomaré un descafeinado. ¿Y ustedes?

Karen sonrió y contestó.

—Encantada. Uno normal, me va a venir muy bien. Y a usted también, ¿no, brigada?

Cano asintió. El hombre tenía unos dedos largos y blancos: hubiese podido ser un pianista. Llevaba el pelo blanco muy bien peinado y olía a colonia. Vestía un pantalón de franela gris, una camisa azul, una corbata roja y un jersey de pico azul marino. Preparó una bandeja con azucarero y una jarrita de leche y los hizo pasar a una salita amueblada con un escritorio, unos sofás de cuero antiguos y una estantería repleta de libros.

—Díganme —preguntó cortés—, ¿cómo puedo ayudarlos?

—Estamos investigando un accidente que podría ser un asesinato —explicó Karen—. No está muy claro y no sabemos todo lo que quisiéramos de la muerta. Es por eso que necesitamos su ayuda. La verdad es que tanteamos por donde podemos —dijo compungida—, y es así que hemos llegado hasta usted. —El doctor Martín asintió y levantó las cejas, interrogante, mientras aspiraba el aroma del café—. Se trata de la hermana Lucía, que trabajó con usted y con el doctor Del Valle.

—¿La hermana Lucía? —exclamó el médico apesadumbrado—. Dios mío, qué desgracia. ¿Y piensan que pudo ser asesinada? No me lo puedo imaginar —zanjó con convicción.

La extrañeza se mezclaba con la tristeza de su rostro. Karen continuó con aire afligido.

—Sí, es tremendo, la verdad. No queremos molestarlo demasiado, pero es que estamos un poco perdidos. Encontramos el cuerpo sin vida de sor Lucía en San Lorenzo de El Escorial y nos habíamos hecho una idea de ella…

—Una magnífica persona —interrumpió el hombre rotundo—, sin lugar a dudas.

Karen hizo un gesto contrito.

—Sí, esa es la información que teníamos —suspiró al utilizar el pasado —. Solo que ayer tuvimos una opinión muy discordante —Bajó un poco la voz, como si ella misma no diese crédito, pero tuviese que comprobar todas las pistas—, y claro, tenemos que contrastar todo.

—¿Discordante? —El médico sacudió la cabeza y frunció el ceño—. Pues no me imagino quién sería, la verdad, porque pocas veces he visto a alguien tan completo como ella.

Karen dudó, como si sintiera tener que estar ahí manteniendo esa conversación.

—Sí… —asintió—, estuvimos en la clínica y tuvimos oportunidad de valorar su trabajo. Pero…

El médico la interrumpió.

—Ya. —Sus rasgos se endurecieron—. La opinión discordante viene de ahí, no me diga más. —La teniente se encogió de hombros, incómoda, mientras Cano, contento de tener el cuaderno, apuntaba sin cesar con la cabeza inclinada—. La envidia, sin duda. No hace falta ir muy lejos ni rascar mucho para ver las miserias humanas. No puedo decir que esté sorprendido, porque desde que cambió la dirección de la clínica, el ambiente ha sido otro. Comprendo que el doctor Oyarzun fuese capaz de hacer cualquier cosa por el puesto, sí, pero calumniar a la hermana es, incluso en un hombre como él, de mal gusto —pronunció las últimas palabras con repugnancia. Karen abrió la boca, pero el médico continuó levantando la mano—. No, no me diga más, no lo quiero saber, no me interesan los chismes —dijo rotundo—. Ustedes quieren saber la verdad: una bellísima persona, eficaz, agradable, con la que se podía contar. Una mujer de acción, que no se amedrentaba ni asustaba ante nada. Del Valle era bueno, pero sin ella la clínica no sería lo que es. —Hizo una pausa para añadir con tristeza—: Éramos un gran equipo.

—Las hermanas nos han explicado que la maternidad se modernizó gracias a ella —dijo Karen.

—Hombre, nosotros también participamos un poquito —sonrió el médico uniendo pulgar e índice—, pero tienen razón —asintió condescendiente—. Sor Lucía tenía una energía que ya quisieran muchos.

—Ayer vimos la capilla con la guardería —afirmó Karen—. Se adelantó a su tiempo, sí.

—¿La capilla, dice usted? —Lanzó una carcajada—. ¡Mucho más! ¿Cómo habríamos llegado a ser la segunda maternidad de Madrid sin la zona de neonatología y de cuidado prenatal?

—Es asombroso —asintió Karen con admiración—, porque en unos años, sor Lucía modernizó tanto la sección que dejó corta casi a la del hospital de La Paz.

—Trabajo, señorita. Un trabajo incansable.

La teniente sacó la lista que le había dado Cano.

—Debía ser una maestra —sonrió—, si cuantificamos lo que consiguió.

—No se equivoque, señorita —corrigió el médico con simpatía—, lo que conseguimos. Los frutos de un trabajo bien hecho, como Dios manda.

—Y por la confianza que infundía en los donantes —añadió Karen.

—¿Por la confianza? —repitió el médico sorprendido.

—Sí —asintió Karen—. Muchos de los benefactores de los años ochenta donaron incluso antes de dar a luz. Así que sí, la confianza se ganó. —La mano del médico tembló ligeramente haciendo tintinear la porcelana. Dejó la taza sobre la mesa y juntó las manos, pero no dijo nada. Karen continuó—. Esa confianza que tenían en que el parto iba a ir bien —cuestionó—, ¿no sería, a lo mejor, la confianza en que iban a salir de la clínica con un bebé? ¿La confianza en que ustedes iban a mantener su parte del trato? O —agregó—, si prefiere verlo así, se trataba de un pago por adelantado.

El médico se revolvió, incómodo, en su sillón.

—No sé a lo que se refiere usted. ¿Qué interés tiene buscar una razón en unas ayudas de hace tantos años? No se lo podría decir, se lo tendría que preguntar a los donantes. La gente era más generosa entonces, supongo.

—Me pregunto si sor Lucía hizo algo más que convencer a la alta sociedad de Madrid de la necesidad de modernizar la clínica… —dijo la teniente sin dirigirse a nadie en especial.

—La hermana Lucía no hizo en su vida más que ayudar —afirmó el doctor Martín.

—¿Ayudar a quién? —espetó Karen—. ¿A aquellos que no podían tener hijos concediéndoles uno? ¿Quitándoselo a otros y vendiéndolo? ¿Puede ser que detrás de la luminosa sor Lucía se esconda la sombra?

El médico saltó de su silla.

—¡Pare ahí! —exclamó el hombre escandalizado—. En la clínica nadie ha vendido *nunca* —subrayó la palabra— un bebé.

—A lo mejor tenemos un concepto diferente de la venta, doctor —dijo Karen levantándose a su vez. Era más alta que el médico y el hombre se sentó de nuevo—, pero si miro esta lista, es lo primero que me llama la atención. Un nacimiento lleva a un donativo, o un donativo a un nacimiento, como prefiera. La conclusión a la que llegamos es que, entre ustedes, los médicos y sor Lucía, tenían montado un sistema de venta ilegal de recién nacidos. —Al ver su cara añadió—: En el momento en que hay dinero por medio es venta, por poco que le guste.

El médico la miró con desprecio.

—Qué sabrá usted.

—Que es robo, tráfico o como lo quiera llamar —exclamó Karen—. En cualquiera de los casos, un delito penal. Dos, para ser exactos, doctor.

Detención ilegal y trata de seres humanos. Por no hablar de la falsificación de documento oficial.

El médico se levantó otra vez, rojo de ira.

—¿Trata de seres humanos? ¿Está usted loca?

—No sé cómo quiere llamarlo si no.

—No tiene usted ni idea —escupió el doctor Martín las palabras mientras empezaba a pasear por la habitación—. Entra aquí y se eleva sobre mí, juzga sobre nosotros sin saber. Qué demonios sabrán ustedes, ¿eh? —gritó—. Le resulta fácil decir, «sor Lucía robó al pobre para dárselo al rico», ¿verdad? Y se queda usted tan pancha. Las cosas no son así, señorita, las cosas no eran —insistió— así. No puede mirar más allá, ¿verdad? ¿Por qué no se pregunta usted qué es lo que hubiese sido de la niña de dieciséis años en esa época si se hubiese quedado el bebé que le hizo su novio en el pajar? ¿Qué hubiese sido de la madre que tenía ya ocho hijos y no podía con uno más? Y si no le resulta demasiada molestia, ¿por qué no se pregunta qué habría sido de todos esos niños que viven, sí, ¡que viven! —exclamó— si nosotros no nos hubiésemos ocupado? —Se inclinó hacia ella—. ¿Cuántas de esas madres hubiesen abortado de modo ilegal? ¿Cuántas de ellas habrían muerto de las complicaciones? ¿Qué quería que hiciésemos? ¿Que mandásemos a las mujeres a abortar? ¿A dónde? ¿O que empezásemos nosotros a practicar abortos? ¡No! —bramó —. Nosotros actuamos en una situación determinada, en un momento determinado. ¿Y sabe qué le digo? Que hicimos bien. Ya está bien de buenismo, ya está bien de dar lecciones sin mojarse. Ya está bien de predicar. No, señor. Actuar, eso es lo que había que hacer.

Estaba rojo de rabia y sin resuello. Se aflojó un poco el nudo de la corbata.

—No todas las madres estaban de acuerdo —se aventuró Karen.

El médico la miró con conmiseración.

—¿Lo están hoy las drogadictas a las que les quitan los hijos para dárselos a familias de acogida? ¿Aquellas que utilizan a los críos para pedir? —gritó—. Dígame, ¿lo están?

—Doctor Martín, no eran drogadictas, eran mujeres normales y corrientes. E incluso, en esos casos, se intenta buscar una solución para que los padres puedan verlos, e incluso recuperarlos si las circunstancias cambian. Y usted, el doctor Del Valle y sor Lucía dispusieron por ellas, les quitaron la capacidad de decisión —zanjó Karen mientras Cano apuntaba como loco.

—¿Cómo puede ser usted tan irrespetuosa? ¿Y tan arrogante? ¿Quién es usted para juzgar? Es muy fácil hablar desde el presente. ¿Qué se cree, que a mí no me alegra que existan los permisos de maternidad? Mi hija lleva a mi nieto desde los cuatro meses a una guardería para poder trabajar, sí. Pero eso antes no existía. Estoy contra el aborto, pero prefiero la ley actual a la anterior, que llevaba a algunas a Londres y a otras a la mesa de

la cocina. Hubiésemos podido quedarnos sin hacer nada, pero yo siempre he sido de la opinión de que es mejor actuar. Aunque actuando se yerre alguna vez. —Al ver su expresión, añadió—: Piense en el delito y llámeme negrero si quiere, mírelo desde su punto de vista de mujer —dijo con desprecio— y olvídese de hablar de los hijos que viven, de todos aquellos que tuvieron una oportunidad. Acérquese a ellos y dígales que hubiesen muerto porque treinta años más tarde a *usted* —Escupió la palabra— le parece que no actuamos bien. ¡Nosotros les dimos la posibilidad de vivir! Pero no podíamos cambiar toda la sociedad.

Cano se levantó como tocado por un rayo.

—No solo eso, doctor —dijo rojo de rabia—. Ustedes decidieron quiénes eran los más indicados. Y lo hicieron cobrando. Los entregaron al mejor postor.

Karen se había quedado pálida, pero se obligó a recordar para quién trabajaba.

—¿Quiere llamar a su hija? Nos tiene que acompañar.

55

San Lorenzo, 2015

—¡Ahora sí que sabemos! —exclamó el brigada.

—No, Cano, no sabemos —suspiró Karen—. Las monjas que trabajaron con sor Lucía lo saben, sí. Probablemente, la madre Verónica lo sabe también y eso explicaría por qué mandó a sor Lucía a la residencia de Galileo y distribuyó a las otras religiosas por las otras secciones. Pero no pondrá en peligro a su congregación hablando. Beatriz Cabañas podría sospechar, pero llegó después, y sor Lucía tendría mucho cuidado de no dejar rastros tras de sí. Acuérdese de cómo nos describió a las monjas: «si una monja revisa la habitación, nunca tendrá que mirar otra vez». El doctor Oyarzun, a lo mejor, pero probablemente se quedó con el puesto bajo la condición de olvidar. Y ¿a dónde le llevaría el hablar? ¿Cree que la clínica saldría bien parada? Creo que han hecho *tabula rasa*, entre todos han cerrado el capítulo y empezado uno nuevo sin el lastre del pasado. Estamos convencidos de que sor Lucía y los médicos tenían una organización de apropiación ilegal, pero, por ahora, pruebas de peso jurídicamente aceptables no tenemos, excepto el testimonio del doctor Martín. Y tendrá que repetir lo que declaró ante el juez. Y dudo que lo haga después de hablar con su abogado.

—Pero tenemos las donaciones —afirmó Cano.

—Pruebas circunstanciales… —dudó Karen.

El brigada respondió animado.

—Lo demostraremos, ahora sabemos dónde buscar. Peinaremos los archivos.

Karen sacudió la cabeza desalentada.

—Brigada, acuérdese de lo que nos dijo Susana: sor Lucía no se entendía con las máquinas. Creo que no es que no se entendiese con ellas, sino que las entendía demasiado bien —añadió cansada—. Probablemente sor Lucía vio exactamente en los ordenadores lo que son, y lo que muchos de nosotros olvidamos si ve el comportamiento de algunos en las redes.

—Una memoria y con ello pruebas…

—Por eso se negaba a utilizarlos. No podía dejar constancia de los nombres. En el momento en el que estuviesen informatizados, sería imposible hacer el cambio. Lo fácil que era antes, sería imposible hoy en día. Por eso los avances de la clínica fueron en material, pero no en

informatización. Si se fija, ¿cuándo empezaron a digitalizar los archivos? Hace unos años nada más. ¿Se lo encargaron a una empresa? No, ahí estaba sor Jacinta para no dejar pasar nada, incluso bajo su tratamiento de quimioterapia. En todo caso vamos a pedir una orden judicial para acceder a los archivos del convento y del hospital.

—En el convento habrán limpiado también —dijo Cano desilusionado.

Karen se encogió de hombros.

—Si tenemos razón en el convento no habrá nada. Pero nunca se sabe, acabar con todo el papel es complicado y siempre se pueden olvidar algo. Pero no soy muy optimista, la verdad. En cuanto a los testigos: el doctor Del Valle está muerto, las memorias vivas, además del doctor Martín, son monjas como sor Gabriela. Y no hablarán. Pura Castro, que no dirá tampoco nada. Nos queda solo la enfermera que asistió al otro parto, pero no sabemos si vio algo, o qué vio. Nos quedan, eso sí, las madres afectadas, como la madre de la posible asesina. A ellas sí que las encontraremos si quieren que lo hagamos. Y no olvide nuestro caso, brigada. Buscamos a la posible asesina de sor Lucía.

Cano hizo un gesto despectivo con la mano y su cara se ensombreció.

—Muchas de las madres no querrán salir a la luz, ni siquiera aquellas que lo dieron de manera voluntaria obligadas por las circunstancias. Todas son víctimas.

La teniente asintió.

—Empujadas por su situación y por la sociedad. Porque la sociedad no acepta, ni entonces ni ahora, los casos críticos. Como la niña embarazada de dieciséis años.

Cano la miró asombrado.

—No, porque hoy podría abortar —replicó.

—En teoría ahora tendría la libertad de elegir —concedió Karen—. Pero, en la práctica, brigada, ¿la tiene? ¿Es libre la jovencita que llega a casa un año antes de entrar en la universidad, dice que está embarazada, y a la que sus padres le aseguran, tras la bronca de rigor, que se puede arreglar el enredo? ¿Es libre la madre que decide tener un niño con síndrome de Down cuando ya ni siquiera hay que hacer una amniocentesis para diagnosticarlo? ¿Es libre de decidir cuando sabe que va a ir por la calle y le van a decir, «qué sorpresa debió ser, no?». Queda implícito que, de haberlo sabido, no lo hubiese tenido. ¿Sabe una de las cosas que me llaman aquí en España la atención? Hay niños con síndrome de Down. En Holanda y Alemania no se ve ni uno —dijo pensativa.

Cano bebió un sorbo de su caña.

—La libertad siempre es relativa. Pero hemos mejorado: el Estado intenta dar un marco para que puedan decidir en libertad. Desde luego, más libertad que la de entonces. Incluso en los casos que no fueron robados, no soporto la arbitrariedad. Siento un profundo asco al imaginarme la selección que debieron hacer entre ellos. Este ofrece una

incubadora, mejor se lo damos al otro, que ofrece dos.

La teniente no contestó inmediatamente.

—Seguirían sus pautas, supongo. A lo mejor se sentaban e interrogaban a las familias que querían un bebé. Y se lo daban a la que demostrase tener los valores cristianos más arraigados.

—Eso seguro. Pero no olvide, mi teniente, que buscaban entre los que podían pagar el aparato.

—Me pregunto cómo empezaron —dijo Karen pensativa—. Probablemente por un caso gris, el de una madre que no quería al bebé.

Cano la interrumpió.

—Para empezar a decidir ellos —añadió con rencor—. Para acabar diciendo, «va a estar mucho mejor en el barrio de Salamanca que en Carabanchel».

—No lo sabemos, Cano, lo suponemos. Creemos que salieron del lado gris y que movieron la línea. Por eso el doctor Martín ha hablado, porque para él, la línea de separación entre el bien y el mal está en otro sitio.

—¡Ese hijo de puta está convencido de que obraron bien! —exclamó Cano fuera de sí—. Se justifica con los casos en los que ha salvado a un niño de una muerte segura.

—Sigue la teoría de que una buena acción justifica la mala —suspiró Karen—. Y en su caso ni siquiera eso: considera que el quitarle el bebé a una de esas mujeres estaba justificado por el bien del niño. Ya le ha oído la comparación. Si le quitamos a los padres drogadictos un bebé, nos puede parecer adecuado, se considera por el bien del niño. ¿Pero y si los padres lo alimentan mal? ¿Y si no se ocupan de los deberes o no les enseñan idiomas? ¿Dónde está y quién traza la línea?

—La política de las pequeñas decisiones… Un pequeño paso más y se acepta la línea como normalidad.

Karen asintió.

—Cuando te enfrentas al siguiente paso, el anterior siempre es la medida. Supongo que es como con la corrupción: aceptar una comida. Después un fin de semana en una casa rural. Lo siguiente es un vuelo a Canarias y luego el sobre para que elijas tú mismo. Y todo empezó con una comida en un bar pringoso. Por eso es tan difícil legislar sobre las cuestiones de ética. La eutanasia, los diagnósticos prenatales. Porque coaccionan la libertad.

—Sí, mi teniente. Pero, aunque fuese un túnel en el que se fueron adentrando, eran conscientes de lo que hacían. Eran ellos los que decidían. Y esos niños hoy no saben quiénes eran sus padres.

Karen sacudió la cabeza, dubitativa.

—Imagínese que llamamos a Fernando Goyeneche y le decimos: la que siempre has visto como tu madre no lo es. La que te dio el paquete rojo, la que te peinó el día de la primera comunión, la que te colocó la bufanda tu primer día de caza y la que dijo «no te olvides de darte crema si sales al

mar» no es tu madre. No es tu madre la que sale en la foto de tu boda, no lo es la que sacó a su nieto de la pila en el bautizo. Es otra. ¿Quién? No sabría decirte, pero quiero que lo sepas.

Cano se incorporó enfadado.

—¡No pensará dejarlo así! Podemos ir a ver a Fernando Goyeneche, para empezar. Podemos seguirle la pista a cada uno de los donativos.

—No es cuestión de lo que yo piense, Cano —respondió Karen entristecida—. Estamos limitados por la ley. La ley no permite que los obliguemos a hacerse una prueba de ADN si ellos no quieren. Y, si me pregunta por mi opinión, estamos limitados hasta un cierto punto por nuestra conciencia también. Los alemanes diferencian siempre entre éticos responsables y los éticos de convicción. Tenemos la convicción de hacer lo correcto si llamamos a Goyeneche, sí. Le entregamos la verdad, una verdad con mayúsculas. Pero ¿es algo responsable y correcto? ¿Sabe usted qué pasó? ¿No es egoísta por nuestra parte? No le hablo de Mariola de Beamonte, no le hablo de los que pagaron ni le hablo de sor Lucía. Le hablo de los niños.

—Mi teniente, ¡es su derecho! —estalló Cano.

—Cano, pare de ver las cosas desde su punto de vista. Esa es su visión individual. Eso es lo que usted quiere. Usted quiere que salga a relucir la verdad, encender la luz.

—Ese es nuestro deber —dijo mirándola a los ojos—, cumplir la ley, ¿no?

—Alto, pare ahí, brigada. No estoy diciendo que escondamos nada, el caso queda abierto y vamos a escarbar en cada papel que nos encontremos. Pero, por mucho que le moleste a usted, no podemos obligar a Goyeneche a someterse a una prueba de ADN. Nos queda una posibilidad, que es dar a los dos lados, a las madres afectadas y a sus hijos, la opción, pero sin la obligación.

—Hacerlo público.

—Podemos sacar los hechos a la luz a través de la prensa. La clínica pondrá una denuncia, que probablemente ganará, pero la información habrá salido ya y la denuncia le dará aún más publicidad. Tanto los nacidos ahí como las madres que dieron a luz en Santa María podrán buscar. Vendrán a nosotros, y ahí sí que podemos ayudarlos, podemos cotejar las fechas de los donantes de los otros años con la fecha de los nacimientos. No se presentarán todas las madres biológicas, pero sí las que quieran saber. Debe darles a ellos la opción de elegir, Cano. No imponga su parecer, no intente obligarlos a aceptar la verdad. Ellos la buscarán, si quieren.

—Dejarles la libertad…

—Exacto, a los dos lados. Concederles la libertad de elección que no se les facilitó entonces.

—¿No le parece un tipo de compromiso? ¿Aceptar el mal menor?

Karen sacudió la cabeza.

—No. Por eso hemos detenido también al doctor Martín. Por eso intentamos ser objetivos, Cano —sonrió la teniente—. Si nos ponemos a subjetivar la ley, ¿dónde está el límite? Por eso la justicia es ciega. Por eso la ley no es sentimental. La ley impone una línea, y no nos corresponde a nosotros el interpretar, eso es lo que hicieron ellos.

—La Iglesia siempre se ha creído con potestad —afirmó Cano con rencor.

—No caiga en la generalización, Cano. ¿Sabe lo que decía Claude Lanzmann, el autor del documental *Shoah* sobre los alemanes?: «Los pueblos no son malos, solo lo son los individuos». Y tenía razón, en la generalización hay una banalización. No: fueron sor Lucía, el doctor Del Valle, el doctor Martín. Cada uno tendría su motivo, altruista incluso, y, si me apura, comprensible en algunos casos. —Sonrió al ver la cara de Cano —. No me mire así, brigada. ¿Conoce usted las circunstancias? ¿Las podemos juzgar de manera ecuánime desde hoy en día? ¿Tenemos, ya no el derecho, sino la capacidad de entender? Si esto hubiese ocurrido hoy, no tendría ninguna duda. Pero no era hoy, era 1980.

56

Madrid, 2015

Karen había dormido mal, convencida de que no iban a encontrar nada en los archivos que los llevase a la posible asesina de sor Lucía.

Tenía, como Cano, una sensación de algo inacabado. Salió de casa y se metió en el metro. Una de dos, se dijo, o se buscaba algo en San Lorenzo o intentaba pedir un traslado a Madrid. El trayecto en sí no era largo, pero le hubiese gustado quedarse con Cano discutiendo sin que uno de ellos tuviese cincuenta kilómetros por delante. Pensó en su segundo y se dijo que era un hombre inteligente, aunque un poco impulsivo. Había tenido mucha suerte con él y sería una pena tener que encontrar una pareja nueva. A lo mejor, pensó divertida, pasado un tiempo se atrevía a confesar que era homosexual. Karen sonrió y pensó en cómo el brigada se había asustado tras haber hecho un comentario sobre la belleza de un hombre y había escrutado su cara para ver si se había dado cuenta. Esperaría hasta que él quisiese hablarlo. Sacó el teléfono del bolsillo del abrigo y se puso música. No entendía por qué, pero parecía que la biblioteca de música había decidido que, si no hacía otra elección, sonaban las variaciones Goldberg de Bach. Sujeta a la barra, pensó en Philippe y sonrió. Vio el cambio operado en su rostro en el reflejo del cristal y comprendió por qué Cano le había preguntado el otro día que en qué pensaba. Y recordó la seca respuesta con la que lo había despachado. Un escalofrío le recorrió la espalda y se dijo que era imposible pretender que Cano confiase en ella si ella misma no era capaz de dejarle ver un solo atisbo de su interior. Tuvo miedo, miedo de perderlo, miedo de no ser ecuánime, de exigir de los demás más de lo que ella estaba dispuesta a dar. El metro se detuvo en la parada de la clínica y se bajó, diciéndose que el momento era tan bueno como cualquier otro. Subió a Ginecología y tocó la puerta de Susana, que ya estaba instalada detrás de su ordenador. La miró sorprendida cuando le dijo a quién quería ver.

—El doctor opera a las diez, pero hasta entonces tiene visita… —dijo sacudiendo la cabeza.

Un ataque de rabia la invadió. Rabia por los archivos, rabia por las madres, rabia por las convenciones.

—Muy bien —espetó—, pues anúlele las operaciones y le dice que se acerque a Guzmán el Bueno para tomarle la declaración.

Salió de la secretaría sin decir más, a tiempo de ver cómo la mujer cogía el teléfono y marcaba a toda velocidad un número. Se iba a marchar cuando el médico que había visto en el pasillo hacía unos días apareció.

—Soy el doctor Oyarzun. Siento mucho no haberla podido atender antes, no sabe lo liado que estoy.

Todo en él parecía conciliador, se dijo Karen. Nada como enseñar los dientes de vez en cuando, pensó. El médico abrió la puerta de su despacho y la dejó pasar no sin antes ofrecerle un café para entrar en calor.

—Doctor Oyarzun —cortó Karen la charla—, usted lleva la planta desde la muerte del doctor Del Valle.

—Sí —asintió—. El puesto quedó libre y tuve la suerte de que me eligiesen.

—¿Por qué no se quedó el doctor Martín?

—Hombre —respondió Oyarzun—, Alfonso Martín es muy buen profesional, pero ya estaba un poco mayor y prefirió jubilarse.

—Ha hecho usted muchos cambios, ¿verdad?

Se encogió de hombros.

—He modificado algunos de los procesos, pero es lo normal con un cambio de gestión. Ha habido cambios en el personal adscrito y eso influye también.

—¿Se refiere a las monjas?

—No solo —sonrió—, pero también, claro. Cada vez hay menos vocaciones.

—Ayer detuvimos al doctor Martín.

La cara del médico mostró sorpresa auténtica.

—¿A Alfonso Martín? —preguntó—. Dios mío, y ¿por qué?

—Por presunción en un delito de detención ilegal, suposición de parto y falsificación de documento oficial. Para que le quede más claro, por el tráfico de bebés en esta clínica.

El hombre palideció. Cogió un bolígrafo y empezó a jugar con él. La teniente continuó.

—Lo que nos preguntamos ahora es hasta qué punto en el tiempo llega este delito. ¿Hasta la muerte del doctor Del Valle? ¿Hasta la salida de la hermana Lucía de la planta? En el primer caso, podría argumentar que usted no estaba. No en el segundo. Sor Lucía no puede testificar, así que nos sería muy útil si usted pudiese ayudarnos.

Quedaron en silencio los dos. El médico se levantó, le dio la espalda y se dirigió hacia la ventana.

—Yo no tengo nada que ver.

—Pero usted sabe. Sabe por qué está en una clínica que, en cuestiones de infraestructura, podría equipararse a otras mucho más grandes —acusó la teniente.

—No —negó él—. Nunca he sabido. A mí me contrataron para reestructurar la sección. Y es lo que he hecho. Nunca conocí al doctor Del

Valle. A sor Lucía sí, la heredé, como quien dice. Y no se puede expulsar a una monja como a una enfermera dándole una indemnización —dijo encogiéndose de hombros—. Creo que yo no le gustaba más que ella a mí, pero siempre es difícil trabajar con el personal de otro. Es como con la antigua secretaria: no hacía más que compararme con mi predecesor. Todo es mucho más fácil desde que se fueron.

Karen lo frenó y pensó que, a pesar de que el hombre parecía sincero, si empezaba a separar por completo su gestión de la anterior, no sacaría nada en limpio y estaba convencida de que en el peaje que debió pagar por el puesto estaba el ordenar o, por lo menos, olvidar.

—¿Qué sabe de las apropiaciones ilegales efectuadas en esta clínica?

Negó con la cabeza, pero no tuvo una sensación de sorpresa y Karen se ratificó en que lo sabía.

—Le puedo asegurar que nada. Nadie de la clínica me lo mencionó jamás, nadie me avisó y nadie me obligó a guardar silencio. La dirección solo me impuso mantener los valores cristianos y adaptarlos al mercado, que es lo que he hecho.

Karen se acordó de la publicidad de internet: «paternidad respetuosa».

—¿Quién es el dueño de la clínica?

—La Iglesia católica.

La teniente empezó a atar cabos. A pesar de todo lo que se decía sobre ella, la Iglesia se adaptaba a los nuevos tiempos. Aun sin ser la entidad la organizadora del sistema de sor Lucía, debieron ver el riesgo que conllevaba y decidieron hacer limpieza ellos mismos. Por un lado, con el doctor Oyarzun, y por el otro a través de la madre Verónica. Y como en otros casos, se dijo Karen, se enroscan en el cascarón y esperan a que pase la tormenta, que de algo le sirven los más de dos mil años de experiencia.

—¿Nunca ha sospechado nada?

—Directamente, no —admitió Oyarzun—. Pero sí ha venido a mí gente desesperada por no poder concebir. Esperaban de mí una solución que yo no podía darles.

57

Madrid, 1980

El doctor Del Valle se levantó sonriente.

—Pase, hermana, y siéntese. ¿Le apetece tomar algo?

—Un vaso de agua, encantada —contestó sor Lucía.

—La enfermera que asistía al doctor Martín entró en la sala 1 —dijo el médico con un deje de disgusto.

La religiosa asintió.

—Ya me he ocupado de ella. A finales de mes empieza en el San Rafael.

El doctor del Valle soltó una carcajada.

—Es usted increíble, ¿de dónde ha sacado la capacidad de previsión?

La mujer sonrió.

—Creo que es más bien organización… No es más complicado que llevar un cortijo.

—Siempre me he preguntado, y perdone la indiscreción, cómo entró usted en la vida religiosa.

Se encogió de hombros.

—Si quiere que le sea sincera, entré pecando. Pecando de soberbia y llena de ansias de venganza. La que llevaba el cortijo era yo, pero el heredero era mi hermano. La que se levantaba con el sol era yo, la que organizaba la recolección era yo, y el que se gastaba el dinero en finos en Sevilla era él. Bueno —zanjó—, para qué voy a aburrirlo. Me cansé de trabajar como una esclava para otro. Y no tenía ganas de pasar del yugo de mi hermano al yugo de mi marido, así que se me ocurrió esta opción.

El médico la miró con admiración y una cierta pena.

—¿Nunca se ha arrepentido?

—Sufrí al principio, de novicia —admitió ella—. Pero aprendí mucho. Y, si quiere que le diga la verdad, me gusta mi trabajo. Me gusta ver los frutos de lo que he conseguido.

—Ya puede estar orgullosa —concedió el hombre—: nos nombraron el otro día la mejor maternidad de Madrid tras La Paz. Y con el nuevo aparato de ecografías tenemos incluso el equipo más moderno.

—Nos falta una UVI móvil —dijo pensativa sor Lucía.

El médico sonrió.

—No para usted nunca, ¿verdad?

—Siempre hay algo que hacer, algo que mejorar.

—Con todos mis respetos —añadió el doctor—, hubiese sido usted una empresaria estupenda.

—Todo en la vida son opciones, doctor.

58

San Lorenzo, 2015

Los coches en San Lorenzo tenían las lunas empañadas, el monasterio se alzaba difuminado entre la bruma y Karen pensó que la noche debía haber sido más fría que en Madrid, pero el día también era más limpio y luminoso. Encontró a Cano cotejando listas, se sentó a su lado y le contó la entrevista con el doctor Oyarzun. Armados con un rotulador y una regla comprobaron las donaciones de los años posteriores al ochenta. Eran más de las doce cuando sonó el teléfono. La registradora había encontrado a Olga Gómez Rico, la enfermera que asistió el parto del doctor Martín. Había trabajado en Santa María de las Nieves durante poco más de un año y en su cartilla de personal no había encontrado nada raro. En septiembre de 1980 se trasladó como enfermera a una de las plantas de pediatría del hospital de San Rafael. Los informó de que habían tenido suerte, ya que ese dato solo lo tenían porque habían tenido que pagarle las vacaciones tras el cambio.

Cano agarró el teléfono y llamó al hospital, donde le confirmaron que la enfermera seguía trabajando en nefrología infantil y le informaron de que esa tarde estaba de servicio. El brigada colgó y miró el reloj.

—Vale, Cano, no me diga nada —suspiró Karen pensando que se quedaban otra vez sin comer y que al final iban a acabar como los holandeses—. Nos tomamos un bocadillo y nos bajamos a Madrid.

Cano observó su cara de pena y rio.

—Venga, mi teniente, si se da prisa a lo mejor nos da tiempo a comer algo. Si promete no pedir postre, la invito a comida rápida.

La cara de Karen se ensombreció.

—¿Cómo? —preguntó Cano—, ¿no le gustan las hamburguesas? Pues es una pena… En Alpunto tienen unas magníficas. Ofrece tres tipos de carne, y no sé qué me apuesto a que a usted le va a gustar la del Valle del Esla. Pero, claro, si no quiere, siempre podemos comprar un sándwich en la gasolinera…

Cano volvió divertido la mirada al ordenador cuando vio a la teniente completamente vestida con las llaves en la mano, esperándole. Lanzó una carcajada.

—Ha prometido usted no pedir postre…

El restaurante estaba escondido en una bocacalle y no tenía más que

cinco mesas. El dueño, que saludó a Cano por su nombre, los hizo sentarse tras una estufa de butano que caldeaba el ambiente. En la pared colgaba la oferta: tres tipos de carne diferentes, según el gusto, como les explicó, varias salsas y dos tipos de pan. Despacharon cada uno una hamburguesa de buey y se detuvieron en la plaza de la Cruz a tomar un café rápido antes de ponerse rumbo a Madrid.

Encontraron a Olga cuando comenzaba su turno. Era una mujer madura, que rondaba los sesenta, no demasiado alta, un poco gruesa y con una faz risueña que le daba aspecto de abuelita. Al oír que la buscaban a ella los hizo pasar a una de las salas de consulta vacías.

—¿Trabajó usted en Santa María de las Nieves? —preguntó Cano.

—Sí —sonrió la mujer—, ahí empecé. Pero hace ya siglos, debía tener veinte años. Aunque no estuve mucho tiempo…

—¿No estaba contenta? —inquirió el brigada.

—¡No! —exclamó ella—. Todo lo contrario, estaba muy contenta. Estaba en la maternidad y siempre me han encantado los bebés.

—Entonces —dijo extrañada Karen—, ¿por qué cambió?

—La verdad es que no lo busqué, me cayó entre las manos, por así decirlo. El sueldo era mejor y, además, era trabajar con niños más mayores, no solo con bebés. Me pareció que podía ser más útil con los pequeñines que tenían que pasar más tiempo en la clínica.

—¿Pidió usted el traslado? —indagó Cano.

—Pues no —sonrió Olga—, fue una suerte, esas cosas que pasan y cambian nuestras vidas… Por eso me acuerdo muy bien. La jefa de Ginecología de Santa María era una hermana, sor Lucía. Un día habló conmigo y me dijo que había visto que tenía mucha mano con los críos —dijo orgullosa— y que creía que estaría mejor en una clínica pediátrica y no en una maternidad. ¡Y vaya si tenía razón! Fue muy lista, porque yo era joven y no lo hubiese visto tan claro. Soy muy feliz en este hospital.

—¿Y entonces se presentó aquí? —preguntó Karen.

—Preguntan ustedes unas cosas… —dijo desconcertada—. Pues no lo sé, la verdad. La primera vez que vine hablé con uno de los hermanos que llevaban el personal entonces. Me enseñó las plantas y me dijo el sueldo. La paga era mejor, así que ni lo dudé. Necesitaban a alguien. —Frunció el ceño intentando recordar—. ¡Ahora me acuerdo, sí! —exclamó—. Vine un día después del trabajo. Sor Lucía me pidió que me acercase porque les habían pedido ayuda. Fue cuando aquí hicieron la ampliación, ¿sabe? La cuestión es que sor Lucía fue muy amable: a pesar de que habría podido obligarme a que me quedara unos meses más en Santa María, me dejó ir. Perdone —preguntó extrañada—, pero ¿a qué vienen todas estas preguntas?

—Entonces, usted empezó a trabajar en este puesto en… —inquirió la teniente ignorando su pregunta.

La enfermera la interrumpió.

—Exactamente el uno de septiembre de 1980 —contestó sin dudar y sonrió—. Hice treinta y cinco años en verano.

Karen escrutó su rostro al preguntar:

—Investigamos casos de apropiación irregular de bebés de la época. ¿Se acuerda de haber visto algo que le llamase la atención?

La enfermera se sobresaltó.

—¿Apropiación irregular? ¿Yo? No, ¡pero si yo no trabajaba más que en planta! —exclamó asustada.

La teniente sacó la ficha del parto de Ana María Muñoz y le señaló su nombre en la ficha.

—Ah, eso —suspiró aliviada Olga—. Solo fue porque se juntaron dos partos a la vez. Era agosto y hacía un calor tremendo. Muchas de las enfermeras estaban de vacaciones y las monjas no daban abasto. Por eso tuve que asistir yo al doctor Martín.

—¿Se acuerda de ese día? ¿De ese parto? —inquirió Cano.

—Pues… —dudó— no especialmente. Bueno —se corrigió—, del parto sí, porque no había asistido a muchos. Era un niño —sonrió.

Los dos levantaron la cabeza al unísono.

—¿Un niño?

—¡Ah, no, perdonen, ese era el otro! —exclamó—. Ahora me acuerdo, sí. —Sus rasgos de contrajeron mientras intentaba recordar—. Creía que algo había salido mal y por eso fui a preguntar al nido. Y ahí me dijeron que era un niño.

—Perdone —dijo Cano tenso—, ¿nos puede explicar todo de modo más detallado?

—Hace tanto tiempo… —suspiró Olga—. Me acuerdo de asistir al parto, sí. Era con el doctor Martín porque al doctor Del Valle siempre le asistía sor Lucía. Salí a buscar algo y al volver me equivoqué de puerta. Ya le digo que yo no hacía partos y no me conocía tan bien los paritorios. —Frunció el ceño y habló lentamente a medida que los recuerdos volvían—. La otra madre estaba llorando en una camilla y por eso debí pensar que el niño estaba mal. Fui a preguntar al nido, pero el niño estaba bien. Y ese era un niño —concluyó satisfecha—, por eso los he confundido.

— ¿No se acuerda de nada más? —preguntó Karen.

La mujer entrecerró los ojos esforzándose.

—Hace ya más de treinta años… —objetó Olga—. Bastante que me acuerdo, y solo porque fue una situación excepcional. —Hizo una pausa —. Sé que me equivoqué de sala…, que la madre estaba sola llorando y por eso me llamó la atención. Supongo —Se encogió de hombros— que avisaría a planta o al doctor porque yo tenía que volver a mi sitio. Si tuve que volver a la sala de partos, probablemente se lo dije al doctor — concluyó.

—¿Entonces estaba despierta? ¿Habló con la madre? —inquirió Karen.

— Sí… No sé… Le preguntaría… Si todo iba bien… ¡No lo sé, hace

tanto tiempo! —protestó—. Piense que, si dejé mi puesto, fue para buscar algo, e iría con prisa de volver para no dejar al doctor solo.

Cano insistió.

—Si no se acuerda bien, ¿cómo está tan segura de que estaba despierta? ¿No podía estar recobrándose de la anestesia?

Olga respondió, esta vez sin dudar.

—En ningún caso. Si hubiese tenido sedación, habría estado en la sala de posoperatorios y no en el paritorio. No estaría sola.

Cano y Karen cambiaron una mirada.

—¿Volvió a ver a esa madre?

—No. Pero pregunté en el nido, de eso sí que me acuerdo, porque me había quedado preocupada. Pasé además por su habitación a felicitarla, pero estaban celebrando y no quise interrumpir.

—Y a la madre —preguntó Karen esperanzada—, ¿la vio entonces?

Olga negó con la cabeza.

—No en la habitación, estaría en el baño, supongo. Pero el niño —dijo convencida— estaba bien, lo tenían en la habitación. Lo tenía una señora en brazos.

Se empezó a poner nerviosa.

—Mire, no me acuerdo, solo sé que había un guirigay. Ya saben cómo eran las cosas antes, hasta se fumaba en las habitaciones. Los cuartos de las madres parecían un cóctel, la gente acumulada, con copas. Pero les aseguro que el niño estaba ahí.

Se hacía de noche cuando salieron del hospital. El brigada se sentó al volante.

—Es una pena que no se acuerde de más.

—Nos ha dicho mucho, Cano. Hace más de treinta años de todo.

—No se acordaba casi de nada… ¿Cree que la madre lo cedió de manera voluntaria? —preguntó Cano.

—No lo sé —dudó Karen—. También puede que le dijesen que tenía malformaciones, como en ese caso de Bilbao, aunque entonces hubiese quedado constancia del parto.

—Esa chica se empeñó en verlo.

—No todas querrían en el momento, brigada —contestó irritada al ver la cara de duda de Cano—. Usted no ha dado nunca a luz, no sabe lo que es. Desde que las mujeres entran en el hospital, les dicen lo que tienen que hacer, su cuerpo deja de ser suyo. Las enganchan a goteros en los que muchas veces no saben lo que hay porque nadie se preocupa de explicárselo, las meten en una rueda en las que ellas son simples comparsas. Muchas veces las enfermeras, cuando se quejan, se ríen de ellas con la cantinela de «yo he tenido tres». Se tiran horas vacías en una habitación en la que entra de tiempo en tiempo alguien y mira a ver «si avanza», lo que implica que es ella la que frena. Durante los partos una de las frases más comunes, aparte de las órdenes de «empuja más», es «lo

estás haciendo muy bien». Todo ello, en los casos en los que el bebé llega bien, se olvida, pero ¿qué pasa en los que el bebé nace muerto o con malformaciones? Es ella la que no se ha portado bien, la que a lo mejor ha hecho algo, comido algo o quizá bebido algo que ha llevado a ese desenlace. La mujer es una criatura en manos de otros, se tira horas con alguien que decide por ella, está en las manos de los médicos y de las comadronas. Imagínese que le dicen, mientras está todavía abierta de piernas, que el niño está mal. Supongo que la mayoría de las veces seguirán las recomendaciones, o preguntarán: «¿qué es lo mejor?» a aquellos que habían llevado la responsabilidad durante horas, a aquellos que le habían dicho lo que tenía que hacer, los que la habían criticado o alabado. Pregunta y le dicen: «es mejor que no lo veas». —Suspiró—. Muchas de ellas, la mayoría, me atrevo a afirmar, seguirán el consejo que les den. Y eso, hoy en día, y no entonces. Por eso en Holanda tienen tanto éxito los partos en casa… —Se perdió un momento en sus pensamientos, carraspeó y añadió—: No sabemos nada de su situación en el momento.

—¿Por qué no le diría nada a Olga?

Karen lo miró irritada.

—Cano, deje de mirar todo desde su situación actual. Estamos hablando de 1980. Si la voz cantarina es su hija y tiene cincuenta y cinco años ahora, nació en 1960. Póngase que la madre la tuvo con veinte. La señora Sánchez debe ser de 1940. Piense en qué época creció. Las monjas eran, como los sacerdotes, una institución a la que no se rechistaba. Sin hablar de los dioses de blanco que eran los médicos.

—Le dirían que estaba muerto, los cabrones. Y ella no dudó. Hoy en día un niño muerto es una excepción. Pero entonces entraba dentro de lo normal. Mi padre tuvo dos hermanos más que murieron de bebés y mi madre uno que murió de polio… No dudaría de su palabra.

Karen asintió.

—A lo mejor le dijeron que era una buena idea darlo en adopción. O ella decidió que no podía criarlo y no pudo o no quiso abortar.

Cano negó con la cabeza.

—Algo más debió ver Olga —objetó Cano—. De no haber sido así, sor Lucía no la hubiese trasladado.

—Bastaba con lo que vio, brigada. Sor Lucía debía ser extremadamente cuidadosa y además buena psicóloga. —Sonrió al ver la cara escéptica de Cano—. Olga vio algo que no tenía que ver, a una madre sin bebé llorando en la sala de partos. Antes de que pudiese hablar con nadie ni llegar a conclusiones incómodas, la traslada. Pero consigue que el traslado sea todo un éxito y, sobre todo, que Olga no piense que era un castigo. No la despidió, sino que la metió en un sitio en el que se encontraba mejor. Coincide con lo que sabemos de ella.

La Castellana brillaba con las luces de los coches atascados.

—No le merece la pena volverse a subir —dijo Cano—. Si quiere, la

dejo en casa.

La teniente asintió. Cano dirigió su mirada a los carteles de rebajas del Corte Inglés. La estación de Nuevos Ministerios estaba justo delante. Cano volvió a hablar.

—Si consiguiésemos demostrar que esa mujer estuvo en San Lorenzo…

Karen suspiró.

—Nos quedan las grabaciones de la Renfe, que deberían haber llegado ya. Pero incluso si la encontramos y sor Berta, Marta y la registradora la reconociesen, tendríamos que ponerle un nombre y apellidos —dijo Karen poco esperanzada—, y demostrar que la mató.

—Sería un golpe del destino si en los documentos de la Iglesia —Hizo caso omiso de la mirada de reproche de la teniente— encontrásemos el nombre de la asesina de sor Lucía…

Llamaron al cuartel y Suárez les confirmó que tenía delante las imágenes de la estación. Las estaba mirando por si conocía a alguien y se las podía mandar por *mail*, aunque la calidad no era excepcional y en el teléfono no iban a ver mucho, añadió.

Cano dejó a la teniente en la puerta de su casa y quedaron en mirarlas cada uno por su lado.

Karen abrió el portal y cogió el ascensor. Dejó el abrigo en la butaca, se sirvió una copa de vino y abrió el ordenador. La primera imagen mostraba las vías y la salida automática. Se fijó en las grabaciones de los trenes con llegada a las dos y cuarto e identificó a un grupo de turistas y unas parejitas. También a unos chicos jóvenes solos, un par de señores mayores, una pareja joven con un cochecito de bebé y dos mujeres de edad mediana hablando entre ellas con bolsas de una tienda de ropa. Se les veía mal y solo unos segundos hasta que desaparecían por las escaleras. Suárez había incluido la grabación del tren de la una y cuarto. Era posible, se dijo Karen, pero según los cálculos que habían hecho, improbable. Comprobó otra vez las horas en las que sor Jennifer había dicho que hablaba con su familia y abrió el mapa de Google, metió la dirección de la clínica, la hora y el tren de El Escorial. Solo saliendo al principio de la conversación de la hermana de sor Jennifer, cogiendo el metro al momento y dirigiéndose inmediatamente a la vía hubiese sido posible esa combinación. Era tan justa que Google ni siquiera la proponía. Sacudió la cabeza desanimada y se dijo que la mujer hubiese tenido que pasar por la estación de Chamartín. Sus ojos se fijaron en Nuevos Ministerios, de ahí también salían trenes a El Escorial, pero era un rodeo y no habría dispuesto más que de unos minutos para coger el tren. Karen, indecisa, se dijo que si hubiese llegado a El Escorial a las 13:15, no tenía sentido que esperase hasta pasadas las tres para subir. La mujer iba con un rumbo fijo, no era imposible, pero no se la imaginaba sentándose en un restaurante tranquilamente para ir al convento a matar a sor Lucía después de tomarse el menú del día en la plaza. ¿Qué hubiese podido hacer durante casi dos

horas entre la llegada y la visita?, se preguntó. Se concentró en el público de llegada a la estación de la una: una chica joven con un bebé atado en mochila y un grupo grande con guías en las manos. Una madre que regañaba a dos niños pequeños, una mujer sola, pero de rasgos africanos, varios chicos jóvenes, una pareja de un anciano y una mujer que cargaba una maleta y hablaban entre ellos. Ninguna mujer sola en la cincuentena.

Cerró el ordenador y se fue a duchar. Se envolvió en el albornoz y se sirvió otra copa de vino. Estaba en el balcón fumando cuando sonó el teléfono.

—Las ha visto ya, ¿verdad? —dijo Cano.

—Sí. ¿Le ha llamado algo la atención?

—No —negó el brigada desanimado—, ninguno de los pasajeros del de las 14:15. Y no sé cómo pudo hacer para llegar al de las 13:15, es muy justo. No hay ninguna mujer sola que responda a la descripción. Debió subir en el autobús: por la ubicación de la clínica sería más lógico, estaba más cerca.

—¿Tenemos las grabaciones de los autobuses también?

—Solo del interior del edificio —rezongó Cano—. Ya, no me diga nada. No cree que podamos localizarla en San Lorenzo.

Karen no contestó, no había nada que decir. La voz de José Luis Cano se animó.

—Pero, cuando la prensa lo sepa, aquellos que quieran se podrán enterar de dónde vienen.

—Sí, Cano, eso sí.

—Mañana redactamos la nota de prensa.

—Claro. Que descanse usted.

Colgó. Se sentía agotada. Agotada y sola. No había encendido las luces del salón y estaba en la penumbra. No tenía hambre y solo quería acabarse el vino e irse a la cama. Y no pensar en esa voz que le susurraba que Fernando Goyeneche tenía una vida. Que no sabía cuál hubiese sido la alternativa. Que, a lo mejor, el fin podía justificar los medios. Que no sabía dónde estaba la línea. Sintió un escalofrío de horror. Se levantó, cogió el teléfono y fue a cargarlo en su mesilla de noche. La pantalla se iluminó al engancharlo y vio que había entrado un mensaje. Abrió la bandeja y leyó las líneas. Una sensación de calidez se extendió por su cuerpo, notó cómo se iluminaba su rostro y contestó.

59

Madrid, 2015

—Conchita, vente un momento al despacho, por favor —dijo un hombre de unos setenta años.

—Claro, señor —contestó la mujer—, déjeme cuajar la tortilla y voy.

Cuando llegó al despacho y lo miró, supo que la noticia no era buena.

—Ya hace unos meses que murió Matilde —empezó el hombre— y sabes que, a mí, Madrid no me gusta. Me he tirado la vida estudiando el campo y me la he pasado en esta jungla de acero. —Suspiró mirando las paredes forradas de libros—. He decidido alquilar el piso e irme a vivir a la finca. Estaré suficientemente cerca para que vengan a verme mis hijos, pero suficientemente lejos para que no me den la lata. Me encantaría que te vinieses conmigo, llevamos muchos años juntos.

Conchita hizo cuentas. Desde la paliza que dejó inútil a su madre trabajó para doña Adela, y, cuando ella murió, el señorito Quico le ofreció el puesto en su casa. Doña Adela había muerto en el noventa y dos. Veinticinco años. Rememoró ese día que fue a la casa de Serrano, la cara de espanto de la señora cuando le explicó lo que había pasado y le suplicó que la dejase trabajar. Emilia, la doncella, le contó años después que la señora había llamado a Pilar y le había explicado. Que esta se había negado rotundamente afirmando que una chica de quince años no podía trabajar y que no podía dejar a una cría al cuidado de la casa y de los niños. Doña Adela nunca habló de ello, solo le ofreció un trabajo varios días en su casa. Fue ella la que le consiguió las casas de sus vecinos para que no tuviese que correr por Madrid. Y ella la que le ofreció quedarse de externa con el puesto de Emilia cuando esta decidió volverse a su pueblo. Conchita siempre supuso que había sido ella la que habló con la señorita Matilde, que siempre había tenido interna, para que se quedase con ella cuando no estuviese.

—Veinticinco años… —Sonrió la mujer—. Señor, usted sabe que me encantaría, pero tengo a mi madre y a mi hermana en casa.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó solícito el hombre.

—Bien, se entretiene con la Carmen. Y Carmen la ayuda, madre dice que entre sus manos y su cabeza hacen una mujer completa.

Quico tamborileó el escritorio con los dedos.

—Suponía que no podrías venirte a Toledo y por eso ya he pensado

hablar con algunas de las amigas de mi mujer. No te preocupes, que te encontraré una casa que esté bien. Pero me va a costar mucho estar sin ti.

Conchita estrujó el delantal entre los dedos.

—Y a mí, señor.

—Nos quedan unos meses, tengo que hacer unas reformas y supongo que para después del verano me tendrán la casa. Pero quería decírtelo con tiempo, por si preferías otra solución.

—No se preocupe, que yo me quedo con usted hasta el último día.

El hombre sintió un escalofrío. Se acordó de la comida en el campo y de la pelea que tuvieron su madre y su hermana. Pensó en la diferencia entre lo que se dice y lo que se hace. Nunca lo hablaron, pero Quico sabía que su madre se sentía enormemente culpable por la tragedia de Inmaculada. Pilar tenía, en su día, razón, y una niña de quince años no debía trabajar. Pero, se preguntó Quico, ¿qué habría pasado si su madre no hubiese contratado a Conchita? Se dijo que la niña habría trabajado por horas, de una casa a otra, para mantener a sus hermanos y hubiese sido todavía peor. De los tres hermanos de Conchita habían estudiado dos, y Pedro no lo hizo porque le encantaba la madera y se había puesto de carpintero. Marcos tenía un buen trabajo en Gas Natural y a Juan lo había colocado Jaime de Beamonte en el banco después de acabar la carrera, seguro que por mediación de sus padres. Quico sabía que habían sido sus padres los que habían corrido con los gastos de las matrículas de los dos universitarios y de los cursos de Pedro. Al acordarse de Jaime pensó en Mariola. Se dijo que era una de las pocas que seguía teniendo servicio a la antigua y seguramente Conchita estaría bien con ella.

—¿Te acuerdas de la señorita Mariola, Conchita? ¿La hija de don Jaime?

—Claro, el íntimo del señor. Era muy amiga de la señorita Pilar.

—Le voy a preguntar a ella, si te parece. Su casa podría estar bien.

Conchita asintió.

—Si no le importa, me vuelvo a la cocina, tengo que darle la vuelta al asado.

—Ve, ve, Conchita. Muchas gracias.

60

Madrid, 2015

Marcos se levantó y sacó al bebé que lloraba del cochecito. Iba a sentarse de nuevo cuando Inmaculada le hizo señas para que se lo diese. El hombre se abrió paso entre los niños que revoloteaban en torno a la mesa y se lo colocó a su madre apoyado en el brazo malo. La mujer lo meció suavemente y el niño paró de llorar.

—Abuela, ¿quieres un poco más de tarta? —preguntó su nieta mayor.

Negó con la cabeza y observó feliz a su alrededor. La mesa parecía un campo de batalla, sus nueras empezaron a acumular platos y una de ellas mandó a los niños a jugar a la calle bajo la supervisión de las mayores. Conchita reía con sus hermanos en un extremo de la mesa. Carmen, celosa, hizo un ruido que sobresaltó a sus nueras en el marco de la puerta, pero que sus hermanos identificaron inmediatamente.

—¡Es *El autobús azul*! —exclamó Pedro.

Conchita sonrió, porque Carmen lo tenía tan presente ya que ella seguía leyéndoselo. Marcos sacudió la cabeza.

—Me acuerdo de ese libro, fue una época muy bonita —dijo con aire soñador.

Juan, con la cara enrojecida por las copas, se levantó de golpe haciendo caer la silla. El ambiente festivo que reinaba se interrumpió al instante.

—¿Bonita, dices? Joder, Marcos, cómo se nota que a ti no te zurraban día sí, día no. Pero mira la mano de la madre y piensa por qué yo tengo la boca así. —Se levantó el labio superior y enseñó unos dientes montados los unos sobre los otros—. Claro, así a mí también me hubiese parecido una época bonita. Y suerte tuvimos que el hijo de puta acabó como acabó, que ya me podéis estar agradecidos…

Un silencio se instauró en el comedor. La mujer de Juan acudió de la cocina asustada por el ruido de la silla, se colocó tras él y le puso una mano en el brazo que el hombre retiró de un golpe. Inmaculada empalideció, pero Juan continuó.

—¿Alguna vez habéis pensado cómo estaríamos si padre no se hubiese despeñado por las escaleras ese día?

Pedro bajó la cabeza. Se acordó de cómo había vuelto con Juan del colegio y este les había preparado la merienda después de recoger a Carmen, cómo habían sacado el fuerte y los había regañado por hacer

demasiado ruido. De sus propias protestas cuando su hermano le dio a Marcos la pistola y de cómo le había llevado al descansillo oscuro donde se había casi dormido cuando le sobresaltó el golpe de la puerta del portal. De los gritos de su padre al subir y del calor en la entrepierna que sintió cuando se hizo pis encima. Del grito de guerra que Juan utilizaba cuando atacaban el fuerte al oír los pasos en el último tramo de escaleras y de quedarse solo en la oscuridad sentado en el escalón mojado. Cuando volvió Juan, Sonia había abierto la puerta y encendido la luz de la escalera. Había bajado a toda prisa y los había mirado desde abajo. No había dicho una palabra, metió a Juan en su casa y le lavó las manos. Descendió al piso inferior y le pidió a la vecina que se acercase al bar a llamar a la ambulancia, subió de nuevo y resbaló en el escalón mojado. Entró en su casa y con una bayeta limpió la piedra mientras él tiritaba. Conchita recordó cómo se encontró a la ambulancia al volver del trabajo, de su pavor al pensar que Camilo había vuelto antes de tiempo y que ella no estaba para proteger a su madre y sus hermanos. Cómo esquivó el cuerpo inanimado de su padre y encontró en el descansillo a Juan, lívido bajo el brazo protector de Sonia, y a Pedro con la mirada perdida sentado en el escalón. Camilo, le contaba Sonia al médico, había vuelto con ganas de bronca y bramando ya por la escalera, lo que le había hecho acudir a su puerta. No la había abierto, había declarado, porque a ella también le daba miedo. Pero sí había visto por la mirilla cómo Camilo tropezaba en el escalón y caía hacia atrás.

Conchita volvió a la realidad, miró la cara de desafío de su hermano y bajó los ojos. Pedro se volvió hacia Juan, le dio un puñetazo amistoso en el brazo y le miró directamente a los ojos.

—Que sí, Juan, que tienes razón. La verdad es que, aunque esté mal decirlo, tuvimos mucha suerte de que no se sostuviese ese día. ¡Venga! —exclamó—, vamos a brindar por el cumpleaños de Carmen y a lo mejor nos hace otro relincho.

El ambiente se distendió, Juan se sirvió otra copa y lanzó una risotada un poco forzada. Su mujer suspiró y se dejó caer en una silla, el bebé comenzó a llorar y uno de los hijos de Pedro tocó el timbre para que le curasen una herida. Conchita lo llevó al baño a limpiársela y Marcos entonó por segunda vez el cumpleaños feliz.

Era ya tarde cuando Conchita, Carmen e Inmaculada volvieron a su piso. Conchita cortó un poco de fruta y se sentaron a comérsela delante de la televisión en silencio. Inmaculada estaba perdida en sus recuerdos y Conchita intentaba apartar de su mente la imagen de Juan en lo alto de la escalera y de ella misma con la sartén en la mano. Se iba a levantar a recoger cuando su madre la detuvo.

—Conchi —dijo sujetándola por el brazo.

Conchita intentó evadirse, convencida de que le iba a preguntar por la frase de Juan.

—Me gusta mucho veros a los cinco reunidos.

Hizo una pausa en la que su hija asintió.

—¿Te acuerdas del bebé? —espetó.

—¿Del bebé? —preguntó la otra sorprendida.

—Sí, del bebé que murió.

Conchita se acordaba bien. Se acordaba de la clínica, de su alivio al decirle la monja que había muerto. Sacudió la cabeza para hacer desaparecer la sensación de vergüenza.

—Sí, claro —asintió, e intentó huir a la cocina.

—No te vayas —suplicó la anciana—. No murió. No digas nada, por favor. Siempre pensé que tu padre se enteró y por eso me pegó esa noche, no sé si te acuerdas… Bueno, sí, cómo no te vas a acordar —se corrigió inmediatamente pensando en que también su vida había cambiado esa noche—. La monja nos mantuvo durante todo el embarazo. Y se quedó con el bebé. —Ahogó un sollozo—. Conchi, no me interrumpas, por favor te lo pido, que esto ya me está costando, y ni siquiera sé si hago bien en contártelo. Pero estoy cansada, cansada de vivir, cansada de haber cargado tanto peso sobre tu espalda. Tú podías haber llevado otra vida. —Las lágrimas empezaron a correr por sus mejillas—. Eras la mejor del instituto. Pero veo que cada día estoy más débil y me vuelvo sentimental —dijo mientras se las secaba—. Y quiero saber que está bien. Solo eso, no lo quiero ver, ni quiero que me vea. Solo quiero saber que vive y está bien. Y lo siento con toda mi alma, hija mía, pero yo no puedo volver a pisar esa clínica.

Conchita no contestó. ¿Lo sabía?, se preguntó. No, saberlo no, se dijo, pero lo suponía desde hacía mucho tiempo. Se preguntó qué haría si lo encontraba. Y cómo buscarlo. Inmaculada pareció leer sus pensamientos.

—Solo tendrías que ir a la clínica y buscar a sor Lucía. Era muy joven y la encontrarás, o las hermanas sabrán dónde está.

Conchita se levantó, asintió y se llevó a Carmen, medio dormida, a la cama. Volvió al salón.

—Venga, madre, que la ayudo a desvestirse.

—Conchi, por favor.

—Está bien —suspiró—, iré un día después de trabajar.

61

Madrid-San Lorenzo, 2015

Conchita encontraba cada día una excusa diferente: llovía, estaba muy cansada o había una oferta en el mercado. Quico se trasladó y ella solo tenía que ocuparse de abrirles la puerta a los operarios y limpiar a fondo el piso. Su madre nunca le decía nada al salir, solo le preguntaba al volver si había tenido tiempo, y Conchita abandonó la esperanza de que cejase en su obsesión. Una fría mañana de noviembre que tenía que abrir a los del gas se decidió por fin a pasar por Santa María de las Nieves.

La clínica le pareció, en el exterior, mucho más antigua que en sus recuerdos y mucho más moderna en el interior. Se dijo que lo que no había cambiado era el olor a lejía y desinfectante. Se acercó al mostrador de información y le preguntó a la monja que lo ocupaba por sor Lucía. Esta contestó, apesadumbrada, que sor Lucía estaba enferma y, cuando le iba a dar más explicaciones, apareció una embarazada con gesto de dolor preguntando por el paritorio. La monja se levantó para ayudarla, no sin antes indicarle a Conchita que en la segunda planta encontraría a la hermana Gabriela, que había trabajado muchos años con sor Lucía. Conchita se montó en el ascensor y pensó que olía a perfume caro de mujer. Salió en la segunda planta y se dirigió al mostrador de información sin encontrarse con nadie. Tocó el timbre y esperó hasta que una enfermera jovencita apareció tras el cristal.

—Perdone la molestia —se excusó, arrepintiéndose de haber llegado tan lejos—, buscaba a sor Lucía. La hermana de información me ha dicho que estaba enferma, pero que preguntase por sor Gabriela.

La enfermera Marta sonrió y se dijo que la mujer le recordaba a su madre.

—La hermana Gabriela tenía el turno de noche y ya se ha ido, no volverá hasta las siete.

Conchita sintió alivio, se dijo que podría salir de ahí, volver a casa, decirle a su madre que había ido, que la hermana no estaba y que ya volvería otra vez. Iba a dar las gracias y marcharse cuando la enfermera le preguntó.

—¿Qué necesita? A lo mejor la puedo ayudar yo —preguntó solícita.

—Mi madre dio a luz aquí y… —Una mujer se plantó ante ellas taconeando con rapidez, ignoró a Conchita y se dirigió directamente a la

enfermera, interrumpiendo la conversación.

—Perdona, ¿puedes venir? —dijo impaciente—. Mi hija está desesperada, hace horas que intenta darle al niño el pecho y no lo consigue.

—Deme un momento, ahora mismo voy —sonrió la enfermera, servicial.

—Te digo que está desesperada, el niño está llorando —insistió la mujer.

Dio un pequeño golpe en el suelo y no se movió del sitio. La enfermera miró a Conchita, hizo un pequeño mohín y le dijo:

—Si es por un parto antiguo, los que le pueden dar información son los del archivo, están en el sótano.

Se volvió y siguió a la señora que avanzaba rápidamente, sin volverse, por el pasillo, levantó la mano con un gesto de impotencia y desapareció dentro de una habitación de la que salía el llanto de un recién nacido.

El sótano estaba vacío y Conchita miró una tras otra las puertas hasta encontrar sobre una de ellas el letrero Archivo. Llamó a la puerta y esperó a que la invitasen a entrar. Una mujer con el pelo corto y gafas tecleaba detrás de una pantalla. Se detuvo al entrar ella.

—Buenos días —explicó—, mi madre dio a luz aquí, el 23 de agosto de 1980.

—Qué gracioso —exclamó la registradora divertida—, es justo el día del cumpleaños de mi padre. Dígame el nombre —añadió—, porque dudo que se llame como él…

—Inmaculada Sánchez.

La mujer se levantó y fue hacia una habitación contigua desde donde Conchita oyó el deslizar de los cajones.

—Perdone —dijo la mujer asomándose a la puerta—, pero ¿está segura del día? No la encuentro.

—Sí, en principio sí… —respondió Conchita dubitativa.

—Espere, voy a mirar otra vez. —Desapareció unos minutos y volvió con la cara extrañada—. No, no encuentro nada.

—¿Está segura? —preguntó Conchita. Se le ocurrió otra posibilidad—. ¿Podría mirar qué niños nacieron ese día?

Toda la amabilidad de la mujer desapareció.

—Desde luego que no —afirmó secamente—. Eso son datos confidenciales. Vuelva con la fecha que corresponda. Buenos días. —Se inclinó hacia el ordenador y empezó a teclear de nuevo.

Conchita subió a la planta principal, salió y le preguntó a una enfermera que fumaba en el exterior por la boca de metro.

—Vas hacia la derecha —señaló la mujer—, pasas por la residencia de las monjas, doblas la esquina e inmediatamente después la verás.

Se dirigió hacia allí, pero vio salir del edificio adyacente a una religiosa y pensó que todavía le quedaba una posibilidad. La portería estaba ocupada por una monja muy joven con rasgos latinos que parloteaba alegremente

dirigiéndose a una pantalla.

—Ave María purísima —dijo Conchita.

La joven levantó la mirada rápidamente del ordenador y contestó de carrerilla.

—Sin pecado concebida.

Una voz de niño entrecortada salía del ordenador.

—Perdone, busco a la hermana Lucía.

La monja alzó los ojos un momento y contestó acelerada.

—La hermana Lucía se ha trasladado.

—¿Y no sabría dónde puedo encontrarla? —preguntó Conchita.

Un poco irritada y desviando un momento la vista de la pantalla, la monja contestó apresuradamente antes de volver la atención al ordenador.

—Está en San Lorenzo de El Escorial, con nuestras hermanas carmelitas.

—Que pase usted un buen día y muchas gracias, hermana —se despidió Conchita.

No había terminado de decirlo cuando la religiosa ya se había concentrado otra vez en su llamada. Hacía frío y se arrebujó en su chaqueta. La boca de metro estaba cerca y el calor que salía de los respiraderos chocaba con el frío exterior. Se fijó en el mapa y calculó que para volver a casa tendría que hacer transbordo en Nuevos Ministerios. Al bajarse en la estación oyó la voz amable de los altavoces anunciando la correspondencia con los trenes de cercanías. Se detuvo y se acercó a un tablón con un mapa. Al lado de la red de metro estaba consignada la red de trenes de cercanías y la línea C3 llevaba directamente a El Escorial. Conchita dudó y miró el reloj. Todavía era pronto, pero se dijo que seguro que no había muchos trenes. Preguntó en una de las ventanillas y la empleada la informó de que salía un tren en diez minutos. Pagó un billete de ida y vuelta y se dirigió a la vía.

El tren se detuvo y la pantalla indicó que era el fin del trayecto. Conchita se había colocado ante las puertas y esperaba la apertura cuando vio a un anciano acercarse con una maleta. Le sonrió.

—¿Quiere que lo ayude? —ofreció.

—No, hija, no te preocupes, ya estoy acostumbrado —contestó el anciano.

—Ande —insistió ella—, déjeme, que le echo una mano.

El hombre sonrió y le cedió la maleta. Descendieron juntos al andén, se dirigieron al ascensor y el anciano soltó un improperio ante el cartel de Fuera de servicio. Bajaron las escaleras junto a unos turistas que iban a visitar el monasterio y unos chicos jóvenes concentrados en el móvil, y siguieron a la gente hacia la salida.

—Pues muchas gracias —dijo el anciano en la estación—, hubiese perdido el autobús.

—¿Qué autobús? —preguntó Conchita extrañada, que había imaginado

que el pueblo sería pequeño y podría ir a pie.

—¡El de San Lorenzo! —explicó el anciano—. Sale de la puerta y no espera.

—No se preocupe —dijo ella mirando las escaleras que señalaba el otro —, que yo le ayudo.

—Gracias, hija.

Le ayudó a subir las escaleras agarrándole del brazo. La tela rugosa de su abrigo le rozaba la mano y despedía un leve olor a jabón, naftalina y sudor. En la plaza frente a la estación, un autobús verde con el motor en marcha acababa de cargar a los turistas que habían viajado con ellos. Conchita dejó subir al hombre, le siguió con el bulto y se sentaron juntos con la maleta entre los dos.

—No sabes cómo te lo agradezco —resopló el anciano—, estando solo hubiese tenido que esperar una hora, y la verdad es que con este frío, a pesar del sol, no apetece.

El día era claro y la luz del sol helada se reflejaba en el granito arrancando destellos de la piedra.

—No se preocupe —le restó importancia la mujer—, es un desastre que no funcione el ascensor.

—Eso pasa cada dos por tres —rezongó el hombre—. Voy bastante en tren, bajo a Madrid a ver a mi chica, ¿sabes? Bueno, a ella no la veo, que trabaja todo el día, pero tiene a la nena pequeña y como llega tan tarde, voy por ella al colegio. Se la recoge una joven rumana, pero esta semana se ha ido a su país. Pero no es mala la mujer, no. Y a mí me gusta ver a la nieta. Por eso —explicó— esta vez iba con maleta.

—¿Qué edad tiene la niña?

—Nada, cinco añitos. Pero muy graciosa. Y tú, ¿qué? Porque no eres de por aquí…

Conchita negó con la cabeza.

—Vengo solo a visitar a una hermana que está con las carmelitas.

El hombre asintió.

—Pues pasará frío, porque esas, ni calefacción en invierno…

—¿Sabe usted dónde está el convento? —preguntó Conchita.

—¡Claro que sí! —respondió el hombre contento de poder ayudar—, ahora mismito en saliendo te explico.

El autobús subía la cuesta y el monasterio apareció ante ellos. Conchita nunca lo había visto y la mole de granito ante la montaña le causó una sensación de pequeñez.

—Qué —exclamó el hombre dándole un golpecito con el hombro—, es bonito, ¿no?

—Sí —concedió ella—, nunca lo había visto.

El autobús entró en una cochera y se paró. Los turistas bajaron y Conchita ayudó al anciano a descender.

—¿Va usted muy lejos?

—No —negó el hombre—, vivo en el pueblo. Y tú, ¿qué? ¿Vas al convento?

—Sí, si me dice dónde es.

—Mira, te vienes conmigo —decidió—, vivo cerca y desde ahí ya te explico.

Echaron a andar por una calle adoquinada y a Conchita le extrañó el sonido irregular de los coches. La acera era estrecha y en algunos sitios tenían que ir uno detrás de otro. El anciano, sin el peso de la maleta, andaba a buen paso, pero se paraba a explicarle los sitios por los que pasaban.

—Mira, guapa, estas son las antiguas cocheras del rey. Y esa de la esquina era la cárcel… —iba relatando—. Ya que estamos, te acerco a la plaza para que veas el monasterio desde ahí, es una de las mejores vistas, y de paso compro el pan.

El anciano se detuvo en la panadería y, tras comprar una barra, guio a Conchita por una cuesta.

—Por aquí —explicó—, se va a la parroquia y a las carmelitas. Y a mi casa. Mira —señaló—, ya se ve la parroquia. Y este era el cine, pero cerró.

Conchita vio un edificio antiguo y una iglesia frente a él. Lo señaló.

—¿Ese es el convento?

—¡No! La parroquia. Para las carmelitas todavía te falta… Ahora te lo enseño.

Subió por una escalera muy empinada y abrió una puerta de madera antigua.

—Esta es mi casa, que te pilla de camino. Pasa, hija. ¿Quieres un vaso de agua? Qué digo —exclamó mirando la hora—, si seguro que no has comido.

—No se preocupe —protestó Conchita—, solo le acepto un vaso de agua.

—No irás a hacerles ascos a unos huevos con chorizo, ¿no? —dijo el hombre con cara pícara—. Yo tampoco he comido, y si subes ahora al convento las vas a sacar del refectorio… Y, además, me haces el favor y así no almuerzo solo.

Conchita aceptó, vencida. La casa no estaba muy caliente, pero el anciano encendió una chimenea antigua de piedra con unas ramas que tenía ordenadamente colocadas en un canasto y la temperatura ascendió rápidamente. El hombre se quitó el abrigo, lo colgó en un perchero y alargó la mano para cogerle el chaquetón, que la mujer cedió con un gesto de impotencia. El otro sonrió y abrió la nevera para sacar un paquete de seis huevos y un chorizo.

—¿Ves? Además, así no me caducan. Y ahora siéntate —dijo corriendo una silla hacia la lumbre—, que menuda caminata te has dado con mi maleta.

—¿Le puedo ayudar con algo? —preguntó.

—Nada, hija, nada —protestó el anciano—. Siéntate y bébete el agua.

Encendió el gas y colocó una sartén de hierro negra encima. De una garrafa vertió aceite, cascó los huevos en un bol y pinchó el chorizo. Sacó dos platos de cristal y cubiertos, dos servilletas y dos vasos pequeñitos. Abrió una alacena y con una mirada traviesa sacó una botella de vino.

—Por mí no, de verdad —protestó ella—, no quiero causarle molestias.

—¡Si no es nada! Pero es que unos huevos sin vino…

—Es usted un embaucador… —protestó Conchita.

El anciano rio con ganas.

—¡Menos mal que no has dicho seductor! Mira, ya está esto.

Se sentaron a comer. El hombre mojaba el pan en la yema, partía con él el huevo y se lo llevaba a la boca. El pan era bueno, los huevos tenían puntillitas, la yema estaba líquida y se mezclaba con la grasa roja del chorizo. Conchita comió con apetito. El anciano le contó las gracias de su nieta, le enseñó fotografías y, cuando acabaron y mientras lavaban los platos, colocó una cafetera antigua en el fuego.

—Ahora por lo menos —la animó— tienes fuerza para subir lo que te queda, que no es poco. ¿Es familia tuya, la monja?

—No —contestó ella—, es por mi madre, la conoció hace años.

Ya habían tomado el café y secado los platos cuando el anciano salió con ella y le dio las indicaciones para llegar al convento.

—Baja otra vez hasta la parroquia y es la segunda a la izquierda, subiendo te encuentras con el convento. Y si ya estás ahí, aprovechas. Un poco más arriba hay un paseo bien bonito, podrás ver el monasterio desde arriba.

—Me voy a acabar perdiendo… —dudó ella.

—¡Que no, chica, que no! No tiene pérdida. Además, si sigues el paseo hasta el final sales otra vez a la carretera que lleva al monasterio y a la estación. No tienes excusa.

Se despidieron con dos besos en la puerta y ella se alejó agitando la mano.

Conchita subió la cuesta del convento y se detuvo para recuperar el aliento. Se acercó a una puerta de madera, tocó el timbre y cuando empujó la puerta se encontró con un torno.

—Ave María purísima —saludó.

—Sin pecado concebida —contestó inmediatamente una voz.

—Perdone la molestia, madre, pero en Madrid me dijeron que encontraría aquí a la hermana Lucía, que pasaba unos días en su convento.

—Espere un momento, que la aviso.

Se quedó sola en la antesala fría y se sentó en un banco de madera. Poco tiempo después se abrió la puerta y una monja vestida de blanco con una toca negra apareció por ella. Conchita se levantó de golpe a presentarse, pero la monja parecía muy contenta de verla, se acercó a ella y le dio sendos besos en las mejillas sin preguntarle ni quién era ni qué quería. Se

frotó los brazos en la antesala inhóspita y propuso salir al sol. Conchita sujetó la puerta y salieron. Sor Lucía respiró el aire fresco y sonrió con alegría.

—Qué aire más puro, ¿verdad? —afirmó—. Y qué paz… La cartuja en la procesión del silencio —dijo traviesa.

—Hermana… —empezó a hablar Conchita.

La religiosa, que hasta el momento no se había fijado en su visitante, la miró. Giró la cabeza, vio la puerta de madera con el timbre del convento y posó sus ojos sobre la mujer.

—¿Te apetece dar un paseo? —propuso.

—Sí, claro —asintió ella.

—Pues venga —dijo animosa—. Hay un poco de cuesta para subir, pero merece la pena.

Anduvieron en silencio. Las casas circundantes parecían dormidas y solo de algunas salían suaves ecos de la televisión. A medida que subían las casas se espaciaban más y el bosque de pinos se hacía más espeso. Sor Lucía andaba ligera, sabiendo hacia dónde iba. Debía estar muy acostumbrada a andar, porque no paraba de hablar con un gracioso acento andaluz, sin importarle la cuesta del terreno, sobre la tranquilidad del pueblo y el silencio del sitio. Conchita no pudo menos que sonreír ante su visión de la severidad del lugar y la descripción de las hermanas carmelitas que, sin ser crítica, era cuanto menos graciosa. Llegaron a una presa y cruzaron el recinto de un edificio grande que debía haber sido un hotel y que parecía restaurado pero vacío. Sor Lucía señaló una carretera que subía hacia el monte. Conchita miró el camino y vio a un hombre de pelo blanco que bajaba a buen paso y un coche grande y negro que subía a bastante velocidad. Tomaron la carretera, empezaron a subir y, como la pendiente era cada vez mayor, sor Lucía ya no hablaba. Cuando el camino se iba a dividir, apareció un todoterreno. Conchita tuvo tiempo de ver las caras de sus ocupantes: el hombre inclinaba su rostro hacia la mujer que iba a su lado e intentaba hacerle una caricia. El conductor las vio y su rostro sonriente se tornó en susto al dar un volantazo para evitarlas mientras ellas se metían en la cuneta. Unos metros más arriba llegaron al sendero de arena. A pesar del frío, las dos estaban acaloradas y se detuvieron a recuperar aliento.

—Me llamo Conchita —dijo con la voz entrecortada por la subida—, no se acordará de mí, claro.

Sor Lucía la miró, sonrió y contestó mientras emprendía a andar otra vez.

—Pues hija, la verdad es que no. Pero tu cara me suena.

Ya no había casas, el camino era plano y los pinos, la jara y la retama lo rodeaban por los dos lados. Continuaron en silencio hasta que Conchita dijo:

—Conoció usted a mi madre, Inmaculada Sánchez, que dio a luz en

Santa María de las Nieves.

Sor Lucía se detuvo en seco y miró por primera vez de manera detenida a su acompañante. Sus ojos se fijaron en los brillos de la falda y en las manos enrojecidas.

—¡Claro! Inmaculada… ¿Cómo está tu madre? ¿Y tus hermanos? Erais —Hizo una pausa— cuatro o cinco, ¿no? Todos con nombres muy bonitos, me acuerdo, los evangelistas, si recuerdo bien.

Conchita asintió y echó a andar mientras hablaba. Le dijo que su madre estaba mayor y solo quería saber cómo se llamaba el niño y si estaba bien. Añadió que ni siquiera quería verlo.

—Pero hija —contestó la religiosa deteniéndose— ¿cómo quieres que me acuerde del nombre de uno de esos niños?

Conchita pensó que a lo mejor tenía miedo porque últimamente salían en la televisión casos como el de una monja que les decía a las madres que los niños habían muerto para venderlos después e intentó quitárselo.

—Hermana, ¿sabe?, en esa época no estábamos bien, yo siempre he tenido remordimientos porque en su día me alegré. No se preocupe, que yo no diré nada.

La monja, que andaba más despacio, con los índices unidos bajo la barbilla, se detuvo en seco.

—¿No dirás nada? Pero ¿qué ibas a decir? —preguntó arisca.

—Mi madre solo quiere saber de él… —suplicó Conchita.

Sor Lucía levantó las cejas y se giró para desandar el camino. Conchita alargó el brazo y la sujetó. La mujer se volvió sorprendida, se desprendió de ella con un movimiento brusco y se sacudió la manga del hábito.

—Pues si quería saber de él no haberlo abandonado.

El bosque olía a tierra mojada y otros olores le vinieron a la memoria. El olor del polvo de la feria. El del algodón de azúcar de la fatídica noche que tan bien había empezado. El de la colonia de la cabeza de Marcos. El tufo del tabaco negro y del alcohol. El del aceite caliente. Pensó en Juan corriendo por las escaleras y se acordó de sus palabras el día del cumpleaños de Carmen. Un escalofrío la recorrió cuando la imagen del cuerpo inmóvil de su padre volvió a su mente. Se vio a sí misma corriendo escaleras arriba, sorteando el cuerpo inánime, inclinándose y zarandeando a Juan, que tenía la cara desencajada, y a Pedro, que se agarró a su pierna como lo solía hacer Marcos. Había entrado en el piso y visto la puerta del cuarto de sus padres cerrada, tras la cual su madre dormía profundamente. Recordó cómo había tropezado con una silla que atrancaba el cuarto de los chicos y la había retirado. Carmen se balanceaba en la cama con *El autobús azul* entre las manos y Marcos jugaba feliz con la pistola de la feria. El niño había levantado la mirada, asustado por el ruido, y le había dicho que Juan se la había dejado si prometía quedarse con Carmen y no

salía de la habitación. Recordó cómo le había acariciado la cabeza, cerrado la puerta de nuevo, cómo había llevado la silla a la cocina y salido al descansillo, donde Sonia le explicaba a la policía que había visto por la mirilla cómo su padre tropezaba. Se imaginó a Juan y a Pedro, agazapados como animales a la espera en la oscuridad de la escalera, uniendo fuerzas para lanzarse sobre él y hacerle caer.

El camino hacía una curva y se detuvo un momento ante un árbol torcido. Miró las montañas a su derecha, una presa en el valle y las torres de Madrid a lo lejos. Se preguntó qué le diría a su madre para que se quedase tranquila. Le diría que el niño era feliz, que había estudiado y era ingeniero. Que se había casado y tenía varios niños. Que había tomado la buena decisión.

Siguió andando y el camino empezó a descender hasta llegar a una carretera por la que circulaban coches en los dos sentidos. Vio la inmensa mole del monasterio a su izquierda y se dirigió hacia allí. Reconoció la carretera que había subido por la mañana con el autobús, la bajó andando y llegó a la estación, donde cogió el tren hacia Madrid.

62

San Lorenzo, 2015

El rostro de Cano parecía todavía más anguloso bajo el juego de sombras de la chimenea. O a lo mejor era el no llevar uniforme. El bar La Horizontal, entre semana y con el frío, estaba vacío. Karen pensó que Cano parecía contento y relajado. Tras la emisión del número de la Guardia Civil en el telediario habían tenido bastantes llamadas. Algunas de las madres que renunciaron voluntariamente, otras que no lo habían hecho. Entre los bebés de la época no habían tenido respuestas, pero ya suponían que por ese lado tardarían un poco más. Los afectados les preguntarían primero a sus padres. Y muchos no querrían saber, lo que también era su elección.

El doctor Martín había repetido, fiel a sus convicciones, parte de su declaración, pero los archivos de la congregación estaban limpios y no podían probar ningún delito de las religiosas ni tenían el nombre de la mujer que dio a luz el 23 de agosto de 1980. La Iglesia había emitido un comunicado en el que condenaba de la manera más absoluta los actos de personas aisladas.

—¿Cree usted que la mató? —preguntó Cano.

La teniente suspiró.

—No lo sé, Cano. Puede que fuese un accidente, puede que la matase en un arrebato. En cualquier caso las pruebas son circunstanciales y dudo que un juez la condenase aunque la encontrásemos. Solo podemos demostrar que pasearon juntas.

—Pero tendría un motivo.

—Tampoco lo sabemos, brigada. ¿Dio al niño en adopción? ¿Estaba segura?

—Si ella estaba de acuerdo…

—Tampoco, Cano. Cuando el doctor Martín habló dudé, dudé mucho. Pensé que no se pueden juzgar las cosas del pasado desde nuestros baremos, desde la situación actual. Más tarde, hablando de los partos con usted, comprendí algo. Las adopciones, hoy en día, son muy complicadas, se les da a las madres tiempo para reflexionar, la posibilidad de echarse atrás. Es injusto obligar a una mujer que acaba de dar a luz a decidirse, no están en situación. Por eso, como en el aborto, se intenta ganar tiempo, aun obligando a unas a mantenerse en una situación que no quieren.

Algunas se mantendrán en su decisión, otras cambiarán.

—Lo que no entiendo es por qué muchas de ellas esperan tanto a denunciarlo, por qué no salían y se iban a la comisaría.

Karen sonrió.

—¿Ha oído hablar del complejo de las víctimas? Muchas se considerarán culpables.

—¡Pero si no fueron ellas!

—Lo ve usted desde su punto de vista otra vez, brigada. Ellas lo ven del suyo, salen y piensan que han fallado, que han sido ellas las que han aceptado, que fueron ellas las que asintieron. No piensan que estuviesen en un momento en el que no podían ni debían decidir. A lo mejor pasan años hasta que se dan cuenta de ello, hasta que entienden que no debieron firmar. En algunos casos se avergonzarán, no se atreverán a reconocerse ni a sí mismas ni al mundo que se equivocaron. Muchas de ellas eran jovencitas…

—Las acusaban de adúlteras y promiscuas…

—Puede que la jovencita reflexione con cuarenta años y se dé cuenta de que actuó obligada por las circunstancias, que tomaron una decisión por ella que quizá ella hubiese tomado igual, pero a lo mejor no. Solo que en esos casos no había marcha atrás, mientras que, en las adopciones actuales, si ambos están de acuerdo, sí hay posibilidad de saber y conocer a tu madre o hijo. Cuando vivía en Colonia, se instauró en algunos hospitales lo que se llamaba «el cajón de los bebés». Levantó muchas protestas, pero a mí no me pareció mala idea. Se podía dejar a un bebé dentro y, diez minutos más tarde, para darle a la madre la posibilidad de desaparecer, saltaba una alarma y las enfermeras acudían. Gracias a saber la hora exacta, las madres podían volver y recuperar al niño en el caso de que se hubieran negado a dejar una copia de sus papeles. Siempre lo encontré pragmático, le daba a la mujer todas las posibilidades.

—Pero no al niño de saber…

—Las cosas nunca son perfectas, Cano, no son ni blancas ni negras. La mayoría de las veces son grises y, muchas veces, el bien no es absoluto, solo relativo.

Quedaron con la vista fija en las llamas. Karen pensó que el fuego es adictivo, algo nos obliga a posar en él nuestros ojos y reposarlos. Le había pedido a Cano que la ayudase a buscar un piso o una casita en San Lorenzo. Este no comentó nada, pero parecía que le gustaba la idea. Karen sonrió al acordarse de sus reticencias iniciales. Y de las suyas, se dijo. El miedo que tenía a acabar en un pueblo, el miedo a la pérdida de la gran ciudad. Suspiró, bebió un sorbo de vino, y se dijo que una temporada para disfrutar del silencio de la sierra le vendría bien. Pensó que el silencio era algo asombroso. El silencio al mirar a Philippe, con el que las palabras no bastaban. El silencio de Max, al colgar sin esperar respuesta. El silencio embarazoso de la falta de confianza. Y el silencio cómplice que sentía con

Cano, con las piernas extendidas hacia el fuego.

Epílogo

La puerta blindada se abrió sin ruido. Fernando dejó las llaves en la bandeja de la entrada y se dirigió a la cocina. Irene estaba preparando el esterilizador de los biberones. Se acercó a besarla por detrás. Llevaba el pelo sujeto en un moño, unos vaqueros y una camisa de florecitas que le daban el aire de una estudiante.

—¿Qué tal ha ido hoy? —le preguntó.

—Muy bien —sonrió la mujer—, se acaba de dormir. ¿Quieres una cerveza?

—Sí, por favor, estoy muerto…

Irene se movía por la cocina, vaciaba el lavaplatos, cerraba el tarro de los cereales de bebé. Fernando buscó con la mirada algo que pudiese parecer una cena, pero sobre el fuego no había nada y el horno estaba vacío.

—¿Quieres que pidamos algo para cenar? —propuso.

—¡Ay, sí! No me ha dado tiempo a hacer nada… He entrevistado a las chicas de la agencia y después he tenido que salir a comprar. Y, además, he hablado con la oficina. Me apetece empezar a trabajar, aunque no sé cómo lo voy a hacer.

—¿*Pizza* o japonés? —dijo Fernando con hambre.

—Casi japonés, ¿no?

Pues sí, pensó el hombre, llevamos dos *pizzas* ya esta semana y solo estamos a jueves. Se mordió la lengua y respondió:

—Claro, japonés. Voy un momento al baño, ¿me pides esa carne marinada con verduritas?

—Muy bien —replicó la mujer—, yo voy a pedir *sushi* a ver si me quito unos kilos de encima. No hagas ruido —exclamó al verlo levantarse—, me ha costado una barbaridad que se duerma.

Fernando intentó andar sigilosamente y cerró con cuidado la puerta del baño enfadándose consigo mismo por vivir en un piso tan práctico, pero con paredes y puertas de papel. Cuando volvió, encontró a su mujer instalada delante de la televisión con dos bandejas vacías preparadas frente a ella. Había abierto una botella de vino y servía dos vasos.

—Bueno —preguntó—, ¿qué tal eran las chicas que has entrevistado?

Irene resopló.

—De todo… Una filipina que no habla una palabra de español y un inglés tan malo que casi da miedo. Una ecuatoriana sin papeles, otra con, pero que nunca ha cuidado a niños. Y —añadió—, asómbrate, una española.

—¿Pero eso existe todavía? —contestó Fernando divertido.

—Sí, la ha mandado tu madre.

El telefonillo sonó e Irene se levantó sin parar de hablar.

—Te saco dinero de la cartera, ¿vale? Pues sí, la verdad es que no tiene mala pinta.

Fernando oyó abrir la puerta, unas palabras y el girar de la cerradura. Irene volvió al salón cargada con dos cajas y un olor a comida preparada inundó la estancia.

—¿Me ayudas? —dijo señalando las bandejas con la barbilla mientras seguía contando—. Pues sí, está bien, solo que no va, es un poco mayor y no quiere de interna, es una pena —dijo mientras arrancaba el plástico del *sushi*.

Fernando abrió el cartón, se fijó en su interior y se imaginó cenar una tortilla de patata hecha en casa con mucha cebolla.

—¿Cómo es que está sin trabajo? —preguntó mientras pinchaba un pedazo.

—Trabajaba en casa de un amigo de tu madre que se ha ido a vivir al campo —explicó Irene—. Pero no quiere estar interna porque su madre está enferma y tiene que volver a casa por las noches. La verdad es que yo no quería ni verla, pero como tu madre se puso tan pesada la llamé para no quedar mal.

Fernando pensó que le espantaba la idea de tener que convivir con una persona más, tener que ponerse la bata para ir a la cocina, cerrar la puerta del baño y escuchar el rumor de una telenovela a través de la pared, pero sabía que Irene quería salir los fines de semana, que quería recuperar la libertad perdida desde el nacimiento de Fernandito.

—La jovencita ecuatoriana parecía amable —afirmó Irene—, yo creo que aprenderá.

—¿La sin papeles?

—No, la con…

—¿Esa que nunca ha cuidado niños?

—Sí, bueno, yo tampoco… —dudó Irene—, solo quiere 800 euros y podría hacer horas extra los fines de semana.

—¿Sabe cocinar? —inquirió Fernando.

Irene dudó y se acordó de que ni siquiera se lo había preguntado.

—Bueno… —contestó dubitativa—, creo que me ha dicho que los clásicos.

—Eso quiere decir los básicos, ¿no? Freír un huevo y un filete… Y sin experiencia con niños —resumió él sintiéndose un poco malvado. Se metió un pedazo de carne en la boca. Estaba seco, pero bañado en una salsa espesa que solo sabía a soja y el pimiento estaba blando. La mala conciencia se evaporó al instante—. ¿La española tiene experiencia con niños?

—Sí, sí, era la mayor de un montón de hermanos. Pero no quiere

interna —insistió Irene—. Además, es mayor…

—¿Cómo de mayor?

—Pues yo creía, como llevaba tantos años trabajando, que debía andar por los sesenta, pero me ha dicho que no, que tiene cincuenta.

A Fernando se le quitó un peso de encima y se dijo que con sesenta la batalla hubiese estado perdida desde el principio. Se lanzó al abismo.

—¿Cocina? —preguntó como de pasada.

—Sí —asintió Irene segura—, eso lo ha dicho, que no era de cosas muy complicadas, pero que los básicos le quedaban bien. Que le gustaba cocinar.

Ahí sí que hubiese tenido que decir los clásicos, se dijo Fernando mientras la idea de unas berenjenas rellenas se materializaba en su cabeza.

—¿Le has preguntado si, en caso de necesidad, podría quedarse alguna noche?

—Hombre, pues no, Fernando, yo quiero una interna, que además esta es mucho más cara.

Fernando frunció el ceño y se preguntó si unas albóndigas serían «básico». Seguro que sí, se dijo convencido. Redobló el ataque.

—La verdad es que es complicado… La sin papeles, no, ¿estamos de acuerdo? La filipina no parece gustarte demasiado, además lo del inglés, en cuanto crezca un poco va a ser un problema, a no ser que queramos educarle bilingüe, pero si habla ese inglés tan horrible…

—Sí… No, bueno, sí, bilingüe sí, pero no…

—Así que —resumió el hombre— nos queda la jovencita ecuatoriana que no tiene experiencia y la española… —Se mordió los labios para evitar terminar la frase diciendo «que sabe cocinar»—. ¿Qué te parece si las citas a las dos y las veo?

—¿Podrías? —exclamó Irene—. ¿De verdad?

—Hombre, al fin y al cabo, queremos dejarle el niño y la casa, ¿no? ¿En qué has quedado con ellas?

—Nada, en que las llamaría…

Fernando miró el reloj y se dijo que las nueve y media no era demasiado tarde. Cogió el móvil, miró sus citas de la mañana siguiente y pensó que podía aplazarlas y trabajar un poco desde casa.

—Pues ¿qué tal si les preguntas si pueden venir mañana? Así las vemos los dos —propuso.

—¡Estaría fenomenal! —exclamó Irene—. Mi jefa me ha preguntado que cuándo podía empezar porque les acaba de entrar una reforma. Me da miedo que se la den a Ángela… Espera —decidió—, las llamo ahora mismo.

Desapareció hacia la cocina y Fernando se obligó a acabar la carne. Irene volvió sonriente.

—Pueden las dos, Cynthia a las 10 y Conchita a las 11. ¿Te arreglas?

—Claro, ahora mismo aviso a la oficina. ¿Conchita es la española?

—Sí, claro. ¿Vemos una película?

—Claro que sí, cariño, la que tú quieras.

Fernando se levantó por la noche a darle el biberón a Fernandito y por la mañana se lo colgó en la mochila portabebés. Salió a comprar el periódico y unos *croissants*, que, aunque parecían magníficos, no sabrían a nada. Cuando volvió, Irene dormía todavía. Preparó una bandeja y el biberón. Leyó las instrucciones del paquete: tres cacitos y 250 mililitros de agua. Mezcló uno solo con un cuarto de litro y se lo dio a Fernandito, que se lo tomó en un momento. Le colocó en la cunita y fue a despertar a su mujer con la bandeja, un café con leche, zumo de naranja y un *croissant*.

—Despierta, dormilona, ya son las nueve…

Irene se desperezó entre las sábanas, el aroma del café llenaba la habitación.

—¡Me he dormido! ¿Y Fernando? —se sobresaltó.

—No te preocupes, ya está todo, pañal cambiado y biberón…

—¿De verdad? —Lo abrazó—. Eres un tesoro… Hasta me da tiempo a echarle un vistazo al periódico —dijo encantada.

—Tranquila, yo me ocupo de todo mientras tú desayunas y te duchas.

Fernando abrió las ventanas, sacudió los almohadones y se sentó con un café a esperar. El bebé se había despertado y daba pataditas en su cuna. El timbre sonó y con el niño en brazos fue a abrir.

—Hola, usted es Cynthia, ¿no? Encantado. Pase, pase. ¡Irene! —exclamó—, está aquí Cynthia.

—Qué mono el bebito… —dijo la jovencita, apocada.

—¡Hola, Cynthia, buenos días! —exclamó Irene, que llegó con el pelo aún húmedo—, gracias por venir tan rápido.

—No se preocupe, encantada.

Se sentó en el sofá y los miró. Era bajita, muy morena y de unos veinte años. Fernando tomó la iniciativa.

—¿Quiere tomar algo?

—No quisiera causar molestias —respondió la chica, azorada.

El bebé empezaba a revolverse.

—Iba a hacerme un café —propuso Fernando—, si quiere, sujete al niño —añadió con una sonrisa—, va a ver cómo se acostumbra, no extraña nada.

Le colocó al bebé un poco bruscamente en los brazos y este rompió a llorar. Fernando se detuvo en su camino a la cocina. Irene preguntó extrañada:

—¿No se ha tomado el biberón?

—Entero —respondió Fernando señalando la botellita vacía—. Ahora se calmará. Voy por ese café. ¿Lo quiere usted con leche?

Cynthia comenzó a acunarlo, pero el bebé pataleaba y chillaba, cada vez más tieso, e Irene observaba la escena sin atreverse a intervenir. Cuando volvió Fernando, su mujer se revolvía en su sillón y Cynthia mecía al niño

sin conseguir calmarlo. Colocó los cafés en la mesa y se sentó. Levantó la voz para hacerse oír y preguntó:

—Bueno, cuéntenos algo de usted. ¿Desde cuándo vive en España? ¿Le gustan los niños?

Las respuestas de la chica eran prácticamente inaudibles debido a los berridos del bebé. Cada vez más azorada, la jovencita trataba de responder.

—¿Tiene usted paciencia? —preguntó Fernando solícito—. Las noches son un poco complicadas, pero ya se acostumbrará.

La joven asintió.

—Y la cocina, ¿qué tal? —añadió el hombre animado.

—Bueno, yo —Los gritos del bebé ahogaron un poco la respuesta—, la verdad es que no sé mucho, lo básico…

—Bueno, bueno —dijo Fernando dando una palmada—, no se preocupe, somos simples: albóndigas, croquetas, lo básico, vamos.

La cara de Cynthia se nubló un poco e Irene iba a intervenir al ver que la chica se estaba asustando, pero Fernando se le adelantó otra vez.

—¿Tiene familia? ¿Novio?

—Familia en Quito, novio aquí —respondió con una vocecita.

—¡Qué bien! —exclamó encantado.

—Está en la Telefónica, queremos casarnos…

—¡Eso es estupendo!

Fernando no tuvo que mirar el rostro de su mujer para saborear su victoria.

—Bueno —dijo quitándole al bebé—, la liberamos ya, que le hemos robado mucho tiempo. ¿Qué le parece si la llamamos luego?

—Muy bien —contestó la joven con una inmensa sonrisa de alivio de verse liberada de la fiera aullante.

Mientras Irene la acompañaba al ascensor, Fernando preparó un nuevo biberón. No había vuelto cuando el telefonillo volvió a sonar.

—¡Es Conchita! —llamó Irene desde la entrada.

—No, no se preocupe —oyó Fernando decir a su mujer—, no pasa nada, no es demasiado pronto, estábamos de todas maneras en casa. Pase, pase.

Fernando apareció en el salón con el niño en brazos y el biberón sujeto entre los dedos.

Conchita era una mujer menuda, aunque no sin fuerza, rasgos dulces, el pelo castaño sujeto en una coleta baja, una falda azul por debajo de la rodilla y una blusa azul, a juego con la chaqueta.

—¿Quiere que se lo dé yo? —ofreció.

—Encantado —respondió el padre.

La mujer tomó delicadamente pero con pericia al niño. Le sonrió, se sentó en el borde de una silla y le introdujo el biberón con mano experta en la boca. Los gritos cesaron.

—Qué hermoso —dijo—, ¿de cuándo es?

Irene, relajada por el silencio, contestó.

—Cumple cinco meses el 16… Qué mano tiene usted —observó al ver cómo levantaba al niño y le hacía expulsar el aire.

Conchita contestó con una carcajada alegre.

—Bueno, la fuerza de la costumbre… Era la mayor de cinco hermanos y mi madre se pasaba la vida trabajando, así que prácticamente crie yo a mis hermanos. ¿Quiere que se lo cambie?

Irene se levantó y la guio hasta el cuarto del niño. Conchita abrió la ranita, limpió al niño, que se dejaba hacer entre gorgoritos, y, colocándole una mano experta sobre el pecho, enrolló con la otra el pañal sucio. Fernando la observaba desde el marco de la puerta.

—¿Dónde se lo tiro? —preguntó.

—En la cocina —respondió Irene—, pero no se preocupe.

—¡Si no es molestia! ¡Qué cocina más bonita! —dijo al entrar—. Me encantan las cocinas blancas, se limpian fenomenal. Y qué práctica la mesita…

Fernando vio su oportunidad.

—Dígame, Conchita, ¿le gusta a usted cocinar?

La mujer asintió con humildad.

—Bueno, aunque no soy una gran cocinera, siempre he cocinado, me gusta mucho. En mi última casa hacía también todo y, claro, de mi casa.

—Cuénteme qué les hacía —preguntó Fernando relamiéndose por adelantado.

—Pues lo básico…, ya sabe… arroces (mi madre es valenciana), asados, albóndigas. Y para cenar pescado, verduritas, croquetas. Nada especial, vamos.

Fernando notó cómo el cielo se abría. Pero Irene todavía dudaba, lo notaba en cómo se movía, y le tendría que dar un empujoncito más.

—Y, dígame —se lanzó al vacío—, si saliésemos una noche, ¿usted podría hacer unas horas extra? Pero no se preocupe —añadió inmediatamente—, no salimos mucho…

Conchita sonrió.

—Bueno, ya sabe que yo no quiero interna por mi madre y por mi hermana, pero claro que me puedo quedar algún día, incluso, sabiéndolo con tiempo, hasta me puedo quedar un fin de semana. Y si no pudiese, yo tengo unas cuantas sobrinas que hacen de canguro y que son de toda confianza. Es para pagarse los estudios, ¿sabe?

—¿Nos perdona un momento, por favor? —dijo el hombre.

—Vayan, que yo me quedo aquí con este cielo.

Fernando miró expectante a su mujer. La conocía y sabía que si no tomaba ella la decisión se podría arrepentir.

—Bueno, es verdad que tiene mucha mano… —dijo indecisa.

—Solo más experiencia —dijo Fernando decidiéndose a jugar al

abogado del diablo—, Cynthia aprenderá.

—¿Pero tú has visto cómo lo cogía? —exclamó Irene.

—Ya, mujer, pero a lo mejor solo tenía hambre…

—¡Fernando! ¡Si le acababas de dar el biberón! Y, además —criticó—, ¿por qué no se le ha ocurrido a ella?

—Pobre chica, no seas así. Parece amable y está estable en España, ya es un punto.

—¡Claro! —objetó Irene—. ¡Quiere casarse! Y en cuanto se case se querrá ir a vivir con el de la Telefónica… Y además querrá salir los fines de semana con él.

—Seguro que sí, pero Irene, Conchita —protestó Fernando mientras un arroz a banda se cristalizaba en su mente— no quiere de interna…

—Si Cynthia quiere salir los sábados con el novio, tampoco podrá quedarse con Fernandito —zanjó Irene—. ¡Conchita tiene sobrinas! Además, las ayudamos a pagarse la carrera, es una buena acción. Y ha dicho que hasta se podría quedar un fin de semana, ¡podríamos hacer un viaje!

Fernando se lanzó de cabeza al vacío.

—Mira, no nos vamos a precipitar, llamamos a la de la agencia y le preguntamos si tiene una interna como Conchita. Tu proyecto es ¿para cuándo? —preguntó sintiéndose un poco ruin.

—¡Para ya! —exclamó su mujer—. Es un piso fantástico, reforma completa y se lo va a quedar Ángela, que no tiene ni idea.

—Bueno, Irene —dijo vencido—, ¿qué quieres?

—Saber cuándo puede empezar.

—¿Estás completamente segura?

—Sí. Además —añadió convencida— tienes razón, no quiero oír la televisión por la noche.

Volvieron a la cocina, donde Conchita había echado al bebé en la hamaca y fregaba el biberón. Fernando sonrió.

—Bueno, Conchita, ¿cuándo podría empezar?

—Cuando quieran, como si quieren que me quede ya…

Se volvió a su mujer, cuya cara se había iluminado.

—Podrías enseñarle la casa esta mañana y pasarte por la oficina esta tarde, ¿no?

Irene se imaginó salir sin el cochecito, se dijo que el piso por decorar sería suyo, que no tendría que hacer más compras ni soportar más caras largas por la maldita cena. Y dijo que sí.

Fernandito dormía en su cuna. Conchita recogió la cocina, miró en la nevera y se sentó a hacer la lista de la compra. Las camisas que había lavado por la mañana estaban ya casi secas y, si las planchaba, podría salir con el bebé cuando se despertase a hacer la compra y a dar un paseo. Sacó

la tabla del armario empotrado y enchufó la plancha. Dobló calcetines mientras se calentaba y buscó una radio con la mirada. No vio ninguna, pero sí una televisión. El mando estaba al lado y le dio al botón de encendido. Volvió a la terraza a buscar más ropa seca mientras el sonido del telediario de las tres llegaba hasta ella. Abrió los botones de una camisa para colocarla sobre la tabla. Había puesto el volumen bajo para que el bebé no se despertase y el sisear del vapor se superponía a la voz de la presentadora. Subía y bajaba la mirada de las imágenes: el desierto, una muchedumbre acompañando un ataúd cubierto con una bandera, la Casa Blanca. Levantó la cabeza para poder cerrar el botón cuando vio una imagen en color, un poco desvaída, de sor Lucía. Empezó a temblar. La camisa se le cayó y cogió el mando para subir el volumen. «Un escándalo sacude de nuevo la Iglesia», dijo la presentadora mientras las imágenes de la clínica y el cartel de la maternidad salían en la pantalla. Apareció una foto de un hombre de ojos azules que no le sonaba y un señor mayor con el pelo blanco que salía de un juzgado. La presentadora continuó con la explicación: había bebés a los que separaron de sus madres. La Guardia Civil no podía especificar la cantidad de delitos, pero los hechos se extendían desde los años setenta hasta bien entrados los ochenta. Habían instalado una línea a la que los afectados podrían llamar para más información, añadió la mujer. Fernandito empezó a llorar y Conchita se dio la vuelta automáticamente para ir a buscarlo cuando vio el cuaderno con la lista de la compra. Apuntó rápidamente el teléfono y fue a sacar al niño de su cuna temblando todavía. Levantó al bebé, lo apretó contra su pecho y aspiró el olor de su cabecita. El niño dejó de llorar mientras lo mecía entre sus brazos. Le instaló en la hamaca sobre la mesa de la cocina y apagó la televisión. Recogió la camisa y volvió a abrir los botones para repasar la pechera mientras su cerebro intentaba procesar la información. Fernando mordía un aro de madera y lanzó un pequeño grito de placer que hizo moverse la hamaca. Comenzó a mecerse entre gorgoritos a los que Conchita contestaba con arrullos. El niño era un sol, le recordaba a Marcos de pequeño, que había sido un bebé guapísimo. Se inclinó hacia él y le plantó un beso en la rodilla, lo que provocó que el niño la agarrase del pelo. Rio, se acercó a la tabla, desenchufó la plancha y fue a buscar la chaquetita de paseo. Tendría que traer el cuento del autobús azul, a Fernandito le iba a encantar.

Agradecimientos

A Pedro Martín-Caro, sin cuya paciencia, ideas y mejoras, este libro no existiría. A Cristina Sangro, con quien desarrollé argumentos y trama en eternos paseos bajo la lluvia.

A mi madre, Montse Suárez, sin cuya ayuda e influencia nunca hubiese comenzado a escribir. A Kiki Garcimartín, que con una paciencia infinita me apoyó desde el principio. A Maite Serrats y Mónica Suárez, cuyos comentarios ayudaron a mejorar la historia en gran manera. A Cécile Migozzi, que siempre encuentra aquello que es el «algo más», y a Patricia de Miguel por sus acertadas críticas. A Enrique Cavero le tengo que agradecer otra vez la aportación de su maravilloso lenguaje. A Carlos González Ximénez, por sus maravillosas imágenes y por compartir conmigo su saber histórico.

Gracias por su lectura a Verónica Paurici, Isabel y Katrin Todenhoefer y Cayetana Vela.

Sin la confianza de mis agentes, Laure Merle d'Aubigné y Catherine Passion, así como la de mis editores, Ofelia Grande de Andrés y su equipo, este libro no hubiese visto la luz.

A Álvaro García Aparicio, Guillermo Sánchez Abasolo, Luis Manzano y a Esther Herranz, por su inestimable ayuda en los detalles gurriatos. Desde ahora asumo que los aciertos son suyos, así como los errores únicamente míos.

A Monika Luyten, por cubrirme siempre las espaldas.

A mis hijos, Philipp, Georg, Ana y Marie, por todo el tiempo que les han robado mis libros.

A mi marido Kay, por llevarme siempre más lejos.

Edición en formato digital: noviembre de 2022

En cubierta: fotografía de © Carlos González Ximénez
© Teresa Cardona, 2022
© Ediciones Siruela, S. A., 2022
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19419-48-4

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.siruela.com